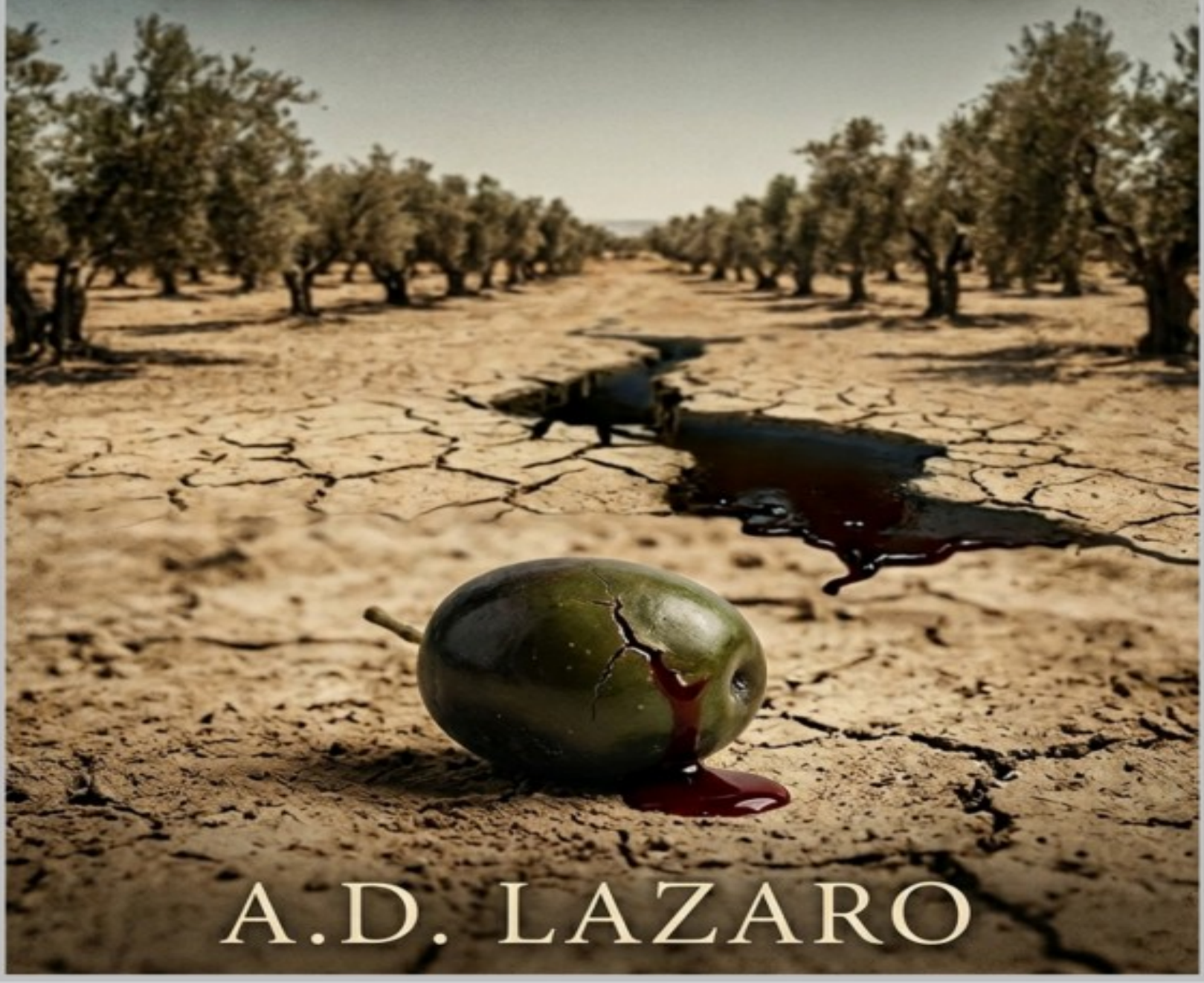
LA TIERRA NUNCA OLVIDA.

LOS OLIVOS

UN THRILLER DE SUSPENSE Y MISTERIO.



A.D. LAZARO

Los Olivos

A.D. LAZARO

CONTENIDO

1	La carretera maldita	N.º pág. 9
2	Bienvenidos	N.º pág. 17
3	El silencio del otoño	N.º pág. 41
4	Brum, Brum	N.º pág. 55
5	La puerta oscura	N.º pág. 75
6	El sermón	N.º pág. 87
7	Tres semanas antes	N.º pág. 109
8	Claudia	N.º pág. 117
9	Hogar, dulce hogar	N.º pág. 123
10	La cena	N.º pág. 135
11	Meryl	N.º pág. 153
12	El peso justo	N.º pág. 161
13	El comienzo	N.º pág. 169
14	Cenizas	N.º pág. 189
15	Esperanza	N.º pág. 199
16	Raúl	N.º pág. 207

17 La Exultación N.º pág. 217
18 El viajero N.º pág. 227
19 Nemorak N.º pág. 241
20 El Final N.º pág. 275
21 Epílogo N.º pág. 285

PRÓLOGO

Hay quien dice que el mal no nace, se hace.

Que el niño llega al mundo con una página en blanco y que son las manos del mundo las que escriben en ella con tinta oscura.

Otros, en cambio, juran que el mal viene de fábrica.

Que hay criaturas que nacen con una grieta en el alma.

¿Y si ambas cosas son ciertas?

¿Y si el mal solo necesita encontrar la grieta adecuada y encajar?

Los Olivos es uno de esos lugares donde las grietas dejan de ser invisibles.

Allí el mal no tiene que elegir.

Allí simplemente te encuentra.

1 LA CARRETERA MALDITA

Eran las cuatro de la mañana y Guillermo Varela llevaba dieciséis horas al volante.

El camión —un coloso de hierro y diésel, dieciocho ruedas sobre el asfalto caliente— rugía con esa cadencia mecánica que Guillermo conocía de memoria, casi como el ritmo de su propia respiración. Había aprendido a leer sus cambios de tono como un médico lee un pulso: la ligera variación que anunciaba una cuesta, el gruñido sordo antes de un puente, el silbido que significaba que necesitaba parar a revisar la presión. Ese camión era su territorio, su idioma particular.

A pesar del cansancio, sonrió levemente. Una chispa de alegría se reflejaba en sus ojos desde que puso en marcha el motor aquella tarde. Este no era un viaje cualquiera. Por primera vez en su larga carrera como camionero, no estaba solo.

Guillermo se removió en el asiento. Se frotó los ojos con el dorso de la mano. Abrió la ventanilla un dedo y dejó entrar el aire de agosto, que a esa hora todavía llevaba calor, pero al menos estaba en movimiento.

El aire trajo el olor: romero seco, estiércol viejo y, en el fondo, un tufo a corral que llegaba desde algún punto invisible al otro lado de la autovía. Guillermo arrugó la nariz y volvió a subir el cristal medio dedo, pero el olor ya estaba dentro de la cabina.

Una mosca, grande y aturdida por el calor, aterrizó en el salpicadero y se quedó ahí, frotándose las patas delanteras con parsimonia.

A su derecha, Fuensanta dormía con la cabeza apoyada en el cristal. Tenía esa manera particular de dormir que Guillermo adoraba.

Detrás, Adrián. Ocho años y los auriculares puestos, ajeno al mundo exterior con esa capacidad de los niños para construir burbujas impermeables. Guillermo lo había mirado tres veces por el retrovisor desde que oscureció. Una manía nueva, de padre. Verificar.

—Rumbo al paraíso, aunque sea con ojeras —murmuró para sí mismo, con una media sonrisa que no llegó a cuajar.

El GPS marcaba cuarenta y dos kilómetros hasta la siguiente parada. Demasiado lejos. Lo sabía. Pero girar el volante, detener el camión en el arcén, despertar a su familia y explicarles que papá ya no podía más —esa secuencia de hechos— se le hacía cuesta arriba. El orgullo, quizá.

Giró hacia el arcén.

El mastodonte se deslizó lentamente fuera de la calzada. Las ruedas crujieron sobre la grava como quejidos de un animal herido, hasta detenerse con un chirrido seco. Apagó los faros. Dejó el motor encendido porque Fuensanta dormía mejor con el ronroneo de fondo, siempre lo había dicho. El calor seguía siendo sofocante.

Se recostó en el asiento.

Cerró los ojos.

Sonrió.

No supo cuánto tiempo pasó.

El sueño llegó de golpe. Y con él llegó algo más. Una imagen que no pertenecía a ningún recuerdo suyo: una habitación sin ventanas, paredes de piedra oscura, y en el centro un objeto que reflejaba la luz. Un espejo. Grande, enmarcado en madera, con la superficie ligeramente curvada, como una pupila.

Y dentro del espejo, algo que lo miraba.

No tenía forma definida. Era más bien una densidad, una concentración de oscuridad que se diferenciaba del fondo por la presencia de algo absorbente. Algo hambriento.

Guillermo abrió los ojos.

Jadeaba.

La cabina estaba en silencio salvo por el motor y la respiración de Fuensanta. El parabrisas le devolvía la oscuridad de la carretera desierta, una serpiente de asfalto que parecía no tener fin.

—¿Qué ocurre, cariño? —murmuró Fuensanta desde el asiento del copiloto sin abrir los ojos.

Guillermo no respondió de inmediato. Se inclinó hacia delante y clavó la vista en el parabrisas. Intentaba convencerse de que lo que había visto en el sueño era solo eso: un sueño. El producto del cansancio y de dieciséis horas de carretera.

—Nada, cielo —dijo finalmente—. Seguimos.

Fuensanta asintió sin abrir los ojos.

Guillermo giró la llave. El motor rugió. Los faros iluminaron la carretera frente a ellos: recta, vacía, tan ordinaria como cualquier otra carretera en cualquier otra noche de agosto.

Se incorporó a la calzada.

No hubo advertencia.

Ningún ruido previo. Ningún cambio de temperatura. Ninguna de las señales que Guillermo habría sabido leer si hubieran estado ahí. Solo la carretera ante ellos y luego, en el espacio de un instante, el sonido.

Un estallido seco y doble, casi simultáneo. Los neumáticos traseros.

Guillermo no pensó. Su cuerpo actuó solo. Los años al volante convirtieron la emergencia en reflejo: pies, manos, peso, ángulo. Pero un depósito gigantesco cargado de ácido industrial no es el tipo de cosa que obedece a los reflejos de un hombre por bien entrenado que esté. El volante vibró con una violencia que subió por sus brazos hasta los hombros. El camión empezó a bailar sobre el asfalto sin poder detenerse.

—¡Agarráos! —gritó.

No supo si lo oyeron.

El camión volcó hacia la izquierda con una lentitud espantosa —ese tipo de movimiento lento que solo tienen las catástrofes grandes, estirando cada segundo. Guillermo sintió cómo el mundo

giraba. El techo convertido en suelo. El asfalto convertido en techo. El grito de Fuensanta, corto y limpio, que se cortó antes de terminar.

El ácido salió del contenedor con el sonido de algo que se derrama con hambre.

El calor llegó primero que el dolor.

Después el dolor.

Después, por fin, la oscuridad.

Los equipos de emergencia llegaron cuarenta minutos después, cuando ya no había nada que hacer.

El camión era una montaña de metal retorcido de la que salía humo negro y espeso. Los bomberos trabajaron durante dos horas antes de que pudieran acercarse lo suficiente para verificar lo que ya sabían. Los cuerpos de Guillermo Varela y Fuensanta estaban irreconocibles. El ácido industrial había hecho su trabajo.

Lo que perturbó al agente que redactó el primer informe —y que lo seguiría perturbando durante años— no fueron los cuerpos.

Fue la ausencia.

Entre los restos del camión encontraron los auriculares de Adrián. Estaban deformados por el calor, medio fundidos, con uno de los altavoces completamente aplastado. Los encontraron a unos cuatro metros del camión, sobre el asfalto, bien colocados.

No encontraron a Adrián.

No entonces. Ni nunca.

La carretera fue clausurada poco después. El tramo fue señalizado como peligroso por la calidad del pavimento en esa curva, por la pendiente, por varios factores técnicos que constaban en el informe oficial y que explicaban perfectamente el accidente sin necesidad de mencionar nada más.

El agente que redactó el informe no incluyó lo que le había parecido ver en el asfalto, junto a los auriculares. Una marca. Larga, de una regularidad que no tenía nada de accidental.

Algo había sido arrastrado por ahí.

Algo, o alguien, se había llevado al niño. No lo escribió. No habría sabido cómo.

Años después, los lugareños decían que en las noches de luna nueva se escuchaban gritos en ese tramo.

No de adultos.

De niño.

Siempre de niño.

Nadie volvió a ver a Adrián Varela. Pero quienes vivían cerca de la carretera y habían aprendido a distinguir los sonidos del campo por la noche, los que sabían diferenciar el viento entre los pinos del grito de un zorro o el lamento de un búho, esos decían algo más. Decían que el grito de la carretera no sonaba como el de alguien que tiene miedo.

Sonaba como alguien que ha dejado de tenerlo.

Y eso era mucho peor.

Edición del 8 de agosto de 1962

Diario de Castilla



TRÁGICO ACCIDENTE EN LA NACIONAL 122

MUERE UN MATRIMONIO Y DESAPARECE UN NIÑO TRAS EL VUELCO DE UN CAMIÓN CON ÁCIDO INDUSTRIAL

Villalba de los Llanos, Salamanca — Una pareja de mediana edad ha fallecido y su hijo de 8 años permanece en paradero desconocido tras un trágico accidente registrado hoy a las 04:30 horas en el kilómetro 213 de la N-122, en plena meseta castellana.

Según fuentes de la Guardia Civil, el camión cisterna ocupado por la familia, y que transportaba ácido industrial altamente corrosivo, volcó en una curva pronunciada debido a causas aún por esclarecer, provocando una densa nube tóxica y una reacción química que consumió parte del asfalto.

El matrimonio, que comenzaba sus vacaciones, murió en el acto. El cuerpo del niño, sin embargo, no ha sido localizado, pese a las labores de los equipos de rescate.

"El ácido fundió parte del coche y dificultó las labores de identificación", afirmó un portavoz de los bomberos. La zona continúa acordonada debido a la toxicidad del vertido, que podría tardar semanas en neutralizarse. Vecinos de la zona aseguran que "se oyó un ruido como de trueno" y que después vieron "una especie de niebla que quemaba los ojos". La tragedia ha conmocionado a la comunidad.

2 BIENVENIDOS

El retrovisor mentía.

Jorge lo sabía. Llevaba tres horas mirando en él y lo que devolvía —esa carretera que se alejaba, ese paisaje de piedra y matojos que se cerraba detrás de ellos como una boca— no era el verdadero problema. El verdadero problema estaba en sus propias manos. Quietas sobre el volante. Unas manos que alguna vez habían sido el instrumento más preciso de su departamento y que ahora simplemente conducían, que era lo único que podían hacer sin causar daño.

Conducir lo ayudaba. El movimiento hacia adelante. La excusa legítima de tener los ojos en la carretera.

El sol se derramaba sobre la llanura murciana con esa parsimonia cruel de los atardeceres de agosto, tiñendo el cielo de naranja y malva sobre un horizonte completamente llano. El calor apenas había amainado. Por la ventanilla entreabierta entraba un viento seco que levantaba espirales de polvo que nacían y morían sin dejar rastro. Jorge pensó que había algo obscenamente hermoso en todo aquello.

Nacer. Girar. Desaparecer.

Sin consecuencias.

Detrás de él, el silencio de la familia tenía tres formas diferentes y él las conocía todas.

Lucas contaba olivos en voz muy baja. Los contaba en serio, con esa concentración total que los niños de siete años ponen en las cosas sin importancia mientras el mundo adulto a su alrededor se fragmenta en silencio. Cuatrocientos veintidós cuando Jorge comprobó. Cuatrocientos veintidós olivos y un dinosaurio de plástico articulado que llevaba en el puño desde Madrid, un esqueleto con ojos saltones que le había regalado hacía dos veranos.

Marina tenía los auriculares puestos, pero Jorge sabía, por el modo en que fruncía el ceño —ese gesto idéntico al de Ana cuando procesaba algo que le costaba—, que no estaba escuchando música.

Los auriculares eran solo una pared. Un muro invisible que los adultos no podían pedirle que derribara.

Y Claudia.

Dieciséis años y una lengua capaz de cortar más limpio que cualquier bisturí. Jorge la veía en el retrovisor sin que ella lo supiera y reconocía en su gesto pétreo algo que lo aterrorizaba más que cualquier otra cosa: la niña se le estaba pareciendo. A él. A lo peor de él.

—¿Falta mucho? —preguntó Lucas, interrumpiendo su conteo.

—Ya casi estamos, campeón.

—¿En serio tenemos que mudarnos a este agujero? —dijo Claudia. No miraba por la ventana. Miraba la nuca de su padre—. Todo por lo que hizo papá.

El silencio que vino después duró exactamente lo que tarda una frase en volverse irreversible.

—Claudia. —la voz de Ana. Baja. Sin inflexión. La que usaba cuando no quería que se notara el enfado.

—Solo digo la verdad —murmuró.

Claudia se hundió un centímetro en el asiento. Y Jorge vio en el retrovisor que le temblaba el mentón.

No era crueldad. Lo sabía. Era aquello en lo que se convierte el miedo cuando no encuentra otro cauce. Su hija mayor llevaba ocho meses aterrorizada y nadie le había enseñado ninguna otra manera de hablar de ello.

Él tampoco sabía.

Ana Sarabia, su mujer, no levantó la vista del teléfono.

Revisaba concentrada los correos del trabajo. En realidad, era su manera de no mirar a Jorge. Lo había desarrollado en los últimos ocho meses: parecer ocupada exactamente cuando más necesitaba estar presente. Táctica de supervivencia. Si miraba a Jorge veía la culpa. Si veía su culpa, se activaba la suya propia. Y la suya era más difícil de canalizar porque no tenía ningún paciente muerto a quien culpar.

Solo tenía a Gonzalo.

Seis meses de vida y un silencio que llegó una madrugada de noviembre, sin avisar. El síndrome de muerte súbita no elige

culpables, pero Ana los encontraba de todos modos cada vez que cerraba los ojos: ese momento en que se había dormido sin encender el monitor, esa noche concreta entre todas las noches. No era racional. Lo sabía. Y lo sabía del mismo modo en que sabía que no había manera de perdonarse.

Por eso el walkie-talkie en la mesita de noche. Por eso los monitores de respiración en la habitación de Lucas, instalados sin decirle nada a Jorge. Por eso la necesidad de saber dónde estaban sus hijos en todo momento, de escuchar el sonido concreto de su existencia.

Por eso había aceptado esto.

El sobre de pergamino color marfil había llegado dos meses atrás, cuando todo se desmoronaba. Caligrafía de otra época. Una villa de lujo en Los Olivos, Murcia. Precio absurdo, por debajo de cualquier lógica de mercado. Condiciones extrañas: sin visita previa, aceptación en quince días. Jorge lo había visto como una señal. Un nuevo comienzo, había dicho, y en su voz había algo tan frágil que Ana se guardó todo lo que pensaba —las cláusulas anómalas, la inmobiliaria sin registro verificable, el precio sin sentido— y dijo que sí.

Eso también era una forma de culpa.

Ana tenía un catálogo muy completo de sus formas de culpa.

El desvío apareció sin señalización.

Una bifurcación en la carretera comarcal. Un camino de tierra que se adentraba entre dos colinas bajas, flanqueado por pinos que se alzaban tan juntos y rectos que parecían una formación deliberada más que un accidente de la naturaleza. Jorge giró el volante sin dudar, con la naturalidad de quien sabe adónde va.

—¿Cómo sabes que es aquí? —preguntó Ana.

—El GPS.

Ana miró la pantalla del navegador. La ruta terminaba exactamente en ese desvío. Pero el campo del nombre de la vía, el que debería mostrar una calle o un camino rural con su código de identificación, estaba en blanco.

No parecía un error.

Parecía que aquel lugar, simplemente, no tenía nombre.

Atravesaron un camino custodiado por cipreses. Décadas de antigüedad al menos, quizás más. Sus troncos tenían el grosor y la rugosidad de algo que ha tenido tiempo de arraigar en profundidad. Algunas ramas de los ejemplares más altos se inclinaban hacia el interior del camino, rozándose casi en el centro, como si se consultaran algo entre ellas.

El sol caía vertical sobre los troncos sin proyectar apenas sombra. El interior del coche, con el aire acondicionado al máximo, seguía oliendo a tierra mojada y descomposición. Algo orgánico. Algo que llevaba al sol más tiempo del debido.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Marina, tapándose la nariz.

—El campo, cariño —respondió Jorge sin girarse—. Aquí huele a campo.

El último kilómetro era una recta entre olivos. Cientos de ellos plantados en filas ordenadas. Troncos retorcidos como manos artríticas, hojas de un verde grisáceo, ramas bajas tocando casi el suelo. Ana entendió de pronto el nombre del residencial. Los Olivos. Decenas de hectáreas de olivos viejos rodeando el complejo como un anillo.

Al fondo del camino, las grandes puertas de hierro forjado empezaron a abrirse cuando el coche se aproximó. Antes de que Jorge hubiera tocado ningún botón, antes de que nadie en la garita hubiera podido ver la matrícula. Un hombre de unos sesenta años con uniforme impecable salió a su encuentro con una sonrisa que enseñaba más dientes de los que procedían.

—Ustedes deben de ser la familia Gutiérrez —dijo, sin tono de pregunta—. Me llamo Anselmo. Los estábamos esperando.

Jorge bajó la ventanilla. El conserje tendió un juego de llaves sobre una bandeja de latón. La etiqueta era de cuero marrón claro, con un grabado: Villa Aurora.

—Al fondo del camino, la última a la izquierda —dijo—. Espero que el viaje haya sido agradable.

Sus ojos grises, casi transparentes bajo la luz de la garita, recorrieron brevemente el interior del coche. Se detuvieron un instante en Lucas.

Solo un instante.

—Bienvenidos a casa —añadió.

Jorge subió la ventanilla. Ana esperó a que el coche arrancara y luego giró la cabeza. Por el retrovisor vio que el conserje seguía de pie en el camino viendo cómo se alejaban.

No volvió a entrar en la garita.

Ana lo observó hasta que la primera curva los ocultó de su vista.

—¿Habías hablado antes con él? —le preguntó a Jorge—. Nadie dice "bienvenidos a casa". Se dice "bienvenidos al residencial", "a su nueva vivienda", "al complejo".

—No. Tendrá alguna lista, digo yo.

Ana asintió. Seguía mirando por el retrovisor.

Los Olivos era, indudablemente, bello.

Casas blancas de líneas limpias y ventanales grandes, jardines trabajados con una precisión que requería tiempo y dinero en abundancia, senderos de piedra caliza perfectamente despejados, pequeñas plazas interiores con fuentes de mármol que susurraban en la quietud del atardecer. El conjunto tenía la coherencia estética de algo muy pensado, muy querido, concebido por alguien que sabía exactamente el efecto que quería producir.

Pero no había nadie.

Ningún coche en las entradas. Ningún niño en las zonas de juego. Columpios de madera nueva, un tobogán, una zona de arena perfectamente rastrillada sin una sola huella. Ninguna ventana abierta. Ninguna prenda tendida en ninguna terraza. Ninguna de esas pequeñas pruebas de vida imperfecta que demuestran que un lugar está habitado de verdad. Las farolas empezaban a encenderse una a una, bañando las fachadas en luz dorada, y el efecto era exactamente el de un decorado en el momento anterior a que lleguen los actores.

Ana contó las villas mientras avanzaban por el camino principal.

Dieciséis.

Luz encendida en dos de ellas.

—¿Dónde está la gente? —preguntó Marina, en voz muy baja.

—Será tarde para ellos —respondió Jorge.

—Son las nueve de la noche en junio —dijo Claudia.

Nadie añadió nada.

La Villa Aurora los esperaba al final del camino.

Más grande de lo que cualquiera de ellos había imaginado. La fachada brillaba bajo los últimos rayos del sol con esa luminosidad de las cosas que no han acumulado todavía la pátina de lo vivido. Ventanales del suelo al techo en la planta baja que reflejaban el cielo en tonos malva y naranja. Al fondo del jardín, una piscina perfectamente azul bajo los focos sumergidos. Sin una hoja. Sin una arruga en la superficie.

Jorge apagó el motor.

Nadie se movió.

El silencio del residencial era tal que Ana podía escuchar su propia respiración. Podía escuchar la de Lucas. Por un momento creyó escuchar un sonido muy tenue que llegaba desde algún punto impreciso del jardín.

Cansancio, se dijo.

Siete horas de carretera.

—¿Esta es nuestra casa? —preguntó Lucas.

—Sí, renacuajo —dijo Jorge—. Nuestro nuevo hogar.

Lo dijo mirando la fachada. No a Lucas. Y en su voz había algo que Ana reconoció: la textura específica de una frase que alguien lleva días practicando y que todavía no le sale natural.

—¿Entramos o qué? —dijo Claudia. Se abrazó a sí misma con un gesto que en otro contexto habría parecido frío, pero que Ana reconoció de inmediato: su hija mayor tenía miedo. Y no quería que nadie lo supiera.

El interior era exactamente lo prometido.

Y eso mismo era lo que inquietaba a Ana.

Vestíbulo de techos altos con una escalera en espiral de madera oscura que subía hacia el piso superior con elegancia. Sala de estar con sofás de cuero blanco y chimenea metálica a estrenar—Ana lo supo por la ausencia de hollín, por el interior negro e impoluto—. Cocina equipada con electrodomésticos que todavía

tenían el plástico protector en algunos acabados. Comedor con mesa de mármol para diez personas. Todo impoluto.

Los niños exploraban. Ana los escuchaba moverse por el piso de arriba —los pasos de Claudia seguros y rápidos; los de Marina más lentos, más cautelosos; los de Lucas que iban y venían con esa energía sin dirección de quien descubre un territorio nuevo. Jorge recorría las habitaciones de la planta baja con la expresión de alguien que intenta convencerse de que ha tomado la decisión correcta y necesita encontrar confirmación en cada detalle.

Ana abrió el armario de la cocina para colocar las provisiones.

Dentro encontró tres botellas de vino tinto con etiquetas manuscritas: sin nombre de bodega, sin año de cosecha, sin ninguna información de procedencia. Solo una letra N en tinta negra, escrita con la misma caligrafía del sobre que habían recibido en Madrid. Y debajo de las botellas, un ramo de lavanda seca atado con una cinta carmesí y una tarjeta sin firma que decía:

Bienvenidos a casa.

Ana se quedó mirando la tarjeta un momento.

La dobló. La guardó en el bolsillo de su chaqueta.

No le dijo nada a Jorge.

Fue Marina quien encontró el sótano.

O más exactamente: fue el olor quien encontró a Marina. Un aroma extraño que se filtraba por debajo de una puerta disimulada bajo la escalera principal, una puerta que no aparecía en los planos que les habían enviado con el contrato. Tierra húmeda mezclada con algo que tardó unos segundos en identificar. Madera quemada. O algo muy parecido a la madera quemada.

Marina la abrió. Bajó tres escalones. Se detuvo.

El sótano era grande, de paredes de piedra desnuda y suelo de cemento. Una bombilla solitaria colgaba del techo y oscilaba levemente, sin que hubiera corriente de aire que lo explicara. En un rincón, cajas de cartón apiladas y selladas con cinta adhesiva marrón. Al fondo, lo que parecía un taller: mesas de trabajo, y herramientas colgadas en la pared con una precisión casi geométrica.

Las mesas estaban cubiertas de polvo.

Las herramientas no.

Las herramientas estaban limpias. El polvo de las mesas tenía meses, quizás más. Alguien había colgado esas herramientas en esa pared muy recientemente. Días, como mucho.

Marina subió sin tocar nada.

Cerró la puerta con cuidado.

No le dijo nada a sus padres.

No habría sabido explicar por qué, pero algo en su interior le dijo que era mejor así.

—Podríamos pedir pizzas —propuso Jorge desde la escalera, con ese tono de entusiasmo forzado que Ana conocía de memoria—. Para celebrar la primera noche.

—No tengo hambre —dijo Claudia, sin asomarse al pasillo.

—Yo tampoco —añadió Marina.

Jorge bajó la escalera despacio mientras guardaba el teléfono y se fue a la cocina.

Ana lo observó desde la puerta del salón y volvió a sentirlo: esa mezcla de compasión y rabia. Él se esforzaba. Se esforzaba de manera visible y constante, y eso era parte del problema, porque lo convertía en alguien a quien había que proteger. Y Ana ya tenía demasiadas personas que proteger.

—Ve a descansar —le dijo—. Yo me encargo.

Jorge asintió con la gratitud silenciosa de quien lleva meses recibiendo más de lo que puede devolver. Subió. Ana escuchó el clic del frasco de lorazepam en la mesita de noche.

Siempre ese clic.

Todas las noches, ese clic.

Eran las veintidós horas con cuarenta y dos minutos cuando sonó el timbre. Ana lo supo porque miró el reloj de la cocina en ese momento casi por instinto.

Llevaba media hora sola, colocando sin prisa los utensilios que habían traído.

¿Quién llama a la puerta a las once de la noche el primer día de una mudanza?, pensó.

Abrió.

La mujer del otro lado era mayor —setenta años, quizás más — y tenía esa clase de belleza que construye el tiempo en ciertas personas cuando han sabido cuidarse: piel pálida y bien conservada, pómulos altos, ojos de un gris casi plateado que captaban la luz del vestíbulo con intensidad. Llevaba un traje sastre color crema de otra época: no por viejo, sino por una elegancia formal que ya casi nadie conserva. El cabello rubio ceniza, recogido en un moño sin un solo pelo fuera de lugar.

Sonreía.

—¡Querida! —La voz era cálida, musical—. Soy Meryl. Villa número cinco, justo al lado. Sé que es tardísimo, lo sé, pero es que no podía esperar hasta mañana. Tenía que venir a daros la bienvenida.

Ana sostuvo la puerta con una mano. Evaluó a la mujer con los doce años de instinto afinado de una subinspectora: el traje elegante, las manos enguantadas a pesar del calor de agosto, los ojos que no miraban a Ana a la cara, sino que recorrían el interior visible de la casa con una avidez que intentaba disimular.

—Gracias —dijo Ana, con la calidez justa—. Es muy amable. Ha sido un día muy largo, así que...

—¡Por supuesto, por supuesto! —Meryl no se movió—. Solo quería que supierais que podéis contar conmigo. Aquí somos una gran familia, ya lo iréis viendo.

Pausa.

—¿Han cenado ya? Podría traerles algo. Tengo guiso de lentejas, lo hago muy bien, me lo dicen todos.

—Muy amable, pero estamos bien —dijo Ana, y empezó a cerrar la puerta con firmeza.

—Claro, claro —dijo Meryl.

Y siguió sonriendo.

Y no se movió.

Ana contó cuatro segundos exactos antes de que la mujer diera un pequeño paso atrás.

—Buenas noches, querida. Ya nos veremos.

Ana cerró la puerta. Se quedó inmóvil con la mano en el picaporte, escuchando. Al otro lado, durante varios segundos que se prolongaron más de lo normal, no escuchó pasos alejándose.

Silencio.

Luego sí.

Pasos lentos, regulares, alejándose por el camino de piedra.

Ana soltó el picaporte.

Caminó hacia la cocina y echó mano a una de las botellas de vino tinto que les habían regalado, lejos de la mirada inquisitiva de su marido. Desde hacía meses, el alcohol se había convertido en su válvula de escape en los momentos de estrés, algo a lo que recurría para callar el ruido interior cada vez que las emociones la desbordaban. El simple acto de descorchar la botella le producía un extraño placer.

Se sirvió una cantidad generosa, observando cómo el líquido llenaba el cristal con delicadeza. Acercó la copa a su nariz y aspiró profundamente, dejándose embriagar por el aroma a frutas maduras. Con un gesto decidido, se la llevó a los labios y se lo bebió de un solo trago. El calor la invadió de inmediato, llenándola de una sensación reconfortante que se expandió desde su pecho hasta el estómago. Apoyó la copa sobre la mesa y observó cómo una mosca se posaba en el borde del cristal. Ana no la espantó. Hacía rato que había aprendido que en Los Olivos las moscas no se iban: si las espantabas volvían en cuatro segundos al mismo punto, como si supieran que tarde o temprano la mano iba a claudicar.

Se fue al salón y se dejó caer en el sofá. Cerró los ojos tratando de relajarse, pero no podía. La casa estaba en silencio total.

No el silencio de los lugares tranquilos, sino el de los que contienen el sonido de manera activa. No se oía a los niños, dormidos los tres antes de las diez, agotados por el viaje y por todo lo que el viaje significaba. No se oía a Jorge. No se oía el viento. Solo el agua de la fuente del jardín, que llegaba amortiguada por el cristal.

Ana se acercó al ventanal.

El jardín estaba iluminado por focos bajos instalados entre los arbustos, que proyectaban una luz verdosa sobre el césped. La piscina brillaba como un ojo abierto en la oscuridad. Más allá del muro del jardín, el residencial se perdía en las sombras, y solo se distinguían las siluetas de los cipreses recortadas contra el cielo sin luna.

Fue entonces cuando lo vio.

O creyó verlo.

Entre dos cipreses, exactamente en el límite donde la luz de los focos cedía paso a la oscuridad, había una figura. Oscura, quieta, del tamaño de una persona adulta de pie. No se movía. Podría haber sido una sombra proyectada en ángulo equivocado por los focos. Podría haber sido un seto con una forma que el cansancio y la oscuridad distorsionaban. Podría haber sido el vino de una bodega sin nombre.

Ana se quedó inmóvil, con los ojos fijos en esa forma.

La forma no se movió.

Pero tampoco desapareció.

Duró quizás diez segundos. Quizás menos. Luego —sin ninguna explicación aparente— la figura dejó de estar ahí.

No se fue. Simplemente dejó de estar.

Ana apoyó la frente en el cristal frío. Respiró. Pensó en la copa de vino, en las siete horas de carretera, en los ocho meses que llevaba durmiendo mal. Pensó en la señora Meryl, en su sonrisa enorme y en los cuatro segundos que había tardado en moverse.

Apagó las luces.

Subió las escaleras.

Se acostó al lado de Jorge con la ropa puesta.

Encendió el walkie-talkie. Lo dejó sobre la mesita con el volumen bajo, orientado hacia la puerta, y escuchó ese pequeño rumor electrónico que era lo más parecido a la voz de Gonzalo que le quedaba.

No volvió a mirar por la ventana.

Pero tuvo la certeza, mientras se dormía, de que algo fuera la estaba observando.

Las tres de la mañana.

Ana abrió los ojos sin saber por qué. La habitación estaba completamente oscura. Jorge respiraba a su lado con esa profundidad típica del Lorazepam. Un sueño que no era exactamente descanso sino ausencia. Un cuerpo que se había rendido por completo a la química.

El walkie-talkie seguía encendido sobre la mesita.

Y desde la planta baja llegaba un sonido.

Rítmico.

Metálico.

Deliberado.

El sonido inconfundible de un cuchillo sobre una tabla. Alguien cortaba algo en su cocina a las tres de la madrugada del primer día en su nueva casa.

Ana no se movió durante treinta segundos. Los contó. Era un hábito de doce años: cuando el miedo amenaza con tomar el control, contar, respirar y evaluar antes de actuar. Sus instintos le decían que bajara. Su formación le decía que no bajara nunca sola a una habitación donde había un intruso con un arma cortante.

Sus hijos estaban en esa casa.

Sacudió el brazo de Jorge.

—Jorge. Despierta.

Nada.

—Jorge.

Su marido emitió un sonido sordo y se hundió más en la almohada. El lorazepam hacía exactamente lo que se suponía que debía hacer. Ana apretó los dientes. Cogió el jarrón de cerámica de la repisa —un regalo de su madre, pesado, de bordes que podían hacer daño— y salió al pasillo con los pies descalzos.

Bajó las escaleras apoyando cada pie en el extremo del peldaño, donde la madera crujía menos.

El olor llegó antes que cualquier imagen.

Algo rancio y metálico.

La puerta de la cocina estaba entreabierta. La luz fluorescente del interior proyectaba una franja amarillenta sobre el suelo del

pasillo. Ana se pegó a la pared, avanzó hasta el umbral y asomó la cabeza muy despacio.

Había una mujer de espaldas.

Una mujer delgada, con un traje sastre color crema, que tarareaba algo. Una melodía que Ana no reconoció de inmediato pero que le produjo una sensación de familiaridad, como ocurre con las canciones que se aprenden en la infancia sin saber de dónde vienen. La canción parecía flotar en el aire, arrastrando notas largas y quebradas con un tono melancólico que erizaba la piel. Después, cambió el registro y entonó una segunda canción:

—Duérmete ya, que viene el lobo,
cruza la puerta, camina solo.
no digas nada, no mires más,
el que al final te ve, no se va jamás.
Cierra los ojos, no hagas ruido,
si te despiertas, ya te ha oído.
debajo de la cama, detrás del almohadón,
algo respira… sin corazón —canturreaba con ternura.

Cortaba sobre la tabla con movimientos rápidos y precisos. Con una concentración tan absoluta que parecía ajena a todo lo que no fuera esa tarea.

Ana tardó tres segundos en entender que lo que había sobre la tabla no era ningún alimento.

Era su propia mano.

La señora Meryl estaba cortando su propia mano izquierda con la misma parsimonia con que alguien pica cebolla para una ensalada.

Ana pisó la tarima en falso.

El crujido fue pequeño. Suficiente.

El cuchillo se detuvo a medio camino en el aire. La melodía se paró. Meryl giró la cabeza con la lentitud de alguien que emerge de un trance profundo, o de alguien que sabía desde el principio que había otra persona en la cocina y solo estaba esperando el momento adecuado para darse la vuelta.

Sus ojos encontraron los de Ana.

Y con una voz que no tenía nada de la amabilidad empalagosa del portón —aguda, rota—, Meryl gritó:

—¿QUÉ HACES EN MI CASA, PUTA?

Ana retrocedió. Tropezó con una silla. Se sujetó al marco de la puerta.

Los ojos de Meryl estaban desorbitados, el iris contraído hasta el tamaño de un alfiler. Tenía la mano derecha —la que sostenía el cuchillo— extendida hacia Ana. Y la mano izquierda, la que había estado sobre la tabla, goteaba sobre el suelo de cerámica con una regularidad que Ana registró de manera disociada: una mitad de su mente evaluando la amenaza, la otra incapaz de dejar de contar las gotas.

—¡TODO ESTO ES MÍO! ¡LARGÁOS DE MI CASA!

Levantó el cuchillo.

El jarrón de cerámica cayó de las manos de Ana y se rompió en el suelo con un estallido que resonó por toda la casa.

Y entonces Meryl se detuvo.

No fue una pausa. Fue un apagón total. Sus ojos perdieron el brillo, su expresión se borró por completo, y su cuerpo cayó al suelo sin que ningún músculo intentara amortiguar el impacto. Como un árbol. Como algo que ya no tiene voluntad propia.

El cuchillo tintineó sobre el suelo de cerámica.

Ana se quedó en el umbral. No sabía cuántos segundos pasaron. Luego la casa se llenó de ruido: pasos en la escalera, voces, Jorge tropezando con algo en el pasillo, los tres niños llegando en pijama con los ojos muy abiertos.

—¡Mamá! —gritó Claudia—. ¿Qué está pasando?

Jorge miró al interior de la cocina, tardó menos de un segundo en evaluar la situación y empujó el mueble más pesado del pasillo contra la puerta.

—Llamad a la policía —ordenó—. Ahora.

Claudia buscó el teléfono. Marcó el número de emergencias.

Esperó.

La llamada no conectó con ninguna central de emergencias.

Conectó directamente con la garita de entrada del residencial.

—Buenas noches. Al habla Anselmo —dijo la voz grave y pausada del conserje—. ¿En qué puedo ayudarles?

Claudia miró a su madre con el teléfono en la mano y el color completamente ido del rostro. Ana le hizo un gesto para que hablara.

Mientras su hija explicaba lo ocurrido con la voz temblorosa de quien todavía no sabe si lo que ha visto era real, Ana se agachó en el suelo del pasillo. Entre los fragmentos del jarrón roto había algo que brillaba con una luz que no correspondía a lo que la debería producir.

Una llave pequeña. De latón oscurecido. Con una letra N grabada.

La misma letra que en las botellas de vino.

La misma tipografía que en la tarjeta de bienvenida.

Ana la sostuvo en la palma de la mano. No recordaba haberla visto antes de la llegada de Meryl. La trajo ella. La trajo deliberadamente y la dejó aquí, en medio de todo el caos, sabiendo que alguien la encontraría.

Cerró el puño.

Guardó la llave.

El conserje llegó al poco tiempo.

Lo acompañaba un hombre mayor que se presentó como médico residente en el complejo. Entraron con la calma de quien acude a atender una incidencia conocida, no una emergencia. El médico se arrodilló junto a Meryl sin hacer preguntas. Le tomó el pulso. Le examinó los párpados. Le revisó la mano con una eficiencia que no era la de alguien que evalúa una herida sino la de alguien que verifica un estado ya esperado.

El conserje se dirigió a Jorge y Ana con la expresión de quien ha dado esa misma explicación muchas veces y ha aprendido exactamente el tono que hay que usar para que la gente deje de hacer preguntas.

—Lamento profundamente el incidente —dijo el médico, sin que su tono indicara que lo lamentara realmente—. Meryl tiene un

historial psiquiátrico complejo. Cuando abandona la medicación puede experimentar episodios de desorientación grave. En esos estados no sabe dónde está.

Hizo una pausa y le tomó el pulso.

—Conoce este residencial mejor que cualquiera de nosotros —continuó—. Eso, en circunstancias normales, sería útil. En las suyas, no lo es tanto. Le ruego que, si la encuentran de nuevo en su casa, no la confronten. Cierren la puerta de su dormitorio, echen el pestillo y llamen a la garita. Nosotros vendremos enseguida.

—¿Y si esta noche no nos hubiéramos despertado? —preguntó Ana.

El médico la miró. Por primera vez desde que había llegado, la miró directamente a los ojos. Y Ana vio en aquellos ojos grises algo difícil de nombrar. No era miedo ni hostilidad.

Era evaluación.

La misma que ella llevaba haciendo desde que llegaron al residencial.

—Esa es exactamente la pregunta que conviene que se hagan —dijo el médico con una sonrisa fuera de lugar.

El médico y el conserje levantaron a Meryl entre los dos. En ese estado catatónico pesaba menos de lo que debería. Antes de salir, el médico se giró hacia Ana con una expresión que intentaba ser tranquilizadora.

—La mano no tiene daño estructural serio. Parece peor de lo que es.

—¿Sabe por qué se la estaba cortando? —preguntó Ana.

El médico se quedó pensativo.

—Algunas formas de psicosis implican una relación alterada con el propio cuerpo. Le quitará importancia cuando despierte. No recordará nada.

Se fue. La puerta se cerró. El silencio volvió a instalarse en la casa con una naturalidad que resultaba casi obscena dado todo lo que acababa de ocurrir.

Jorge empujó el mueble contra la puerta y se quedó apoyado en él con los ojos cerrados.

—Mañana llamamos a un cerrajero —dijo.

—Mañana encontramos la manera de salir de aquí —respondió Ana.

Silencio.

—No digas tonterías, Ana. Ha sido un accidente —dijo Jorge mientras le ofrecía un abrazo. Y en su voz había algo que a Ana no le gustó: resignación.

Ana abrió la mano. Miró la llave de latón un momento.

La cerró de nuevo.

Cuando los niños y Jorge se acostaron, Ana volvió a la cocina. Quería retirar el cuchillo del suelo antes de que los niños bajaran por la mañana y lo vieran. Encendió la luz. La sangre se había secado en una mancha irregular cerca del fregadero, pero no era eso lo que la detuvo.

Era la pared.

En la pared de la cocina, justo encima del cajón de los cubiertos, alguien había trazado con el dedo manchado de sangre tres líneas paralelas. Cortas. Muy juntas. Como un arañazo de animal.

Reconstruyó la secuencia: la mano cortada, el grito, el momento en que Meryl se había detenido y la había mirado, después la catatonia, los doce minutos hasta que llegó el conserje. Doce minutos en que Ana había estado vigilándola sin apartar los ojos.

No había habido tiempo para que Meryl pintara aquello.

A no ser que ya estuviera ahí cuando bajó Ana.

Ana cogió un trapo, lo mojó y se quedó mirando la pared sin decidirse a borrarla. Al final la borró.

La carta llegó por la mañana deslizándose por debajo de la puerta.

No llamaron al timbre. No golpearon. Cuando Jorge bajó a hacer café a las ocho y media, el sobre estaba ahí, esperando ser encontrado. Pergamino grueso color marfil. La misma caligrafía del contrato.

Los invitaba a reunirse esa misma mañana con los directores del Residencial en la Casa del Mirador, para una bienvenida oficial y

para aclarar cualquier malentendido de la noche anterior.

—Quiero verles la cara cuando les pregunte cómo entró esa mujer en esta casa —dijo Ana cuando Jorge le mostró la carta.

—Ana... —empezó Jorge.

—Y por qué el número de emergencias desvía al conserje. Y por qué la calle por la que entramos ayer no tiene nombre en el GPS.

Jorge la miró e hizo una pausa. Después, se sirvió el café con tranquilidad.

—Vamos a la reunión —dijo finalmente—. Escuchamos lo que tienen que decir. Y luego decidimos.

—Ya he decidido —respondió Ana.

—Ana. —su voz era suave pero firme, la que usaba cuando quería que ella entendiera que también él tenía algo que decir—. Dame esta mañana. Solo esta mañana.

Ana lo miró durante un momento largo. Pensó en la negligencia. En el lorazepam. En cómo Jorge necesitaba creer que esto podía funcionar de una manera que ella ya no podía permitirse.

—Esta mañana —dijo.

Después de comprobar que todo estaba en orden, salieron de la casa a paso ligero, siguiendo las instrucciones escritas en el pergamino.

El camino que llevaba hasta la Casa del Mirador discurría entre setos cuidados y arbustos simétricos. El complejo, a esa hora, tenía algo especial. Solo se oían algunos pájaros y el leve crujido de la grava bajo sus pies.

—Igualito que Madrid —comentó Jorge con ironía, ajustándose la chaqueta—. Hasta el aire parece otro.

Ana asintió con una sonrisa pequeña, observando cómo el sol comenzaba a colarse entre los árboles.

Al girar una esquina del sendero, distinguieron a un matrimonio mayor paseando un caniche blanco, impecablemente peinado y con un lazo rojo en la oreja. Caminaban despacio y sincronizados. Ella vestía un abrigo crema de lana; él una chaqueta azul marino abotonada hasta el cuello. El perro trotaba con la correa floja, eligiendo el camino.

Cuando se cruzaron, Ana les saludó. El matrimonio se detuvo al unísono. Los dos giraron la cabeza al mismo tiempo y la miraron. No respondieron. Solo mantuvieron una sonrisa extrañamente idéntica, como ensayada, y continuaron su paso.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró Ana.

Jorge miró hacia atrás, observando cómo el matrimonio se alejaba sin volverse.

El perro, sin embargo, se detuvo en seco justo antes de perderse entre los setos. Se giró hacia ellos y soltó un pequeño gruñido. La mujer tiró suavemente de la correa y el animal se calmó.

Jorge y Ana se quedaron unos segundos en silencio y continuaron la marcha.

Cuando por fin llegaron a la Casa del Mirador, entendieron el nombre. Desde la pequeña colina en la que se alzaba, el edificio dominaba todo el complejo. Una construcción elegante de líneas sobrias, con ventanales amplios y una galería acristalada en la planta superior.

—Vamos —dijo Ana, acelerando el paso—. Quiero terminar con esto cuanto antes.

La puerta principal era una pesada estructura de madera oscura, con detalles en hierro forjado. Ana levantó la mano para tocar el timbre, pero antes de que pudiera hacerlo, la puerta se abrió.

Los directores eran cuatro, y Ana los evaluó uno a uno mientras Don Santiago los conducía por el vestíbulo de la casa central.

Don Santiago: unos sesenta años, traje gris impecable, gafas finas y cabello castaño peinado con esmero. Una energía corporal excesiva. Demasiadas sonrisas. Era el tipo de persona que parecía estar interpretando un papel. No porque exagerara, sino porque cada gesto parecía estudiado.

Doña Inés: alta, delgada, vestido azul que caía hasta el suelo en pliegues precisos. Ojos de un verde muy claro que se posaron en los de Ana con intensidad. La clase de persona que absorbe más información de la que devuelve.

Don Manuel: bajo, corpulento, calvicie mal disimulada. Chaleco marrón sobre camisa blanca. Ojos pequeños que se entrecerraban en una expresión que oscilaba entre la sonrisa y el desdén sin instalarse en ninguna. Sacó el reloj de bolsillo dos veces en los primeros diez minutos sin mirarlo.

Doña Elvira: la mayor. Setenta años largos. Cabello plateado en un moño perfecto. Voz de quien no la usa con suficiente frecuencia. Arrugas profundas que hablaban de décadas al sol. Era la única de los cuatro que no sonreía, y precisamente por eso era la que más le preocupaba a Ana.

Los cuatro los miraban con una atención que iba más allá de la cortesía. Era la atención de quien contempla algo que ha esperado durante mucho tiempo.

—¡Bienvenidos a nuestro pequeño mundo! —canturreó Don Santiago, estrechando la mano de Jorge con una energía excesiva—. Nos han hablado mucho de ustedes. ¿Es verdad, Ana, que preparas un pastel de manzana que haría llorar de felicidad a cualquiera?

Ana sonrió sin que sus ojos participaran.

—¿Quién les ha contado eso?

—Querida, hoy en día internet no permite secretos —intervino Don Manuel con un gesto despreocupado—. Con unos pocos clics uno puede conocer la historia de cualquiera. Sus logros. Sus ambiciones.

Pausa.

—Sus pérdidas.

Nadie añadió nada durante unos segundos. Don Santiago llenó el silencio con otra sonrisa.

—Pero no estamos aquí para hablar del pasado. ¡Siéntense, por favor!

Los primeros diez minutos los dedicaron a lo de Meryl.

Historial psiquiátrico complejo. Episodios de desorientación cuando abandona la medicación. Supervisión reforzada a partir de ahora. No volverá a ocurrir. Doña Inés lo dijo con el mismo tono que usaría para hablar de una vecina que de vez en cuando riega las plantas ajenas por error. Doña Elvira asintió satisfecha.

—¿Cómo entró en nuestra casa? —preguntó Jorge, por segunda vez en doce horas.

—Meryl conoce este residencial con una profundidad que va más allá de lo normal —respondió Don Santiago—. A veces ese conocimiento la lleva a confundir los límites entre lo suyo y lo de los demás.

—Eso no me convence —dijo Ana.

Los cuatro se miraron. La atmósfera cambió como cuando baja la presión antes de una tormenta.

—No volverá a ocurrir —repitió Doña Elvira. Y en esas cuatro palabras había algo que no era una promesa: era una instrucción dirigida a alguien que parecía no estar en la sala.

Los veinte minutos siguientes fueron las normas del residencial. Silencio después de las nueve. Jardines en orden. Reuniones sociales el último viernes de cada mes. Respeto a los espacios comunes.

Y al final, cuando Jorge y Ana ya se estaban levantando, Doña Elvira añadió casi de pasada:

—El sótano de cada villa tiene áreas de almacenamiento que pertenecen al residencial. Si encuentran algo que no reconozcan, les rogamos que nos lo comuniquen antes de abrirlo o moverlo.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Ana.

—Material de mantenimiento principalmente. Herramientas. Documentación. Nada de importancia.

Pausa larga.

—Les agradecemos su comprensión.

Los acompañaron a la puerta con sonrisas técnicamente impecables.

En el umbral, cuando Jorge y Ana ya estaban fuera, Don Santiago añadió —con el tono de quien recuerda algo a última hora —:

—Llevábamos tiempo esperando a alguien como vosotros.

La puerta se cerró.

Jorge y Ana caminaron en silencio. A su izquierda quedó la villa número cinco. Tenía las persianas bajadas y ninguna señal de vida.

—¿"Alguien como nosotros"? —repitió Jorge en voz baja.

Ana no respondió. Tenía la mano cerrada en el bolsillo, alrededor de la llave de latón. Pensaba en el número de emergencias que desviaba a la garita. En la frase de Don Manuel sobre las pérdidas, dicha con demasiada precisión para ser casual.

Pensaba: saben lo de Gonzalo.

Pensaba: ¿cómo saben lo de Gonzalo?

—Jorge —dijo—. Esta noche necesito que busques Los Olivos en el registro de la propiedad. Quiero saber quién es el titular, cuándo se construyó, si hay alguna licencia de actividad registrada.

—Ana, acabamos de llegar...

—Lo sé. Pero hazlo igualmente.

Jorge asintió al final. Sin convicción. Como quien sigue creyendo que todo tiene una explicación razonable.

Los niños estaban desayunando cuando llegaron.

Lucas tenía el dinosaurio de plástico sobre la mesa y lo miraba fijamente. Mordisqueaba la tostada sin apartar los ojos del esqueleto articulado. Marina se enrollaba un mechón de pelo alrededor del índice de manera mecánica, su manera de estar en un sitio sin realmente estarlo. Claudia miraba el teléfono sin leerlo.

—Buenos días —dijo Ana.

—Ajá —murmuró Claudia.

Marina levantó la vista un segundo y la volvió a bajar.

Lucas fue el único que los miró de verdad, con esa atención sin filtros de los niños pequeños.

Jorge arrastró una silla. Ana se sentó frente a Lucas.

—Queremos pediros algo —empezó Ana—. Hasta que nos acostumbremos a este sitio, necesitamos que estéis siempre juntos. Los tres. Sin ir solos a ningún lado.

—¿Por qué? —preguntó Claudia, con el tono de quien ya sabe que la respuesta no va a ser toda la verdad.

—Ya sabéis que una vecina tuvo un problema anoche —respondió Jorge—. Nada grave, pero preferimos ir con cuidado.

—¿No tenemos ya suficientes problemas? —dijo Claudia.

Silencio.

—Claudia —dijo Jorge.

—Solo pregunto lo que todos estamos pensando.

Marina había dejado de enrollarse el pelo. Miraba a sus padres con esa atención que siempre le había parecido a Ana la más difícil de manejar: la de alguien que no interrumpe, pero no se pierde ni una sílaba.

—No es para asustaros —dijo Ana—. Es temporal.

Marina asintió. Claudia rodó los ojos, pero asintió también.

Y entonces Lucas dejó el dinosaurio sobre la mesa, muy despacio, con una delicadeza extraña. Levantó los ojos. Y preguntó, con la voz tranquila:

—¿Y vosotros dos también vais a estar siempre juntos?

El silencio que siguió duró lo suficiente para que todos en la cocina entendieran que nadie tenía respuesta para eso.

Lucas volvió a mirar el dinosaurio. Lo enderezó con un dedo.

Mordió la tostada.

3 EL SILENCIO DEL OTOÑO

Teresa González ya conocía el sonido que emiten los hospitales por la noche.

Lo había aprendido en dieciocho años de enfermería: ese silencio que no es silencio, ese rumor de fondo compuesto de monitores, respiraciones y pasos amortiguados que se filtran por las paredes y se instalan en el cuerpo. Sabía distinguir el pitido de una alarma benigna del que exigía correr. Sabía qué significaba cada variación en el ritmo de las pantallas sin levantar la vista. El hospital era su idioma nativo, el único en el que se sentía completamente segura.

Por eso no entendía por qué esa noche, mientras recorría el pasillo de la tercera planta rumbo a la salida, los pies no le respondían con normalidad.

Se detuvo frente a la puerta de la habitación 302.

Dentro estaban sus hijos. Sonia, diecisiete años, velando a Eduardo, de nueve, que llevaba dos días ingresado por una infección de garganta que en otro niño habría sido un contratiempo menor pero que en Eduardo —con su corazón demasiado pequeño y sus pulmones prematuros— requería supervisión constante. Teresa había organizado los turnos con la precisión obsesiva de quien sabe que un descuido puede tener consecuencias permanentes. Esta noche le tocaba a Sonia.

Sonia era responsable. Era la persona en la que Teresa más confiaba de todas las que conocía. Más que en la mayoría de los adultos de su vida.

Aun así, apoyó la palma de la mano en la puerta sin llegar a empujarla. Desde dentro llegaba el pitido regular del monitor cardíaco de Eduardo, constante, tranquilizador. Llegaba la respiración pausada de un niño dormido. Llegaba el pequeño sonido de una revista pasando páginas.

Todo en orden.

Todo exactamente como debía estar.

Teresa tenía cuarenta y cuatro años y había aprendido en cuatro décadas de vida a distinguir la intuición del miedo. La intuición era específica: señalaba algo concreto, tenía una dirección. El miedo era difuso, se expandía hacia todo y no servía de guía, sino que paralizaba.

Lo que sentía esa noche frente a la puerta de la habitación 302 no era miedo.

Era intuición.

Pero no tenía objeto. No había nada específico a lo que señalar. El monitor pitaba. Sonia leía. Eduardo dormía.

Teresa retiró la mano de la puerta y siguió caminando hacia la salida.

Solo miró atrás una vez.

Sonia oyó los pasos de su madre alejarse por el pasillo y sintió que algo se reajustaba en su interior, una tensión que no había reconocido como tal hasta que desapareció.

Estaba bien. Podía con esto.

Volvió a la revista —una de cotilleos que había cogido de la sala de espera sin que su madre la viera, porque su madre tenía opiniones muy firmes sobre la prensa rosa— y se acomodó en la butaca al lado de la cama de Eduardo. La única luz encendida era la pequeña lámpara de cabecera, que proyectaba un círculo dorado sobre el rostro dormido de su hermano. Tenía la boca ligeramente abierta. Tenía ese gesto de rendición total que solo tienen los niños cuando duermen de verdad, sin reservas.

Sonia lo miró un momento.

Nueve años. Dos ingresos este año. Un corazón que los médicos describían con adjetivos que ella entendía a medias y que su madre entendía del todo. Eduardo no lo sabía, o quizás sí lo sabía y había decidido no mencionarlo, que venía a ser lo mismo en alguien de nueve años con su capacidad de absorber las cosas difíciles sin que le cambiara el gesto. Era el niño más sereno que Sonia había conocido. El menos dado al drama. El que ante cualquier situación nueva preguntaba qué hay que hacer en lugar de qué va a pasar.

Le apartó un mechón de la frente con cuidado de no despertarlo.

Volvió a la revista.

Las luces del pasillo se apagaron a las once, como cada noche, dejando solo las de emergencia: esa luz anaranjada y tenue que convertía los hospitales en lugares que se parecían a sí mismos, pero con algo ligeramente diferente, como un cuadro colgado un centímetro torcido.

Sonia no le prestó atención.

Siguió leyendo.

Fue a las once y veinte cuando lo oyó por primera vez.

Un sonido en el pasillo. No eran pasos —Sonia habría pensado en la enfermera o el celador de la ronda— sino algo diferente. Algo entre el arrastre y el roce, como un desplazamiento por el suelo de linóleo. Con pausas. Con la cadencia específica de algo que no se mueve de manera mecánica, sino que elige cuándo detenerse.

Lo oyó y dejó de leer.

Esperó.

Silencio.

El monitor de Eduardo pitaba con su ritmo constante. Eduardo dormía. La revista seguía abierta en su regazo con la misma foto de la misma actriz que llevaba diez minutos sin ver.

Nada.

Sonia exhaló. Se dijo: hospital de madrugada, limpiador con una fregona, mil explicaciones posibles. Se dijo que llevaba demasiadas horas despierta y que el cansancio hace cosas raras con los sonidos.

Estaba volviendo a la revista cuando lo oyó de nuevo.

Más cerca.

Y esta vez con algo adicional: una pausa larga, deliberada, exactamente frente a la puerta de la habitación 302.

Sonia se quedó inmóvil en la butaca. Miró la puerta —entreabierta, como la dejaba su madre siempre, para que el aire circulara. La rendija dejaba ver un fragmento de pasillo: el suelo, la

parte baja de la pared, la luz anaranjada de emergencia proyectando una sombra.

Una figura humana que no se movía.

Sonia se levantó despacio, sin hacer ruido, y fue hasta la puerta. La abrió del todo de un solo movimiento, rápido, sin titubeos.

El pasillo estaba vacío.

La luz de emergencia. El suelo brillante. Las puertas cerradas de otras habitaciones. La estación de enfermería al fondo, desierta a esa hora. El carro de las medicaciones aparcado junto a la pared.

Nada.

Sonia miró en ambas direcciones. Luego miró hacia abajo y vio algo en el suelo frente a la puerta que no había estado ahí antes: una marca de humedad. Un rastro que llegaba desde el extremo más sombrío del pasillo —donde las luces de emergencia no llegaban del todo— y terminaba exactamente en el umbral de la habitación 302.

Como si algo hubiera llegado hasta allí y se hubiera detenido a esperar.

Sonia entró de nuevo. Cerró la puerta. Esta vez del todo, hasta escuchar el clic del cierre.

Se sentó en la butaca y cogió la mano de Eduardo.

Cálida. Regular. En su sitio.

Bien, se dijo. Todo bien.

La voz llegó a las doce y cuarto.

No desde el pasillo. Desde dentro de la habitación.

Sonia oyó su nombre pronunciado con una inflexión que no pertenecía a nadie que conociera. No era la voz de su madre ni la de ninguna enfermera. No era una voz adulta. Tenía un timbre más joven, pero distorsionado.

Sonia se quedó inmóvil.

Eduardo dormía. El monitor pitaba. La lámpara proyectaba su círculo dorado. Todo exactamente igual que antes excepto por la voz que había pronunciado su nombre desde ninguna parte identificable.

—¿Hola? —dijo en voz muy baja, sintiéndose inmediatamente estúpida por haberlo dicho.

Silencio.

El tipo de silencio que tiene más presencia que el ruido. El silencio de algo que escucha.

Sonia miró alrededor de la habitación con meticulosidad: el armario cerrado, la ventana con las persianas bajadas, el cuarto de baño cuya puerta estaba entreabierta y cuyo interior —lo comprobó levantándose muy despacio— estaba vacío. La habitación era lo que era: cuatro paredes, una cama, una butaca, una lámpara, los monitores de Eduardo y ella.

Nada más.

Se sentó de nuevo. Cogió la mano de Eduardo. Pensó: es la una menos cuarto de la madrugada en un hospital, llevas seis horas despierta, has leído durante horas bajo una lámpara pequeña, tu cerebro está haciendo lo que hacen los cerebros cuando están al límite.

Pensó todo eso y se lo creyó casi del todo.

Fue el casi lo que la mantuvo despierta.

A las dos de la mañana, Eduardo abrió los ojos.

Sonia lo vio porque no había conseguido dormirse. Estaba en la butaca con los ojos abiertos y la revista abandonada en el suelo cuando el monitor de Eduardo emitió una variación —un cambio en el ritmo que Sonia no habría sabido interpretar pero que su cuerpo interpretó antes que su mente— y su hermano abrió los ojos.

Los ojos de Eduardo miraron al techo.

Luego la miraron a ella.

Y Sonia supo, con una certeza que no pasaba por ningún proceso racional, que los ojos que la miraban no eran los de su hermano.

No del todo.

Tenían su forma. Tenían su color —ese marrón oscuro que había heredado de su padre y que a veces, con determinada luz, parecía casi negro. Pero había algo en la manera en que miraban, en la ausencia de parpadeo, como los ojos de alguien que ha aprendido a imitar la mirada humana pero no ha terminado de entender para qué sirve.

—Sonia —dijo Eduardo. La voz sí era la suya. Eso era lo peor: la voz era exactamente la suya, con su ronquera de niño que ha estado enfermo y su cadencia de nueve años—. No te muevas.

Sonia no se movió.

No porque obedeciera. Porque no podía.

—¿Eduardo? —susurró.

Su hermano no respondió. Siguió mirándola con esa fijeza sin parpadeo. Luego, muy despacio, giró la cabeza hacia la ventana. Parecía que le estuvieran hablando desde el otro lado de las persianas.

El monitor emitió otro cambio de ritmo.

Sonia intentó levantarse de la butaca. Intentó moverse hacia el timbre de llamada que estaba junto a la cama de Eduardo, el botón rojo que haría venir a una enfermera en menos de treinta segundos. Intentó hacer cualquiera de las cosas que la lógica le indicaba que debía hacer.

No pudo.

No era que sus músculos no respondieran. Era que algo en la habitación había cambiado: el aire pesaba más.

La lámpara parpadeó.

Una vez.

Dos.

Se apagó.

La oscuridad no fue total.

La luz anaranjada de emergencia seguía filtrándose por la rendija de la puerta, suficiente para ver contornos, suficiente para que Sonia pudiera distinguir la silueta de su hermano incorporándose.

Eduardo se sentó en el borde de la cama y puso los pies en el suelo.

Miró a Sonia.

Y entonces ella lo vio. Lo que había detrás de su hermano, lo que había estado en la habitación desde antes de que la lámpara se apagara, lo que había estado esperando con paciencia.

No era una figura completa. Era más bien una zona de la oscuridad que era diferente al resto. Tenía una forma vagamente

vertical. Tenía algo que podría haber sido un contorno de hombros, de cabeza. Y tenía —esto era lo que le heló la sangre a Sonia de una manera que ninguna otra cosa de esa noche había conseguido— algo que podría haber sido una mano, extendida hacia Eduardo desde detrás, con los dedos rozando los hombros del niño con delicadeza.

Como un adulto que guía a un niño.

Como alguien que ya lo conoce.

Como alguien que lleva tiempo esperando.

—Eduardo —logró decir Sonia. Un susurro. Lo único que le salió—. Eduardo, ven aquí.

Su hermano la miró.

Y sonrió.

No era la sonrisa de Eduardo. Era la forma correcta de la sonrisa de Eduardo —los mismos músculos, los mismos dientes, el mismo hoyuelo en la mejilla izquierda— pero vacía de lo que la hacía suya. Como una máscara perfecta llevada por alguien que ha estudiado el original pero que no ha podido replicar lo que hay dentro.

—Ya no tengas miedo —dijo, con la voz de Eduardo—. Ya no dolerá más.

La densidad oscura detrás de él se expandió por toda la habitación.

Sonia abrió la boca para gritar.

Teresa González llegó al hospital a las siete de la mañana.

Había dormido cuatro horas, lo cual era dos más de lo habitual en los últimos meses. Había dejado en el mostrador de recepción los bollos que compraba cada miércoles para el turno de noche, había saludado a la enfermera jefe con el gesto de quien comparte un idioma privado, y había subido por las escaleras hasta la tercera planta.

La puerta de la habitación 302 estaba abierta de par en par.

Teresa se detuvo en el pasillo.

Desde fuera podía ver la cama de Eduardo: vacía, las sábanas revueltas, el monitor desconectado. Podía ver la butaca volcada. Podía ver la revista en el suelo, abierta, con las páginas arrugadas.

No podía ver a Sonia.

No podía ver a Eduardo.

Teresa entró en la habitación con la lentitud de quien sabe que lo que va a encontrar al dar el siguiente paso va a cambiar algo de manera permanente. Comprobó el cuarto de baño. El armario. El espacio bajo la cama —lo hizo, se agachó y miró bajo la cama como no había hecho desde que era niña— y encontró solo el linóleo frío y una pelusa de polvo en la esquina.

Gritó el nombre de su hija.

Gritó el nombre de su hijo.

Nadie respondió.

La enfermera jefa llegó enseguida. La policía, en veinte minutos. El hospital entero en una hora. Registraron cada habitación, cada armario, cada rincón de la tercera planta y luego de las otras plantas. Bajaron al sótano, a los aparcamientos y salieron a los jardines. Revisaron las grabaciones de las cámaras de seguridad, que mostraban el pasillo de la tercera planta desde las once de la noche hasta las siete de la mañana sin ninguna interrupción, sin ningún corte, sin ningún visitante no autorizado.

Las cámaras no mostraban a nadie entrando ni saliendo de la habitación 302.

Solo mostraban el pasillo solitario durante ocho horas y luego a Teresa llegando.

Como si sus hijos hubieran dejado de existir en algún momento entre las once de la noche y las siete de la mañana sin necesitar para ello ninguna puerta, ningún pasillo, ningún espacio físico por el que desaparecer.

El inspector que llevó el caso se llamaba Antonio Ferrer. Tenía treinta y dos años y hacía seis que trabajaba en la brigada de personas desaparecidas de la Policía Nacional en Marbella.

Era un buen investigador. Metódico, paciente, con esa capacidad de sostener la incertidumbre durante semanas sin necesitar resolverla antes de tiempo. Había cerrado catorce casos en

seis años. Había aprendido que las desapariciones tienen casi siempre una explicación, y que esa explicación es casi siempre humana: fuga voluntaria, violencia doméstica, accidente no reportado, y en los peores casos, algo que a él no le gustaba nombrar.

El caso de los González era diferente.

No en los hechos, que eran suficientemente extraños: dos personas desaparecidas de una habitación de hospital vigilada por cámaras sin que las cámaras registraran su salida. Eso era raro. Pero había explicaciones para lo raro: manipulación de las grabaciones, puntos ciegos en la cobertura de cámaras, corrupción en el sistema de archivado. Ferrer las había investigado todas.

Lo que hacía diferente este caso era la madre.

Teresa González no era una madre desesperada que buscaba culpables. Era una enfermera de dieciocho años de experiencia que describía lo ocurrido con la precisión clínica de quien ha aprendido a observar. No lloraba durante los interrogatorios. No exageraba. No inventaba. Describió su intuición frente a la puerta, el sonido en el pasillo, la marca de humedad que la enfermera del turno de noche había visto después y que Ferrer había comprobado personalmente en la fotografía forense antes de que alguien la fregara.

Esa marca.

Lo que la enfermera del turno de noche había visto en el linóleo del pasillo a las siete y cinco de la mañana, cuando todavía faltaban diez minutos para que llegara Teresa.

Una marca de humedad. Larga, irregular, como un arrastre.

Que no llegaba a la puerta de la habitación 302 desde el pasillo, sino que salía de ella y terminaba en el centro del corredor. Sin llegar a ninguna salida, sin llegar a ninguna escalera, sin llegar a ningún lugar al que un cuerpo humano pudiera haber ido.

Como si algo hubiera arrastrado a dos personas hasta el centro del pasillo y luego hubiera desaparecido llevándoselas hacia arriba.

O hacia abajo.

La enfermera no lo incluyó en su declaración. No porque quisiera ocultarlo sino porque, en el momento en que intentó

describirlo, se dio cuenta de que no había palabras para hacerlo de una manera que sonara a algo que debía ser tomado en serio.

Fregó el suelo ella misma.

No volvió a mencionar la marca.

Pero tampoco la olvidó.

En cuatro meses de investigación, Ferrer habló con cuarenta y siete personas. Revisó doscientas veces las grabaciones. Analizó el historial médico completo de Eduardo. Investigó los antecedentes de cada persona que había tenido acceso a la tercera planta esa noche.

No encontró nada.

Cerró el caso con la clasificación que el lenguaje burocrático reservaba para las cosas que no tienen explicación.

Pero antes de archivarlo, escribió en la última página del expediente, con su propia letra una sola frase:

No logro comprenderlo. La marca de humedad sale de la habitación. Nada ni nadie entra.

Luego cerró el expediente.

Llevaba treinta años sin abrirlo. Pero en todos esos años, cada vez que un caso nuevo le traía ese mismo olor —el olor de algo que no tiene explicación dentro de los límites de lo explicable— recordaba la habitación 302 del Hospital San Juan de Dios de Marbella.

La investigación policial duró cuatro meses.

Teresa González siguió trabajando en el hospital San Juan de Dios durante dieciséis años más.

Pidió el traslado a otra planta. Se lo concedieron.

Nunca volvió a subir a la tercera.

Pero en las noches en que se quedaba a hacer el turno doble —lo cual ocurría más a menudo de lo que le convenía para distraerse — a veces, cuando el hospital se quedaba en ese silencio de madrugada que ella conocía mejor que nadie, creía escuchar algo.

No eran voces ni pasos.

El sonido de un monitor cardíaco. Constante, regular, inconfundible.

El ritmo cardíaco de Eduardo.

Siempre en la habitación 302.

Siempre a las dos de la mañana.
Siempre solo durante treinta segundos exactos, y luego nada.
Teresa nunca subió a comprobarlo.

Edición del 17 de noviembre de 1980

MARBELLA INFORMACIÓN

EL PERIÓDICO DE LA COSTA DEL SOL



DESAPARICIÓN DE DOS MENORES EN LA HABITACIÓN 302

UNA MADRE, UNA HIJA Y UN NIÑO INGRESADO DESAPARECEN SIN DEJAR RASTRO EN UN HOSPITAL DE MARBELLA

El Hospital San Juan de Dios de Marbella se ha convertido en escenario de uno de los casos más inexplicables registrados en la provincia. Sonia González, de 17 años, que acompañaba a su hermano Eduardo, de 9, ingresado por una infección de garganta, desaparecieron durante la madrugada del martes al miércoles sin que las cámaras de seguridad registraran su salida.

La madre, Teresa González, enfermera del centro, llegó a las 7:00 horas encontrando la habitación 302 vacía y en desorden, con el monitor desconectado y ningún signo de violencia o salida forzada.

La investigación, dirigida por el inspector Antonio Ferrer de la Brigada de Personas Desaparecidas de Málaga, no ha hallado hasta el momento evidencia alguna que aclare lo ocurrido. Las grabaciones muestran el pasillo vacío durante toda la noche. Sin embargo, una marca de humedad en el linóleo del pasillo, que salía desde la habitación y terminaba en el centro del corredor, ha llamado poderosamente la atención.

El caso permanece abierto y la familia pide colaboración ciudadana. Cualquier información puede ser comunicada de forma confidencial en dependencias policiales.

4 BRUM, BRUM

Claudia salió por la puerta trasera cuando sus padres llevaban diez minutos en silencio en el salón.

No fue un impulso. Fue una decisión tomada con la misma lógica con la que tomaba casi todas sus decisiones. Al menos desde que había aprendido que los impulsos dejaban rastro y el rastro daba pie a conversaciones que no quería tener. Había esperado a que la conversación entre sus padres —la que podía escuchar a medias desde el pasillo, esa mezcla de palabras cuidadosas y silencios elocuentes— se apagara. A que cada uno se quedara mirando un punto distinto de la misma habitación.

Entonces salió.

El aire de la tarde era cálido y seco, con ese olor a tierra caliente que tiene el interior de Murcia en junio y que no se parecía

a nada que Claudia hubiera olido antes. Madrid olía a asfalto, a escape y a cocido. Esto olía diferente. No supo si le gustaba.

Caminó sin dirección precisa, disfrutando la sensación de no tener que justificarse ante nadie. Era la primera vez desde que salieron de Madrid que estaba fuera del coche, fuera de la casa, fuera del campo de visión de sus padres. El residencial estaba en silencio, como cuando llegaron. Los senderos de piedra caliza serpenteaban entre los jardines bien cuidados y las fachadas blancas que devolvían el calor de la tarde. Nadie en las terrazas. Nadie en los jardines. Solo Claudia caminando y el sonido de sus propias pisadas.

Fue entonces cuando se fijó en los nombres de las calles.

Letreros pequeños, pintados en un tono apagado con un tipo de letra anticuado que no pegaba con el diseño moderno del residencial. Carteles de otro sitio y de otra época, traídos hasta allí por alguien que no había reparado en el contraste. Claudia se detuvo frente al primero: Calle del Olvido. Siguió andando. Avenida de las Lágrimas. Dobló una esquina. Pasaje de la Agonía.

De pronto, atravesó una nube de mosquitos al cruzar el camino junto al canal de riego. Se golpeó el brazo con fuerza y se miró la palma: una mancha oscura, una pata todavía moviéndose. Se la limpió en la falda y sacó el teléfono.

Llamó a Javier, su mejor amigo desde los doce años y la única persona en su vida que nunca le pedía que fuera de otra manera. No más optimista, no más comprensiva, no más nada. Le cogió al segundo tono, como siempre.

—¿Cómo va el destierro? —preguntó él, con ese tono suyo que conseguía que las cosas malas sonaran manejables.

—Raro —dijo Claudia—. No hay nadie. Da yuyu, la verdad.

—Igual son todos vampiros y salen de noche.

—No descarto nada.

Sonrió. Era la primera vez que sonreía desde Madrid.

Estaba doblando otra esquina, con el teléfono en la oreja y la guardia un poco más baja que hacía diez minutos, cuando lo vio.

En el porche de una de las villas, sentado en el último escalón con los codos sobre las rodillas, había un hombre joven. Treinta

años, quizás algo menos. Tenía el cabello rojizo y revuelto, la complexión ancha, los rasgos redondeados que Claudia reconoció de inmediato. En las manos sostenía un coche de juguete, uno de esos de metal con la pintura desgastada de tanto uso, y lo hacía avanzar despacio sobre el escalón mientras producía un sonido con la boca.

—Brum, brum.

Bajo, regular, completamente absorto.

Claudia se detuvo.

—Javi, espera —dijo en voz baja—. Hay alguien aquí.

Se acercó despacio, sin querer asustarlo. El hombre no levantó la vista. Seguía con el coche, con su sonido, con esa concentración total de quien está en un lugar que le pertenece y no necesita justificarlo ante nadie.

—Hola —dijo, deteniéndose a un metro de distancia—. ¿Te gustan los coches?

El hombre levantó los ojos.

Y entonces su expresión cambió: primero la sorpresa, luego el reconocimiento —como si la hubiera visto antes en algún lugar que ella no recordaba— y, por último, una carcajada. Alta, seca, que salió de algún lugar profundo y resonó entre las fachadas blancas del residencial.

Claudia dio un paso atrás.

La carcajada se convirtió en otra cosa. En un sonido opuesto a la risa: agudo, sostenido, el sonido de alguien que tiene miedo o que de repente ha visto algo que los demás no pueden ver.

Las puertas se abrieron. Se escucharon pasos apresurados desde el interior de la villa. Voces.

—¡Claudia! ¿Sigues ahí? —preguntó Javier desde el teléfono.

—Sí —dijo ella—. Tengo que dejarte.

Colgó. El hombre seguía gritando, encogido sobre sí mismo en el escalón, mientras dos mujeres mayores se acercaban desde la puerta de la villa. No miraban al hombre. Miraban a Claudia. Vigilantes.

Claudia se dio la vuelta y echó a andar de vuelta a casa, primero despacio para no parecer que huía, luego más rápido porque le daba igual parecerlo.

No miró atrás.

Pero tuvo la certeza de que las dos mujeres seguían mirándola hasta que dobló la esquina.

Marina encontró el diario por culpa de un gato.

O eso fue lo que le contó después a su madre. En realidad, no sabía si el gato la había llevado hasta allí o si ella habría llegado sola de todos modos, porque llevaba veinte minutos en el jardín trasero mirando los arbustos del fondo con esa sensación de que había algo que debía encontrar, sin saber todavía qué ni dónde.

El gato apareció de entre las macetas sin hacer ruido, como hacen los gatos. Blanco, con los ojos de un verde muy oscuro que la miraron un momento antes de que el animal se diera la vuelta y se adentrara en la zona más densa del jardín. Marina lo siguió. No porque creyera que el gato la llevaba a ningún sitio en particular, sino porque seguir a un gato era una razón tan buena como cualquier otra para ir en esa dirección.

El animal se detuvo junto a un pequeño montículo de tierra entre dos arbustos. Se sentó. Miró a Marina.

Marina se agachó y apartó las ramas. La tierra allí era diferente: más suelta, más oscura, como removida hace no mucho tiempo. Empezó a apartar tierra con las manos.

Encontró la caja a unos diez centímetros de profundidad.

Era de metal, del tamaño de una caja de zapatos, oxidada y abollada en una esquina con restos de pintura azul que debía haber sido brillante en otra época. La abrió con cuidado. Dentro, envuelto en un trozo de plástico que lo había protegido de la humedad, había un cuaderno.

Cubierta de tela verde. Páginas llenas de letra manuscrita apretada, con márgenes llenos de notas y pequeños dibujos: croquis de algo que parecía una excavación, esquemas de objetos que Marina no reconoció, fechas y coordenadas. El tipo de cuaderno que lleva alguien que trabaja sobre el terreno y necesita registrar todo lo que ve porque sabe que los detalles importan.

Un nombre se repetía en los encabezados de cada página.

Elisabeth Varla.

Marina pasó las páginas despacio. La letra era pequeña y precisa, la de alguien acostumbrado a escribir en condiciones difíciles. Las entradas tenían fecha, pero no año, lo cual resultaba extraño. Hablaban de una excavación en algún lugar que no se nombraba directamente, solo se llamaba el sitio. Hablaban de un hallazgo. Hablaban de algo que Elisabeth Varla había encontrado y que claramente no esperaba encontrar, porque el tono de las primeras entradas era el de la excitación profesional y el de las últimas era algo completamente diferente.

Marina no llegó a leer esas últimas páginas. Escuchó la voz de sus padres y cerró el cuaderno.

Lo envolvió de nuevo en el plástico, lo metió en la caja y la abrazó contra el pecho mientras cruzaba el jardín.

El gato había desaparecido.

Marina miró por última vez el lugar donde había estado sentado y entró.

Ana y Jorge habían estado sentados en el sofá del salón durante un rato sin hablar.

No era el silencio cómodo de dos personas que se conocen lo suficiente para no necesitar llenar el aire con palabras. Era el otro silencio. El que se instala entre dos personas cuando hay demasiadas cosas que decir y ninguna de ellas es agradable.

Jorge fue el primero en levantarse.

—Ven —dijo.

—¿A dónde?

—Fuera. Solo un momento.

—Los niños...

—No iremos lejos.

Ana lo miró. Estaba a punto de decir que no, que había demasiadas cosas pendientes, que el residencial le parecía lo último que quería explorar en ese momento. Pero Jorge tenía una expresión que no había visto desde hacía meses. Una pequeña chispa en los ojos.

Se levantó.

Caminaron dos manzanas por una calle secundaria entre villas idénticas hasta que Jorge se detuvo junto a un garaje comunitario.

Apoyadas contra la pared había dos bicicletas blancas con cestas de mimbre. Viejas, pero en buen estado, con los neumáticos bien inflados y el manillar sin óxido.

Ana se quedó mirándolas.

—Si me caigo, será tu culpa —dijo.

—¿Y cuándo no lo es? —respondió él.

No era un chiste especialmente bueno. Pero Ana se rió, y fue una risa real, de las que salen antes de que uno pueda decidir si son apropiadas o no. Jorge la miró con esa expresión que ella recordaba de hace mucho tiempo, de antes del quirófano, de Gonzalo y de todo lo que había venido después. Por un instante los problemas desaparecieron.

Pedalearon torpemente entre las casas, eligiendo los senderos más anchos, sin hablar mucho. El sol bajó y la luz se volvió más dorada, del tipo que suaviza los ángulos y hace que los lugares parezcan más amables de lo que son.

Al doblar una curva, Ana frenó en seco.

Al fondo del sendero, colgado de la rama gruesa de un olivo viejo y torcido, había un columpio. Solo una tabla y dos cuerdas, pero la inclinación del árbol, el ángulo de las cuerdas, la forma en que la luz llegaba exactamente desde detrás y hacía que todo brillara con ese tono específico de las tardes de verano...

Era casi idéntico al árbol junto al río donde Jorge y ella se habían dado su primer beso con dieciséis años.

—No puede ser —murmuró.

—Te dije que te gustaría —dijo Jorge, en voz baja.

Se sentaron en la hierba, codo con codo. Ana apoyó la cabeza en el hombro de Jorge y cerró los ojos un momento. Sintió el calor de su cuerpo, ese calor familiar que conocía mejor que cualquier otra cosa y que en los últimos meses había dejado de buscar porque buscar implicaba la posibilidad de no encontrar.

Jorge giró la cara hacia ella.

Ana desvió la suya, con suavidad. Como quien protege algo frágil.

—Despacio —dijo—. ¿Vale?

Él tragó saliva. Asintió y forzó una sonrisa.

—Debemos volver —dijo Ana, al cabo de un rato.

—Sí, tienes razón —respondió Jorge.

Se levantaron, devolvieron las bicicletas y caminaron de vuelta a la villa Aurora sin hablar. Ahora el silencio era diferente al de antes. No más cómodo, exactamente. Pero sí distinto. Algo que llevaba mucho tiempo bloqueado se había movido apenas un centímetro. Lo suficiente para recordarles que todavía podía moverse.

Cuando llegaron a la villa, la puerta trasera estaba abierta.

—¿La dejaste así? —preguntó Ana.

—No —respondió Jorge con rotundidad.

Entraron. El vestíbulo estaba en silencio. En el suelo, entre la puerta trasera y el pie de las escaleras, había unas huellas húmedas. Pequeñas, del tamaño del pie de un niño, que llegaban desde el jardín y subían por los escalones.

—Son de Lucas —dijo Jorge, agachándose.

Ana ya estaba subiendo.

La puerta de la habitación de Lucas estaba entreabierta. Desde dentro llegaba un sonido que Ana tardó un segundo en identificar porque no esperaba escucharlo ahí, en ese contexto, a esa hora de la tarde.

Era una melodía. Tarareada en voz muy baja, con la concentración distraída de quien canta sin darse cuenta de que canta.

Era la misma melodía que había escuchado tararear a Meryl en su cocina a las tres de la madrugada.

Ana empujó la puerta.

Lucas estaba sentado en la cama con las piernas cruzadas, mirando la pared frente a él. La habitación estaba a oscuras salvo por la luz que entraba del pasillo. El dinosaurio de plástico estaba en el suelo, a sus pies, colocado de manera precisa.

—Lucas —dijo Ana.

El niño dejó de tararear. Giró la cabeza hacia ella lentamente, con el fastidio de quien ha tenido que interrumpir algo importante.

—Hola, mami.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Ana, mirando alrededor de la habitación vacía.

Lucas dudó un momento. Luego respondió con naturalidad.

—Con Samanta.

—¿Samanta?

—Mi amiga. —dijo, con el tono de quien da la explicación más evidente del mundo—. Vive aquí. Dice que llevaba mucho tiempo esperando que llegara alguien con quien jugar.

Ana sintió un escalofrío por su espalda.

—¿Y dónde está Samanta ahora? —preguntó.

Lucas miró hacia un rincón de la habitación, el que quedaba fuera del ángulo de la luz del pasillo.

—Ahí —dijo.

Ana miró al rincón.

No había nadie.

Solo sombra y la pared.

—¿Qué canción es esa que estabas tarareando? —preguntó, controlando el tono.

Lucas frunció el ceño levemente, extrañado.

—No lo sé. Me la ha enseñado Samanta. Es su favorita.

De repente, se escuchó un ruido dentro del armario.

Ana se acercó al mueble, apoyó su mano temblorosa sobre el pomo y aguantó el aliento. Luego tiró de la puerta con un movimiento brusco.

Nada. Solo oscuridad.

De repente, una figura apareció detrás de ella. Ana dio un pequeño grito.

—¡Joder, Jorge! —dijo, llevándose una mano al pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó él, alarmado.

Ana no respondió de inmediato. Seguía mirando dentro del armario.

—No lo sé… he tenido la sensación de que…es igual.

Jorge le puso una mano en el hombro. Un gesto que decía: tranquila, es un niño de siete años con una amiga imaginaria, esto es normal.

Ana asintió.

Claudia se encerró en su dormitorio. Lo sucedido en el porche seguía dando vueltas en su cabeza. Pensó en contárselo a sus padres, pero lo descartó. Bastante raro era ya todo como para añadir más leña al fuego. Y, sinceramente, sabía lo que iban a decir: que tenía demasiada imaginación.

Se tomó un segundo para respirar hondo, cerrar los ojos y olvidar todo lo que tuviera que ver con el residencial. Pero entonces llamaron a la puerta. Unos golpecitos cortos que no se rendían. Era Marina. Podía reconocer el ritmo indeciso de esos nudillos que tanteaban en espera de una respuesta. Desde el pasillo, se coló una voz tímida:

—Clau, ¿puedo entrar?

Claudia se quedó en silencio. No sabía como describir lo que sentía en ese momento: culpa, pero también una distancia que no lograba averiguar cuando empezó. Recordó cuando Marina la seguía a todas partes. La admiraba sin reservas, copiando todo lo que hacía, cada palabra, cada gesto. Era su sombra, siempre cerca. Pero cuando Claudia cumplió trece años, algo cambió. De repente, sintió la necesidad de estar sola. Se empezó a alejar de su hermana sin razón aparente, buscando consuelo en nuevos amigos y en cosas que no la incluían. Y Marina, aunque no lo entendiera, se quedó atrás. Con el tiempo, se abrió una brecha entre ellas, una distancia que relucía en los pequeños comentarios y miradas.

—Claudia, por favor... —insistió Marina desde el otro lado de la puerta. Su voz estaba cargada de un anhelo que Claudia conocía bien.

—No, Marina. Estoy ocupada —respondió Claudia, con tono cortante.

Claudia sintió el silencio al otro lado de la puerta. Sabía que había vuelto a perder la oportunidad de acercarse a su hermana, de intentar arreglar las cosas.

Marina se fue en silencio, llevando consigo las mismas preguntas sin respuesta que le habían estado atormentando durante años.

Claudia, al escuchar cómo los pasos de su hermana se alejaban, dejó que una lágrima se le escapara. Decidió quedarse en su habitación, acurrucada en la cama. Volver a empezar, a reparar lo que ya estaba roto, era superior a sus fuerzas.

Ana hizo la paella con los ingredientes que habían traído de Madrid y con esa concentración específica de quien necesita tener las manos ocupadas.

Los niños llegaron a la mesa de uno en uno.

Lucas primero, con los hombros caídos, la mirada en el suelo y el dinosaurio apretado en el puño. Ana se agachó y le pasó la mano por la mejilla. Él asintió sin decir nada.

Claudia después, con los ojos levemente enrojecidos que intentaba disimular mirando hacia la ventana. Se sentó sin saludar.

Marina la última, más pálida de lo habitual, con algo cuadrado y rígido que sobresalía del bolsillo de la sudadera.

Jorge se sentó al final de la mesa con la mandíbula tensa y la camisa desabrochada un botón de más. Miró a sus hijos uno a uno con esa expresión de quien evalúa daños sin saber todavía cómo repararlos.

Ana sirvió la paella. Puso extra de alcachofas en el plato de Claudia sin decirlo. Comenzó a hablar de cosas sin importancia: el jardín, la piscina, si habían visto el armario del pasillo que cerraba mal. Era su manera de sostener el peso de la mesa, de interponer palabras entre el silencio y lo que el silencio podría dejar salir si le daba espacio.

—¿Está buena, Lucas? —preguntó, al ver que el niño removía el arroz sin comer.

Lucas miró el plato un momento.

—No me acuerdo cómo sabía antes —dijo.

Jorge dejó de masticar. Marina miró a su hermano. Ana siguió sonriendo porque era lo único que podía hacer.

—Samanta dice que va a ayudarnos a encontrar tesoros en el jardín —anunció Lucas, con desparpajo.

Marina levantó la vista.

—Qué casualidad —dijo, y su tono era más serio de lo que pretendía—. Yo he encontrado algo en el jardín hoy. Un cuaderno enterrado. Era de una arqueóloga, Elisabeth Varla.

El nombre no produjo ninguna reacción visible en Jorge ni en Ana. Pero Marina lo había dicho mirando a sus padres, y lo que buscaba en sus caras no era reconocimiento sino confirmación de que podía seguir. Ana la miró.

—¿Has estado sola en el jardín? —preguntó.

—Solo un momento.

—Marina. —con tono firme, intentando mantener la calma—. Ya hemos hablado esta mañana de esto.

—Lo sé. Lo siento.

Silencio.

Fue entonces cuando Claudia dejó el tenedor con un gesto deliberado, de los que se hacen cuando se ha decidido decir algo y se quiere que todo el mundo lo note.

—¿Os acordáis de cuando nos dijisteis que nos mudábamos?

Jorge y Ana se miraron.

—Ha sido una decisión difícil —empezó Jorge—. Pero creemos que es lo mejor para todos.

—¿Para todos? —repitió Claudia—. ¿O solo para vosotros dos?

—Claudia, eso no es justo —dijo Ana.

—Lo injusto es traernos a un sitio lleno de gente rara que entra en casa de noche y fingir que estamos aquí de vacaciones.

El teléfono de Jorge sonó.

Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. Algo en su expresión cambió, un gesto breve que Ana captó: la ausencia de sorpresa.

—¿Sí?

La voz de Don Santiago llenó el comedor, alta y algo chirriante, con esa energía excesiva que tenía en persona

multiplicada por el teléfono.

—¡Jorge! Espero no interrumpir. Quería invitaros al servicio litúrgico de mañana. Una tradición antigua del residencial, muy especial. Los nuevos residentes suelen venir. Es una forma bonita de conocer a la comunidad.

—No somos muy religiosos, Don Santiago.

—¡Oh, eso da igual! No es una misa. Es más bien una celebración. Hay cánticos, hay flores. Traed a los niños, les gustará. Os espero a todos.

La llamada se cortó antes de que Jorge pudiera responder.

Jorge dejó el teléfono sobre la mesa. Miró a su familia.

—Mañana hay un acto en la iglesia del residencial. Creo que deberíamos ir.

—¿Se puede venir Samanta? —preguntó Lucas.

Claudia empujó la silla hacia atrás. El chirrido del metal sobre el suelo fue lo bastante brusco como para que todos se sobresaltaran.

—¿Ahora somos la familia feliz que va a misa los domingos?

Se levantó. La silla cayó hacia atrás.

Salió del comedor sin esperar respuesta y sin recoger la silla.

El golpe seco de la silla contra el suelo quedó en el aire un momento. Lucas la siguió con los ojos, asustado. Marina bajó la vista al plato. Jorge no se movió.

Ana miró la silla caída y la dejó donde estaba.

Siguió comiendo, porque era lo único que podía controlar en ese momento: el movimiento del tenedor, el sabor del arroz, el gesto de alguien que todavía tiene apetito, aunque en realidad no lo tenga.

Más tarde, cuando los niños se fueron a sus habitaciones y Jorge se quedó dormido en el sofá con el teléfono en la mano, Ana sacó el ordenador portátil y buscó en el registro de la propiedad.

Buscó Los Olivos, Murcia.

Buscó el nombre del complejo. La dirección. El nombre del titular.

No encontró nada.

Amplió la búsqueda. Buscó en el catastro, en el registro mercantil, en las bases de datos de licencias de actividad de la Región de Murcia. Buscó en los archivos de noticias locales. Buscó en los mapas satelitales, comparando la imagen actual con imágenes de archivo de distintos años.

El complejo aparecía en las imágenes satelitales.

Pero no en ningún registro.

Ningún documento oficial reconocía la existencia de Los Olivos.

Ana se quedó mirando la pantalla durante un momento.

Luego buscó el nombre que Marina había mencionado en la cena.

Elisabeth Varla.

Eso sí dio resultados. Una arqueóloga británica, activa en los años ochenta y noventa, especializada en arqueología subterránea y en lo que los artículos académicos llamaban artefactos de origen incierto. Varios papers publicados. Una desaparición en 1997 de la que no había información detallada, solo una nota breve en un boletín de la asociación española de arqueología que decía que la profesora Varla había interrumpido su trabajo de campo en la provincia de Murcia y que no había vuelto a ponerse en contacto con la asociación.

Debajo, un artículo de la BBC con una fotografía. No era institucional. Era tomada al aire libre, en lo que parecía la entrada de un yacimiento arqueológico, con una verja metálica al fondo y un cartel medio borroso del que solo se distinguían las palabras EXCAVACIÓN y PROHIBIDO EL PASO. Bajo la imagen, una línea de pie: La doctora Varla durante una visita a un yacimiento en la provincia de Murcia. Imagen cedida por la asociación.

Salían dos personas.

A la izquierda, la doctora Elisabeth Varla. Una mujer de unos cuarenta y pocos, pelo claro recogido, pómulos altos, una sonrisa cansada y educada de quien sonríe porque le están haciendo una foto y no porque le apetezca. Vestía una camisa de manga corta, color claro.

Tenía las dos manos cruzadas por delante.

Ana se acercó a la pantalla.

Llevaba las dos manos vendadas. No con apósito quirúrgico, sino con un vendaje de gasa blanca que le envolvía la palma y la parte inferior de los dedos. La izquierda, hasta media muñeca. La derecha igual.

A la derecha de la doctora salía un hombre.

Un hombre joven, de unos treinta años, alto, delgado, vestido con pantalón claro y camisa también clara, sin corbata. El brazo izquierdo lo tenía apoyado en el hombro de la doctora Varla en un gesto profesional, casi protocolario, de presentador de proyecto. Sonreía. Lo hacía con una sonrisa amplia, segura, esa sonrisa de quien sabe que las fotos son parte del trabajo. Pelo oscuro, raya a un lado. Una cara delgada con los pómulos también marcados, las cejas pobladas, una mandíbula angulosa que en una persona más joven era casi atractiva.

Ana lo miró un par de segundos. Pasó la vista por encima. Volvió al texto del artículo. Lo leyó entero por segunda vez. Comprobó que el nombre del hombre no aparecía mencionado en ningún sitio: la foto era de la doctora, el hombre que estaba a su lado era circunstancial, no llevaba pie individual.

Ana cerró el ordenador.

Miró a Jorge dormido en el sofá.

Miró hacia el techo.

Pensó en el día siguiente. En la iglesia. En que iba a fichar a cada uno cruzara esa puerta.

Cuatro de la madrugada.

Ana abrió los ojos de golpe.

No había sonado nada. La habitación estaba tal cual la había dejado: la ventana entreabierta, la cortina ladeada, Jorge respirando hondo a su lado, el walkie talkie encendido y el reloj de la mesilla marcando las tres y cuarenta y dos. Pero algo la había sacado del sueño.

Se quedó quieta, escuchando.

La casa emitía sus ruidos habituales. El frigorífico abajo, los crujidos de la madera al enfriarse, el tic-tac del reloj del salón. Nada nuevo.

Entonces, desde la habitación de Lucas, llegó la risa.

Una risa de niño. La de Lucas. Pero pequeña, ahogada, esa risa que los niños hacen cuando alguien les está haciendo cosquillas en susurros para no despertar a nadie. Una risa que necesita a otra persona.

Ana se incorporó.

—Lucas —le llamó, en voz baja.

La risa paró.

Se levantó y salió al pasillo descalza.

La puerta del cuarto de Lucas estaba entornada. Por la rendija salía la luz tenue y rojiza del piloto que Jorge le había puesto la primera noche para que el niño no se desorientara al despertarse. Ana se acercó sin hacer ruido. Empujó la puerta.

Lucas estaba sentado en la cama, con el dinosaurio en el regazo y la espalda apoyada en el cabecero. Sonreía.

Sonreía mirando al rincón de la habitación que quedaba justo a la izquierda del armario, ese rincón en sombra donde el piloto no llegaba.

—Lucas, mi amor. ¿Qué haces despierto?

Lucas se volvió hacia ella sin sobresaltarse, como quien lleva un rato esperando a que entre alguien. La sonrisa no se le borró del todo.

—La señora me estaba haciendo reír.

Ana sintió un escalofrío.

—¿Qué señora, cariño?

Lucas señaló el rincón con la barbilla. Ana miró. Nadie. Una sombra de armario, la esquina de la pared, el rodapié blanco.

—Estaba ahí —dijo Lucas.

—¿Y qué te dice la señora, Lucas?

—Que tengo que ser bueno. Y que no le diga a nadie que viene a visitarme.

—¿Viene mucho?

Lucas se quedó pensando. Apretó el dinosaurio contra el pecho. Lo miró a Ana con la naturalidad de quien comparte una rutina conocida.

—No, mami. Es la primera vez que la veo.

Ana se quedó muy quieta.

—¿Y por qué me lo habías dicho?

Lucas la miró con esa paciencia que ponen los niños cuando los adultos no se enteran de algo evidente.

—Es que me dijo que no.

Ana abrió la boca para responder y no le salieron las palabras. Y en ese mismo instante, en el pasillo, a su espalda, oyó pasos.

Pasos rápidos. Cortos. Pies descalzos sobre el parquet, alejándose de la puerta del cuarto de Lucas hacia la escalera. Una carrera corta, sigilosa.

Alguien había estado escuchando desde fuera y había echado a correr al verse descubierto.

Ana se levantó de un salto.

—¡Eh!

Salió al pasillo, que estaba vacío. Pero los pasos seguían oyéndose hacia delante, ya en la escalera, bajando con el ritmo nervioso de algo que huía.

Corrió.

Corrió por el pasillo descalza, sintiendo el suelo helado, buscando equilibrio en la pared con sus manos. Cuando llegó a la escalera los pasos ya estaban abajo, en el recibidor. Bajó los escalones de tres en tres, con el corazón golpeándole las costillas, oyendo cómo aquellos pies descalzos cruzaban el recibidor hacia la cocina.

—¡Quieta! ¡Policía!

Lo gritó por reflejo, como en cualquier intervención, sin pensar que dentro de su propia casa la palabra sonaba absurda.

Al llegar al recibidor pulsó el interruptor con la palma. La luz del techo la cegó un segundo, ese segundo que tarda el ojo en pasar de la oscuridad al fluorescente, y en ese segundo oyó la puerta del sótano abrirse.

Era inconfundible: el chirrido de la bisagra de arriba, la que Jorge le había prometido engrasar.

Corrió hacia la cocina. La puerta del sótano —al fondo de la cocina, junto al cuarto de la lavadora— estaba entreabierta. Y desde el hueco, hacia abajo, le llegaba ya un sonido distinto: pies bajando los escalones del sótano, rápidos, no del todo silenciosos, con el ruido particular que hacían los peldaños viejos.

Ana llegó a la puerta del sótano con la respiración acelerada.

Olor.

Le dio en la cara como una bofetada. Madera vieja. Naftalina. Un perfume floral antiguo. Estaba allí concentrado, denso. El olor de alguien que acababa de pasar por aquella puerta y había dejado su rastro suspendido en el aire.

Los pasos seguían bajando.

—¡Quieta, joder! —volvió a gritar Ana, con la voz quebrada esta vez, no de subinspectora sino de mujer asustada—. ¡Te he dicho que pares!

Buscó el interruptor del sótano con la mano izquierda. La luz del sótano estaba a la izquierda, bajando, en la pared. Ana lo sabía porque había bajado al sótano solo una vez desde que llegaron.

Su mano dio con el interruptor.

Le costó pulsarlo. Le temblaba el dedo.

Lo pulsó.

La bombilla del sótano se encendió con ese parpadeo amarillo de los fluorescentes viejos. Dos parpadeos. Y entonces, luz plena.

Y los pasos pararon.

Pararon de golpe, en mitad de la escalera.

Ana se quedó quieta arriba, escuchando.

Silencio.

Silencio absoluto. Ni respiración, ni movimiento. Lo que fuera que había estado bajando dejó de existir en el instante exacto en que la luz lo alcanzó.

—Te tengo —dijo Ana, en voz baja, hablándole a la escalera vacía. Y por la manera en que le salió la voz se dio cuenta de que no se lo decía al intruso, sino a sí misma. Una orden. Una mentira útil para poder bajar.

Bajó.

Bajó los escalones uno a uno, despacio, con la espalda apoyada en la pared lateral. El sótano era una habitación rectangular, larga, con el suelo de cemento basto. A la derecha, la caldera. A la izquierda, las cajas apiladas contra la pared. Una sola bombilla colgaba del techo, en el centro.

Ana llegó al pie de la escalera.

Recorrió el sótano sin bajar la guardia. Miró detrás de las cajas. Detrás de la caldera. Nada.

Volvió al centro del sótano.

Se quedó parada bajo la bombilla, con la mano apretándose el pecho, donde el corazón le golpeaba con tanta fuerza que casi le dolía. Respiró. Una vez. Otra. Contó hasta cuatro.

No funcionó.

Olió el aire.

Allí abajo no había olor a nada. Ni a naftalina, ni a jabón viejo, ni a perfume floral. Olía a lo que olía un sótano de Murcia en agosto: a humedad, a cemento, a polvo. Nada más.

El olor había estado arriba, en la puerta. Aquí abajo no había llegado.

Ana subió los escalones del sótano muy despacio, casi de espaldas, sin dejar de mirar al hueco hasta que cerró la puerta detrás de sí.

En el recibidor encendió todas las luces. Recorrió la planta baja entera, comprobando puertas y ventanas. Las dos puertas exteriores: cerradas, pestillos echados. Las ventanas, una por una: cerradas. La del cuarto de la lavadora, la más pequeña, también cerrada. El felpudo, en su sitio. Ni huellas, ni marcas, ni nada.

Subió a la planta de arriba. En el pasillo, justo delante de la puerta del cuarto de Lucas, el olor seguía allí. Más débil que antes. Pero allí.

Asomó la cabeza al cuarto de Lucas. El niño ya estaba dormido con el dinosaurio apretado contra la mejilla.

Ana se quedó en el umbral mirándolo durante mucho rato.

Cuando volvió a su dormitorio, Jorge no se había movido. Ana se metió en la cama. Se tumbó boca arriba, con la mirada fija en el

techo, y allí estuvo, sin moverse, sin cerrar los ojos, hasta que la luz del amanecer empezó a entrar por la cortina.



La doctora Elisabeth Varla durante una visita a un yacimiento en la provincia de Murcia. Imagen cedida por la asociación.

5 LA PUERTA OSCURA

Sarah Matthews llevaba pintando desde los nueve años y en todo ese tiempo nadie le había dicho que sus cuadros eran bonitos.

Le habían dicho otras cosas. Que eran inquietantes. Que eran extraños. Que tenían una oscuridad impropia para su edad. Su profesora de arte del colegio los había mirado una vez durante un buen rato sin decir nada y luego había preguntado si todo iba bien en casa. Su madre los guardaba en el armario del pasillo en lugar de colgarlos, con la excusa de que el papel era delicado. Sus compañeras de clase nunca se atrevían a mirarlos del todo.

Sarah lo sabía. Y también sabía, con absoluta certeza, que eso no era un problema de sus cuadros.

Era un problema de ellos.

Por eso el sobre de La Maison había sido tan importante.

La Maison era la única galería de arte de Middleton, un pueblo del norte de Inglaterra donde lo extraordinario escaseaba por costumbre. Fachada de ladrillo rojo, ventanas altas, una reputación local desproporcionada a su tamaño real. El director de la galería había visto los cuadros de Sarah en una exposición escolar —los que la profesora había incluido casi a regañadientes— y le había enviado una carta formal diciéndole que le gustaría exhibir uno en la muestra de mayo.

Sarah la había leído ya tres veces.

Luego la guardó bajo el colchón.

Después, la volvió a sacar y la leyó de nuevo.

El cuadro elegido se llamaba El Bosque Nocturno. Lo había pintado en seis semanas, de noche principalmente, con la sensación constante de que no lo estaba inventando sino descubriendo. Como si la imagen hubiera estado esperando en algún lugar de su corazón y ella simplemente había tenido la habilidad técnica de trasladarla al lienzo. Un bosque bajo la luna, con árboles que se retorcían en formas que sugerían movimiento, aunque el cuadro fuera estático. Ramas que parecían extenderse más allá de los bordes del lienzo.

Sombras con una geometría que no correspondía a ninguna fuente de luz visible.

La profesora lo había mirado y había preguntado de nuevo si todo iba bien en casa.

Sarah había dicho que sí. Que todo iba perfectamente bien.

Y era verdad. Lo que pasaba en sus cuadros no pasaba en su casa. Pasaba en algún lugar que ella reconocía sin haberlo visto, como ocurre en los sueños.

Ese sitio era el bosque. Siempre el bosque. Con sus árboles que no eran de ninguna especie, con su luna que no tenía la tonalidad correcta, con esas sombras que se movían en el ángulo del ojo pero que se detenían cuando intentaba mirarlas directamente.

Llevaba cinco años pintando ese bosque de distintas maneras.

El Bosque Nocturno era el primero en que había conseguido pintarlo exactamente como era.

La mañana del primero de mayo llegó a Middleton con ese frío húmedo del norte de Inglaterra que no es exactamente invierno, pero tampoco ha decidido ser otra cosa todavía.

Sarah salió de casa antes del amanecer.

No porque tuviera que hacerlo. La inauguración era a las doce. Pero llevaba días con la necesidad de ver el cuadro colgado antes de que lo viera nadie más, de estar con él un momento en la quietud del lugar, como se visita a alguien querido en el hospital antes de que lleguen el resto de la familia.

Las aceras de Middleton estaban desiertas a esa hora. Las farolas todavía encendidas, la luz anaranjada mezclándose con el gris azulado del amanecer. Sus pasos resonaban en el pavimento mojado. No había nadie.

O casi nadie.

En la esquina de Market Street con la calle que llevaba a la galería, había un hombre parado.

Sarah lo vio desde lejos y cruzó al otro lado de la acera sin pensarlo, con ese gesto automático que las chicas de catorce años aprenden antes incluso de entender por qué lo aprenden. El hombre

no se movió. Llevaba un abrigo largo y un sombrero de ala ancha que, a esa hora y con esa luz, hacía difícil ver su cara. Estaba de pie mirando hacia la galería, con las manos en los bolsillos, completamente inmóvil.

Sarah pasó por el lado opuesto de la calle sin mirarlo directamente.

Pero tuvo la certeza, sin poder justificarla, de que él sí la miraba a ella.

La puerta lateral de La Maison estaba abierta, como siempre a primera hora.

Sarah entró. La galería a esa hora parecía otra cosa: sin las voces y los pasos de los visitantes, sin la luz artificial encendida al máximo, solo la claridad grisácea del amanecer filtrándose por los ventanales altos y ese silencio sepulcral de los espacios grandes solitarios.

Sus pasos resonaban en el suelo de madera.

Recorrió las salas de la planta baja hasta llegar a la principal, la que tenía la pared norte con esa luz indirecta que el director había descrito como perfecta para los óleos de formato grande. Y allí estaba El Bosque Nocturno, colgado exactamente donde el director le había dicho que estaría.

Sarah se quedó parada frente a él.

No era vanidad lo que sentía. Era algo más parecido al reconocimiento, a la extraña sensación de que el cuadro era más real colgado en esa pared que cuando lo tenía en su habitación. Había llegado al lugar al que pertenecía. Las ramas retorcidas bajo la luz gris del amanecer parecían distintas a como las recordaba: más densas, más oscuras, con una geometría que le costaba seguir con los ojos porque siempre parecía que había algo más en el ángulo siguiente que no había visto en el anterior.

Se acercó un poco más.

Y entonces lo vio.

Colgado a la derecha de El Bosque Nocturno, en una pared que Sarah habría jurado que estaba vacía la última vez que estuvo

en la galería, había un marco.

Solo el marco. Sin lienzo, sin cristal, sin nada en el interior excepto oscuridad. Era de madera oscura, casi negra, tallado con una precisión que no tenía nada de decorativo sino de funcional. Los motivos —ramas entrelazadas, formas que podrían ser raíces o podrían ser dedos— parecían cumplir algún propósito. El interior del marco no mostraba la pared de detrás. Mostraba negro. Un negro que tenía una profundidad absorbente.

Sarah dio un paso hacia él.

No fue decisión, sino instinto.

El borde del marco tenía grabada una inscripción en la madera. Letras pequeñas y apretadas en un idioma que Sarah no identificó, dispuestas en espiral desde el ángulo superior izquierdo hasta el inferior derecho. No supo leerlas. Pero al pasar los dedos por encima, sin llegar a tocar la madera, sintió algo. Como cuando se acerca la mano a una pantalla encendida y se siente el campo estático antes del contacto.

—Es un marco precioso, ¿verdad?

Sarah se giró.

El hombre del sombrero estaba en la sala. No había escuchado la puerta, no había escuchado pasos. Simplemente estaba allí, de pie a unos tres metros, con las manos todavía en los bolsillos del abrigo. El ala del sombrero seguía cubriéndole la mayor parte del rostro, pero Sarah pudo ver la boca. Una boca sin ninguna expresión particular. Ni amenazante ni amable.

—¿Cómo ha entrado? —preguntó Sarah. Su voz sonó más firme de lo que esperaba.

—La puerta estaba abierta —respondió el hombre, con un acento que Sarah no supo situar—. Igual que para ti.

—La galería no abre hasta las doce.

—Lo sé.

Silencio.

El hombre miró el marco. Luego miró El Bosque Nocturno. Luego volvió a mirar a Sarah con calma.

—¿Lo has pintado tú? —preguntó, señalando el cuadro con la cabeza.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo tardaste?

—Seis semanas.

—¿Y cuánto tiempo llevaba esperando que lo pintaras?

Sarah abrió la boca. La cerró.

No era una pregunta que tuviera respuesta fácil. Y sin embargo entendió exactamente lo que el hombre quería decir.

El cuadro había estado esperando. Eso era lo que había sentido durante seis semanas de trabajo nocturno: no que lo estaba creando, sino que lo estaba encontrando. Que ya existía en algún lugar y que ella solo tenía la habilidad de trasladarlo a un sitio donde los demás pudieran verlo.

—No lo sé —dijo.

—Mucho tiempo —respondió el hombre—. Mucho más del que crees.

Se acercó al marco. Se colocó frente a él con la atención de alguien que examina algo valioso, algo que ha estado buscando.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó, sin girarse.

—Un marco —dijo Sarah—. Sin cuadro.

—Sin cuadro todavía —corrigió el hombre, en voz baja.

Sarah debería haberse ido.

Lo supo en el momento en que el hombre dijo todavía. Fue una palabra pequeña, de cuatro sílabas, pero cayó en el aire de la sala con el peso de algo que cambia el significado de todo lo que viene después. Sarah lo supo y no se fue. No porque no pudiera. Porque algo en ella —la misma parte que había pintado El Bosque Nocturno durante seis semanas, la parte que entendía sin palabras lo que el hombre había querido decir— necesitaba saber qué había dentro del marco.

El interior negro seguía siendo negro. Profundo. Sin reflejo.

—Hay lugares —dijo el hombre, todavía de espaldas a ella— que existen en paralelo a este. No encima ni debajo. Al lado. Como dos habitaciones separadas por una pared muy delgada. La mayor parte del tiempo la pared es suficiente. Pero a veces alguien hace un agujero.

Se giró hacia ella.

Sarah vio sus ojos por primera vez. Eran claros, de un gris verdoso.

—Tu cuadro es un agujero —dijo—. Llevas seis semanas abriéndolo sin saberlo. Y ahora ellos pueden verte.

—¿Quiénes? —preguntó Sarah.

El hombre no respondió. Miró el marco.

Y el interior del marco dejó de ser negro.

Fue un cambio gradual, como cuando los ojos se adaptan a la oscuridad y las formas empiezan a separarse del fondo. Primero Sarah creyó que era un efecto de la luz del amanecer. Luego comprobó que no. Que lo que había en el interior del marco tenía movimiento propio. Una densidad que se desplazaba con la lentitud de algo muy grande.

Sarah retrocedió un paso.

Sus pies respondieron. Podía moverse. Eso fue lo que pensó: puedo moverme, puedo salir por donde he entrado, la puerta lateral está al fondo del pasillo.

Y luego pensó: ¿por qué no me muevo?

Porque el interior del marco seguía cambiando. Y lo que había dentro —eso que se desplazaba con esa lentitud enorme— estaba tomando una forma que la miraba.

Sarah lo supo porque sintió la mirada antes de verla. Esa presión que no es física pero que el cuerpo registra igual.

—No tengas miedo —dijo el hombre, desde algún punto de la sala que Sarah ya no podía localizar sin apartar los ojos del marco—. El miedo es solo la distancia entre lo que conoces y lo que estás a punto de conocer.

La oscuridad del marco se extendió.

No hacia Sarah. Hacia el suelo. Una sombra que no necesitaba una fuente de luz para existir, que se desplazaba por el suelo de madera de la sala como algo que conoce el camino de memoria.

Sarah abrió la boca.

No gritó. El sonido no llegó. No porque el miedo lo bloqueara sino porque en el momento en que la sombra tocó sus pies, algo cambió en el interior de la sala de una manera que Sarah no habría

podido describir, una variación en la presión del aire, en la temperatura, en algo más fundamental que ambas cosas, y el sonido simplemente dejó de ser necesario en ese lugar.

Lo último que Sarah Matthews vio con claridad fue su propio cuadro.

El Bosque Nocturno, colgado en la pared norte de La Maison, iluminado por la luz del amanecer que ya entraba con más fuerza por los ventanales. Y en el cuadro, entre las ramas retorcidas y las sombras con geometría imposible, había algo que Sarah nunca había pintado.

Una figura.

Pequeña, en el fondo del bosque, entre los árboles.

Mirando hacia fuera.

Los empleados de La Maison llegaron a las nueve y media.

Encontraron la galería exactamente como la habían dejado la noche anterior. Las pinturas en sus lugares. La luz del amanecer entrando por los ventanales sin obstáculos. El suelo limpio. Nada fuera de lugar.

Sarah Matthews no estaba.

La policía de Middleton tomó la denuncia de desaparición a las dos de la tarde, cuando los padres de Sarah confirmaron que no había vuelto a casa. Registraron la galería. Interrogaron al director y a los empleados. Revisaron las calles del entorno.

No encontraron nada que indicara qué había ocurrido con una chica de catorce años que había salido de casa antes del amanecer y no había llegado a ningún sitio.

Los padres de Sarah se llamaban Robert y Helen Matthews.

Robert era profesor de matemáticas en el colegio del pueblo, un hombre metódico y callado que procesaba las cosas despacio. Helen trabajaba en la biblioteca municipal tres días a la semana. Los otros cuatro los llenaba con tareas domésticas. Le gustaban, sí. Pero sobretodo la mantenían lejos de los pensamientos que aparecían cuando se quedaba quieta.

Cuando la policía llamó a su puerta a las dos de la tarde del primero de mayo, Robert abrió la puerta y lo supo antes de que el agente dijera nada.

Helen estaba en la cocina. Robert la llamó. Ella llegó secándose las manos en el delantal y vio la cara de su marido y vio la cara del agente.

No hicieron falta más palabras.

Los días siguientes fueron el tipo de días que los que los han vivido describen siempre de la misma manera: interminables y a la vez imposibles de recordar con claridad. La policía. Los vecinos. Los formularios. Las preguntas que se repiten porque cada turno de investigadores necesita empezar desde el principio. Las llamadas de conocidos que no saben qué decir, pero dicen de todas formas. El silencio de la habitación de Sarah, a la que Robert y Helen no entraron durante semanas.

Un día Robert miró los cuadros de Sarah guardados en el armario del pasillo.

Los sacó uno a uno.

Los miró durante un rato largo.

Helen le preguntó qué hacía.

—Intentar entender qué veía ella —respondió Robert.

Helen se quedó mirando los cuadros también. El bosque de Sarah, en sus distintas versiones: el bosque gris, el bosque bajo la lluvia. Siempre los mismos árboles retorcidos. Siempre las mismas sombras con geometría incorrecta. Siempre esa sensación de que había algo entre los árboles que la mano de Sarah había sugerido sin llegar a pintar del todo.

—No lo entiendo —dijo Helen finalmente.

—Yo tampoco —respondió Robert—. Pero ella sí.

Guardó los cuadros de nuevo.

Nunca volvió a sacarlos.

Pero tampoco los tiró. Y en los años siguientes, cuando Helen mencionaba la posibilidad de limpiar el armario, Robert siempre decía lo mismo: todavía no. Esperar no tenía ningún propósito y los dos lo sabían. Sarah no iba a volver a necesitar sus cuadros. Aún así, todavía no.

El caso quedó abierto durante años.

Nunca se resolvió.

El cuadro seguía colgado en la pared norte cuando el director llegó esa mañana. El Bosque Nocturno, exactamente donde lo habían puesto.

Pero el director, que llevaba veinte años trabajando con arte y que tenía un ojo entrenado para los detalles, se quedó mirándolo durante un momento más largo de lo habitual antes de llamar a la policía.

No porque el cuadro hubiera cambiado, exactamente.

Sino porque tenía la certeza de que había algo en el cuadro que no había estado la noche anterior. Una figura pequeña entre los árboles del fondo, apenas visible, que podría haber sido una variación en la textura de la pintura o podría haber sido una persona de pie mirando hacia fuera desde dentro del bosque.

El director miró el cuadro durante un rato.

Luego lo descolgó.

Lo llevó al almacén del sótano.

Lo colocó cara a la pared.

Nunca lo volvió a exponer.

Pero tampoco lo tiró. Y en los años siguientes, cuando algún empleado nuevo preguntaba por el cuadro que estaba cara a la pared en el almacén del sótano, el director siempre respondía lo mismo: que era una obra en proceso. Que el artista todavía estaba trabajando en él.

Nadie preguntó nunca quién era el artista.

El marco también seguía en la sala.

El director lo miró un momento. Luego llamó al personal para preguntarles quién lo había colgado ahí y con qué autorización.

Nadie supo responder.

El marco no estaba en ningún inventario. No tenía etiqueta de procedencia. No había ningún registro de entrega ni ningún albarán. Como si siempre hubiera estado allí y la sala hubiera sido construida a su alrededor.

El director ordenó que lo retiraran.

Dos empleados intentaron descolgarlo esa misma tarde. Uno de ellos dijo después, en una conversación que no fue nunca oficial, que cuando puso las manos en el marco sintió algo extraño. No calor ni frío. Solo la certeza, completamente irracional, de que si tiraba del marco hacia fuera algo tiraría desde el otro lado con más fuerza.

Soltó el marco.

El otro empleado también.

Ninguno de los dos volvió a intentarlo.

El marco siguió en la sala norte de La Maison durante dos años, hasta que la galería cerró por reformas. Durante ese tiempo, varios visitantes lo mencionaron en los libros de comentarios. La mayoría de las notas decían variaciones de lo mismo: que el marco les había parecido inquietante, que no podían explicar por qué, que habían preferido no acercarse más de la cuenta.

Una nota, escrita por una visitante cuyo nombre no constaba en ningún registro, decía algo diferente.

Decía: he reconocido la inscripción del marco. Es una invocación de contención. Alguien la puso ahí para mantener algo dentro.

El director guardó la nota en un cajón.

Cerró el cajón con llave.

No mencionó la nota a nadie.

Pero esa noche, antes de cerrar la galería, fue a la sala norte y miró el marco durante un buen rato.

El interior seguía siendo negro.

Y tuvo la impresión —que descartó de inmediato, porque era un hombre razonable— de que el negro palpitaba.

Muy despacio.

Con la cadencia regular de algo que respira.

Edición del 2 de mayo de 1975

MIDDLETON GAZETTE

EL PERIÓDICO LOCAL DE MIDDLETON Y SUS ALREDEDORES



DESAPARICIÓN DE UNA ADOLESCENTE EN LA MAISON

LA JOVEN ARTISTA SARAH MATTHEWS, DE 14 AÑOS, DESAPARECE LA MAÑANA DE LA INAUGURACIÓN DE SU EXPOSICIÓN

Middleton, 1 de mayo. — Sarah Matthews, adolescente de 14 años y prometedora pintora local, ha desaparecido esta mañana en extrañas circunstancias en la galería de arte La Maison, donde iba a celebrarse hoy la inauguración de una exposición con una de sus obras.

La joven salió de su domicilio antes del amanecer con el propósito de llegar con antelación. Cuando el personal de la galería llegó a las 9:30 horas, la encontraron vacía, sin rastro alguno de Sarah. No se ha hallado ninguna señal de fuerza ni de lucha.

El cuadro expuesto, titulado *El Bosque Nocturno*, fue seleccionado de entre los trabajos presentados por estudiantes locales. Según el director de la galería, la obra "posee una madurez y una profundidad poco comunes en una artista de su edad".

En la pared contigua al cuadro, se observan aún las marcas de un marco que no figura en el inventario de la galería. Dicha pieza, de madera oscura y con inscripciones desconocidas, fue retirada temporalmente para su análisis. Nadie sabe cómo llegó allí ni de dónde procede.

6 EL SERMÓN

Esa mañana Ana desempacó cajas desde las siete.

No porque hubiera dormido bien. Sino porque las manos ocupadas eran su mejor método para mantener la cordura. Cada objeto que sacaba del papel de periódico —los vasos de los domingos, los marcos con fotos, el juego de cubiertos que les regaló la madre de Jorge— iba tomando su lugar en los armarios y en las estanterías con esa obediencia silenciosa de las cosas inanimadas que no tienen opinión sobre dónde están. Ana se sentía reflejada en eso.

La casa olía a madera nueva y a cloro de la piscina que llegaba por la ventana entreabierta. Era un olor limpio. Neutro. El olor de un lugar que todavía no había acumulado el rastro de ninguna vida.

Cuando terminó con las cajas se quedó quieta un momento, con las manos apoyadas en la mesa de la cocina.

Todo en su sitio.

Fue hasta el cajón del fondo y lo abrió de manera casi automática. La petaca estaba ahí, entre los utensilios, donde la había colocado al desempacar. La cogió. La sostuvo en la palma de la mano un momento, con esa mezcla específica de alivio y vergüenza que solo entiende quien la ha sentido más veces de las que querría admitir.

Dio un trago corto.

Lo justo.

Cerró los ojos.

El calor bajó por la garganta y el nudo del pecho se aflojó exactamente un grado, que era lo que necesitaba para seguir funcionando. Ni más ni menos. Lo justo para que las cosas siguieran moviéndose.

Guardó la petaca. Cerró el cajón con más fuerza de la necesaria.

—¿Mamá, vamos a la piscina? —llegó la voz de Lucas desde el pasillo.

Ana se alisó el pelo con una mano y se giró.

—Claro, campeón.

Lucas se lanzó al agua antes de que Ana hubiera colocado la toalla en la tumbona.

Descalzo, con el bañador a medio poner y un cubo rojo en la mano, se plantó al borde y saltó sin pensárselo, con esa confianza total en su propio cuerpo que tienen los niños que todavía no han aprendido a tener miedo del agua. Su risa estalló en el momento del impacto. Era de esos niños que parecen haber nacido para nadar: se movía en el agua con una facilidad que a Ana siempre le había parecido casi sobrenatural. El agua era su elemento y la tierra simplemente el lugar donde esperaba para volver a ella.

Ana se dejó caer en la tumbona. Abrió el libro que había cogido de la estantería, lo puso en el regazo, y no leyó ni una línea. Solo escuchó la risa de Lucas y el sonido del agua y dejó que el sol de la mañana le calentara la cara.

Era agradable.

Al cabo de un rato se metió en el agua. Se deslizó hasta la colchoneta que flotaba junto al borde y se acomodó en ella con las piernas colgando. Cerró los ojos. El sol, el agua, la risa de Lucas a lo lejos.

Por un momento no existía nada más.

Entonces sintió el cosquilleo en los pies.

Reconoció la sensación de inmediato. Lucas tenía esa costumbre desde los cuatro años: morderle suavemente los dedos de los pies, solo a ella, como una forma de decirle algo que no tenía palabras. Ana siempre fingía molestarse, pero por dentro se derretía.

Sonrió sin abrir los ojos.

El cosquilleo se convirtió en presión.

La presión en dolor.

Un pinchazo agudo que le subió desde el talón hasta la pantorrilla, como si algo se hubiera aferrado a su pie con una fuerza que no era la de un niño de siete años jugando.

—¡Lucas! —exclamó, incorporándose.

Las gafas de sol cayeron al agua.

—¡Lucas, me haces daño!

Y entonces escuchó su voz. Desde fuera de la piscina.

—¿Mamá? ¿Qué pasa?

Ana miró hacia las escaleras.

Lucas estaba ahí, con el torso mojado y los ojos muy abiertos. Fuera del agua. No había nadie a su lado.

Ana miró hacia el fondo de la piscina.

En el agua, entre los reflejos distorsionados de la luz, creyó ver algo. Una forma oscura. Cabello largo y castaño flotando. Un segundo. Menos que un segundo. El tiempo que dura un parpadeo antes de que el ojo decida que no ha visto lo que cree haber visto.

Luego nada. Solo el agua azul y los reflejos del sol.

Salió de la piscina. Le temblaban las piernas. Llegó hasta Lucas y lo agarró del brazo.

—¿Te crees que esto es gracioso? —le dijo, con una voz que no era la que quería usar.

Lucas se encogió.

Ese gesto. Ese encogerse específico, con los hombros subiendo y el cuello hundiéndose, como un animal que espera el golpe. Ana lo conocía. Lo había visto antes en otros niños, en entornos que no eran el suyo, y siempre le había partido algo por dentro. Verlo en su propio hijo la atravesó.

Lo soltó.

—Perdona —dijo—. Perdona, Lucas. Creí que estabas en el agua. Me he asustado.

Lucas no lloraba. Pero sus ojos estaban a punto. Y lo peor no eran los ojos sino el modo en que había dado un paso atrás, ese medio paso pequeño que no era miedo al agua sino miedo a ella.

—Yo no he sido —dijo en voz muy baja—. Te lo prometo, mamá.

Ana se agachó hasta quedar a su altura. Le apartó el pelo mojado de la frente.

—Lo sé, cariño. Lo sé. Ha sido mi cabeza, que a veces se inventa cosas.

Lucas la miró un momento. Luego asintió.

Pero el medio paso atrás no lo deshizo.

Ana se quedó de rodillas frente a él durante un momento más largo de lo necesario, mirando el agua de la piscina por encima del hombro de su hijo.

Azul. Quieta. Sin nada.

Recogieron las toallas. Entraron en la casa.

Ana fue a la cocina a por un vaso de agua. Abrió el grifo, llenó el vaso, lo sostuvo un momento sin beber. Luego abrió el cajón del fondo y cogió la petaca. La sostuvo en la palma de la mano. Dio un trago corto.

Fue entonces cuando encontró la nota de Jorge sobre la encimera: había ido al supermercado con las niñas, quedaban en la iglesia más tarde. Al final, con la letra apretada de quien añade algo después de haber pensado si ponerlo: Te quiero.

Ana leyó esas dos palabras dos veces.

Las dobló junto con el resto de la nota.

Las guardó en el bolsillo.

Ir al único supermercado del complejo les llevó más de lo esperado. Había que coger el coche, seguir las indicaciones vagas del folleto y confiar en no perderse entre tantas calles iguales. Jorge conducía en silencio, concentrado, con el mapa doblado en las rodillas.

De camino, empezaron a ver gente andando por los senderos. Siempre en pareja. Caminaban en paralelo, al mismo ritmo. No parecía natural.

Jorge redujo un poco la velocidad, sin decir nada, pero atento.

—Papá, ¿por qué nadie habla? —preguntó Marina desde el asiento trasero.

Jorge tardó unos segundos en responder. Seguía con la mirada perdida en la carretera, pero su tono fue distinto esta vez.

—No lo sé… —respondió, al fin, encogiéndose de hombros—. Hay sitios donde la gente viene a desconectar de verdad. Sin ruido, sin móvil, sin chácharas.

Claudia frunció el ceño y desvió la mirada hacia la ventana.

Al tomar la siguiente curva, las personas quedaron atrás. Y entonces apareció un edificio moderno rodeado de cristaleras. Parecía una pecera enorme en mitad del bosque, fuera de lugar, pero perfectamente integrada.

El aparcamiento del supermercado estaba flanqueado por dos olivos enormes, uno a cada lado, plantados como guardianes simétricos. Sus troncos eran tan gruesos que harían falta tres personas cogidas de la mano para abarcarlos. De las ramas más bajas colgaban tiras de plástico ennegrecido —lo que un día fue cinta para espantar pájaros— que el viento del medio día agitaba con pereza.

Marina se acercó a uno de los troncos sin saber por qué. Apoyó la mano. La corteza estaba caliente. Y debajo de la corteza, contra su palma, sintió algo: un latido lento y constante. Apartó la mano deprisa, creyendo que se trataba de su propio pulso.

—¿Qué pasa? —dijo Jorge.

—Nada, nada —dijo Marina, y se metió las manos en los bolsillos.

Las puertas automáticas se deslizaron con un zumbido casi imperceptible. Dentro, el aire estaba más fresco y olía a fruta cortada y pan caliente. Las estanterías relucían, llenas hasta arriba. Pero lo que realmente destacaba era la música. Una canción antigua, de esas que uno no escucha desde hace años, pero reconoce al instante.

Marina se detuvo sin saber por qué. Le vino a la cabeza la imagen de su abuela en la cocina, horneando sin prisa, con las ventanas abiertas y la radio puesta. A Jorge, en cambio, la canción le devolvió tardes de verano sin reloj ni obligaciones.

Estaban cruzando el pasillo de los cereales cuando la música cambió.

Una percusión rítmica, que reconocieron al instante, llenó el supermecado. El "Day-O" de Harry Belafonte empezó a sonar por los altavoces, y Jorge se quedó congelado un segundo. Luego se giró lentamente hacia sus hijas con una sonrisa traviesa.

—No… —dijo Claudia, anticipándose—. No te atrevas.

Pero ya era tarde. Jorge alzó las manos fingiendo llevar dos plátanos invisibles y empezó a imitar los movimientos exagerados de la escena de Beetlejuice. Sacudía sus hombros y deslizaba los pies torpemente por el suelo de mármol.

—Daylight come and me wan´go home… —entonó mal y fuerte.

Marina soltó una risa ahogada. Claudia se cruzó de brazos, fingiendo indignación, pero los ojos le brillaban. Luchó unos segundos con su orgullo, hasta que, casi sin darse cuenta, empezó a seguirle el juego. Primero solo un gesto, un movimiento de cadera, y después, sin poder resistirse más, rompió en una carcajada y entró de lleno en la escena, bailando como hacía años que no hacían juntos.

Fue un instante breve, pero real. Padre e hija, sincronizados por un recuerdo feliz.

—Qué suerte que solo Claudia tenga recuerdos contigo —soltó Marina.

El golpe fue seco, inesperado. Aunque la música seguía sonando, el hechizo se rompió. Jorge bajó los brazos, incómodo.

—No digas eso, cariño —susurró él.

Pero Marina ya se había girado hacia el carrito, empujándolo con un gesto brusco. En ese momento, Claudia alzó la vista hacia el techo.

—Papá, las luces parpadean.

—Será un fallo eléctrico. Nada más —respondió Jorge, sin pensarlo.

Cuando llegaron al pasillo de los lácteos, Jorge se adelantó unos pasos, buscando yogures. De pronto, se detuvo. En el cristal empañado del refrigerador vio reflejos que no coincidían con lo que debía haber detrás. Siluetas humanas. Borrosas. Incompletas. Aparecían y desaparecían al ritmo de las luces parpadeantes. Primero creyó que eran clientes. Depués de todo, el supermercado era descomunal, pero algo no encajaba. Se acercó un poco más hacia el cristal. La figura que apareció a su izquierda era alta, delgada, de una fragilidad casi enfermiza. La luz del refrigerador la iluminaba de manera tenue, pero el contorno no era nítido. La

silueta se desvaneció y apareció de nuevo, más cerca. Un parpadeo. Luego otro. Y se alejó.

Jorge miró a su alrededor. Claudia estaba a su lado, y Marina, un poco más allá, observando también el pasillo. No había nadie más.

Volvió a girarse hacia el cristal y apareció de nuevo. Esta vez frente a su rostro. Los ojos, como dos pozos sin fondo, se clavaron en su mirada. La luz empezó a parpadear con más intensidad. El reflejo seguía allí, inmóvil, observándolo. Jorge intentó apartar la vista, pero no podía. Cuando logró dar un paso atrás, su pie tropezó con algo. Al mirar hacia abajo, lo vio. En el suelo, bajo sus pies, se había formado una grieta. Pero lo que realmente le hizo retroceder fue lo que asomaba de ella: unas manos pálidas y delgadas, sin uñas. Solo piel arrugada y húmeda. Cada dedo parecía torcido, como ramas quebradas, y se estiraban hacia adelante, temblorosas.

Jorge dio un paso atrás, con el corazón acelerado. No era posible, no podía ser real. Y, sin embargo, allí estaban. La grieta se abrió un poco más y, por un momento, el suelo tembló.

Parpadeó y desapareció.

Aterrado, desvió la mirada hacia el fondo del supermercado. Allí, en un rincón apenas iluminado, un empleado con un uniforme gris oscuro estaba inmóvil. Tan inmóvil que parecía una estatua. Su mirada estaba clavada en él, fría, inquebrantable.

Jorge intentó razonarlo, aferrándose a una lógica inexistente. Tal vez era producto de su mente, sobrecargada por el estrés o los efectos secundarios de las benzodiacepinas, pensó. Forzó su cuerpo para seguir adelante y empujó el carrito. Marina y Claudia estaban a su lado, asustadas por su extraño comportamiento.

Al llegar a la línea de cajas, se encontraron con una joven cajera. Tenía el flequillo rubio cortado en línea recta, enmarcando un rostro pálido, casi cadavérico. Sus ojos eran de un azul intenso, casi hipnótico. Lo observaba fíjamente, como midiendo cada movimiento.

—Buenos días, señor —dijo la cajera, sonriendo.

Jorge se detuvo desconcertado.

—Buenos días, señorita —respondió, esforzándose por sonar tranquilo.

Mientras ella deslizada los productos por el escáner con rapidez, sus ojos no dejaban de escrutarlo.

—¿Tienen expectativas especiales para la liturgia de hoy? —preguntó, con un tono familiar.

Jorge respiró profundo.

—Solo estamos preparando un picnic para después —contestó, esperando que la conversación terminara cuanto antes.

La sonrisa de la cajera se estiró aún más.

—Asegúrese de aprovechar cada momento, Jorge —dijo, elongando las palabras más de lo necesario—. La familia es un gran tesoro, ¿verdad?

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó Jorge, siendo incapaz de ignorar más la situación.

Los ojos de la cajera seguían clavados en los suyos.

—No se asuste Sr. Gutiérrez. En Los Olivos las noticias vuelan —dijo, manteniendo esa sonrisa incansable.

Jorge apuró el pago, deseando salir de allí lo más rápido posible. Mientras recogía las bolsas, la cajera les despidió con aquel semblante perturbador.

—Espero verlos de nuevo —dijo—. ¡Disfruten su picnic en familia!

Los tres salieron sin mirar atrás.

Mientras llegaban al coche, Jorge indicó a las niñas que subieran rápidamente. Claudia y Marina obedecieron sin hacer preguntas.

Ya en marcha, se forzó a llenar el coche de palabras.

—Va a ser un picnic estupendo. He cogido vuestro queso favorito… y helado.

De repente, el sistema Bluetooth del coche notificó una llamada entrante. En la pantalla del salpicadero apareció un número que Jorge reconoció de inmediato. Sin dudarlo, canceló la llamada con un toque rápido al volante.

—¿Era mamá? —preguntó Claudia.

Jorge trató de mantener la compostura, buscando una respuesta rápida.

—Una llamada del banco, tesoro —respondió, obligándose a sonreír—. Probablemente por alguna tontería del seguro.

Claudia pareció aceptar la explicación, aunque Jorge sabía que su excusa no era del todo convincente.

La iglesia de Los Olivos no tenía cruces.

Ana lo notó desde las escaleras, cuando la familia subió junta los peldaños de piedra desgastada por el tiempo. Una edificación maciza en lo alto de una pequeña colina, con muros gruesos y ventanas estrechas que dejaban pasar poca luz. Ningún símbolo religioso visible en la fachada. Ninguna imagen. Solo piedra, y detrás, el bosque que empezaba donde terminaban los últimos escalones y que se extendía hacia el interior de las colinas.

Don Manuel y Doña Elvira esperaban en lo alto, como parte del decorado.

—¡Familia Gutiérrez! —exclamó Doña Elvira, con una energía que a esa hora de la mañana resultaba excesiva—. Qué alegría verlos por aquí.

Ana sonrió con la boca. Jorge estrechó manos. Los niños pasaron en silencio. Claudia estuvo con los auriculares puestos hasta que Jorge le hizo un gesto y ella los bajó al cuello con el gesto de quien cede algo sin renunciar del todo a ello. Marina caminaba con el diario de Elisabeth Varla apretado contra el pecho. Lucas iba el último, mirando a todos lados con atención.

Cruzaron las puertas de madera oscura.

El interior era lo último que Ana habría esperado.

La vegetación se había adueñado del lugar. No de manera descuidada, sino deliberada: lianas enrolladas alrededor de las columnas con una precisión que no era accidental, helechos brotando de los rincones en macetas de barro sin esmaltar, guirnaldas de hojas frescas colgando del techo entre velas de distintas alturas que proyectaban una luz cálida e irregular. El suelo de piedra estaba cubierto de pétalos de rosas. El aire olía a tierra húmeda y a algo dulce y ligeramente amargo al mismo tiempo.

No era una iglesia cristiana.

O si lo había sido en algún momento, llevaba mucho tiempo siendo otra cosa.

Los vecinos del residencial llenaban los bancos de madera. Silenciosos, ordenados, con esa quietud de quien lleva años practicando exactamente cómo comportarse en ese lugar. Ana buscó caras conocidas. Encontró a Meryl en el fondo, sentada sola, con el cabello sin recoger y los hombros caídos, tan diferente a la mujer del traje sastre de la primera noche que costaba creer que era la misma persona. Llevaba los guantes puestos. No miró a Ana.

La familia se sentó en los bancos del fondo.

En el altar, Doña Inés empezó a cantar.

Ana no había escuchado antes a Doña Inés cantar y no estaba preparada para lo que salió de aquella mujer delgada y de movimientos precisos: una voz de soprano limpia y poderosa que llenó la nave entera con una facilidad que no parecía requerir ningún esfuerzo. La melodía simulaba un canto gregoriano, con intervalos que no correspondían a ninguna escala. Sus manos se movían mientras cantaba, dibujando en el aire una coreografía sutil y precisa, moldeando el sonido con los dedos.

Ana miró a sus hijos.

Marina tenía los ojos fijos en Doña Inés. La melodía le resultara familiar. Tenía el diario apretado en el regazo y los nudillos ligeramente blancos sobre la cubierta.

Claudia, en cambio, había bajado los auriculares sin que nadie se lo pidiera. Se los había quitado ella sola, en silencio, embelesada. Escuchaba con la cabeza levemente inclinada hacia la izquierda, hacia el altar, con los ojos semicerrados y una expresión en la cara que Ana no le había visto antes: no la expresión defensiva de Claudia, no el escudo de la ironía. Algo más abierto. Más expuesto.

Lucas no escuchaba la música.

Lucas miraba el rincón izquierdo del altar con una concentración absoluta. No el rincón donde estaba Doña Inés ni el trono de ramas donde estaba sentado el anciano. El que era simplemente oscuridad.

Ana posó la mano en el hombro de su hijo.

Lucas no se giró. Pero la mano que tenía en el regazo buscó la de ella y la sostuvo, despacio, con los dedos entrelazados.

Ana la reconoció.

Era la misma melodía que Lucas tarareaba en su habitación.

La misma que Meryl había tarareado en su cocina a las tres de la madrugada.

Don Santiago ocupó el altar cuando el canto de Doña Inés terminó.

Abrió el libro que descansaba sobre la piedra con una lentitud ceremonial. Las páginas crujieron. Miró a la congregación durante un momento en silencio, ese silencio de predicador que es en sí mismo una forma de hablar.

—Hermanos —dijo—. ¿Quién aquí ha sentido alguna vez que el peso que carga es demasiado grande para cargarlo solo?

Nadie respondió en voz alta. Pero Ana vio cómo varios de los vecinos bajaban los ojos o asentían con un gesto.

—Hay alguien —continuó, con la voz de alguien que ha dicho estas palabras muchas veces—. Alguien que lleva existiendo más tiempo que nosotros. Que no juzga. Que no pide explicaciones. Que solo espera que estemos listos para recibirla.

Hizo una pausa.

—Ella no distingue entre los que creen y los que dudan. Entre los que han fallado y los que todavía no saben que van a fallar. Solo distingue entre los que abren la puerta y los que la mantienen cerrada.

Ana miró a Jorge.

Su marido escuchaba con una atención que no le había visto en años. No la atención educada de quien aguanta un discurso ajeno, sino algo más activo, más comprometido, la atención de alguien que está oyendo decir en voz alta algo que llevaba tiempo pensando en silencio. Las líneas de su cara —tensas desde hacía ocho meses, desde el quirófano, desde la palabra negligencia— estaban relajadas de una manera que Ana no supo si encontrar reconfortante o perturbadora.

Jorge era ateo desde los dieciséis años. Nunca había entrado en una iglesia voluntariamente. No conocía a Dios ni tenía intención

de conocerlo, a pesar de la insistencia de su madre.

—¡Dejad que ella entre! —proclamó Don Santiago, con la voz elevada, pero sin gritar, con esa resonancia específica de los espacios de piedra—. Como entra el agua en la tierra seca. Sin violencia. Sin prisa. Con la certeza de quien sabe que al final siempre llega.

La congregación murmuraba. Un sonido bajo, colectivo, de entusiasmo colectivo.

Ana buscó en ese murmullo algo que la orientara. Algo que le dijera quién era ella. No lo encontró. Don Santiago nunca pronunció un nombre. Nunca citó ningún texto. Nunca dijo a qué tradición pertenecía lo que estaba describiendo. Era un sermón construido sobre referencias que ella no tenía, sobre una intimidad compartida con la congregación de la que Ana y su familia quedaban deliberadamente fuera.

O eso creyó Ana al principio.

Luego se preguntó si no era al revés: si el sermón estaba construido específicamente para los que no sabían todavía a qué se estaban abriendo.

Miró a Claudia.

Su hija mayor seguía con los auriculares colgados al cuello, escuchando. Pero había algo en su postura que a Ana no le sorprendió: los hombros ligeramente caídos hacia delante, la mandíbula relajada, las manos abiertas en el regazo con las palmas hacia arriba. La postura de alguien que ha decidido no defenderse de algo. Que ha bajado el escudo sin darse cuenta de que lo estaba bajando.

Ana estudió esa postura.

Luego analizó con detalle el sermón de Santiago.

La pregunta con la que había comenzado: ¿quién ha sentido que el peso que carga es demasiado grande? No era una pregunta retórica. Era un diagnóstico. Era Santiago diciéndole a cada persona en esa nave exactamente lo que esa persona necesitaba escuchar. Y Claudia, que llevaba dos años cargando el peso de una familia que se rompía y que no tenía a nadie a quien decírselo, había respondido

a esa pregunta con todo su cuerpo antes de que su mente pudiera interceptar la respuesta.

Ana apretó la mano de Lucas.

Lucas la miró. Sus ojos eran los suyos, completamente los suyos. Pero el rincón en sombra del altar seguía siendo lo primero hacia donde volvían cada vez que ella los soltaba.

Al fondo de la iglesia, en el trono de ramas y raíces que parecía haber brotado del suelo, el anciano de la sotana negra se puso en pie.

Ana lo había estado observando desde que entraron. Era el que presidía, aunque no había hablado. Tenía el cabello largo y canoso, la piel surcada de arrugas profundas, y del cuello le colgaba algo que Ana no había podido identificar desde su distancia: un objeto pequeño, suspendido de un cordón de cuero. No era una cruz. Ni un medallón convencional. Algo de forma irregular que parecía absorber la luz.

El anciano bajó del trono de raíces y avanzó por el pasillo central con lentitud. Doña Elvira le salió al encuentro con un cáliz de metal. Las manos del anciano lo envolvieron. Sus labios se movieron y Doña Inés volvió a cantar.

La misma melodía. Más lenta esta vez.

Los vecinos empezaron a levantarse de los bancos. Formaban una fila con la naturalidad de quien ha hecho ese mismo movimiento muchas veces. Avanzaban hacia el altar, hacia el cáliz, con el silencio y la ordenada devoción de una comunión. La familia Martínez también se levantó y se sumó a la fila.

Ana los observó.

Jorge se movió.

—Creo que deberíamos unirnos —dijo en voz baja—. Sería un buen gesto.

—No sabemos qué hay en ese cáliz —respondió Ana, igual de bajo.

—Ana.

—Todos bebiendo del mismo recipiente. No, Jorge. No hemos aprendido nada de la pandemia.

Él la miró. Y Ana vio en sus ojos algo que no le gustó. El sermón de Don Santiago parecía haber encontrado en Jorge un territorio sin defensas.

—Solo será un momento —dijo Jorge.

Se levantó y se puso en la fila.

Ana no lo siguió. Se quedó en el banco con los niños, mirando. El anciano sostuvo el cáliz frente a Jorge. Jorge lo cogió con las dos manos y se lo llevó a los labios.

Bebió.

Devolvió el cáliz. Volvió al banco y se sentó. Luego miró al frente.

—¿Qué sabor tiene? —preguntó Ana.

Jorge tardó un momento en responder.

—No es vino —dijo—. Es terroso. Con algo metálico. Como un aceite de oliva muy intenso y un poco amargo.

Ana no dijo nada más. Pero miró el cáliz en la distancia, pensando en el color que había descrito Jorge. Y pensó en el sabor metálico y en lo que sabía de su trabajo sobre los sabores metálicos.

A su lado, Claudia se había levantado.

Ana tardó un segundo en procesarlo. Claudia de pie, con los auriculares en el cuello, mirando la fila con esa expresión nueva que no era la suya. Dando un paso hacia el pasillo.

—Claudia —dijo Ana, con la voz baja pero firme.

Su hija se detuvo. Parpadeó. Se giró hacia ella con el gesto de alguien que sale de un trance y no sabe exactamente cómo ahí.

—¿Qué? —dijo Claudia.

—Siéntate.

Claudia se sentó, con ese gesto suyo de ceder sin admitir que cede. Pero Ana había visto el paso que había dado hacia el pasillo, y había visto la expresión que tenía mientras lo daba.

Lucas, a su lado, tarareaba algo muy bajo, casi inaudible.

Era la misma melodía.

Al terminar la comunión, Don Santiago anunció *La Exultación*.

—¡Faltan dos días! —proclamó, con la energía recuperada de golpe—. Dos días para la celebración más importante del año en Los

Olivos. Un momento para unir nuestras historias y abrazar lo que está por venir.

La congregación aplaudió. Un aplauso colectivo, sincronizado.

—Y hoy —continuó Don Santiago, mirando directamente a los bancos del fondo— celebramos también la llegada de dos familias maravillosas. Los Gutiérrez y los Martínez.

Todos los rostros de la congregación se giraron hacia ellos al mismo tiempo.

Ana sintió el peso de esas miradas. No eran miradas hostiles. Eran peores: eran miradas de expectativa. De quien lleva tiempo esperando algo y por fin lo tiene delante.

Jorge brillaba. Su pecho se ensanchó y sonrió.

—Esto es un buen comienzo —le susurró.

Ana asintió sin responder.

Buscó a Meryl con los ojos. El banco del fondo donde había estado sentada estaba vacío.

Fuera, en el espacio abierto entre la iglesia y el bosque, los vecinos se dispersaron en grupos pequeños con la naturalidad de quien continúa una conversación interrumpida por la ceremonia.

Ana encontró a la familia Martínez junto a una fuente ornamental. Marta, la mujer, tenía la expresión de alguien que quiere hablar, pero no sabe si puede hacerlo con seguridad. Ese gesto de mirar brevemente alrededor antes de decir algo, esa manera de bajar ligeramente el volumen, aunque no haya nadie cerca.

—Hola —dijo Ana, acercándose—. Soy Ana. Llegamos hace dos días.

—Lo sé —respondió Marta—. Os vimos de camino a casa de los directores. —Una pausa—. Yo soy Marta. Él es Javier.

Javier estrechó la mano de Ana con firmeza. Tenía los ojos de alguien que evalúa antes de hablar, lo cual a Ana le pareció una buena señal.

—¿Qué os ha parecido la ceremonia? —preguntó Javier, con un tono neutro.

—Interesante —dijo Ana, con el mismo tono.

Se miraron un momento. Marta soltó una pequeña risa, aliviada.

—¿Cenáis mañana con nosotros? —dijo Marta—. Villa catorce, al final de la calle principal, junto al roble grande. A las ocho.

—Allí estaremos —respondió Ana.

Había algo entre los cuatro que no necesitaba ser dicho en voz alta. Un entendimiento tácito que a Ana le relajó.

Meryl apareció cuando Ana se estaba girando para buscar a los niños.

Salió de entre la gente con esa capacidad suya de materializarse sin que nadie la viera llegar. Se colocó junto a Ana, tan cerca que hasta pudo oler su perfume —floral, anticuado, con un ligero toque a lavanda. Le habló al oído con la voz baja y aguda de quien comparte un secreto. Ana sintió contra el lóbulo de su oreja el roce áspero del guante de algodón.

—Tienes una hija que canta dormida —dijo Meryl—. Yo también tuve una. Cuídala.

La mano enguantada se cerró un momento alrededor de la muñeca de Ana, con una fuerza que no correspondía a una mujer de su edad. Lo justo para que Ana no pudiera apartarse en el primer impulso.

—Y otra cosa —añadió Meryl—. Nunca mires en el espejo.

Ana se giró.

Meryl ya no estaba. Se había disuelto entre la gente con la misma facilidad con que había aparecido, dejando solo el rastro de su perfume floral y esas dos frases sin sentido.

Los tres niños se adentraron en el bosque mientras Ana extendía la manta para el picnic.

—No os alejéis —dijo—. Y volved en cuanto os llame.

—Sí, sí —respondió Claudia, con los auriculares ya puestos de nuevo.

Desaparecieron entre los árboles.

Jorge estaba en el teléfono, distraído. Ana esperó a que perdiera la atención del todo y luego se alejó unos pasos hacia la ladera del bosque, lo suficiente para que no pudiera escucharla.

Buscó el contacto de Raúl.

Raúl Mendoza era su antiguo compañero en la comisaría de Madrid. Llevaban diez años trabajando juntos antes de que Ana renunciara al ascenso para mudarse. Era la persona en quien más confiaba profesionalmente, y la relación entre ellos tenía la complejidad característica de dos personas que han pasado mucho tiempo en situaciones de presión juntas y que saben cosas el uno del otro que no se dicen, pero tampoco se olvidan. Jorge no lo quería. Ana entendía por qué. También entendía que en este momento no tenía otra opción.

Raúl cogió al primer tono.

—Ana. ¿Estás bien?

—Estoy en un sitio que se llama Residencial Los Olivos, en las afueras de Murcia. Necesito que busques todo lo que puedas sobre él. Nombre del titular, licencias, registros de construcción. Yo no encuentro nada, Raúl. Absolutamente nada.

Silencio al otro lado. Luego:

—¿Nada de nada?

—Nada. El GPS nos trajo hasta aquí, pero la calle no tiene nombre. El complejo no aparece en el catastro ni en el registro de la propiedad.

—¿Y cómo compraste la casa?

—Con un contrato que llegó por correo. De una inmobiliaria que tampoco encuentro online.

Otro silencio. Este más largo.

—Hay algo más —añadió Ana—. Busca también a una arqueóloga. Elisabeth Varla. Desapareció en Murcia en 1997 durante un trabajo de campo.

—De acuerdo. —La voz de Raúl tenía esa firmeza típica de quien ya está trabajando mientras habla—. Te aviso en cuanto tenga algo. Ana.

—Llámame loca, pero comprueba también el censo. Menores de catorce. Estoy en una urbanización con quince villas y no he visto ni oído a un solo crío. No me cuadra.

—No te preocupes. Cuídate.

Colgó. Ana se quedó con el teléfono en la mano, mirando el bosque donde habían desaparecido sus hijos.

El bosque era denso. La luz que llegaba desde dentro era diferente a la del exterior, más filtrada, más verde, con esa cualidad de los espacios donde los árboles son suficientemente altos y juntos para crear su propio microclima. No se oían las risas de los niños.

Se metió el teléfono en el bolsillo. Fue a por el vaso de agua que había traído. Lo bebió despacio, mirando los árboles.

Dejó que Jorge se adelantara hacia los árboles a buscar a los niños. Se quedó sola un momento junto a la manta, tarareando la dichosa melodía ella sola en voz muy baja, intentando retenerla. Intentando entender de dónde venía. Era antigua, eso era seguro. El tipo de melodía que no se compone, sino que se transmite, de boca en boca, de generación en generación, sin que nadie recuerde ya quién la cantó por primera vez ni por qué.

Y sin que nadie sepa exactamente qué hace en la cabeza de un niño de siete años que acaba de llegar a un lugar que no existe en ningún mapa.

Marina había encontrado un árbol con las raíces suficientemente grandes para apoyar la espalda y había abierto el diario.

La letra de Elisabeth Varla era pequeña y apretada, la de alguien que escribe para registrar, no para ser leída. Se detuvo un momento en los márgenes, llenos de notas y pequeños dibujos: esquemas de excavación, perfiles de objetos, coordenadas. Las primeras páginas tenían el tono tranquilo y profesional de un diario de campo. Pero Marina había aprendido, en los años que llevaba leyendo, que el tono de un texto cambia cuando algo cambia en quien lo escribe.

Empezó por el principio.

Día 1: Cuando llegamos a Murcia el aire olía a romero y a tierra. Samantha y yo habíamos dejado atrás las brumosas colinas de Yorkshire y el silencio de nuestra casa de piedra que todavía recordaba la ausencia de William. Aquí era diferente. Había movimiento, vida, una promesa de nuevos comienzos entre las ruinas por descubrir. El equipo es bueno. Joaquín, que coordinó la

logística desde Madrid, no ha venido, lo cual me alegra. Hay algo en ese hombre que me incomoda sin que pueda precisar qué. Pero los demás son estupendos. Mañana empezamos.

Marina levantó los ojos.

Samantha. La hija de Elisabeth se llamaba Samantha. Igual que la amiga imaginaria de Lucas.

Siguió leyendo.

Día 7: El monasterio es más antiguo de lo que indicaban los documentos previos. Las paredes de la nave principal tienen estratos que sugieren construcción sobre construcción, cada una borrando casi por completo la anterior. El lugar había necesitado ser reinventado varias veces. Hoy levantamos una losa sellada bajo un metro de tierra compactada. Debajo había una cámara pequeña, del tamaño de un armario. El aire que salió era frío. Llevaba mucho tiempo encerrado y lo notamos al salir.

Nadie lo mencionó. Pero todos lo notamos.

Marina pasó varias páginas. Los días intermedios eran técnicos, llenos de medidas y catalogaciones. Luego:

Día 14: En el corazón del monasterio hemos encontrado lo que quizás sea el hallazgo más importante de mi carrera. Un espejo de obsidiana de aproximadamente ochenta centímetros de alto por cincuenta de ancho, enmarcado en madera negra con tallados que no pertenecen a ningún estilo regional que reconozca. La superficie no refleja con normalidad. La imagen que devuelve tiene un ligero retardo. Samantha lo encontró fascinante. Yo intenté convencerme de que era fascinante y no otra cosa.

Lo he traído a la casa donde nos alojamos. Sé que no debería haberlo hecho. El protocolo es claro. Pero había algo en dejar ese objeto solo en esa cámara, en ese monasterio, en esa oscuridad, que me resultó imposible.

No sé explicar por qué.

Marina cerró el diario de golpe.

No porque tuviera miedo exactamente, sino porque la lectura le produjo la sensación de estar leyendo algo que estaba ocurriendo ahora. Allí, en el bosque donde ella estaba sentada con la espalda

contra las raíces de un árbol y el sonido del viento entre las ramas sobre su cabeza.

Guardó el diario.

Miró a su alrededor.

No había rastro de Claudia ni de Lucas.

—¿Claudia? —llamó.

Nada.

—¿Lucas?

Solo el bosque. La luz filtrándose. El viento.

Marina se puso en pie.

Lucas había llegado al arroyo siguiendo una atracción que no era exactamente la de Samanta pero que tampoco era completamente suya.

Era algo intermedio. Una dirección que sentía más que pensaba, como cuando uno sabe sin mirar que alguien está detrás. Se había alejado de sus hermanas, siguiendo el sonido del agua entre la vegetación hasta que el arroyo apareció ante él: un hilo de agua que serpenteaba entre las raíces, no más ancho que un brazo extendido, con el fondo de piedra visible a través del agua transparente.

Se agachó. Tocó la superficie con la punta de los dedos.

El agua estaba fría. Más de lo que debería estar en junio.

Miró su propio reflejo en el agua. Los ojos, el pelo alborotado, la camiseta azul. Y luego, detrás de su propio reflejo, en el fondo del agua, vio otra cosa.

No un reflejo del cielo ni de los árboles.

Una cara.

Mirándolo desde abajo.

Lucas no gritó. Retiró los dedos del agua muy despacio. Se incorporó y dio un paso atrás.

El reflejo del agua volvió a ser solo el cielo y los árboles.

Lucas se quedó mirando el arroyo durante un momento más.

—Samanta —dijo en voz muy baja—. ¿Eres tú?

El agua no respondió.

Pero el frío siguió ahí, aunque sus dedos no estuvieran mojados.

Ana se levantó de la manta para llamar a los niños. Caminó unos metros hacia los árboles y entonces la vio.

Meryl. De pie. Entre dos pinos, a unos veinte metros, con el traje sastre raído y los guantes blancos. No hacía nada. No se movía. Solo estaba ahí, mirando.

No miraba a Ana.

Miraba el punto exacto en el que los niños se habían adentrado en el bosque unos minutos antes.

—¡Meryl! —llamó Ana.

La mujer no se giró. No le respondió. No pareció siquiera escuchar su nombre. Tenía la cabeza ligeramente inclinada y la mano izquierda en alto.

Ana dio dos pasos hacia ella. Meryl, sin dejar de mirar el punto entre los pinos, dio varios pasos hacia atrás. Sin tropezar. Sin volverse a comprobar el suelo. Conocía cada raíz y cada piedra de aquel bosque mejor que la palma de su propia mano.

—¡Niños! —gritó Ana, sin dejar de mirar a Meryl—. ¡Volved aquí ahora mismo!

Las voces de los niños llegaron desde algún punto del bosque, todavía distantes. Y en el momento exacto en que Ana giró un instante la cabeza para localizar de que dirección venían, Meryl desapareció.

Ana corrió hacia los pinos donde Meryl había estado. Llegó al punto exacto. Se agachó. En la tierra blanda dos huellas pequeñas, de zapato bajo. Pero no había más rastro de ella.

Claudia se quitó los auriculares cuando tropezó con una raíz y estuvo a punto de caer.

El silencio del bosque la golpeó de inmediato, ese contraste brusco entre el sonido que llenaba sus oídos y la ausencia repentina de todo. Se quedó quieta un momento, dejando que los oídos se adaptaran.

El bosque estaba en silencio.

El silencio de un espacio que contiene el sonido, que lo absorbe antes de que pueda propagarse. La sensación de que algo enorme e inmóvil estaba prestando atención.

—¿Lucas? —llamó—. ¿Marina?

Nada.

Miró a su alrededor. Los árboles eran más altos de lo que recordaba. La luz llegaba desde arriba en ángulos que no correspondían a la hora. No sabía con certeza de qué dirección había venido ni cuánto tiempo llevaba caminando.

Y entonces lo vio.

Entre dos árboles, a unos veinte metros, había una figura. Quieta. Del tamaño de un niño, o quizás algo más alta. Oscura.

Claudia se quedó inmóvil.

La figura tampoco se movió.

Duraron así unos segundos que Claudia no habría sabido cuantificar. Luego escuchó la voz de su madre llamándola desde algún punto detrás de ella, y el sonido de esa voz conocida fue suficiente para que sus pies respondieran.

Se giró y caminó de vuelta hacia la voz.

No corrió.

Pero no miró atrás.

7 TRES SEMANAS ANTES

Javier Martínez llegó a Los Olivos convencido de que el matrimonio no tenía arreglo.

No lo dijo así. No lo pensó con esas palabras exactas, porque hay cosas que la mente esquiva durante meses, como los pájaros que sobrevuelan el lugar donde van a posarse. Pensaba que necesitaban un cambio. Que, si no hacían algo diferente, en dos

años habrían perdido incluso la energía para discutir. Lo que pensaba, las madrugadas que no podía dormir y Marta descansaba a su lado con esa indiferencia de quien ya no espera nada, era: no sé si todavía la quiero. Y no sé si ya me importa.

El sobre llegó en febrero, cuando llevaban diez años casados y cuando los últimos tres de esos diez se habían deteriorado sin que nadie hiciera nada para evitarlo porque nadie sabe exactamente qué habría que hacer.

Pergamino color marfil. Caligrafía antigua. Una villa de lujo en Murcia a un precio que no tenía ningún sentido de mercado. Las condiciones extrañas —sin visita previa, aceptación en quince días— que Javier habría rechazado en cualquier otra circunstancia pero que en esa circunstancia leyó como señal.

Marta lo leyó con escepticismo. Luego con curiosidad. Luego con algo que Javier interpretó como la primera emoción compartida que habían tenido en meses.

—¿Y los chicos? —preguntó ella.

—Iván y Sergio se adaptan a todo —respondió Javier—. Siempre lo han hecho.

Eso era verdad. Era también una manera de no decir que Iván y Sergio llevaban dos años adaptándose a unos padres que compartían techo y poco más, y que su capacidad de adaptación no era virtud sino consecuencia.

Firmaron el contrato.

En mayo llegaron a Los Olivos.

Las primeras dos semanas fueron mejores de lo que esperaban.

No de manera espectacular. No hubo una reconciliación inmediata ni conversaciones reveladoras ni ninguno de esos gestos cinematográficos que en las películas marcan el punto de inflexión de un matrimonio. Fue más sutil que eso. Javier empezó a despertarse por las mañanas sin ansiedad. Marta empezó a cocinar de nuevo, no por obligación sino por placer. Iván y Sergio salían al jardín por las tardes y volvían a las ocho con tierra en los zapatos y sin los teléfonos en la mano.

Pequeñas cosas que en conjunto configuran algo semejante al bienestar.

Los vecinos eran amables. Los directores habían organizado una bienvenida que a Javier le pareció un poco excesiva en sus formas pero que en el fondo encontró genuina: cuatro personas que se alegraban de verdad de que estuvieran allí, que hacían preguntas sobre sus vidas con una atención que resultaba agradable después de años de conversaciones de relleno.

Don Santiago en particular.

Javier había hablado con él tres veces en los primeros diez días. Las tres veces en circunstancias aparentemente casuales: en el camino principal una mañana, en la pequeña plaza central una tarde, en la ladera del bosque un atardecer cuando Javier salió a caminar solo porque necesitaba silencio y encontró silencio, pero también a Santiago.

Santiago escuchaba de una manera que Javier no había encontrado en muchas personas: sin preparar la respuesta mientras el otro habla, sin desviar la conversación hacia sí mismo en cuanto aparece una pausa. Solo escucha, con esa atención completa que hace que uno sienta que lo que dice importa.

Javier le habló del matrimonio. De los diez años. De los tres últimos.

Santiago no ofreció soluciones. No dijo lo que Javier esperaba que dijera. Dijo algo diferente:

—El problema no es que hayas dejado de querer a Marta. El problema es que llevas años con una versión de ti mismo que ya no te corresponde. Y eso agota cualquier cosa, incluso el amor.

Javier lo miró.

—¿Y cómo se cambia eso?

—Dejando que este lugar haga lo que sabe hacer —respondió Santiago, con una sonrisa completamente.

El cambio en Marta empezó en la tercera semana.

Primero fue el sueño: Marta empezó a dormir de una manera diferente, más profunda, sin los movimientos constantes que le

impedían el descanso.

Luego el humor. Marta había sido una persona con sentido del humor antes de que los últimos tres años lo fueran erosionando. Ese sentido del humor volvió, gradualmente, con esa naturalidad de algo que estaba ahí antes y que simplemente había necesitado condiciones para salir de nuevo.

Luego la tranquilidad. Una manera de moverse por la casa y por el residencial que no tenía la tensión de quien espera que algo salga mal.

Javier lo vio y lo sintió como un alivio enorme. Se percató de que había estado más preocupado de lo que admitía, que el peso del matrimonio deteriorado había sido más intenso de lo que reconocía en voz alta. Y que este lugar, de alguna manera, estaba haciendo algo que los terapeutas, las conversaciones y los intentos de los últimos años no habían conseguido.

Los chicos también cambiaron.

Iván, el mayor, había sido durante dos años un adolescente de esos que responden con monosílabos y miran el teléfono en la mesa. Aquí empezó a hablar en las cenas. No mucho ni de manera forzada, simplemente empezó a estar presente.

Sergio, el menor, siguió a su hermano con la obediencia automática de los hermanos pequeños.

Javier observaba todo aquello con cautela. Había aprendido, a base de palos, a desconfiar de las cosas buenas que se presentaban tan fácil.

Pero los días pasaban y la trampa no aparecía.

Y Javier empezó a creer.

La primera vez que Javier notó algo que no encajaba fue un martes de la tercera semana.

Marta estaba en el jardín y Javier salió a buscarla para decirle que la cena estaba lista. La encontró de pie junto al muro del fondo, mirando los arbustos, con los brazos caídos y la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. No hacía nada. No miraba nada específico. Solo estaba ahí, completamente paralizada.

—Marta.

Ella se giró. Sus ojos tardaron un segundo en enfocarse, como cuando alguien sale de una ensoñación profunda.

—¿Qué? Ah. Sí. Ahora voy.

Javier la miró.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió ella, con una sonrisa.

—¿Qué escuchabas?

Marta pareció considerarlo.

—No sé cómo describirlo —dijo—. Es como una melodía. Muy suave. ¿Tú no la oyes?

Javier escuchó. El jardín, el viento leve entre los arbustos, el agua de la fuente de la plaza al fondo.

—No oigo nada especial.

Marta asintió.

—No importa, cariño —dijo, y volvió hacia la casa con esa ligereza nueva, sin darle más importancia.

Javier se quedó un momento en el jardín, escuchando.

Nada.

O casi nada. Algo en el límite de lo audible, tan tenue que podría ser el propio sistema nervioso generando ruido cuando no hay suficiente estímulo externo. Una frecuencia baja, regular.

Javier entró en casa.

Los chicos empezaron a cambiar de manera diferente en la cuarta semana.

Iván dejó de hablar en las cenas. Fue reduciendo las intervenciones hasta que una noche Javier se dio cuenta de que llevaba dos días sin escuchar la voz de su hijo mayor excepto para responder preguntas directas con la menor cantidad de palabras posible.

Sergio siguió a su hermano.

Pero lo que más inquietó a Javier, la noche en que por fin se permitió reconocer que algo no iba bien, fue lo que vio desde el pasillo.

Las dos de la mañana. Javier había ido al baño y al pasar frente a la habitación de Iván vio luz por debajo de la puerta. Llamó suavemente. No hubo respuesta. Abrió.

Iván estaba sentado en el suelo, frente al espejo del armario. De espaldas a la puerta, mirando su propio reflejo sin parpadear. Ese gesto que Javier reconoció porque lo había visto antes, en el jardín, en su mujer.

La misma quietud. La misma cabeza levemente inclinada. La misma actitud de quien escucha.

—Iván.

Su hijo se giró despacio. Sus ojos tardaron ese segundo de más en enfocarse.

—Papá. Estaba... no podía dormir.

—¿Qué estabas haciendo?

Una pausa.

—Nada —dijo Iván—. Mirándome.

Javier lo mandó a la cama. Cerró la puerta. Fue al dormitorio y se quedó tumbado con los ojos abiertos durante una hora pensando en la cara de su hijo frente al espejo y en la melodía que Marta escuchaba en el jardín y en todo lo que Los Olivos les había dado en un mes y en si era posible que algo que daba tanto pudiera no tener un precio.

A las cuatro de la mañana decidió hablar con Don Santiago.

Santiago lo recibió esa mañana con la calma de siempre.

Javier le contó lo que había visto. La melodía de Marta. El espejo de Iván. El cambio en Sergio. Mientras hablaba se escuchaba a sí mismo y notaba que el tono no era el de alguien que describe síntomas alarmantes sino el de alguien que pide una explicación que ya está medio dispuesto a aceptar.

Santiago escuchó. Bebió el café. Dejó que Javier terminara.

—¿Y cómo estáis vosotros dos? —preguntó finalmente—. Marta y tú.

Javier lo pensó.

—Mejor que en años —respondió. Y era verdad.

—¿Y los chicos parecen sufrir?

Javier lo pensó también. Iván frente al espejo no parecía en absoluto asustado. Parecía... tranquilo. Completamente tranquilo.

—No —admitió.

—Lo que estáis experimentando —dijo Santiago— es el efecto de un lugar que trabaja en profundidad. No en la superficie, no en los síntomas, sino en lo que hay debajo. En los miedos que uno lleva sin saber que los lleva. La melodía que escucha Marta, los chicos... son señales de que el proceso funciona. De que están soltando algo.

—¿Qué proceso? —preguntó Javier.

Santiago lo miró a los ojos.

—La Exultación —dijo—. Que se celebra en tres semanas. Es el momento en que todo lo que este lugar ha estado construyendo en vosotros madure del todo. —Una pausa—. Os pido que confiéis. Y que dejéis que los chicos sigan su proceso también.

Javier quería hacer más preguntas. Tenía más preguntas. Pero había algo en la voz de Santiago, en el hecho irrefutable de que su matrimonio estaba mejor que en años y de que sus hijos parecían en paz, que hacía que las preguntas parecieran un gesto de ingratitud.

—De acuerdo —dijo.

Esa noche, en la cama, le contó a Marta lo que Santiago le había dicho. Marta escuchó sin la tensión de antes, y cuando Javier terminó dijo:

—Yo ya lo sabía.

—¿Cómo?

—La melodía me lo dijo —respondió, con la naturalidad de quien comenta el tiempo—. Que esto iba a terminar bien.

Javier la miró durante un momento en la oscuridad del dormitorio.

No dijo nada.

Pero esa noche tardó mucho en dormirse, y cuando por fin lo hizo soñó con un espejo negro en el que no había reflejo y con una melodía que venía de dentro del espejo. A la mañana siguiente no la recordaba del todo. Solo tenía la sensación de que había sido bella y de que le había prometido algo que él todavía no comprendía.

En la última semana antes de la Exultación, las marcas aparecieron.

Iván fue el primero. Un miércoles por la mañana bajó a desayunar con un aspa de ceniza en la frente, oscura y precisa, dibujada con una regularidad que no era la de alguien que se mancha sin querer.

—¿Qué es eso? —preguntó Javier.

—Don Santiago me la puso ayer —respondió Iván, con la indiferencia de quien habla de algo completamente ordinario—. Para la Exultación.

Javier miró a Marta. Marta miraba a Iván con la expresión de alguien que entiende algo que el otro todavía no.

—Es una preparación —dijo ella—. Es bonito, ¿no?

Al día siguiente Sergio tenía la misma marca.

Javier fue a ver a Santiago esa tarde.

—Las marcas en los chicos —empezó.

—Son una señal de que están listos —dijo Santiago, antes de que Javier pudiera continuar—. De que la Exultación va a ser completa para ellos. Es un honor.

Honor. La palabra aterrizó en Javier de una manera que no era del todo incómoda.

—¿Y nosotros? —preguntó—. Marta y yo.

—Vosotros ya estáis preparados de otra manera —respondió Santiago—. Los adultos no necesitan la marca. Ya llevan en su interior.

Javier lo miró.

—¿Qué señal?

Santiago sonrió.

—El alivio —dijo—. ¿No lo sientes? Ese peso que llegó contigo y que ya no está. Eso es la señal. Eso es lo que Nemorak reconoce en ti.

Era la primera vez que Santiago pronunciaba ese nombre en voz alta frente a Javier. Nemorak. Javier no lo conocía, pero le resultó extrañamente familiar.

—¿Quién es Nemorak? —preguntó.

—Lo que este lugar ofrece —respondió Santiago—. Lo que os ha devuelto lo que teníais. Lo que os dará algo que no sabíais que os faltaba.

Javier debería haber tenido miedo.

No lo tenía.

Eso era lo que Nemorak llevaba tres semanas construyendo en él: la ausencia exacta de miedo.

Javier volvió a casa.

Aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, toda la familia cenó junta en silencio. No el silencio incómodo de antes. El silencio de las personas que no necesitan palabras porque comparten algo mucho más trascendental.

Iván y Sergio tenían las marcas en la frente.

Javier los miraba y pensaba: esto es lo que habíamos perdido. Esta presencia. Esta paz.

No pensó en preguntarse a qué precio.

Ya no tenía esa clase de preguntas.

8 CLAUDIA

Claudia había aprendido a dormir con auriculares desde los catorce años. No por la música precisamente, sino por el silencio que producían. Un silencio que ella elegía y que podía controlar.

Esa noche, con los auriculares puestos, el teléfono apoyado en el pecho y la pantalla oscurecida porque Javi había dejado de contestar mensajes a las once, Claudia miraba el techo de su habitación nueva y pensaba en la pregunta que nadie le había hecho todavía pero que ella llevaba haciéndose a sí misma desde antes de salir de Madrid.

¿Cuándo había empezado su padre a romperse?

No la negligencia. Antes. Porque la negligencia era el nombre oficial que el mundo le había puesto a algo que, para Claudia, tenía otro: el momento en que su padre dejó de parecer invencible.

Ella lo había notado antes que nadie. Lo había notado porque llevaba dieciséis años estudiando a sus padres con la atención de los hijos que saben que la estabilidad de su mundo depende del estado de esas dos personas.

Había notado lo de Sofía también.

No lo sabía a ciencia cierta, pero lo había notado. El perfume que no era el de su madre. La manera en que su padre miraba el teléfono antes de contestar. Los viajes al hospital que duraban más de lo que los turnos justificaban.

Nunca lo dijo en voz alta. Lo guardó en el mismo sitio donde guardaba todas las cosas que sabía y que no servía de nada saber: ese cajón mental que se llenaba despacio y que de vez en cuando se abría en forma de frase cortante en el momento equivocado.

Como siempre.

Claudia quitó la música. Se quedó con los auriculares puestos, pero en silencio, escuchando la casa.

Sus padres llevaban un rato callados en el dormitorio. Marina y Lucas dormían al otro lado del pasillo.

Todo en orden.

Se quitó los auriculares.

Y entonces lo sintió.

Algo cálido que empezó en la base de la columna vertebral y que ascendió despacio, vértebra a vértebra, hasta los hombros.

Cerró los ojos.

La sensación se expandió. Hacia los costados, hacia el pecho, hacia abajo.

Tranquilidad, pensó. Aunque no era exactamente eso.

El sistema nervioso le estaba dando permiso para bajar la guardia.

Claudia no bajaba la guardia desde hacía meses.

Quizás años.

Se durmió sin darse cuenta.

Cuando Claudia abrió los ojos, no supo cuánto había dormido.

Después, notó que la habitación estaba diferente.

No en nada que pudiera señalar con exactitud. La misma oscuridad, las mismas dimensiones, los mismos muebles. Pero el aire estaba más frío. Bastante más frío.

Claudia abrió los ojos del todo.

Había alguien en el rincón.

Era tarde y la única luz que se filtraba por debajo de la puerta desde el pasillo era un hilo anaranjado y tenue que iluminaba el suelo. Lo que había en el rincón era una densidad diferente a la oscuridad del resto, una presencia que Claudia percibió antes de ver con claridad.

Era grande. Más alto que una persona de pie. Con una geometría imposible.

Claudia no gritó.

No porque no tuviera miedo. Lo tenía. Pero al miedo se le había sumado algo nuevo, algo que no terminaba de entender y que la avergonzó un poco al notarlo. El calor concreto. Localizado. Le latía despacio entre los muslos, le humedecía el pijama y le hacía respirar de otra manera.

La densidad del rincón no se movió.

Claudia la miraba. Ella la miraba a ella.

Durante cuánto tiempo, no lo supo. El tiempo en ese estado —despierta, pero con el calor en el pecho, el aire frío y la presencia en el rincón— no transcurría de manera normal.

Luego la presencia dijo algo.

No con la voz. Una comunicación que llegó como llegan los pensamientos propios, sin fuente identificable.

Lo que llegó no era una frase. Era una pregunta.

Y la pregunta era: ¿qué es lo que más temes?

La respuesta llegó antes de que Claudia pudiera decidir si quería darla.

Que se rompa del todo, pensó. O supo. O sintió, que en ese estado las tres cosas eran lo mismo.

Que mis padres se rompan del todo y que no haya manera de volver a juntarlos. Que lo de Sofía sea el final y no el principio de algo que puede arreglarse. Que mi madre siga mirando a mi padre con esa mezcla de compasión y frustración y que en algún momento

la frustración gane. Que Lucas crezca en una casa rota y no conozca otra cosa. Que Marina aprenda a no esperar nada de las personas de las que debería poder esperar todo.

Que yo sea la única que lo ve y no pueda hacer nada.

Eso era lo que más temía.

No el lugar. No los vecinos raros. No la señora Meryl en la cocina ni la figura que creía ver entre los cipreses. Esas cosas eran el miedo de fuera, el miedo que se puede nombrar y, por tanto, en cierta medida manejar.

Su miedo era el de dentro. El que no tiene bordes bien definidos. El que es exactamente tan grande como la familia que ama y que teme perder.

La presencia en el rincón recibió eso.

Claudia lo sintió como un alivio, que era lo más extraño: que decírselo a esa cosa —fuera lo que fuera— produjera alivio.

El calor se intensificó levemente, palpitando entre sus caderas.

Claudia volvió a cerrar los ojos.

Y no hizo nada por detenerlo.

A la mañana siguiente Claudia no recordaba nada de lo sucedido.

O no del todo: recordaba haberse dormido con los auriculares puestos y haberse despertado con ellos en la mano, lo cual era normal porque a veces se los quitaba dormida. Recordaba un sueño vago, sin imágenes precisas, solo la sensación de haber estado en un sitio tranquilo.

No recordaba la presencia en el rincón.

No recordaba la pregunta.

No recordaba haber respondido.

Bajó a desayunar. Se sentía bien. No sabía por qué, y eso en sí mismo debería haberle resultado extraño.

Sus padres estaban en la cocina. Su madre con el café. Su padre con ese gesto nuevo que llevaba unos días teniendo, menos tenso.

Claudia los miró.

Y por primera vez en meses no sintió la urgencia de decir nada desafiante. El miedo seguía ahí, lo sabía, pero era diferente esa mañana. Alguien lo había cogido y se lo había devuelto ligeramente más pequeño.

—Buenos días —dijo, y su voz sonó más parecida a la suya de antes de que todo se complicara.

Sus padres la miraron con una sorpresa que intentaron disimular, sin éxito.

Claudia cogió una tostada. Se sentó. Desayunó.

Normal.

Completamente normal.

Lo que no supo, lo que no podía saber, era que la normalidad que sentía no era la suya. Era la copia de la suya que algo le había devuelto después de quedarse con el original. Una copia perfecta en todos los aspectos visibles, que respondía a los estímulos correctos y producía las expresiones correctas para no despertar sospechas.

Un hueco con la forma de Claudia.

Esa noche volvió a ocurrir.

Y la siguiente.

Y la siguiente.

Cada vez el mismo proceso: el calor plácido que llegaba cuando apagaba la luz, la presencia en el rincón, la pregunta, la respuesta que salía antes de poder decidir si quería darla. Cada vez Claudia entregaba algo —un miedo, una memoria, una certeza sobre sí misma— y cada vez la presencia lo recibía y el calor la reconfortaba. Después, caía rendida en un sueño profundo.

Y cada mañana, nada.

Ni rastro de la noche anterior. Solo la sensación vaga de haber descansado bien.

Sin embargo, cada día que pasaba, la distancia entre lo que sentía y lo que pensaba se hacía un poco mayor. La parte que sentía seguía siendo ella, pero la parte que pensaba fue cediendo espacio, retrocediendo, haciéndose más pequeña.

Sus padres lo percibieron como algo positivo.

9 HOGAR, DULCE HOGAR

Jorge nunca le contó a nadie lo que realmente pasó aquella noche.

Ni a Ana. Ni al terapeuta al que fue tres meses antes de abandonarlo. Ni a sí mismo, en el sentido de dejarla desplegarse en la memoria con todos sus detalles. La guardaba comprimida, reducida a sus datos esenciales, porque sabía que si la abría del todo no habría manera de volverla a cerrar.

Pero el bosque de Los Olivos tenía algo. Algo que hacía que lo comprimido quisiera expandirse.

La noche fue un tres de noviembre de hace ocho años.

Jorge había llegado tarde a casa. No del hospital, sino de un bar cerca del hospital, donde llevaba dos horas con Sofía, una médico residente de treinta y un años que le había recordado durante seis meses lo que era sentirse necesitado fuera de un quirófano. No la amaba. Probablemente ella tampoco lo amaba a él. Pero había algo en esos encuentros —la atención de alguien que te mira sin conocer todavía tus fracasos— que Jorge había convertido en una droga de la que no sabía cómo salir.

Ana lo supo en el momento en que entró por la puerta.

No por ninguna prueba concreta. Lo supo de la manera en que se saben las cosas cuando llevás doce años con alguien y has aprendido a leer cada variación en su manera de colgar la chaqueta o de evitar el primer contacto visual.

—¿Dónde has estado? —preguntó con la voz completamente plana.

—En el hospital.

Ninguno de los dos se creyó esa respuesta. Pero ambos sabían que la alternativa era una conversación para la que ninguno tenía fuerzas esa noche.

Discutieron de todos modos. Las discusiones de los matrimonios que se están rompiendo no esperan el momento adecuado. Salen cuando pueden, con la energía acumulada de meses de cosas no dichas. Ana le dijo que había sacrificado su

ascenso para estar presente y que él no estaba. Jorge le dijo que ella había convertido la familia en un proyecto de gestión del que él era solo una variable. Ana dijo el nombre de Sofía. Jorge no lo negó.

El llanto de Gonzalo los interrumpió.

Un llanto agudo, urgente, desde el cuarto del fondo. Claudia apareció en la puerta del salón con los ojos muy abiertos, asustada por los gritos de sus padres. Jorge se hundió en el sofá. Ana fue al cuarto de Gonzalo.

Lo que ocurrió después Ana no se lo ha contado a nadie porque no hay manera de contarlo sin que suene diferente a como fue. Ella fue al cuarto de Gonzalo. Lo encontró llorando en la cuna. Lo cogió. Lo calmó. Lo volvió a dejar.

Eso fue todo. Eso fue exactamente todo lo que hizo.

O eso era lo que se decía.

Porque había algo más que Ana había guardado en un lugar más profundo de ese cajón mental. Una imagen: Marina en el pasillo, de pie frente a la puerta del cuarto de Gonzalo cuando Ana salió. No estaba asustada. Quieta, expectante.

A la mañana siguiente Gonzalo no respiraba.

El síndrome de muerte súbita del lactante no tiene causa conocida. No tiene culpable. Los médicos se lo dijeron con la amabilidad de quien ha dado esa misma explicación muchas veces. Ana lo escuchó y entendió cada palabr, aunque no creyó ninguna. La única explicación que tenía sentido en su cabeza era que ella había estado en el pasillo hablando con Marina en lugar de estar junto a la cuna. Que si hubiera estado junto a la cuna tal vez lo habría oído, tal vez lo habría notado a tiempo, tal vez.

La palabra tal vez es la más cruel del idioma.

Jorge lo sabía también. Porque él había estado en el sofá con los ojos cerrados fingiendo que no se le había pasado el efecto del whisky, en lugar de estar junto a su mujer en el cuarto de Gonzalo.

Ninguno de los dos se lo dijo al otro.

Nunca.

Eso fue lo que acabó con ellos de verdad. No la infidelidad, no la negligencia en el quirófano que vino después, no la inhabilitación. Sino ese silencio compartido que construyeron alrededor de aquella

madrugada de noviembre y que los separó de una manera que no requería distancia física porque ya llevaban puesta la coraza.

Hubo una sola vez, meses después. Ana intentó hablar de Marina en el pasillo. De lo quieta que estaba. De lo expectante.

Jorge la dejó hablar hasta que entendió adónde iba.

—¡Es solo una niña! —dijo, con una voz que Ana no le había escuchado antes—. Estás perdiendo la cabeza. Para.

Ana paró y se odió a sí misma.

Pero el recuerdo nunca desapareció.

Jorge salió a correr al día siguiente de la ceremonia antes de que amaneciera.

Era su manera de procesar. Doce kilómetros, el cuerpo al límite, los pulmones exhaustos, la mente más ocupada en sobrevivir el esfuerzo que en otra cosa. En Madrid lo hacía por el parque del Retiro, entre otros corredores, perros y ciclistas madrugadores. Aquí lo hacía por los senderos que bordeaban el residencial y se adentraban entre los árboles, en silencio.

El bosque de Los Olivos a las seis de la mañana parecía otra cosa.

La luz no había llegado todavía a los estratos bajos. Llegaba desde arriba, filtrada por las copas, en esa tonalidad verde y difusa que tiene la madrugada entre árboles altos. Los pájaros empezaban, pero el sonido era todavía escaso, puntual.

Jorge corría con los auriculares puestos, pero sin música, porque necesitaba escuchar sus propios pasos para saber que estaba donde creía estar.

El teléfono vibró en el bolsillo.

Miró la pantalla sin detenerse del todo. Sofía.

Se detuvo.

Llevaba tres semanas sin contestar sus llamadas. Desde antes de la mudanza. Desde que había decidido que lo de Sofía había terminado y que lo que quedaba de su matrimonio merecía al menos un intento honesto.

Lo que tenía con Sofía había durado seis meses. Seis meses de detalles. El café que ella pedía siempre a las cuatro en la máquina del pasillo del hospital. La manera en que se ataba el pelo antes de entrar a quirófano. Una cicatriz pequeña bajo el pómulo izquierdo que ella nunca explicó y por la que él nunca preguntó.

No era amor. Jorge sabía distinguir el amor del alivio.

Era alivio. El de alguien que ha estado aguantando y que encuentra un lugar donde la carga se reduce, aunque sea temporalmente. Aunque sea a un precio que no ha terminado de calcular. Sofía no sabía lo de Gonzalo. No sabía lo de la negligencia, que ocurrió después. Conocía la versión anterior: el cirujano de prestigio que se sentía invisible en su propio matrimonio.

Esa versión ya no existía.

Contestó de todas formas.

—Sofía.

—Jorge. —Su voz tenía esa calidad específica de alguien que ha ensayado las primeras palabras y luego no sabe qué sigue—. Necesitaba oírte.

—Ya hemos hablado de esto.

—Lo sé, pero no es tan fácil para mí.

Jorge apoyó una mano en la corteza de un árbol. El sudor se enfriaba en su piel.

—Se acabó, Sofía. No puedo seguir con esto. Estoy intentando arreglar algo que se rompió hace tiempo y no puedo hacerlo si tú sigues llamando.

—¿Arreglar qué? —dijo ella—. ¿Volver a fingir que todo está bien? ¿Con una mujer que lleva años mirándote como si fueras el problema?

Jorge apretó la mandíbula.

—No sabes nada de Ana.

—Sé lo que me has contado tú —respondió Sofía—. Que ya no os tocáis. Que dormis en la misma cama como dos extraños. Que llevas meses sin sentir que eres alguien en esa casa, no solo una función. —Una pausa—. Eso me lo contaste tú, Jorge. No me lo he inventado.

Silencio.

Era cierto. Se lo contó una noche en el bar cerca del hospital, con el whisky entre las manos y la guardia baja.

Jorge dejó la copa en la mesa.

—No llames más, por favor —dijo. Y colgó.

Se quedó con el teléfono en la mano durante un momento. El bosque a su alrededor permanecía completamente en silencio.

Luego guardó el teléfono y siguió corriendo.

Pero no pudo dejar de pensar en lo que Sofía había dicho. En que llevaba meses sin sentir que era alguien en esa casa. Y en que eso era verdad, era completamente verdad. En que la razón de que fuera verdad no era Ana sino él mismo, la cosa que cargaba desde noviembre, el silencio que no había roto.

Corrió más deprisa.

El bosque absorbió el sonido de sus pasos.

El olor habitual a estiércol llegaba ahora con más fuerza.

Fue veinte minutos después cuando tropezó con algo en el camino.

Al principio pensó que era una raíz. El tipo de obstáculo habitual en un sendero de tierra sin mantenimiento. Pero algo en la forma, en la manera en que la tierra estaba removida en ese punto concreto, hizo que se detuviera y mirara.

El socavón era pequeño. La tierra alrededor estaba levantada de manera irregular. Jorge se agachó. Apartó la tierra suelta con la mano.

Sus dedos encontraron algo.

Frío. Rígido. Con la textura inconfundible de piel humana.

Jorge retiró la mano de golpe. Miró. Entre la tierra revuelta, sobresaliendo apenas, había una mano. Pálida. Con los dedos ligeramente curvados, la posición de una mano que ha dejado de tener tensión muscular.

Se incorporó. Retrocedió dos pasos.

Luego, porque era médico y los médicos verifican antes de reaccionar, volvió a agacharse y apartó más tierra con movimientos rápidos y controlados. Un brazo. Un hombro. Un cuello. Un rostro.

Un rostro que conocía.

Era la paciente. La mujer de treinta y cuatro años que había entrado por su propio pie al quirófano ocho meses atrás y que no había salido. La mujer cuyo nombre Jorge llevaba grabado en lo más profundo de su alma. La veía cada vez que cerraba los ojos, en el retrovisor, en la cara de sus hijos cuando creían que él no los miraba.

Y ahora la tenía a sus pies, en el suelo de un bosque en Murcia, con los ojos abiertos y la boca entreabierta. La misma posición exacta en que la había dejado al cubrirla con la sábana ocho meses atrás.

Jorge no pudo moverse durante varios segundos.

Luego, con la lentitud de alguien que actúa en contra de todo lo que siente, extendió los dedos temblorosos y tocó la mejilla de la mujer.

La tierra.

Solo tierra compacta y fría. Sin piel, sin forma, sin nada.

Jorge se quedó en cuclillas sobre el suelo. Su mano temblaba sobre la tierra donde, segundos antes, había una cara. El sendero estaba tranquilo, como era habitual. La luz seguía filtrándose entre las copas.

—¿Te encuentras bien?

La voz llegó desde detrás con la tranquilidad de quien ha visto todo y ha deicido no mencionarlo.

Jorge se incorporó demasiado rápido. Casi perdió el equilibrio. Don Santiago estaba de pie a tres metros, con las manos en los bolsillos, con esa sonrisa que nunca llegaba del todo a los ojos.

—Me has asustado —dijo Jorge, alto tembloroso.

—Lo siento —dijo Santiago—. Te he visto detenerte y pensé que tal vez necesitabas ayuda.

Miró el suelo donde Jorge había estado escarbando. Una mirada breve, precisa. Luego volvió a mirar a Jorge con la expresión de alguien que ya sabe la respuesta a la pregunta que está a punto de hacer.

—¿Qué has visto?

Jorge dudó. Una parte de él quería decir: nada, me he caído, estoy bien, buenos días. Pero había algo en la manera en que

Santiago lo miraba —esa atención sin juicio, esa calma que no era indiferencia— que lo hizo hablar.

—Me ha parecido ver... un cuerpo. Enterrado. —Hizo una pausa—. Pero no había nada.

Santiago asintió despacio.

—Este bosque es antiguo —dijo—. Tiene una manera de mezclar lo que está fuera con lo que uno lleva dentro. Lo que guardamos con demasiada fuerza acaba encontrando la salida.

Jorge lo miró.

—¿Sabe quién era? —preguntó, antes de poder decidir si quería preguntar eso.

La sonrisa de Santiago no cambió. Pero sus ojos sí. Algo en ellos se movió, brevemente, antes de volver a la calma habitual.

—Vente a casa —dijo—. Un café y hablamos.

La casa de Don Santiago era la más grande del residencial después de la central de los directores.

Jorge la había visto desde fuera pero nunca había entrado. El interior era lo que esperaba de alguien como Santiago: muebles antiguos y bien conservados, estanterías llenas de libros con un orden que no era decorativo sino de uso real, alfombras de lana que amortiguaban los pasos. Un reloj de péndulo en la pared del salón que marcaba los segundos con una regularidad que en ese silencio se hacía casi ruidosa.

Santiago le sirvió café sin preguntar cómo lo quería. Negro, en una taza de porcelana blanca sin adornos.

Se sentaron frente a frente.

Por un momento ninguno dijo nada. Jorge sostuvo la taza con las dos manos, agradecido por tener algo a lo que aferrarse.

—El bosque muestra cosas —dijo Santiago finalmente—. No a todo el mundo. Solo a los que traen algo consigo que tiene suficiente peso para crear una imagen.

—Ha sido una alucinación —dijo Jorge. Lo dijo con la firmeza de quien necesita que algo sea verdad para poder seguir.

—Quizás —respondió Santiago—. Pero hay cosas que no se entierran, aunque uno quiera. Tú lo sabes mejor que nadie.

Jorge lo miró.

—¿Qué sabrás tú de mí?

—Lo que sabe cualquiera que haya prestado atención. —Santiago dio un sorbo al café con esa serenidad que empezaba a resultarle a Jorge más irritante que tranquilizadora—. Que eres un hombre que ha cometido un error irreparable y que desde entonces se siente culpable de una manera que no es sostenible. Que has venido aquí buscando algo que tiene que ver con volver a ser el hombre que eras antes.

Jorge no respondió.

—Lo que necesitas —continuó Santiago— no es un registro de la propiedad ni una explicación racional de Los Olivos. Lo que necesitas es lo que todos los que vienen aquí necesitan: que alguien les diga que el sufrimiento no tiene por qué ser eterno.

Algo en esas palabras era exactamente lo que Jorge necesitaba escuchar. Eso era lo que lo perturbaba: la idea de estar condenado en vida.

—¿Y eso es lo que ofrece este lugar? —preguntó.

—Entre otras cosas —respondió Santiago, sonriente.

Jorge dejó la taza sobre la mesa.

—¿Qué otras cosas?

Santiago lo miró durante un momento largo.

—Todo a su tiempo, Jorge. Esta noche tenéis una cena con los Martínez, ¿verdad? Disfrutadla.

Jorge abrió la boca, pero no dijo nada.

Volvió a casa repasando lo que Don Santiago le había dicho y lo que él, sin darse cuenta, le había permitido decir.

Las cigarras habían empezado al amanecer y no habían parado en todo el día. A las cinco de la tarde su sonido era una sierra continua que se metía en el cráneo de Ana y se quedaba allí, vibrando, incluso después de cerrar las ventanas.

Ana llevaba dos horas delante del ordenador cuando Jorge entró por la puerta. Cerró el portátil en un movimiento fluido, sin prisa.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—Corriendo. Me encontré con Don Santiago en el bosque y me ha invitado a un café.

Ana lo miró. Estaba ahí, en sus ojos. Ese brillo ligeramente distinto de los últimos días. La resignación de no seguir luchando contra algo que se estaba asentado en él.

—¿Y sobre qué hablasteis?

—Cosas del residencial. De adaptarse. —Hizo una pausa—. Me dijo algo sobre los fantasmas que traemos con nosotros.

—¿Y bien?

—Que tiene razón —respondió Jorge, y en su voz había algo que a Ana no le gustó.

Silencio.

—Jorge —dijo Ana—. He seguido buscando Los Olivos. Tampoco hay nada en el catastro ni en el registro mercantil. Este lugar no existe en ningún documento oficial.

La reacción fue inmediata. Un gesto en la mandíbula. Apenas visible. Suficiente.

—¿De dónde has sacado eso?

—Lo he buscado yo. Y estoy intentando contrastar con un contacto, pero la cobertura aquí no llega bien. No me llegan los mensajes desde esta mañana.

Jorge se cruzó de brazos.

—¿Qué contacto?

—Raúl.

Un silencio diferente.

—Siempre Raúl, Ana.

—Esto no va de Raúl. Va de que vivimos en un sitio que oficialmente no existe, en una casa comprada con un contrato de una inmobiliaria que tampoco existe en ningún registro. —Se levantó —. ¿No te parece que eso merece más que un café con Don Santiago?

—Hablaré con él —dijo Jorge—. Seguramente hay una explicación administrativa. Estas urbanizaciones privadas a veces tienen estructuras legales complejas.

—¿Estructuras legales complejas? —repitió Ana, con un tono que no era ira exactamente sino asombro—. Jorge. Te están

mintiendo. Y tú estás eligiendo no verlo.

Jorge la miró. Y Ana vio algo en sus ojos que hizo que el frío del pecho se extendiera hasta los brazos.

No era negación. Era algo más profundo.

Jorge parecía saber algo que ella todavía ignoraba.

—Esta noche tenemos la cena con los Martínez —dijo, cambiando el tono—. Nos vendrá bien conocer a gente.

—No sé si deberíamos dejar solos a los niños.

—Claudia puede cuidarlos. Es casi mayor de edad.

Ana lo miró durante un momento largo.

—Está bien —dijo finalmente.

Ana se fue al cuarto de baño y cerró la puerta.

Se quedó de pie frente al espejo durante un momento, con las manos apoyadas en el lavabo.

Los pensamientos aterrizaban en su mente sin orden ni concierto. Sofía. Raúl, y las horas que llevaba sin saber de él. La manera en que Jorge había dicho que Santiago tenía razón. Y, sobre todo, lo que Meryl le había susurrado al oído fuera de la iglesia.

Miró su propio reflejo.

El reflejo la miraba de vuelta con sus mismos ojos, su mismo gesto, su mismo pelo desaliñado de la mañana.

Exactamente igual.

Ana apartó los ojos del espejo.

Abrió el grifo. Se lavó la cara. Contó hasta diez.

Y se dijo a sí misma, mirándose al espejo: esta noche en la cena con los Martínez voy a averiguar si ellos también han notado lo que yo he notado. Y si lo han notado, voy a averiguar cuánto llevan notándolo y por qué no han dicho nada.

Y pensó: tengo que hablar con Meryl.

A solas. Sin que nadie lo sepa.

En la habitación de Lucas, a esa misma hora, el niño estaba sentado en el suelo con el dinosaurio de plástico en la mano.

No jugaba. Lo sostenía y miraba el rincón donde Samanta solía estar.

Llevaba un rato así. Sin que nadie lo viera. Sin que nadie supiera que estaba esperando.

Lucas dejó el dinosaurio en el suelo con cuidado, de pie.

—¿Dónde estás? —preguntó en voz muy baja.

El silencio de la habitación era el silencio normal de una habitación vacía. Pero Lucas había aprendido a distinguir los tipos de silencio. El de cuando Samanta estaba y no hablaba era diferente al de cuando no estaba. Este era el segundo.

Se levantó. Fue a la ventana. Miró el jardín.

La piscina brillaba bajo el sol de la mañana. Los arbustos estaban inmóviles.

Y entonces lo vio.

Al fondo del jardín, en el límite donde los árboles cedían paso al muro exterior, había una niña.

De pie. Mirando hacia la casa. Mirándolo a él.

Tenía el pelo largo y castaño. Era difícil ver los detalles desde la ventana del piso de arriba. Pero Lucas supo con certeza que era Samanta.

Y también supo, por primera vez desde que la conocía, que había algo diferente en ella.

No en cómo se veía, sino en lo que transmitía.

La sensación de que llevaba mucho tiempo esperando algo de él y empezaba a agotársele la paciencia.

Lucas levantó la mano despacio.

La figura del jardín no se movió.

Luego, muy lentamente, inclinó la cabeza hacia un lado.

Escuchando algo que Lucas no podía oír.

Recibiendo instrucciones desde algún lugar.

Lucas bajó la mano.

Se apartó de la ventana.

Cogió el dinosaurio del suelo y lo metió debajo de la almohada, que era el único lugar donde sabía que estaba a salvo.

Luego salió de la habitación.

10 LA CENA

En el edificio central del residencial, a las seis y veinticuatro de la tarde, Doña Pilar Cifuentes esperaba el ascensor.

Lo había esperado mil veces. Más, probablemente.

Doña Pilar tenía setenta y tres años, vivía sola en la villa siete desde que su marido «se fue». Dos veces por semana subía a la consulta del médico en la segunda planta del edificio central, donde le tomaban la tensión, le ajustaban la medicación de la rodilla y le daban una pastilla pequeña, redonda, blanca, que ella se metía debajo de la lengua sin preguntar para qué servía.

El ascensor del edificio central era de los antiguos: cabina de madera oscura, puertas de reja metálica que había que cerrar a mano antes de que el ascensor accediera a moverse, panel de botones de baquelita amarillenta. Olía a aceite viejo y a barniz. Crujía al subir. Don Anselmo, el conserje, decía siempre que estaban a punto de cambiarlo, que ya había venido el técnico, que era cuestión de semanas. Lo decía desde antes de que el marido de Doña Pilar se fuera. Lo seguiría diciendo mucho después.

Aquella tarde, la cabina llegó como siempre. La puerta exterior se abrió con su chasquido seco. Doña Pilar empujó la reja interior, entró, dejó el bolso en el suelo —le dolían los hombros— y pulsó el dos. Cerró la reja. La puerta exterior se cerró sola, despacio, con ese movimiento perezoso de las cosas mecánicas que han hecho lo mismo demasiadas veces.

El ascensor empezó a subir.

Y se detuvo con un golpe seco que hizo crujir todo el mecanismo y que dejó la cabina suspendida en algún punto entre la planta baja y la primera. Una sacudida y luego nada. La luz interior parpadeó dos veces y volvió a estabilizarse, ahora con un tono más amarillo.

Doña Pilar respiró hondo. Tampoco era la primera vez que el ascensor del edificio central se quedaba parado entre plantas. La última fue en marzo. La de antes, en noviembre. Una vez, hace tres años, había estado allí dentro veinte minutos hasta que vino Don

Anselmo con la palanca. Doña Pilar pulsó el botón rojo de alarma. Sonó un timbre largo en algún punto del edificio.

Cinco segundos después, oyó la voz pausada del conseje desde el hueco del ascensor.

—Tranquila, Doña Pilar. Ya voy.

—No tengo prisa, Anselmo, no se preocupe.

—Cinco minutos.

Lo que ocurrió a continuación tuvo una secuencia muy precisa, y Don Anselmo, que la presenció desde abajo a través de la ranura de la puerta exterior, sería capaz de describirla años después con una claridad que él mismo encontraba inquietante. No porque la hubiera reconstruido. Porque no había logrado olvidarla.

Primero, la reja interior de la cabina se abrió sola.

Doña Pilar no la había tocado. Estaba apoyada contra la pared del fondo, con el bolso en el suelo, esperando. La reja crujió, se deslizó hacia un lado y dejó visible el hueco entre la cabina y la pared del ascensor: un canal de unos veinte centímetros, negro, donde se veían los cables grasientos y el contrapeso descendiendo a su ritmo lento, inverso al de la cabina.

Doña Pilar dijo:

—¡Ay!

Solo eso. Sorprendida, como cuando uno descubre que se ha dejado el grifo abierto.

Después la puerta exterior, la de la planta baja, también se abrió sola, dos pisos por debajo de ella. Se abrió hacia el rellano, y Don Anselmo —que estaba subiendo las escaleras con la palanca en la mano— se detuvo en el último escalón al ver que la cabina estaba parada arriba, las dos puertas abiertas, y Doña Pilar se asomaba con prudencia, agarrada al marco con las dos manos, intentando ver desde su posición qué estaba pasando.

—¡Doña Pilar, no salga! —gritó el conserje—. ¡No se asome! ¡Quédese atrás!

Doña Pilar lo oyó. Levantó la cabeza para responderle. Y entonces el ascensor, con las dos puertas abiertas y sin que nadie hubiera pulsado nada, decidió moverse.

Hacia abajo.

No de golpe. Con esa lentitud digna de las cosas mecánicas que llevan años funcionando: un primer crujido del cable, una vibración del suelo de la cabina, y a continuación el descenso, suave, controlado, exactamente como subiría un ascensor que llega tarde a buscar a su pasajero.

Doña Pilar todavía estaba asomada. La parte superior de su cuerpo estaba fuera, sobre el rellano de la primera planta. La parte inferior, dentro de la cabina, que descendía.

El borde superior del marco de la puerta exterior llegó a la altura de su esternón.

Doña Pilar lo entendió antes de gritar: el cálculo geométrico exacto de lo que va a pasar a continuación.

Y luego, solo después, vino el grito.

El borde llegó a su clavícula.

Doña Pilar intentó tirarse hacia delante, hacia el rellano, para soltarse de la cabina antes de que el marco cerrara. Casi lo consiguió. Le faltó un segundo. El brazo derecho lo sacó. El izquierdo no.

El marco de la puerta exterior, al cerrarse contra el techo de la cabina que ahora bajaba a otra altura, hizo de tijera.

Don Anselmo cerró los ojos en ese instante, pero aun así, el sonido se le quedó grabado: primero el crujido de la chaqueta de Doña Pilar al engancharse, después un chasquido seco como el de una rama gruesa al partirse, y por último un sonido más mojado, más concentrado, que venía del esternón hacia adentro.

Cuando volvió a abrir los ojos, la cabina seguía descendiendo.

Doña Pilar había quedado partida en la altura del marco. La mitad superior, sobre el rellano de la primera planta, tirada de bruces, todavía con un brazo extendido hacia adelante. La mitad inferior, todavía en la cabina, desplomándose lentamente hacia el suelo de madera oscura mientras el ascensor seguía bajando con esa puntualidad mecánica que, a Don Anselmo, a partir de aquel día, le costaría no encontrar deliberada.

El timbre de alarma, pulsado por Doña Pilar dos minutos antes, seguía sonando. No paró de sonar en los siguientes diez minutos. Don Anselmo no fue capaz de moverse para apagarlo.

Se sentó en el escalón un momento. Apoyó la palanca contra la pared. Miró sus manos. Tenía el guante derecho manchado de sangre.

Después se levantó y bajó al sótano del edificio central. En el cuarto de la centralita eléctrica abrió la caja de fusibles, accionó la palanca general y cortó la corriente del edificio. El timbre paró. La luz amarilla del rellano se apagó. Solo quedó el sonido de las cigarras del jardín, que aquella tarde eran particularmente intensas.

Después subió otra vez. Pasó junto al cuerpo partido de Doña Pilar sin mirarlo. Salió del edificio. Cerró con llave la puerta principal. Se sentó en el banco de la garita y se quedó mirando los olivos que rodeaban el residencial durante un rato largo, con las manos apoyadas sobre las rodillas, como un hombre que espera el autobús.

A las siete y cuarto, cuando Don Manuel apareció caminando por el sendero, Don Anselmo se levantó y le contó lo que había pasado, en orden, con la voz neutra de quien lee un parte. Don Manuel lo escuchó hasta el final mientras se acomodaba la corbata. Asintió una sola vez.

—Pobre Pilar —dijo Don Mnuel—. Llevaba semanas insistiéndome con el ruido del ascensor. Tenía que haberle hecho más caso. En fin. Mañana tiene que estar todo limpio antes de las nueve.

—Sí, señor —dijo Don Anselmo.

—Avisaremos a su sobrino esta noche. Que venga a recoger lo que sea de valor. Mañana cerraremos su villa.

—Lo que usted diga, señor.

—Hacía tiempo que no pasaba algo así —inclinó un poco la cabeza—. Habrá que darle de comer —añadió con una sonrisa.

Don Manuel le puso una mano en el hombro al conserje. Una sola vez. La presión justa. La calidez justa. Y luego siguió su camino hacia el edificio central, sin prisa.

Don Anselmo volvió a sentarse.

Ana se puso los pendientes frente al espejo del dormitorio con esa concentración que se pone en los gestos pequeños.

Llevaba el pelo recogido, la blusa azul marino que Jorge le había regalado en un cumpleaños de hace tres años y el gesto de alguien que ha decidido parecer normal durante las próximas dos horas. Lo había practicado suficiente como para saber cuánto esfuerzo costaba.

Jorge terminaba de abrocharse la camisa a su lado, deprisa, con la eficiencia de quien no quiere que el proceso dure más de lo necesario. Llevaban un rato en el dormitorio sin hablar. No era el silencio cómodo que habían tenido en otros tiempos, sino el que se instala cuando ya no hay más que decir.

—Hace tiempo que no salimos los dos solos —dijo Ana, sin apartar los ojos del espejo.

—Sí —respondió Jorge. Una sola sílaba, plana.

Ana lo miró en el reflejo. Él no la miraba a ella.

Bajaron. Claudia estaba en el sofá con el teléfono, Marina y Lucas medio dormidos bajo una manta con la televisión encendida. Ana se agachó junto a ellos, les tocó la frente a los dos, les dijo que Claudia estaba al cargo y que estarían de vuelta antes de las once.

—Cualquier cosa, llamas —le dijo a Claudia.

—Sí, mamá. Ya lo sé.

Jorge abrió la puerta. El aire de la noche entró por el umbral con ese calor seco del verano murciano que no refresca, aunque hayan pasado horas desde la puesta de sol.

Ana miró la casa desde el porche un momento antes de bajar los escalones. Las ventanas iluminadas, los niños dentro, todo en su sitio.

Casi.

La luz de la cocina estaba encendida. Ana estaba segura de haberla apagado. O quizás no.

Se quedó un segundo más en el umbral. Luego resopló y siguió a Jorge al coche.

Al girar la última curva antes de la villa catorce, Ana vio a Don Santiago y Doña Elvira.

Estaban en la entrada de la villa de los Martínez, en plena noche. Conversaban con esa naturalidad de quien se ha quedado a charlar después de una visita rutinaria.

Jorge aparcó. Bajaron.

—¡Qué sorpresa! —dijo Jorge, con una sonrisa.

—Solo estábamos de paso —respondió Doña Elvira, con voz de terciopelo gastado—. Traíamos un obsequio para la víspera de la Exultación. No queríamos interrumpir vuestra velada.

Don Santiago miró a Ana. No dijo nada. Solo la miró con atención, y luego sonrió con esa sonrisa que nunca llegaba del todo a los ojos.

—Disfrutad —dijo, con la seguridad de quien ya conoce el final de la noche.

Se fueron. Sus pasos sobre el camino de piedra se alejaron con una regularidad casi metronómica. Ana los siguió con los ojos hasta que la oscuridad los envolvió.

—¿Qué están haciendo aquí a estas horas? —le dijo a Jorge en voz baja.

—Siendo amables —respondió él.

—Don Santiago aparece en el bosque cuando estás solo, y ahora aquí cuando estamos los dos. —Una pausa—. Nadie es tan amable sin querer algo a cambio.

Jorge llamó al timbre sin responder.

La puerta se abrió antes de que el sonido terminara. Marta los recibió con una sonrisa y los brazos abiertos. Abrazó a Jorge primero, luego a Ana, con esa efusividad de quien lleva esperando este momento más tiempo del que la situación justifica.

—¡Por fin! —dijo Marta, sin soltar del todo a Ana—. Llevamos toda la tarde pensando en vosotros.

Ana se separó con una sonrisa forzada.

La villa de los Martínez era idéntica a la de los Gutiérrez en estructura, pero completamente diferente en todo lo demás.

Las velas en la mesa, la vajilla antigua de porcelana con bordes dorados, los arreglos florales con variedades que Ana desconocía. Todo estaba dispuesto con un cuidado que excedía lo que uno prepara para recibir a unos vecinos recién conocidos.

Javier y Marta sonreían. Mucho.

Sus hijos, Iván y Sergio, adolescentes de unos quince y dieciséis años, estaban sentados a un extremo de la mesa. No hablaron cuando Ana y Jorge entraron. No saludaron. Miraban el plato con la concentración de quien espera que la cena termine para poder hacer lo que realmente necesita hacer. Tenían el mismo gesto, como gemelos, aunque no lo fueran, y en la frente de cada uno había una marca oscura: algo aplicado con un dedo, irregular.

—¡Esta noche es muy especial! —exclamó Marta, sirviendo vino—. Llevábamos días esperándola.

—Nosotros también —respondió Jorge, con una calidez que a Ana le pareció excesiva.

La conversación de los primeros veinte minutos fue el tipo de conversación que se tiene en estas situaciones: el residencial, qué tal el verano, los niños, Madrid. Javier hablaba deprisa, con esa fluidez de alguien que ha bebido lo justo para que las palabras salgan más fáciles. Marta rellenaba las copas sin preguntar.

Ana se llevó el tenedor a la boca.

La carne que Marta había servido —pollo guisado en almendras, según había anunciado al traer la fuente— estaba tibia, demasiado especiada, con una textura blanda que se deshacía en la lengua sin necesidad de masticar. Ana masticó por costumbre. Y entonces algo pequeño y duro le crujió entre las muelas.

Se quedó quieta un momento.

El crujido había sido limpio, seco. No el chasquido blando de un cartílago. Algo más sólido. Hueso. Sacó la lengua despacio hasta empujar el bocado hacia los dientes delanteros. Cogió la servilleta, se la llevó a la boca y escupió en ella con discreción.

Bajó la mirada a la servilleta.

Sobre el lino blanco, entre el resto de la carne mascada, había tres huesos. Muy pequeños. Muy finos. Curvados con la curvatura específica que tienen las costillas. Con el tamaño de las costillas de un pájaro recién salido del huevo, pero con la forma de algo bípedo. De algo que no había llegado a ser. Y al lado, redondeado, perfectamente reconocible, un fragmento de hueso plano,

blanquecino, con la curvatura inconfundible de la bóveda craneal de un niño muy pequeño.

Ana cerró la servilleta con dos dedos. Se obligó a respirar por la nariz. Se obligó a no levantar la cabeza hasta haber recuperado la cara que tenía dos segundos antes.

Cuando levantó la vista, Marta la miraba sonriente con la copa a medio camino entre la mesa y los labios.

—¿Está rico, Ana?

—Mucho —dijo Ana mientras trataba de impedir el vómito.

—Es una receta de mi abuela. Yo le añado las almendras al final, así no se ablandan.

Marta sonrió más. Bebió un sorbo y siguió hablando con Javier de algo que Ana ya no escuchaba.

Ana se llevó la servilleta al regazo y la dejó allí, en el borde de la silla, con los huesos doblados dentro. Cogió el tenedor y cortó otro trozo de carne. Lo miró. Era carne. Pollo, fibras blancas y salsa de almendras. La pinchó. Se la metió en la boca y la masticó.

Esta vez no crujió nada. Se deshizo en la lengua como tenía que deshacerse.

Ana tragó.

Bajó la mano disimuladamente a la servilleta del regazo. La palpó a través de la tela. Ya no notó los bordes pequeños y duros bajo los dedos.

Ana levantó la copa y se la bebió de golpe. Se obligó a sonreír a algo que Jorge acababa de decir.

Cuando terminaron el plato principal, Javier se recostó en la silla con el gesto de quien va a contar algo que ha estado esperando el momento adecuado.

—Este lugar nos salvó —dijo, sin preámbulo—. Marta y yo llegamos aquí al borde del abismo. Diez años de matrimonio, dos hijos que no te escuchan, y de repente te das cuenta de que no sabes por qué sigues con esta persona. —Miró a Marta. Ambos rieron—. Pero este lugar lo cambia todo. Todo cobra sentido aquí.

—¿Qué clase de sentido? —preguntó Ana.

Javier la miró.

—El tipo de sentido que no necesita explicación —respondió —. Ya lo entenderéis.

—¿Cómo llegasteis aquí? —preguntó Ana—. ¿Cómo os enterasteis del residencial?

Marta dejó la copa sobre la mesa.

—Un sobre —dijo—. Blanco, con caligrafía antigua. Pensé que era una broma, pero aquí estamos.

Exactamente igual que el suyo.

Ana se estremeció.

—¿Y habéis experimentado algo raro desde que llegasteis? —preguntó, con el tono más neutro que pudo sostener.

Javier lanzó una carcajada que Iván y Sergio miraron desde su extremo de la mesa sin reírse.

—¿Raro? —repitió—. Solo que somos más felices que nunca. ¿Eso cuenta como raro?

Marta asintió con entusiasmo. Sus ojos brillaban de una manera que Ana empezaba a encontrar más alarmante que tranquilizadora.

—Todo fluye aquí —dijo Marta—. Los problemas, las dudas, las crisis... todo se suaviza. Vosotros también lo notaréis. Ya lo estáis notando, ¿verdad?

Ana no respondió. Miró a Jorge. Él cortaba la carne con un gesto concentrado que podría haber sido indiferencia o podría haber sido la misma evasión que usaba cuando no quería que ella viera lo que pensaba.

Fue Javier quien lo dijo. Sin previo aviso, con una naturalidad que descolocó a todos.

—Sabemos que habéis tenido un año difícil. Lo de la negligencia, las discusiones, la distancia emocional... Todos pasamos por eso, ¿verdad?

La mesa se detuvo.

Algo en el aire de la habitación cambió de la manera en que cambia cuando una frase aterriza en un espacio donde no tenía ningún derecho a estar.

—¿Perdona? —dijo Ana, muy despacio.

—Oh, no te lo tomes a mal —intervino Marta, con esa sonrisa que ya no le parecía amable sino estructural—. En un lugar tan íntimo como este, las cosas se saben. Es parte de la comunidad.

—Esas cosas no son vuestras —dijo Ana—. Nadie os las ha contado.

—Querida —dijo Javier, con la paciencia de alguien explicando algo obvio—. Aquí todo se sabe. No es que alguien lo cuente.

Jorge estaba paralizado. Sus nudillos, alrededor de la copa, empezaban a ponerse blancos.

—¿Y lo de Sofía también? —preguntó Javier.

El nombre ocupó toda la habitación.

—¿Qué diablos acabas de decir? —preguntó Jorge. Su voz tenía un temblor que Ana no le había escuchado antes.

Marta bajó la cuchara de postre. Se inclinó hacia adelante con esa complicidad de quien comparte un secreto.

—Lo importante no es cómo lo sabemos. Lo importante es que lo habéis superado. Y este lugar os ayudará a seguir adelante. A todos nos ayuda.

Ana se levantó.

No de golpe. Con una lentitud deliberada que expresaba más que cualquier gesto brusco.

—Nos vamos —dijo.

Javier y Marta se miraron con esa expresión de dos personas que comparten algo que los demás todavía no saben.

—Como queráis, queridos —dijo Marta—. Ah, por cierto. Las marcas en la frente de Iván y Sergio. Son parte de la preparación para la Exultación. Solo una señal de lo que está por venir.

Ana se había girado para coger su bolso. Se detuvo.

Se giró despacio hacia Marta.

—¿Qué marca? —preguntó.

Marta señaló con un gesto tranquilo hacia sus hijos, que seguían sentados en silencio.

En la frente de Iván: un aspa oscura, del tamaño de una mano, dibujada con algo espeso. En la de Sergio: la misma marca, en el mismo lugar, con la misma precisión.

—Solo ceniza —dijo Marta—. Una tradición antigua.

Ana asintió. Y al hacerlo sus ojos pasaron por el gran espejo que ocupaba la pared lateral del comedor.

Fue entonces cuando ocurrió.

El reflejo de la mesa era normal. Jorge, el plato, las velas, Javier. Todo correspondía.

Excepto Marta.

En el espejo, Marta no estaba mirando a Ana. Estaba mirando a sus hijos. Tenía la boca ligeramente abierta. Los ojos completamente blancos.

Y en la comisura derecha de su boca, en el reflejo, algo se movía.

Ana se obligó a no apartar la vista.

Era una cucaracha. Pequeña, marrón oscura, brillante. Estaba saliendo de la boca de Marta. Salía despacio, con las antenas tanteando el aire, asomando primero la cabeza y dos patas delanteras por la comisura de los labios. Avanzó unos milímetros sobre la piel del labio. Se quedó allí un instante, inmóvil, con las antenas moviéndose. Después, dio media vuelta y volvió a entrar. La cabeza, las patas y el cuerpo entero se deslizaron hacia atrás, hacia dentro de la boca de Marta, hasta que solo quedó el extremo de un ala desapareciendo entre los labios.

Marta cerró la boca. No había dejado de sonreír en ningún momento.

Ana apartó la vista.

Respiró por la nariz, despacio, contando hasta tres. Intentando no reaccionar antes de procesar.

Levantó la copa. Bebió un sorbo que no saboreó.

Volvió a mirar el espejo.

Marta sonreía, animada, sirviendo el postre. Normal. Completamente normal.

Nadie más lo había visto.

O nadie más lo decía.

—Nos vamos —repitió Ana. Esta vez no como una decisión sino como un hecho.

Claudia se encerró en su habitación después de que Lucas se durmiera. Marina no intentó retenerla. Ella también necesitaba sus propias paredes, solo que las suyas eran las páginas de un cuaderno con letra de otra persona.

Se instaló en el sofá, con la televisión de fondo a volumen bajo, y abrió el diario por donde lo había dejado la última vez.

Día 23: Samantha ha empezado a escuchar susurros. No en toda la casa: solo en su habitación, solo de noche. Yo le pregunté qué decían las voces y ella dijo que hablaban en un idioma que no reconocía pero que de todas formas entendía. Me quedé un momento sin saber qué responder.

Marina levantó los ojos de las páginas.

Samantha. La hija de Elisabeth. Catorce años en 1997. El mismo nombre que la amiga imaginaria de Lucas.

Siguió.

Día 28: Samantha ya no duerme en su habitación. La encuentro cada mañana en el pasillo, sentada contra la pared, con los ojos abiertos, pero sin estar del todo despierta. Dice que algo la llama desde dentro del espejo de noche y que si se queda en la habitación tiene que mirarlo. Que no puede evitarlo. He intentado cubrirlo con una sábana. A la mañana siguiente la sábana está doblada en el suelo y Samantha está frente al espejo descubierto, con las manos en el cristal.

Hoy he buscado al hombre que nos recomendó el yacimiento. Joaquín. El número de teléfono que me dio ya no existe.

Marina paró un momento.

Joaquín.

Siguió leyendo.

Día 35: He encontrado en la biblioteca del pueblo un manuscrito que describe a Nemorak. No es un nombre que conociera. Es una entidad, dice el texto, nacida del terror colectivo, alimentada por el miedo de los individuos. No habita ningún lugar físico: necesita un recipiente. Algo que la contenga mientras espera. El espejo de obsidiana es ese recipiente. Pero lo que más me ha costado leer, lo que he releído tres veces antes de entender que no estaba equivocada, es esto: Nemorak no consume a sus víctimas de

golpe. Las prepara. Las hace permeable al miedo de manera gradual, durante semanas, hasta que el miedo es todo lo que son. Y entonces las absorbe.

Samantha lleva cuatro semanas mirando ese espejo.

La televisión del fondo emitió un sonido diferente. Marina levantó los ojos. Un documental sobre pueblos abandonados. Paredes cubiertas de musgo, puertas resistiendo al tiempo. Lo apagó.

El silencio de la casa era completo excepto por el crujido ocasional de la estructura, esos sonidos que hacen las casas de noche y que de día pasan desapercibidos.

Marina volvió al diario.

Día 40: Esta noche he visto cómo ocurría. Estaba en el umbral de la habitación de Samantha. El espejo estaba frente a ella. Mi hija de pie, en pijama, con su mano en el cristal, susurrando. Intenté moverme. No pude. No era parálisis exactamente: el espacio entre el umbral y ella se volvió más denso, imipidiéndome que llegara a tiempo.

La superficie del espejo se ondulaba. Algo dentro del cristal, algo que se desplazaba desde el fondo hacia la superficie con lentitud.

Una mano salió del espejo.

Larga, oscura, con los dedos demasiado largos para ser humanos. Se posó en el hombro de Samantha con una delicadeza que era peor que cualquier violencia. Y Samantha no se resistió. Se giró hacia el espejo y su figura empezó a volverse menos presente, menos ella.

Grité. No sé si salió algún sonido.

Cuando pude moverme, el espejo era solo un espejo. Y Samantha no estaba.

Marina cerró el diario.

Lo hizo despacio, con cuidado, evitando que el gesto brusco pudiera despertar algo.

Se quedó quieta en el sofá con el cuaderno en el regazo y el corazón latiendo muy fuerte.

Pensó: Lucas lleva días hablando con una niña llamada Samanta que vive en el rincón de su habitación.

Pensó: Samantha desapareció en 1997. Tendría casi cuarenta años si siguiera viva.

Pensó: lo que habla con Lucas no es Samantha.

Pensó: es lo que absorbió a Samantha.

Se levantó. Subió las escaleras.

Fue a la habitación de Lucas primero. Abrió la puerta despacio.

Lucas dormía. El dinosaurio estaba debajo de la almohada, con la cola asomando. Su respiración era regular y pausada.

Marina miró el rincón oscuro de la habitación.

Fue al pasillo. A la habitación de Claudia.

La puerta de Claudia estaba cerrada.

Marina llamó con los nudillos. No hubo respuesta.

—Clau.

Nada.

Entonces lo oyó.

Un sonido desde dentro. Un roce sobre la madera de la puerta, desde el otro lado, lento y regular. Como uñas que se desplazan de arriba abajo, despacio.

—¿Claudia? —repitió Marina, con la voz más baja de lo que pretendía.

El roce se detuvo.

Silencio.

Luego la voz de Claudia, desde dentro, pero con algo diferente en el tono. Más grave. Más lenta.

—No me hagas daño, porfa —dijo la voz—. Como a Gonzalo.

Marina se quedó inmóvil con la mano en el pomo.

Gonzalo. Claudia sabía quién era Gonzalo, por supuesto. Era su hermano pequeño que había muerto cuando Marina tenía siete años. Pero Marina tenía siete años y no lo recordaba con claridad, y lo que sí sabía con certeza era que Claudia nunca hablaba de Gonzalo. Nunca. Era una de las reglas no escritas de la familia: el nombre de Gonzalo se mantenía en un terreno que nadie pisaba.

—Claudia —dijo Marina—. Para ya.

Una risa desde dentro. Baja, distorsionada. Con esa calidad específica de un sonido que proviene de alguien que sabe algo que tú no sabes y disfruta del desequilibrio.

—Me hiciste daño —repitió la voz—. Como a Gonzalo.

Marina abrió la puerta de golpe.

Claudia estaba en la cama. Tumbada boca arriba, los ojos abiertos hacia el techo, las manos sobre el pecho. No miraba a Marina. Miraba arriba, con una fijeza sin parpadeo, como alguien que está viendo algo en el techo que Marina no podía ver.

Sus labios se movían ligeramente. Sin sonido. Pronunciando algo en silencio, en un ritmo regular, como quien reza o como quien responde a algo.

—Claudia.

Sin respuesta.

—Claudia, para.

Marina cruzó la habitación y le puso las manos en los hombros. Los sacudió.

Claudia parpadeó.

Una vez. Dos. Como alguien que sale de un trance.

Miró a Marina. Sus ojos volvían a ser los suyos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con su voz normal, ligeramente irritada—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa contigo? —preguntó Marina.

—¿Qué? Nada. Estaba intentando dormir.

Marina la miró durante un momento largo. Claudia le devolvió la mirada con una expresión de confusión genuina.

—Nada —dijo Marina finalmente—. Olvídalo.

Salió. Cerró la puerta.

Se quedó de pie en el pasillo, con el diario apretado contra el pecho.

Pensó en lo que había leído. En Nemorak. En cómo preparaba a sus víctimas haciéndolas permeables al miedo de manera gradual. En cómo tomaba primero a los más jóvenes, los más maleables.

Pensó en Lucas dormido con el dinosaurio debajo de la almohada.

Pensó en Claudia mirando al techo sin parpadear.

Fue a su propia habitación. Cerró la puerta con llave. Sacó el teléfono. Le escribió un mensaje a su madre.

Escribió: Mamá, llámame cuando puedas. Es importante.

Lo borró.

Escribió: Mamá, ven a casa pronto.

Lo borró.

Escribió: Mamá.

Envió ese solo y se quedó mirando la pantalla esperando respuesta. Tenía el diario de Elisabeth Varla apretado contra el pecho, intentando protegerse de lo que describía.

El coche de los Gutiérrez avanzaba por las calles del residencial en silencio.

Ana miraba por la ventanilla. Las farolas del camino principal iluminaban los senderos de piedra, pero el espacio entre las fachadas y los jardines era negro.

—Mañana nos vamos —dijo.

Jorge no respondió de inmediato. Sus manos estaban sobre el volante, con sus nudillos ligeramente blancos.

—Ana.

—No. Escúchame. Saben lo de Sofía. Saben lo de la negligencia. Saben cosas que solo podemos saber nosotros dos y que nunca hemos contado a nadie aquí. Y los hijos de los Martínez tienen marcas en la frente y ese reflejo en el espejo...

—¿Qué reflejo?

Ana lo miró.

—En el espejo del comedor. El reflejo de Marta. estaba sin expresión, con los ojos en blanco.

Jorge guardó silencio.

—¿Tú también lo has visto? —preguntó Ana.

—No he visto nada.

—Jorge. ¿Lo viste o no lo viste?

Él desvió la mirada hacia la carretera.

—Vi a Marta sirviendo el postre. Eso vi.

Ana apretó los dientes.

—Siempre haces esto —dijo Jorge, con ese tono de voz que ella conocía y que indicaba que lo que venía a continuación llevaba un rato preparado—. Cuando no puedes controlar algo, tu respuesta es huir. Siempre ha sido así.

—¿Huir? Los niños no están seguros aquí. Hay algo que está pasando en este lugar y tú lo sabes y eliges no verlo.

—Lo que sé es que llevamos días aquí y que desde el primer momento has buscado razones para irte.

—He encontrado razones. No las he buscado, me las han dado.

Silencio.

—No podemos irnos así —dijo Jorge—. Hemos dejado todo atrás. Solo necesitamos tiempo.

—No tenemos tiempo, Jorge. Eso es exactamente lo que no tenemos.

El coche se detuvo frente a la villa Aurora.

Jorge apagó el motor. Ninguno de los dos bajó de inmediato.

Ana sacó el teléfono. Vio el mensaje de Marina.

Mamá.

Un solo nombre. De su hija. Enviado hacía cuarenta minutos sin que ella lo hubiera visto.

Salió del coche antes de que Jorge hubiera quitado el cinturón.

Fue entonces cuando lo vio.

En el tejado de la villa Aurora, en el filo del alero que daba al jardín, había una figura. Oscura, inmóvil, acuclillada. No parecía un animal. Y tenía la postura de quien lleva un rato ahí, esperando, mirando hacia abajo.

Cuando los faros del coche se apagaron, la figura desapareció.

—¿Has visto eso? —preguntó Ana.

—¿El qué?

—En el tejado. Había algo.

Jorge miró hacia el alero.

—Un gato —dijo—. O un pájaro grande. Estás cansada, Ana.

Ana no respondió.

Cruzó el jardín hacia la puerta principal, con el teléfono en la mano y el nombre de su hija en la pantalla, y tuvo la certeza de que lo que había visto en el tejado no era un gato.

Y de que cuando ella miraba hacia arriba hacia el filo del alero, lo que había en el filo del alero miraba hacia abajo.

Hacia Claudia.

Hacia la ventana de la habitación de Claudia.

11 MERYL

Meryl llevaba veintiocho años contando familias.

Era lo que hacía para no perder la cordura, porque el tiempo en Los Olivos era distinto al de fuera. No había estaciones visibles desde dentro del residencial, o las había, pero de una manera amortiguada, como vista a través de cristal esmerilado. No había noticias del mundo exterior que llegaran con naturalidad. El tiempo pasaba porque los cuerpos envejecían, incluido el suyo. Si no lo anclaba a algo concreto, el tiempo se volvió algo impreciso que podía jugarle malas pasadas.

Las familias eran lo más concreto que tenía.

Llegaban, permanecían el tiempo que Nemorak necesitaba para prepararlas, y en la noche de la Exultación el ciclo se completaba. Los adultos que quedaban después ya no eran del todo los mismos adultos. Los niños desaparecían.

Meryl lo había visto diecisiete veces.

Diecisiete familias en veintiocho años. Algunas con un solo hijo. Algunas con tres. Una, hace doce años, con cuatro: los cuatro menores de diez años, lo que había sido la Exultación más eficiente que ella había presenciado desde su posición de testigo forzada, y también la más difícil de sostener.

Llevaba la cuenta en un segundo cuaderno, distinto del que había enterrado en el jardín para que alguien lo encontrara. Este lo

guardaba en el pasadizo de su propia villa, la que los directores le habían asignado cuando le arrebataron la suya —la que ahora ocupaba la familia Gutiérrez—. No estaba destinado a ser encontrado. Solo a recordarle cuántas habían sido.

En la página dieciocho había escrito, con letra más grande que el resto:

Familia Gutiérrez. Llegada: junio. 2 adultos, 3 hijos. El pequeño habla con Samantha.

Esta última línea la escribió y borró tres veces antes de dejarla definitivamente. Porque escribirla la hacía real. Y si era real, había que hacer algo. Y Meryl llevaba veintiocho años haciendo muy poco, porque hacer algo tenía un precio que siempre pagaban otros.

Pero esta familia tenía un niño de siete años que hablaba con Samantha.

Y eso cambiaba las cosas.

Lo supo la primera noche, cuando fue a llamar a su puerta.

No fue un impulso, sino un cálculo. Llevaba ya el tiempo suficiente en Los Olivos para no actuar por impulsos: cada gesto era considerado, cada movimiento medido en función de lo que los directores podían ver y de lo que no podían o no se molestaban en vigilar. Su margen de acción era estrecho, pero existía. Lo había cartografiado con paciencia durante años.

Ir a llamar a la puerta de los Gutiérrez la primera noche era arriesgado. Los directores lo verían, o se enterarían, y reforzarían la vigilancia sobre ella. Pero también era la única oportunidad de evaluar a la nueva familia antes de que el proceso estuviera avanzado.

Necesitaba ver al niño.

La mujer que abrió la puerta tenía los ojos de policía. Meryl lo supo de inmediato: esa manera de evaluar sin que parezca que evalúa, de registrar los detalles sin señalarlos. Era exactamente el tipo de persona que Los Olivos necesitaba que no llegara.

Eso era bueno.

Eso era también exactamente lo que Nemorak había elegido, porque Nemorak siempre elegía a las personas que más resistencia

ofrecían, cuyo miedo era más puro e intenso porque había sido cultivado durante más tiempo.

Meryl había sonreído demasiado. Lo sabía mientras lo hacía. Pero el control de los gestos era una de las cosas que había perdido en veintiocho años de convivencia con Nemorak: la frontera entre lo que elegía hacer y lo que él le hacía hacer se había vuelto porosa de maneras que ya no podía cartografiar del todo.

La llave de latón la llevaba escondida desde hacía semanas, desde que supo que llegaba una familia nueva. La había fabricado durante meses en el taller del sótano de su villa, con herramientas que los directores creían que usaba para mantenimiento. El mecanismo del marco era algo que había estudiado durante años, en los momentos en que los directores le permitían el acceso al espejo para sus rituales periódicos de renovación.

La primera noche fue para dejar la llave.

Para que, cuando llegara el momento, Ana la tuviera.

Lo de la mano fue diferente.

Meryl no lo había planeado. Planeó entrar a dejar la llave y salir. Lo que no calculó fue que el espejo de obsidiana, que los directores habían escondido en la villa Aurora para el primer ciclo de preparación, estaba activo esa noche de una manera que no había visto en años.

Activo significaba que Nemorak estaba prestando atención. Y cuando Nemorak prestaba atención de esa manera, Meryl perdía el control de sus propios actos con una facilidad que nunca terminaba de aceptar, aunque la hubiera experimentado cientos de veces.

Lo de la mano fue Nemorak expresando su satisfacción por la llegada de la nueva familia.

Lo de la melodía que tarareaba fue Nemorak usando su voz para marcar el territorio.

Meryl lo supo cuando volvió en sí, con la mano vendada y el médico de Los Olivos mirándola con esa expresión técnica de quien atiende síntomas sin hacer preguntas sobre causas. Lo supo y sintió esa mezcla de horror y resignación que era el estado permanente de quien lleva veintiocho años siendo instrumento de algo que no puede destruir ni abandonar.

Pero la llave había llegado a su destinataria.

Eso era lo que importaba.

Durante los días siguientes Meryl observó a la familia desde los espacios que conocía.

Había construido el pasadizo sola.

Centímetro a centímetro, durante años, excavando en los periodos en que la atención sobre ella era menor: las semanas previas a la Exultación, cuando los directores estaban ocupados con la preparación, y los meses de invierno, cuando el residencial se vaciaba de familias nuevas y la vigilancia se relajaba sin que nadie lo decidiera conscientemente. Había aprendido a leer los ritmos del lugar con la precisión de quien lleva décadas estudiando a su carcelero.

Los directores no sabían que existía. Nadie lo sabía.

Lo que había empezado como un túnel entre su villa y la que había sido su verdadera casa —la villa Aurora, la que los directores le habían arrebatado cuando llegó la primera familia— se había convertido con el tiempo en una red que llegaba a seis de las dieciséis villas del residencial.

Veintiocho años dan para mucho cuando uno no tiene otra cosa que hacer.

Desde esos accesos podía escuchar. A veces ver, por las ranuras que había abierto en los paneles de los armarios.

Observó a Ana recorrer la villa Aurora con la atención de quien registra anomalías. Observó a Marina encontrar el diario —el suyo propio, que había enterrado deliberadamente en el jardín sabiendo que tarde o temprano alguien de la familia lo desenterraría. Observó a Lucas en su habitación hablando con el rincón donde Samantha se instalaba cuando necesitaba un punto de presencia en el mundo físico.

Ver a Lucas hablar con Samantha era la parte más difícil.

Porque Samantha no era Samantha en realidad. Lo que Lucas llamaba Samanta era la proyección que Nemorak usaba para acceder a los niños, con el nombre y la apariencia aproximada de la hija que le había arrebatado años atrás. Meryl lo sabía. Sabía que la entidad

que su hijo veía en el rincón no era su hija sino algo que usaba el recuerdo de su hija como disfraz.

Aun así, había noches en que se quedaba en el pasadizo escuchando a Lucas hablar con el rincón y pensaba: ¿y si hay algo de ella todavía? ¿Y si dentro de Nemorak queda algo de lo que Samantha fue? ¿Una chispa, un residuo, algún fragmento de su vida que no pudo absorber del todo?

Esa esperanza era el arma más poderosa que Nemorak tenía sobre Meryl.

Y ella lo sabía, y seguía teniéndola de todas formas, porque hay esperanzas de las que uno no puede deshacerse, aunque entienda exactamente de qué están hechas.

La noche en que Ana vio algo en la ventana del dormitorio fue la noche en que Meryl comprendió que el tiempo se acababa.

Estaba en el pasadizo, había escuchado la discusión sobre el espejo, había escuchado a Ana entrar en el baño y el sonido del agua. Iba a retirarse cuando la sintió: la presencia de Nemorak en la habitación, más intensa de lo habitual, con esa calidad que tenía cuando se manifestaba parcialmente en el mundo físico en lugar de actuar a través de sus instrumentos habituales.

Se asomó por la ranura del panel del armario.

Vio lo mismo que Ana vio desde la cocina.

La forma en la ventana.

La risa sin sonido.

Los ojos sin párpados mirando hacia el jardín, hacia Ana.

Meryl esperó a que la presencia se disolviera. Luego se quedó en el pasadizo durante un buen rato, sentada en el suelo de piedra fría, con la espalda contra la pared y las rodillas encogidas.

Se acordó las diecisiete familias anteriores.

Pensó en que nunca había encontrado la manera de intervenir a tiempo. Siempre había algo que faltaba: el momento, el acceso, la voluntad de pagar el precio que la intervención requería. Veintiocho años de ser testigo. Veintiocho años diciéndose que la próxima familia sería diferente, que la próxima vez tendría todo listo.

Esta era la dieciocho.

Y esta familia tenía a Ana.

Y Ana tenía la llave.

Y Meryl tenía la escopeta. La de Don Anselmo, la que el conserje guardaba en el cobertizo de mantenimiento para los jabalíes que de vez en cuando bajaban del monte y se metían en los jardines. Meryl la sustrajo un sábado de septiembre del año anterior, aprovechando que Don Anselmo había dejado la puerta del cobertizo entornada mientras iba a por una pala. Tardó cuarenta segundos en entrar, descolgarla del soporte, sacar la caja de cartuchos y salir. Cuando Don Anselmo volvió, ni siquiera notó la diferencia. Llevaba semanas sin abrir esa esquina del cobertizo. La escopeta llevaba escondida desde entonces detrás del panel falso del armario, junto al cuaderno con los nombres de las diecisiete familias anteriores.

Por primera vez en veintiocho años, pensó: quizás esta vez.

Quizás esta familia.

Quizás esta mujer con ojos de subinspectora.

Meryl se levantó del suelo.

Fue hacia el panel del armario de su villa.

Sacó la escopeta.

La sostuvo un momento delante del pecho con las manos temblorosas.

Samantha.

Quizás aún había algo que liberar. Y si no lo había, al menos podía evitar que volviera a ocurrir. Que los niños de esta familia no terminaran como ella había terminado.

Guardó la escopeta.

Fue a buscar a Ana.

No esa noche. Esa noche Ana estaba cerca del colapso.

Lo de la iglesia había ocurrido el día de antes. Meryl se había colocado en el banco del principio donde Ana pudiera verla. No para hablar. Para que Ana supiera que estaba ahí. Para que cuando llegara el momento de confiar en alguien dentro de Los Olivos, hubiera un rostro ya conocido al que recurrir.

Y cuando Ana pasó por su lado después de la ceremonia, Meryl se había acercado lo suficiente para susurrarle al oído.

Suficiente para plantar la semilla sin decir más de lo que podía decir en ese momento sin que los directores lo registraran como una transgresión.

Luego desapareció entre la gente con la facilidad de quien lleva décadas aprendiendo a no ser vista en el único lugar donde todo el mundo te conoce.

Esa tarde, en el pasadizo, escuchó a Ana decirle a Jorge que necesitaba hablar con ella.

A solas. Sin que nadie lo supiera.

Meryl cerró los ojos.

Por primera vez en mucho tiempo, lo que sintió no era resignación.

Era algo más parecido a la esperanza.

Quizás esa también era un arma.

Quizás todas las esperanzas lo son, si uno aprende a usarlas en el momento correcto.

12 EL PESO JUSTO

Jorge no podía dormir.

Llevaba cuarenta minutos tumbado en la oscuridad con los ojos abiertos mientras Ana estaba en la ducha. Escuchaba el sonido del agua al otro lado de la pared con la pasividad de quien sabe que debería hacer algo y no encuentra las fuerzas suficientes.

El frasco de lorazepam estaba en la mesita de noche. Lo había mirado dos veces desde que se tumbó. Todavía no lo había cogido. No porque no lo necesitara, sino porque esta noche quería estar despierto. Quería que la mente funcionara sin el algodón del hipnótico, quería pensar con la claridad incómoda de quien no se da permiso para evadirse.

Ana había visto algo en la ventana del dormitorio.

O no lo había visto.

Esa era la pregunta que llevaba dando vueltas desde que Ana había entrado en el baño. La pregunta que Jorge no sabía cómo resolver porque las dos respuestas posibles tenían consecuencias que no estaba seguro de poder gestionar.

Si Ana había visto lo que decía que había visto —una figura en la ventana, un rostro que no era del todo humano— entonces Los Olivos era lo que ella llevaba días intentando convencerlo que era. Y si eso era verdad, entonces Jorge había estado eligiendo no verlo. Había estado eligiendo la voz de Santiago, la calma que le ofrecía ese hombre en el bosque a las seis de la mañana, la posibilidad de un lugar donde el peso que cargaba podía aligerarse de alguna manera.

Si Ana no había visto nada —si era el agotamiento, el alcohol, el miedo sostenido durante días sin descanso— entonces el problema era Ana. Y si el problema era Ana, entonces Jorge tenía que hacer algo con eso. Tenía que encontrar la manera de ayudarla de un modo que ella aceptara, que era lo más difícil porque Ana llevaba ocho meses sin aceptar ayuda de ninguna clase.

Dos opciones. Las dos incómodas.

El sonido del agua se detuvo.

Jorge cerró los ojos.

La primera vez que Jorge operó a alguien tenía veintiocho años.

Era una resección de tumor en válvula aórtica. Un procedimiento estándar y relativamente sencillo para alguien con su formación, bajo supervisión del jefe de servicio. Tardó cuatro horas y media. Cuando salió del quirófano y se quitó los guantes tenía las manos completamente firmes. El jefe de servicio lo miró y dijo: buenas manos. Solo eso. Dos palabras. Jorge las había llevado como un talismán durante doce años.

Buenas manos.

Las manos de un cirujano cardiovascular son su instrumento principal y su identidad más profunda. No en el sentido vanidoso de quien se define por su habilidad, sino en el sentido más fundamental: la mano que sabe lo que hace antes de que el cerebro lo ordene, la mano que ha internalizado años de entrenamiento hasta que el movimiento preciso se vuelve tan natural como respirar. Jorge había pasado doce años construyendo esas manos. Construyendo la certeza de que podía confiar en ellas.

La operación de marzo había durado dos horas y cuarenta minutos.

La paciente tenía treinta y cuatro años, dos hijos, una corrección de válvula mitral que Jorge había hecho ciento diecisiete veces antes. Era el tipo de procedimiento que él describía a los residentes como técnicamente exigente pero clínicamente predecible. El tipo de procedimiento que no debería fallar.

Falló.

No por las manos. Las manos no fallaron. Lo que falló fue un segundo de atención en el momento equivocado, una fracción de concentración que se desvió hacia algo que no era el campo operatorio.

Un segundo.

La comisión de investigación lo había llamado distracción. El informe lo había llamado negligencia. La inhabilitación había tardado tres meses en llegar.

Jorge había tardado ocho meses en aprender a abrir los ojos sin ver a la paciente.

Escuchó el sonido de Ana saliendo del baño. Sus pasos por el pasillo. La puerta del dormitorio abriéndose.

Jorge mantuvo los ojos cerrados.

Escuchó a Ana rodear la cama, escuchó el clic del walkie-talkie encendiéndose en la mesita del otro lado, escuchó cómo se tumbaba con la ropa puesta como llevaba haciendo desde que llegaron por si había una emergencia.

El silencio se instaló.

Jorge esperó a que la respiración de Ana se volviera más profunda. Tardó mucho más de lo normal. Cuando por fin lo hizo, Jorge abrió los ojos de par en par.

La habitación estaba completamente oscura excepto por la luz verde del walkie-talkie. Jorge miró el techo durante un momento. Luego se levantó despacio, cogió la ropa que había dejado en la silla y salió al pasillo sin hacer ruido.

Comprobó las habitaciones de los niños. Lucas dormía. Marina dormía. Claudia dormía, o parecía dormir.

Bajó las escaleras, fue a la cocina y se sirvió agua.

Entonces encontró la nota de Don Santiago en la encimera.

No era una nota larga. Más bien un trozo de papel doblado en dos, con esa caligrafía anticuada. Una sola línea:

Si no puedes dormir, mi puerta está abierta.

Jorge miró el papel durante un momento. Miró la cocina, las ventanas cerradas, la puerta trasera con el pestillo echado. No había ninguna manera de que esa nota hubiera entrado en la casa desde que se acostaron. Ninguna que él pudiera explicar.

La guardó en el bolsillo de la chaqueta y salió por la puerta de atrás.

El residencial de noche ya no le inquietaba. Lo contrario. Las farolas encendidas. Los cipreses. El camino de piedra caliza reflejando la luz de una luna casi llena.

Jorge caminó hacia la casa de Don Santiago.

La puerta estaba abierta, como decía la nota.

No del todo, sino entornada, con una franja de luz cálida saliendo del interior. Jorge llamó de todas formas, con los nudillos, y la voz de Santiago llegó desde dentro con esa naturalidad de quien esperaba exactamente eso:

—Pasa, Jorge.

Santiago estaba en un sillón de cuero con una copa de vino.

—Siéntate —dijo, señalando el sillón frente a él—. ¿Quieres beber algo?

—No —respondió Jorge. Se sentó—. ¿Cómo has metido esa nota en mi casa?

Santiago sonrió. No la sonrisa de quien ha hecho algo que quiere ocultar, sino la de quien ha hecho algo que sabe que el otro ya ha aceptado al venir hasta aquí.

—¿Importa eso ahora? —respondió.

Jorge abrió la boca, pero no dijo nada. Porque la respuesta honesta era que no, que no importaba. De la misma manera que habían dejado de importar muchas otras cosas desde que llegaron a Los Olivos, y eso debería alarmarle. Pero esta noche lo que sentía no era preocupación, sino alivio.

—Ana cree que hay algo malo en este sitio —dijo Jorge.

—Lo sé.

—¿Lo hay?

Santiago lo miró durante un momento y bebió un sorbo de la copa. Luego cruzó las piernas con parsimonia.

—Ana ve el mundo como un conjunto de amenazas que hay que identificar y neutralizar —dijo finalmente—. Es lo que la hace buena en su trabajo. Es también lo que le impide descansar. Tú no eres así, Jorge. Tú eres alguien que necesita creer que las cosas pueden repararse. Que un error no define todo lo que viene después.

Jorge no respondió.

—Lo de marzo —continuó Santiago, en voz baja.

El nombre de la paciente. Jorge lo tenía tatuado en su pecho. Santiago no lo dijo, pero la manera en que dijo lo de marzo era suficiente.

—¿Cómo sabes...?

—Sé todo lo que necesito saber sobre las personas que llegan aquí —dijo Santiago, sin que hubiera amenaza en la frase—. Y lo que sé de ti es esto: llevas ocho meses pagando una deuda que no tiene forma de saldarse. Que no puede saldarse. Porque la mujer murió y nada de lo que hagas va a cambiar eso, y tú lo sabes. Aun así, cada mañana te levantas y te martirizas de todas las maneras posibles.

Cogió aire antes de seguir hablando.

—El problema no es la deuda, Jorge. El problema es que crees que debes cargarla para siempre. Y hay lugares —sonrió levemente— donde puedes descansar para siempre.

Jorge lo miró.

—¿Qué clase de sitio?

—Este —respondió Santiago, con la sencillez de quien dice algo que para él es completamente obvio—. Los Olivos no es lo que parece desde fuera. Desde fuera parece un residencial. Desde dentro es otra cosa. Un lugar donde el miedo que uno carga puede cederse. Donde el peso exacto de lo que has hecho puede disolverse.

—Eso es imposible —dijo Jorge.

—¿Si? —Santiago inclinó ligeramente la cabeza—. Llevas una semana aquí, Jorge. ¿Has dormido mejor que en los últimos ocho meses o no?

Jorge no respondió.

Porque la respuesta era sí. Incluso con todo lo que Ana le decía sobre el residencial, incluso con la escena de Meryl en la cocina, las conversaciones con los directores y todo lo que no cuadraba: dormía mejor. Se despertaba por las mañanas sin que lo primero fuera la cara de la paciente. Había momentos en que el peso que llevaba desde marzo era simplemente más ligero.

Eso era real. Lo había sentido y no podía negarlo.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Jorge, con la voz de alguien que ya ha tomado una decisión sin reconocerlo todavía.

Santiago bebió otro sorbo. Lo miró durante un momento con atención.

—Confiar —dijo—. Solo eso. Confiar en que este lugar sabe lo que necesitas mejor que tú mismo.

Una pausa.

—Y la Exultación —añadió—. Estar presente. Dejar que ocurra lo que tiene que ocurrir.

—¿Qué ocurre exactamente en la Exultación?

Santiago sonrió.

—Algo que no sabría explicarte —dijo—. Que hay que vivir para entenderlo. Pero te digo esto: la gente que pasa por la Exultación ya no vuelve a ser la misma. —Sus ojos se posaron en los de Jorge con fijeza—. ¿Has visto a los vecinos? ¿La manera en que se mueven, en que hablan? No hay ansiedad. ¿No es eso lo que llevas meses buscando?

Jorge miró sus manos. Las mismas manos. Las que habían sido precisas durante doce años y que un segundo de distracción había convertido en lo que eran ahora.

Quería creer a Santiago y redimirse.

Eso era lo más peligroso de todo, y Jorge lo sabía. Quería creerle de una manera que no requería prueba ni lógica, que venía de ese lugar donde uno guarda las esperanzas que ya no se atreve a nombrar en voz alta porque nombrarlas implica la posibilidad de que no se cumplan.

—Está bien —dijo Jorge.

Santiago asintió, satisfecho.

—Vuelve a casa —dijo—. Duerme. Mañana es la Exultación.

Jorge caminó de vuelta por el sendero de piedra bajo la luna casi llena.

El residencial continuaba completamente en silencio. Las farolas. Las fachadas blancas. Los jardines perfectos sin una sola hoja fuera de su sitio a las dos de la madrugada.

Caminaba despacio, con la calma de quien acaba de dejar algo importante atrás y todavía lo está procesando.

Pensó en Ana, tumbada en la cama y el walkie-talkie encendido. Y, despúes, Raúl. Lo que Raúl significaba para ella. Esa relación que llevaba años siendo un ruido de fondo en su matrimonio. No era celos exactamente. Era la certeza de que había una parte de Ana que Raúl entendía y que Jorge no llegaría a entender nunca.

Y en Sofía. En los seis meses que habían durado y en la manera en que habían terminado: él diciéndole que se acababa, ella diciéndole que lo conocía mejor de lo que él se conocía a sí mismo. Quizás tenía razón. Quizás la versión de Jorge que Sofía había conocido era la que todavía podía creer que las cosas se reparaban, antes de marzo, antes de la paciente, antes de que las manos dejaran de ser de fiar.

Paró en el camino.

Miró el cielo. La luna. Los cipreses.

Mañana era la Exultación. Si Santiago tenía razón, algo cambiaría. Y si era Ana quien la tenía, y este lugar era lo que ella decía que era, entonces mañana también algo cambiaría, pero de otra manera.

En cualquier caso, mañana sería otro día.

Eso era, extrañamente, lo más tranquilizador que había pensado en ocho meses.

Entró en la villa Aurora. Subió las escaleras. Se acostó al lado de Ana sin hacer ruido.

Cogió el frasco de lorazepam.

Lo miró durante un momento.

Lo volvió a dejar en la mesita.

Esta noche no.

Cerró los ojos.

Y por primera vez desde marzo, el sueño llegó sin química. Profundo. Sin la cara de la paciente esperando al otro lado.

Solo oscuridad.

Solo descanso.

Que era exactamente lo que Nemorak necesitaba que sintiera.

13 EL COMIENZO

1997-Yorkshire, Inglaterra/Murcia, España

Elisabeth Varla aprendió a distinguir dos tipos de silencio después de que William muriera.

El primero era el silencio funcional: el de las habitaciones mientras trabajaba, el de las mañanas antes de que Samantha se despertara, el de los trayectos en coche entre el pueblo y la universidad. Un silencio que simplemente era la ausencia de sonido, sin más significado que eso.

El segundo era diferente. Era el silencio de los lugares que recuerdan a alguien. La cocina recordaba a William porque él era el que cocinaba los domingos. El estudio recordaba a William porque sus libros seguían en los estantes en el orden que él había elegido y que Elisabeth no había cambiado en dos años. El jardín recordaba a William porque él plantó los rosales y los rosales seguían floreciendo cada primavera.

La casa de piedra en las colinas de Yorkshire era enteramente del segundo tipo.

Samantha lo sabía. Tenía catorce años y esa capacidad de los adolescentes para ver las cosas que los adultos fingen no ver. Nunca lo decía directamente, pero cada vez que Elisabeth la encontraba sentada en el estudio de William pasando las páginas de sus libros sin leerlos, entendía que su hija también cargaba ese silencio y que ninguna de las dos sabía cómo ayudar a la otra a sobrellevarlo.

La oportunidad llegó en marzo.

Un colega al que no había visto desde antes de que William enfermara. Elisabeth lo conoció en un congreso dos años antes. Un hombre mayor, de modales anticuados y preguntas muy precisas que no admitían cualquier respuesta.

Un mensaje breve, un número de teléfono, y una propuesta: liderar una excavación en Murcia, en un monasterio del siglo XII cuya existencia apenas constaba en los archivos de la diócesis.

Remuneración generosa, equipo pequeño, plazo de seis meses. El nombre del remitente era Joaquín Menéndez. A Elisabeth le costó un par de minutos ubicarlo. Lo había conocido brevemente en un congreso en Leeds seis meses atrás, donde Joaquín se había presentado como mecenas independiente con interés en yacimientos eclesiásticos menores. Cruzaron quizás veinte minutos de conversación en un cóctel, y en aquellos veinte minutos Joaquín había le había preguntado por su hija Samantha, con la naturalidad de quien la conoce. Elisabeth no recordaba haber hablado de Samantha en aquel congreso. Tampoco recordaba que su nombre figurara en su biografía oficial. Habría jurado que no se lo había dicho. Pero Joaquín lo pronunció con tanta familiaridad que la descolocó.

Elisabeth le devolvió la llamada y le planteó cuatro preguntas concretas.

Joaquín se había preparado una respuesta para cada objeción. Al final de la conversación, Elisabeth se encontró diciendo que lo pensaría, que era posible, que quizás.

Esa misma noche fue al estudio de William y cogió el primer libro del estante.

Lo abrió. Lo leyó durante dos horas.

A la mañana siguiente le dijo a Samantha que se iban a Murcia.

—¿Por qué? —preguntó Samantha.

—Porque necesitamos un cambio —respondió Elisabeth.

Samantha la miró durante un momento con esa atención suya que escucha lo que no se dice.

—¿Cuándo nos vamos? —dijo.

No era entusiasmo. Era la decisión de alguien que entiende que hay formas de quedarse atrapado en un lugar y que moverse, aunque sea hacia lo desconocido, es mejor que eso.

Murcia en junio era todo lo contrario a Yorkshire.

El olor lo primero: romero, tierra caliente, algo vegetal que llegaba desde las colinas con el viento seco. La luz era diferente también, más horizontal, más densa, sin la suavidad nórdica a la que Elisabeth estaba acostumbrada. Todo era más intenso aquí: las sombras, los colores, el ruido.

El monasterio estaba en una colina a ocho kilómetros del pueblo. Sus ruinas eran más extensas de lo que los documentos previos sugerían: varias estructuras superpuestas a lo largo de siglos, cada generación construyendo encima de la anterior con ese pragmatismo de quien no quiere saber exactamente qué hay debajo de los cimientos.

El equipo era bueno. Cuatro personas además de Elisabeth, todas con experiencia en excavación en espacios confinados. Trabajaban metódicamente, documentaban con rigor, hablaban poco durante las horas de trabajo. A Elisabeth le gustaba eso.

Joaquín no fue. Le envió un mensaje el día antes de comenzar diciendo que había surgido un imprevisto, que confiaba en ella, que la mantuviera informada.

A Elisabeth le produjo alivio.

La losa estaba en el nivel más profundo del claustro.

La encontraron el día catorce. Era grande, casi dos metros por uno, con unas inscripciones que Elisabeth fotografió antes de intentar levantarla. Las inscripciones no correspondían a ningún sistema que reconociera: había elementos del latín medieval, algunos símbolos que tenían una semejanza vaga con el árabe andalusí, y otros que no pertenecían a ninguna tradición que Elisabeth pudiera identificar con certeza.

Lo que sí reconoció fue el patrón de disposición. Los símbolos estaban organizados en espiral, de fuera hacia dentro, con la densidad aumentando hacia el centro. Era el tipo de configuración que en distintas culturas y épocas se asociaba a una sola función: contención.

No lo mencionó al equipo. Anotó la observación en su cuaderno y pidió que empezaran a levantar la losa.

Tardaron tres horas. Las palancas resbalaban. La piedra parecía más pesada de lo que su volumen justificaba. Parecía que llevara siglos sujetándola desde arriba contra algo que empujaba desde dentro. Uno de los chicos del equipo, Mateo, se cortó una mano con una esquina mal sujeta. La sangre cayó sobre la losa antes de que Elisabeth pudiera apartarlo.

Mateo pareció no notarlo al principio. Se quedó mirando la mancha roja sobre la piedra con una expresión vacía hasta que Carla le tiró del brazo y lo apartó.

—Coge agua y ven —dijo Elisabeth, sin apartar la vista de la losa.

La sangre sobre la piedra se estaba moviendo.

No corría hacia abajo, como debería. Estaba siguiendo las inscripciones grabadas, recorriendo los surcos en espiral hacia el centro de la losa. En treinta segundos, las dos primeras vueltas de la espiral exterior estaban completamente delineadas en rojo. En sesenta, llegó la tercera.

Elisabeth puso la mano sobre la espiral para detener el avance. La sangre se detuvo. Cuando levantó la mano, no quedó ninguna mancha en su palma. La piedra estaba seca.

Cuando finalmente cedió, lo hizo con un estruendo que reverberó en las paredes del claustro y tardó mucho en apagarse. El sonido se quedó dando vueltas en el espacio cerrado del claustro como un perro al que han dejado sin salida, golpeándose contra las paredes, doblándose sobre sí mismo, perdiendo intensidad, pero sin llegar a desaparecer del todo. Carla soltó la palanca. Mateo retrocedió dos pasos.

Debajo había una cámara pequeña, del tamaño de un armario grande.

El aire que salió era frío, helado, y tenía un olor que Elisabeth no había encontrado en ningún yacimiento anterior. No era el olor a humedad antigua. No era moho. Era algo orgánico y reciente.

Mateo se inclinó sobre el borde para mirar.

Y vomitó con violencia. Estaba doblado en dos, con las manos sobre las rodillas y el cuerpo expulsando algo que Elisabeth, al

fijarse, vio que no era el desayuno de Mateo: era casi negro y olía exactamente igual que el aire que había salido de la cámara.

Cuando levantó la cabeza, tenía las venas del cuello marcadas y los ojos llorosos.

—Lo siendo —dijo—. No sé qué me ha pasado.

Elisabeth tampoco lo sabía.

Pero le pidió que se sentara fuera del claustro, en la sombra de la pared norte, y que no volviera a acercarse al hueco mientras ella terminaba de evaluar el contenido

Dentro encontraron el espejo.

Enmarcado en madera oscura, casi negra, con tallados en espiral que Elisabeth reconoció como la misma secuencia que la de la losa, pero invertida. De dentro hacia fuera.

Se quedó mirándolo durante un momento.

El espejo no reflejaba. Su superficie de obsidiana absorbía la luz en lugar de devolverla, y lo que había en su interior no era oscuridad exactamente. Como el interior de un ojo que observa.

Esa noche, Elisabeth llevó el espejo a la casa donde se alojaban.

Nunca supo explicar por qué tomó esa decisión. No era el protocolo. No había ninguna razón profesional para hacerlo. Simplemente lo hizo, con la naturalidad de alguien que recoge algo que le pertenece. No fue hasta que estaba en el coche de vuelta al pueblo cuando se preguntó qué había pasado entre el momento de ver el espejo y el momento de estar en el coche con él en el asiento trasero.

No había respuesta para esa pregunta.

Nunca la tuvo.

Samantha lo encontró esa misma noche.

Elisabeth lo había dejado en el salón, apoyado contra la pared, cubierto con una sábana. A la mañana siguiente la sábana estaba en el suelo y el espejo estaba en la habitación de Samantha.

Su hija dijo que no lo había movido.

Elisabeth dijo que lo había movido ella misma sin recordarlo. Le dijo a Samantha que lo sacarían de allí al día siguiente. Esa noche

durmió mal, con esa inquietud de los sueños en que uno sabe que tiene que hacer algo urgente pero no recuerda qué.

Al día siguiente el espejo seguía en la habitación de Samantha.

Lo sacó ella misma. Lo llevó al coche. Lo dejó en el maletero.

Por la tarde, cuando volvió del yacimiento, el espejo estaba de nuevo en la habitación de Samantha.

Samantha no había ido al coche. Elisabeth lo sabía porque Samantha había estado con ella en el yacimiento todo el día, sentada en la sombra leyendo, que era su manera de acompañarla sin estorbar.

Elisabeth cerró la puerta de la habitación de Samantha.

No tocó el espejo.

Esa noche escuchó a su hija hablar en sueños. No palabras que pudiera entender. Un ritmo, algo que se parecía a una pregunta repetida en un idioma que no reconoció.

A la mañana siguiente Samantha tenía ojeras y dijo que había dormido bien.

Pasaron dos semanas.

Dos semanas de deterioro gradual que Elisabeth documentaba en el cuaderno con la misma precisión con que documentaba los hallazgos del yacimiento, porque era la única manera que tenía de sostener la cordura: registrarlo todo, ponerle fechas y medidas, tratarlo como datos.

Día 16. Samantha se niega a comer carne. Día 17. Samantha se niega a comer cualquier cosa cocinada. Pide la fruta y el pan duros, sin tostar. Día 18. Encuentro a Samantha de rodillas en el cuarto de baño, mordiendo el borde de la bañera de cerámica. Cuando me ve, se levanta y dice que se le había caído un pendiente. No lleva pendientes desde que tenía once años.

Día 19. Aparición del primer cambio físico.

Elisabeth lo escribió tal cual y se quedó mirando la frase durante un minuto antes de continuar.

Esa mañana Samantha se había levantado tarde. Cuando bajó a desayunar, llevaba el flequillo cubriéndole los ojos, lo cual no era habitual en ella. Se sentó. Cogió la taza con las dos manos. Levantó

la cabeza para mirarme y tenía los ojos diferentes. Era el blanco. La esclerótica. Tenía un tono perlado, ligeramente azulado. Y las pupilas, en lugar de adaptarse a la luz de la cocina, no se contraían. Se quedaban dilatadas, como en una habitación a oscuras, aunque el sol entraba por la ventana de pleno.

—Buenos días, cariño —dijo Elsabeth.

—Buenos días, mami —respondió Samantha. Y sonrió.

Y al sonreír, durante un instante, las comisuras de la boca subieron un poco más de lo que las comisuras de Samantha habían subido nunca. Un par de milímetros. Lo justo para que la sonrisa quedara ligeramente fuera de su cara.

Día 20. Samantha empieza a tener una temperatura corporal de treinta y cinco grados constantes. Su piel está fría al tacto. No tiene síntomas de hipotermia.

Día 21. He encontrado a Samantha en el sótano de la casa, agachada, lamiendo la pared. No la pared entera. Solo el rincón sureste, donde la pintura está descascarillada y se ve la piedra. Lleva ahí, según mis cálculos, al menos cuarenta minutos. Cuando la separo, tiene la lengua rasposa y un olor a tierra que reconozco: es el mismo que salió de la cámara del monasterio.

Y empezó a notar también cosas en el equipo. Pequeñas variaciones. Mateo había vuelto al yacimiento al cuarto día con los ojos enrojecidos y el corte en el dedo que no terminaba de cicatrizar. Carla había dejado de hablar durante los descansos. Antes era la que ponía la radio. Ahora se sentaba sobre una piedra al borde de las ruinas y miraba el lugar donde había estado la losa con un interés absoluto.

Y Pablo, el tercero, había empezado a llegar tarde. Cada día un poco más. El último día llegó a las once. Cuando Elisabeth le preguntó qué pasaba, Pablo se quedó mirándola durante varios segundos antes de contestar.

—No sé —dijo finalmente—. Me ha costado encontrar el camino.

Llevaba tres semanas haciendo ese mismo trayecto.

Elisabeth les preguntó cómo estaban a los tres por separado.

Todos dijeron que bien.

Todos con exactamente el mismo tono.

Escribió en el cuaderno: Joaquín. Buscar a Joaquín.

El teléfono daba señal, pero nadie contestaba. El correo electrónico rebotaba con un mensaje de error. La universidad que supuestamente le había dado el contacto no tenía ningún registro de un arqueólogo con ese nombre en su plantilla de colaboradores externos.

Elisabeth pasó esa noche sentada en el salón, con el cuaderno y un té, calculando cuánto tiempo llevaban en Murcia y cuánto podría llevar Samantha mirando el espejo.

Hizo los cálculos.

Vomitó.

Volvió al salón.

Cogió las llaves del coche y fue a la habitación de Samantha.

Su hija dormía. El espejo, en la pared frente a la cama, devolvía el reflejo de una habitación normal: la cama, Samantha, la ventana. Todo en su sitio.

Excepto que el reflejo de Samantha tenía los ojos abiertos.

Y Samantha, en la cama, los tenía cerrados.

Elisabeth se quedó en el umbral sin poder moverse durante lo que podrían haber sido diez segundos o diez minutos.

Era una imagen contra todas las leyes de la óptica. El reflejo, dentro del espejo, tenía las pupilas fijas en el techo del cuarto reflejado, sin pestañear.

Y entonces el reflejo giró la cabeza.

Despacio.

La Samantha del espejo giró el cuello hacia la derecha sobre la almohada, hasta que sus ojos abiertos quedaron mirando, dentro del espejo, en la dirección equivalente a donde estaba Elisabeth en la habitación real.

Las miradas se encontraron.

Y la Samantha del espejo sonrió de manera intencionada. Las comisuras se elevaron. Los dientes aparecieron. La sonrisa llegó hasta el lugar donde las comisuras dejan de poder subir más. Subió hasta una posición que ninguna cara humana debería poder mantener.

Elisabeth quiso retroceder, pero no pudo.

Sus pies estaban clavados al suelo. Sentía las piernas, sentía los músculos, sentía el deseo claro de moverlas, pero los pies no respondían.

El reflejo levantó la mano izquierda.

Samantha, en la cama, no la levantó.

El reflejo se incorporó hasta sentarse.

Samantha, en la cama, siguió tumbada.

Y entonces el reflejo se bajó de la cama. La Samantha del espejo puso un pie en el suelo de la habitación reflejada, después el otro, y se quedó de pie. La Samantha real, en la cama, seguía dormida.

Elisabeth oyó algo dentro de su propia cabeza. No fue un pensamiento suyo. Fue una voz. Una voz pequeña, infantil, dolorosamente parecida a la de su hija a los siete años, antes de que William muriera, antes de que nada se rompiera, cuando Samantha se subía a su regazo a leer.

Mami, decía la voz dentro de la cabeza de Elisabeth. Mami, ven. Estoy aquí dentro. Ayúdame a salir.

El reflejo dio un paso hacia el espejo. Hacia el cristal. Acercándose, con su sonrisa monstruosa fija y sus ojos abiertos, sin pestañear, mirando a Elisabeth desde el otro lado.

Mami, sácame.

Elisabeth recuperó las piernas en el momento exacto en que el reflejo apoyó la palma de la mano contra el cristal desde dentro. Y el cristal, donde la palma tocó, se hundió ligeramente.

No supo de dónde sacó la voluntad. Cruzó la habitación. Agarró el espejo con las dos manos por el marco —el marco quemaba por el frío, un frío seco que se le quedó pegado a las manos durante días— y lo sacó al pasillo.

Lo arrastró por la escalera, golpeando los escalones, hasta el salón. Lo apoyó contra la pared con la superficie hacia adentro, para que no pudiera reflejar nada.

Se sentó en el suelo. Se miró las manos.

Tenía las palmas quemadas por el frío. Manchas lívidas con la piel arrugada y muerta. Tardó meses en curarse. Cuando finalmente

sanó, le dejó cicatrices redondas y blancas que Elisabeth, durante el resto de su vida, llevaría escondidas bajo guantes de algodón.

Lo que ocurrió entonces no lo escribió en el cuaderno.

Nunca encontró las palabras adecuadas.

Pero fue suficiente para que por la mañana hiciera las maletas de las dos y le dijera a Samantha que se volvían a Yorkshire, y condujera hasta el aeropuerto sin mirar atrás.

El espejo lo dejó en la casa.

O creyó dejarlo.

Diez kilómetros después, Samantha giró la cabeza hacia el asiento trasero.

—¿Por qué te has traído el espejo, mami? —dijo Samantha.

Elisabeth miró por el retrovisor y no dijo nada.

El espejo estaba en el asiento de atrás, envuelto en la sábana.

Esa noche no durmieron en ningún sitio.

El plan era simple: el aeropuerto de Alicante, el primer vuelo de la mañana, Manchester, casa. Elisabeth había metido el espejo envuelto en la sábana en el maletero, había cerrado el coche con doble vuelta de llave y había arrancado a las once de la noche. La carretera estaba desierta. Samantha dormía en el asiento del copiloto. La radio sintonizaba sola las emisoras locales, y al pasar entre dos pueblos, durante un breve tramo, el dial se quedó en una frecuencia que no debería haber emitido nada y que sin embargo emitía el sonido de una mujer respirando muy cerca del micrófono. Elisabeth la apagó.

Treinta kilómetros después, el GPS empezó a pedirle que diera la vuelta.

Elisabeth lo ignoró.

Sesenta kilómetros después, el GPS marcó una desviación que no figuraba en ningún mapa anterior: una salida, a tres kilómetros. La salida, según la pantalla, estaba a doscientos metros. Cuando llegó, no había salida. Solo asfalto recto y olivos a ambos lados.

Ciento veinte kilómetros después, vio el primer letrero de Alicante: 78 km.

Veinte kilómetros más adelante, vio el segundo: 102 km.

Elisabeth detuvo el coche en el arcén. Comprobó el cuentakilómetros. Se había movido. Comprobó la gasolina. Estaba a la mitad, exactamente donde había estado al salir. Comprobó el reloj del salpicadero. Marcaba las once y nueve, el mismo minuto que cuando había arrancado.

— Mami —dijo Samantha desde el asiento del copiloto.

Estaba despierta.

Elisabeth se giró.

Samantha la miraba con los ojos abiertos del todo. Con esa esclerótica perlada y esas pupilas que no se contraían. Con esa sonrisa que llegaba dos milímetros más allá de donde su cara terminaba. En el asiento del copiloto. A treinta centímetros. Sin parpadear.

—Mami, este coche no va a ningún sitio. Ya deberías haberlo entendido.

La voz no era exactamente la de Samantha, sino dos voces hablando en perfecto sincronismo: una de ellas la de su hija, la otra de un registro mucho más bajo, casi vibrante, que no debería caber en el cuerpo de una niña de catorce años.

Elisabeth no respondió. Volvió a poner el coche en marcha. Pisó el acelerador hasta el fondo. El motor rugió, las ruedas chirriaron y el coche se lanzó hacia adelante con una violencia que Elisabeth no había permitido en treinta años de carné.

El paisaje no cambió.

Olivos a la izquierda. Olivos a la derecha. Asfalto. Y en el retrovisor, el cuentakilómetros marcando los kilómetros pasando, los letreros indicando que se acercaba a Alicante, los minutos transcurriendo en el reloj. Todos los datos diciendo que estaba avanzando, mientras lo que veía a través del parabrisas era exactamente el mismo tramo de carretera que llevaba viendo desde las once de la noche.

El espacio entre Murcia y cualquier otro lugar parecía haberse borrado.

A las cuatro de la mañana, sin saber cuántas vueltas había dado, Elisabeth dejó de pelear. Bajó la velocidad y dejó que el coche fuera por sí mismo. Al cabo de diez minutos, en la siguiente curva,

vio el camino de tierra que llevaba al monasterio, y al final del camino, en la casa donde se alojaban, las luces encendidas.

Las luces no las había dejado encendidas.

Aparcó en el patio. Samantha bajó del coche por sí misma, sin esperarla, y entró en la casa.

Elisabeth se quedó al volante un rato más.

Después abrió el maletero.

El espejo seguía allí, envuelto en la sábana. Pero la sábana, en el centro, había desarrollado una mancha redonda, oscura, húmeda al tacto.

Cuando entró en la casa fue directa a la cocina. Abrió un cajón y sacó un martillo. Al ir a buscarlo, el espejo ya no estaba donde lo había dejado.

Esa misma noche ocurrió el primer contacto.

Elisabeth lo presenció y no pudo impedirlo.

Eran las cinco menos diez de la mañana. Elisabeth encontró el espejo y lo había vuelto a meter en el salón, apoyado contra la pared. Estaba en la cocina, hirviendo agua para un té que no iba a beberse, cuando oyó pasos descalzos en el pasillo.

Era Samantha, caminando hacia el salón.

Elisabeth corrió.

Cuando llegó, Samantha estaba de pie frente al espejo, ahora girado de nuevo hacia la habitación. La superficie de obsidiana ya no absorbía: brillaba con esa luminiscencia interior que tienen las pantallas de televisión cuando están encendidas, pero sin mostrar ninguna imagen.

—Samantha. Apártate de ahí. Ya.

Su hija no la miró. Tenía los brazos a los lados y los pies juntos. Y, dentro del espejo, otra Samantha tenía los brazos abiertos hacia ella, como esperándola.

—Mami, dice que todo está bien —dijo Samantha—. Dice que ya no me dolerá nada.

Elisabeth dio dos pasos hacia su hija. La superficie del espejo cambió de calidad: pasó de luminosa a líquida, ondeándose desde el centro hacia los bordes.

Y entonces Samantha levantó la mano y la metió en el espejo. La superficie, donde tocó, se abrió como una piel cediendo. La mano de Samantha se hundió hasta la muñeca. Hasta el codo. Hasta el hombro.

La otra Samantha, la del reflejo, había desaparecido. En su lugar, ahora, había algo más grande, algo cuya forma Elisabeth no consiguió fijar porque cambiaba con cada parpadeo: un rostro que era una boca, una boca que era un ojo, un ojo que era una mano, una mano que cogía la mano de Samantha desde dentro y tiraba.

—Samantha —dijo Elisabeth, y su voz salió tan baja que ni ella misma se reconoció—. Sam. Cariño. Mírame.

Samantha giró la cabeza.

Había lágrimas en sus ojos. Ahora sí. Por primera vez en dos semanas, Elisabeth vio en los ojos de su hija la mirada limpia de la niña que había sido hasta hace unos días, la mirada de la Sam de las mañanas en Yorkshire, la Sam de los rosales de William, la Sam que cabía en su regazo.

—Mami —dijo Samantha—. No me sueltes.

Elisabeth se lanzó.

Cogió a su hija por la cintura y tiró hacia atrás con todo el peso de su cuerpo. Sintió el contrapeso del otro lado: algo dentro del espejo que se aferraba al brazo de Samantha y tiraba hacia adentro con una fuerza sobrehumana. Elisabeth gritó. Tiró más. Los pies de su hija se elevaron del suelo. Cayó hacia atrás con Samantha encima.

Y Samantha, en sus brazos, ya no tenía brazo izquierdo.

Amputado hasta el hombro. Limpio. Sin sangre. La piel estaba cerrada en una superficie lisa, pulida, exactamente igual que la del espejo.

Elisabeth la abrazó. La sostuvo en el suelo del salón, contra su pecho, mientras el espejo, frente a ellas, volvía a su superficie negra y sólida.

Las dos se quedaron en el suelo del salón hasta el amanecer. Samantha durmió sobre el regazo de su madre. Elisabeth la cubrió con dos mantas y se quedó despierta, sosteniéndola, sin moverse,

sintiendo cómo la respiración de su hija se hacía cada hora un poco más superficial, un poco más espaciada.

Cuando Elisabeth perdió a su hija del todo intentó huir. Tres veces en el primer año, dos en el segundo. Cada vez que intentaba marcharse de Los Olivos algo se lo impedía: una avería en el coche, una llamada que la retenía, una confusión en los documentos que necesitaba. Pequeños obstáculos que por separado tenían explicación y que juntos formaban una jaula sin barrotes.

La cuarta vez que lo intentó, Joaquín apareció en su puerta.

Sin amenazas. Sin explicaciones. Solo la miró con la calma de quien tiene todo el tiempo del mundo y dijo: «Samantha te necesita aquí».

Elisabeth no volvió a intentarlo.

Eso fue en 1998.

Después, durante muchos años, no quedó nadie de fuera que pudiera contar lo que había pasado en aquella casa de Yorkshire ni en aquella excavación al sur de Murcia. El equipo entero —Mateo, Carla, Pablo— fue saliendo del país a lo largo de los meses siguientes; ninguno de los tres llegó a sus respectivas casas. Sus desapariciones se atribuyeron a accidentes de carretera y a problemas personales no especificados.

El monasterio del siglo XII fue cerrado al público y vallado por la diócesis ese mismo otoño.

El nombre de Elisabeth Varla apareció una última vez en una nota de una revista británica de arqueología en abril de 1998, anunciando que la profesora Varla había decidido retirarse anticipadamente por motivos personales y trasladarse a un destino no especificado.

Después, durante veintiocho años, ningún periódico ni ningún registro académico volvió a mencionarla.

Como si nunca hubiera existido.

Ana no llegó a dormirse.

Se acostó, encendió el walkie-talkie y cerró los ojos. Pero el sueño era esa clase de sueño que llega hasta el umbral y luego se

retira, que promete y no cumple, que te deja en ese espacio intermedio donde los pensamientos siguen activos, pero sin la supervisión de la lógica.

Jorge dormía a su lado. Pero esta noche era diferente. No el sueño profundo de siempre. Esto era más natural. La respiración de alguien que descansa de verdad.

Luego dejó de escucharlo.

Llegó a dormise a ratos. Sueños cortos y fragmentados que se interrumpían cada media hora.

A las cuatro de la mañana Ana se levantó. No porque hubiera oído algo. Simplemente porque seguir en la cama dando. Vueltas, entrando y saliendo del sueño, la desesperaba. Cogió el vaso de agua de la mesita, fue al cuarto de baño, bebió, se miró al espejo un segundo —el reflejo en su sitio, exactamente en su sitio— y salió al pasillo.

Fue a la habitación de Lucas primero. La puerta entreabierta, la respiración pausada, el dinosaurio en el suelo junto a la cama. Luego Marina, de lado, con el diario en la mesita. Por último, Claudia, con los auriculares colgados del cuello.

Todo en su sitio.

Bajó las escaleras. Fue a la cocina. Se sirvió otro vaso de agua que no necesitaba y se quedó de pie junto a la ventana que daba al jardín.

La noche murciana de junio tenía esa luminosidad específica de los cielos sin nubes: no luz exactamente, pero tampoco oscuridad completa. Los focos estaban apagados. La piscina brillaba ligeramente con su luz sumergida. Los árboles del fondo eran siluetas.

A pesar de la hora, el termómetro del porche seguía marcando treinta y dos grados. El suelo todavía irradiaba el calor acumulado durante el día.

De pronto, algo en el jardín llamó su atención. Allí, sobre las baldosas, yacía el gato blanco que Marina solía alimentar. Ana se inclinó. El animal estaba rígido, pero no había rastro de sangre ni de lucha. Al examinarlo de cerca, se le heló la sangre: el cuella había

sido quebrado con precisión, girado en un ángulo imposible que solo manos humanas podrían haber logrado.

Se acordó del mensaje de Marina. En la figura en el tejado. En el reflejo de Marta con los ojos en blanco. En la llave de latón.

—Definitivamente mañana nos vamos —se dijo, mientras envolvía el cadáver del gato en una bolsa de plástico.

Y entonces vio la luz en la habitación.

Una luz encendida en la planta de arriba, en la ventana del dormitorio principal que daba al jardín. En su propia habitación. La luz que estaba apagada al bajar.

Y en la ventana había una figura.

Ana se quedó inmóvil junto al cristal de la cocina.

La figura estaba de pie junto a la cama. De espaldas a la ventana, parcialmente. Ana podía ver los hombros, el perfil, el cabello recogido, plateado. La silueta de una mujer mayor, delgada, con la postura recta e inconfundible de Doña Elvira.

En su dormitorio.

A las cuatro de la mañana.

Ana puso la mano en el cristal de la cocina y siguió mirando y lo que vio a continuación fue lo que le arrancó el aire de los pulmones.

Doña Elvira se inclinó sobre la cama. Estaba desnuda.

Sobre Jorge.

No como alguien que va a despertarlo.

Se colocó sobre él con suavidad. Las manos de Doña Elvira se posaron en el colchón a ambos lados de su cuerpo. Y Jorge sin moverse, sin mostrar resistencia, mantuvo los ojos cerrados.

Ana abrió la boca.

No salió ningún sonido.

Y entonces la luz de la habitación cambió de calidad. Se volvió más amarilla, con esa textura que tienen las pesadillas cuando la luz proviene de todas partes a la vez.

Y Doña Elvira se giró.

Giró la cabeza hacia la ventana. Hacia el jardín. Hacia Ana.

Y lo que Ana vio en ese momento no era el rostro de Doña Elvira.

Era algo que llevaba el rostro de Doña Elvira puesto. La piel muy tensa en algunos ángulos, demasiado laxa en otros, como una máscara que no ha terminado de adherirse. Los ojos sin párpados, o con párpados que se movían de una manera irracional. La boca ligeramente abierta, con una geometría que no correspondía a ninguna articulación humana, como algo que ha aprendido a imitar la boca sin entender del todo para qué sirve.

Y se reía.

Sin sonido. Con esa risa que existe solo en la expresión, en el gesto, en la manera en que las comisuras se estiraban hacia los lados mientras sus ojos sin párpados se clavaban en los de Ana a través del cristal de la ventana.

Ana subió las escaleras.

No corrió. Sus piernas no respondían para correr. Subió aferrada a la barandilla, de escalón en escalón.

Llegó al pasillo. Llegó a la puerta del dormitorio y la abrió de golpe.

Jorge dormía. Solo. Boca arriba, con los brazos a los lados, en la oscuridad de la habitación.

Nada ni nadie excepto su marido durmiendo.

Ana se quedó en el umbral con la mano en el marco de la puerta y los ojos recorriendo cada rincón de la habitación dos veces, tres.

Nada.

Encendió la luz de techo. Recorrió la habitación. Miró debajo de la cama y encontró solo el suelo, el polvo y los zapatos de Jorge alineados contra la pared.

Nada.

Se sentó en el borde de la cama. Las manos le temblaban.

Jorge no se despertó.

Ana miró la ventana. Cerrada. La cortina estaba corrida. Desde fuera, desde el jardín, desde la cocina, no habría podido ver el interior de la habitación con la cortina corrida.

No habría podido ver nada.

Repasó todo aquello que podía estar nubándole el juicio. El vino de las botellas sin marca. La petaca. El cansancio acumulado. El

miedo sostenido durante días sin descanso real. El duelo sin nombre que llevaba meses cargando. Las cosas que el miedo hace con la mente cuando no descansa lo suficiente y ha estado bajo presión constante.

Cualquiera de esas cosas. Todas a la vez.

Y luego, porque era subinspectora de policía y los subinspectores de policía trabajan con evidencias, se levantó, fue a la ventana, descorrió la cortina, y miró al jardín desde arriba.

La piscina brillaba.

Los árboles eran meras siluetas.

Todo en orden.

Excepto en el suelo del jardín, bajo la ventana del dormitorio, en la tierra del macetero que colgaba del alféizar exterior. Había dos marcas paralelas, alargadas. La presión de dos pies sobre tierra blanda.

Ana corrió la cortina de nuevo.

Se quedó de pie en el centro de la habitación. No fue hacia la cama. No hizo nada durante un momento.

Luego lloró. Con ese llanto que sale cuando ya no queda energía que lo contenga ni nadie delante a quien proteger de verlo.

Lloró con la mano sobre la boca para no despertar a Jorge, de pie en el centro de su habitación nueva en su casa nueva en su nueva vida, y cuando terminó se limpió la cara con el dorso de la mano. Se acostó al lado de Jorge.

No apagó la luz.

A las seis de la mañana, Jorge se despertó y encontró la luz encendida y a Ana sentada en la cama con los ojos abiertos y el walkie-talkie en la mano.

—¿Has dormido algo?

—No.

—¿Qué pasa?

Ana lo miró durante un momento. Quiso contarle lo que había visto. Pensó en la manera en que Jorge lo recibiría: el gesto racional, el tono tranquilizador, la explicación razonable que ella misma ya se había dado y que no había conseguido que el temblor de las manos se fuera del todo.

Y se acordó de otra cosa. De la conversación en el coche. En la manera en que Jorge había dicho que no había visto nada en el reflejo del espejo del comedor.

—Anoche vi algo —dijo—. Desde la cocina. En la ventana del dormitorio.

Jorge esperó.

—Vi a Doña Elvira. Aquí. En nuestra habitación. Contigo.

—Ana… —dijo Jorge, con una voz muy controlada.

—Lo sé.

—Doña Elvira no estuvo aquí.

—Eso es lo que vi.

—Eso es lo que creíste ver. Hay una diferencia.

Ana se levantó de la cama.

—Hay marcas en la tierra del macetero de la ventana —dijo—. Ve a mirarlas si quieres.

Jorge no se movió.

—Hay muchas explicaciones para unas marcas en la tierra.

—¿Cuántas de ellas incluyen a Doña Elvira en nuestro dormitorio?

—Ninguna, Ana. Porque Doña Elvira no estuvo en nuestro dormitorio. Lo que viste fue...

—¿El qué? ¿Mi imaginación? ¿El cansancio? ¿Las copas de vino?

Jorge no respondió.

Y esa no respuesta fue exactamente lo que más le dolió a Ana. No la negación, no el argumento razonable, no siquiera la condescendencia. El silencio. El mismo silencio que habían construido juntos alrededor de la madrugada de aquel noviembre. Ese silencio que tenían tanta práctica en mantener.

—Voy a ducharme —dijo Ana—. Y después hago las maletas.

Se fue al baño y cerró la puerta.

Abrió el grifo de la ducha y se metió sin esperar a que el agua calentara, porque el frío era una forma de asegurarse de que estaba despierta.

Cerró los ojos.

Y vio la boca de aquella cosa estirándose.

La risa sin sonido.
Los ojos sin párpados mirándola directamente.

14 CENIZAS

El desayuno de esa mañana fue el más silencioso desde que llegaron.

Lucas no comió. Tenía la taza de leche frente a él y la miraba desconcertado. El dinosaurio no estaba en la mesa. Lo llevaba en el bolsillo, con la cola asomando por el borde.

Marina tenía los ojos enrojecidos de quien ha dormido mal o no ha dormido. Miraba a Claudia con esa rabia contenida que las hermanas se tienen cuando algo ha ocurrido entre ellas y ninguna quiere ser la primera en mencionarlo.

Claudia desayunaba con apetito. Tenía ese gesto de alguien que ha dormido bien y que no entiende muy bien por qué todos los

demás están tan serios.

Ana se sirvió el café. Abrió el cajón del fondo casi sin pensarlo, sacó la petaca, echó un poco en la taza sin que nadie se diera cuenta. Luego cerró el cajón con más fuerza de la necesaria.

—¿Vas a comer algo? —le preguntó a Lucas.

—No tengo hambre.

Ana se la bebió de un trago y dejó la taza en el fregadero. Se giró hacia Marina.

—Anoche me mandaste un mensaje y luego nada. ¿Qué pasó, cariño?

Marina no levantó los ojos del plato.

—Nada. Me asusté. Ya está.

—¿Qué te asustó?

Silencio.

—Marina, mírame.

Marina la miró. Y Ana vio en su cara algo que reconoció porque era lo mismo que ella llevaba días intentando esconder: el gesto de alguien que sabe demasiado y no sabe cómo decirlo sin derrumbarse.

—Estoy bien —dijo Marina.

Claudia se encogió de hombros.

Ana los miró uno a uno. Tres niños, cada uno en su propio tipo de silencio.

Se sentó junto a Lucas.

—Cariño, necesito preguntarte algo sobre Samanta.

Lucas apretó el bolsillo donde estaba el dinosaurio.

—¿Qué quieres saber?

—Cómo es. Cómo te encontró. Qué os decís.

Lucas tardó en responder. Miraba la taza de leche.

—No es como los otros amigos —dijo finalmente, en voz muy baja—. Los otros amigos se van cuando quiero. Samanta no. Siempre está, aunque yo no quiera que esté.

Una pausa.

—A veces me despierto y ya está ahí, en el rincón. No me habla, solo me mira. Y cuando me mira... siento que sabe cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

Lucas frunció el ceño.

—Cosas que van a pasar.

Ana sintió un escalofrío.

—Lucas. ¿Quieres que Samanta se vaya?

El niño la miró asustado.

—No puedo hacer que se vaya, mamá. Me lo dijo ella misma. Dijo que siempre estará conmigo. Hasta el final.

Hasta el final.

Ana se quedó muy quieta. Buscó en la cara de su hijo algo que le dijera que esas palabras eran las de un niño jugando, las de un niño que repite frases sin entenderlas, las de un niño que ha oído algo en un cuento y lo ha hecho suyo. No lo encontró.

—¿Cuánto tiempo lleva Samanta contigo? —preguntó, con la voz lo más neutra que pudo.

Lucas lo pensó.

—Desde que llegamos aquí —respondió—. Antes no estaba. Aquí estaba desde el primer día. Ya estaba cuando llegamos, creo.

Ana le besó en la cabeza. Se levantó y salió de la cocina antes de que él viera su rostro.

En el pasillo se detuvo un momento, con la espalda contra la pared, controlando la respiración.

Como si nos estuviera esperando.

La familia entera era el objetivo. Lucas era solo una puerta de entrada.

Ana salió de la villa a toda velocidad, sin decirle nada a Jorge.

Era media mañana y el residencial estaba, por primera vez desde que llegaron, lleno de actividad. Los vecinos iban y venían cargando mesas, sillas, guirnaldas, cajas con materiales para la celebración de esa noche. Saludaban a Ana con esa familiaridad excesiva que ella ya ignoraba. Feliz Exultación. Feliz Exultación, repetían.

Aprovechó el movimiento para avanzar hacia el edificio central.

Había estado pensando en ello desde la noche anterior. Y en la pregunta que llevaba días sin respuesta: ¿qué querían exactamente de su familia?

La puerta principal del edificio central estaba abierta. La gente entraba y salía con distintos materiales. Nadie la miró dos veces.

Ana entró.

El vestíbulo estaba más concurrido que en su primera visita: mesas plegables apiladas contra las paredes, guirnaldas de flores oscuras esperando ser colgadas, varias personas cruzando en distintas direcciones con el propósito de quien tiene una tarea concreta y un tiempo limitado para completarla. Nadie coordinaba el trabajo. Todos sabían exactamente qué les correspondía hacer sin que nadie se lo dijera. Como si lo hubieran hecho cientos de veces.

Ana caminó con la confianza de quien pertenece al lugar. Lo había aprendido en sus primeros años de trabajo: la gente no para a quien parece saber adónde va. Giró por el pasillo lateral. Pasó frente a dos puertas cerradas sin detenerse. Llegó a la oficina.

Cerrada con llave.

Ana miró a ambos lados del pasillo. El bullicio de los preparativos amortiguaba cualquier sonido desde el vestíbulo. Sacó del bolso una horquilla de metal, la dobló en el ángulo correcto y se agachó frente a la cerradura con la concentración de doce años de trabajo que incluían situaciones bastante más complicadas que esta.

El mecanismo de la cerradura era viejo. Eso facilitaba las cosas: los pestillos más antiguos tienen menos pines, menos resistencia, menos margen de tolerancia. Ana escuchó el primer pin alinearse, luego el segundo. Respiró despacio. El tercero. El sonido del metal contra metal era suave, pero regular, y cualquier persona que pasara por el pasillo en ese momento habría podido verla.

Nadie pasó.

Dos minutos. El cerrojo cedió con un clic que sonó más fuerte de lo que era.

Entró y cerró la puerta tras de sí.

La oficina era como la recordaba: muebles de madera oscura, estanterías con libros encuadernados en piel, el reloj de péndulo en

la pared marcando los segundos con una regularidad que en ese silencio se hacía casi opresiva.

Ana fue directa al escritorio. No tenía tiempo para hacer la búsqueda sistemática que habría preferido. Abrió el primer cajón: documentación administrativa, contratos de suministros, facturas de mantenimiento. Lo hojeó en treinta segundos. Nada.

El segundo: folletos del residencial, cartas formales con membrete de una empresa desconocida, un libro de registro encuadernado en tela negra. Ana lo abrió.

Treinta y dos entradas a lo largo de veinte años. Cada entrada con fecha de llegada, número de villa, composición de la familia. Todos con la misma caligrafía, lo que significaba que alguien había transcrito los registros de manera centralizada, no que cada familia hubiera rellenado su propia ficha.

La columna de la derecha estaba en blanco en todas las entradas.

Estaba encabezada con una sola palabra: Salida.

Ninguna fecha. Ninguna nota. Ningún registro de que ninguna de esas treinta y dos familias hubiera salido nunca de Los Olivos.

Ana fotografió todas las páginas.

El tercer cajón tenía, debajo de varias capas de papeles sin interés, un sobre de papel manila sin marcar. Dentro, una serie de recortes de periódico plastificados. Todos de décadas distintas. Todos sobre desapariciones de niños: un niño de ocho años en la meseta castellana en 1962. Dos adolescentes en Marbella en 1980. Una niña de catorce años en Inglaterra en 1975.

Las fechas. Los nombres.

Fotografió todo con el teléfono.

Se giró hacia la puerta pequeña en la pared lateral de la oficina que había notado al entrar. Sin cerrojo visible. La abrió.

Detrás había una sala pequeña, sin ventanas, con una mesa en el centro. Sobre la mesa, el libro.

Era el mismo que había visto en el altar el día de la ceremonia.

Grande, encuadernado en algo que no era piel de animal, con el lomo tan viejo que la tela se había fundido con la madera de la

tapa. Lo abrió con cuidado, por el centro, donde el papel era más grueso y las páginas estaban escritas en un latín que Ana podía leer solo parcialmente. Pero había ilustraciones. Y algunas páginas estaban en un castellano antiguo que resultaba comprensible si uno se esforzaba.

De la naturaleza de Nemorak. Nemorak no es una criatura de este mundo ni de ningún infierno que el hombre haya conocido. Fue convocado en el origen de los tiempos, como instrumento mortal en las guerras de los antiguos. Su naturaleza es el miedo: se alimenta de él, crece con él, y sin él se debilita hasta la extinción. Cuando los dioses lo sellaron en la prisión de obsidiana, no lo mataron. Lo retuvieron. Y lo que espera con suficiente paciencia, siempre encuentra la manera de despertar.

Pasó varias páginas de golpe.

De la Exultación y su propósito. La Exultación no es una celebración. Es una cosecha. Nemorak no puede absorber las almas directamente: necesita que el miedo las haya preparado, que las haya hecho permeables durante semanas o meses antes del momento final. Los que organizan la Exultación son los que él absorbió primero, los que han aprendido a preparar a los demás como ellos mismos fueron preparados. El miedo de los adultos es combustible. El miedo de los niños es el alimento.

Siguió pasando páginas.

De los niños que llegan antes. Nemorak envía siempre un heraldo a los niños de las familias elegidas: una presencia que se instala bajo la apariencia de compañía, que les infunde el miedo desde dentro, que los prepara para el momento en que él los reclame. Este heraldo no tiene nombre propio. Usa el nombre de los que ya ha absorbido.

Ana no cerró el libro de inmediato. Lo dejó abierto en esa página y siguió leyendo hacia abajo, hasta donde el castellano antiguo cedía paso a un párrafo que estaba subrayado con algo que podría haber sido tinta u otra cosa:

Del modo de contener a Nemorak cuando ha sido liberado. Si la llave de Azrael alcanza el mecanismo del marco durante el periodo de transición, la función del espejo puede revertirse. La transición

ocurre en la noche de la Exultación, cuando Nemorak abandona parcialmente el espejo para manifestarse en el mundo físico. En ese intervalo, y solo en ese intervalo, el espejo es vulnerable. Fuera de ese intervalo, no hay medio conocido de contención.

Ana sacó la llave de latón de su bolsillo. La que Meryl le entregó.

La miró durante un momento y cerró el libro.

Se quedó de pie en esa sala sin ventanas, con las manos planas sobre la tapa del libro, con el corazón latiéndole a mil por hora. Todo lo que había estado pasando desde que llegaron a Los Olivos tenía una estructura, un orden, un propósito, y que ese propósito eras sus hijos. Y que ella, sin saberlo, llevaba la llave en el bolsillo desde la primera noche.

Lucas.

Lucas con su amiga imaginaria que llevaba mucho tiempo esperando que llegara alguien con quien jugar.

Lucas que decía que Samanta estaría con él hasta el final.

La noche de la Exultación era esa noche.

Ana salió de la sala pequeña, cruzó la oficina y abrió la puerta al pasillo.

El anciano estaba ahí.

De pie a dos metros, con el sombrero de ala ancha y el colgante oscuro sobre el pecho, con las manos cruzadas y esa sonrisa incómoda. La miraba con la paciencia de quien lleva mucho tiempo esperando ese momento exacto.

—Feliz Exultación —dijo.

Ana no respondió.

—Es un libro hermoso, ¿verdad? —añadió, con el mismo tono de quien comenta el tiempo.

Ana sostuvo su mirada.

—Sé lo que hacéis aquí —dijo Ana con tono firme—. Y no pienso permitirlo.

La sonrisa del anciano no cambió. Pero algo en sus ojos sí. Un movimiento breve, como cuando alguien oye su nombre en un lugar donde no esperaba que lo conocieran.

Luego la sonrisa se amplió ligeramente.

—Ha hecho usted los deberes —dijo, con una voz que por primera vez desde que Ana lo conocía no tenía ese tono untuoso de los sermones. Era más directa. Más desgastada—. La mayoría no llega tan lejos.

—¿Cuántas han llegado tan lejos? —preguntó Ana.

El anciano lo consideró.

—Una —dijo—. Hace veintiocho años. —Una pausa—. No le sirvió de mucho.

—Que disfrute de la celebración —dijo. Se giró y comenzó a caminar por el pasillo con esa andadura suya casi flotante.

Ana lo siguió con los ojos hasta que dobló la esquina.

Luego sacó el teléfono. La cobertura seguía siendo casi nula, pero llevaba un rato intentándolo y esta vez las barras subieron lo suficiente. Le envió a Raúl las fotografías del libro, los recortes del cajón, el registro de familias con la columna de salidas en blando. Luego escribió:

Necesito que busques las desapariciones de estos niños. Y acelera.

Esperó hasta ver los dos ticks. Luego guardó el teléfono.

Jorge ya había ungido a los niños cuando Ana volvió a casa.

Lo vio desde la puerta: los tres de pie en el vestíbulo, Jorge frente a ellos con el pulgar manchado de algo oscuro. Lucas cabizbajo. Marina con la frente fruncida. Claudia con esa sonrisa desconectada que ahora lucía. Y en la frente de los tres, la misma aspa de ceniza que había visto en Iván y Sergio la noche de la cena.

Ana se quedó inmóvil en el umbral.

—¿Qué coño has hecho, Jorge? —dijo.

Jorge la miró extrañado.

—Don Santiago me pidió que los ungiera para la Exultación. Es una tradición.

—¿Cuándo te lo pidió?

—Esta mañana. Me llamó.

—¿Y lo has hecho sin consultarme?

—Ana, es ceniza, por Dios. Es simbólico. Como el miércoles de ceniza en la iglesia católica, no es...

—No es lo mismo.

Se acercó a los niños. Les limpió la frente uno a uno con un poco de saliva y el borde de su manga. Lucas la miró agradecido. Marina se dejó hacer. Claudia abrió la boca como para decir algo y luego la cerró.

—Los niños no van esta noche —dijo Ana.

—Ana...

—He dicho que no van.

Jorge la miró durante un momento.

—Está bien —dijo finalmente—. Se quedan en casa.

—Yo sí voy —añadió—. Quiero ver con mis propios ojos qué demonios es la Exultación y qué circo tienen montado. Quiero verlo todo. Y mañana a primera hora nos largamos de aquí.

Jorge la miró.

—Ana…

—No era una pregunta, Jorge. Esto es una secta. Muy bien organizada, puede que con mucho dinero detrás, pero una secta.

—Claro —dijo Jorge con demasiada facilidad—. Mañana nos vamos.

Fuera ya era de noche cuando Ana entró al baño. Fue al espejo primero. Se miró: la cara de cansancio, los ojos de alguien que no ha dormido suficiente en días, el pelo con más gris del que recordaba. Se lavó la cara con agua fría. El contacto fue brusco y efectivo.

Se miró de nuevo.

El reflejo era el suyo. Exactamente el suyo.

Abrió el bolso. Sacó la segunda petaca. Le dio un trago largo, más largo del habitual, y la dejó sobre el lavabo.

Se aplicó algo de base, algo de color, con movimientos mecánicos. Llevaba el lápiz coral sobre la palma de la mano. Al llegar a los labrios, el espejo le devolvió algo diferente.

Su reflejo sonreía.

Ana no estaba sonriendo.

Dejó caer el lápiz. Observó el espejo sin moverse. Su reflejo la observaba con esa sonrisa que se estiraba muy lentamente, hacia los lados, más allá de donde la anatomía humana puede permitir.

Las comisuras de los labios en el reflejo comenzaron a rasgarse.

Una línea fina, precisa, hacia cada lado.

Mostrando algo debajo de la piel que no era carne.

Ana sintió el dolor en su propia boca. Se llevó las manos a las mejillas.

Nada. Su piel estaba intacta, pero el dolor era real. Y el reflejo seguía sonriendo.

Cogió la petaca. La abrió sobre el inodoro y la vació de golpe.

Se quedó mirando la petaca vacía.

Esto es el alcohol, se dijo. Nada más.

Volvió a mirarse en el espejo. Su cara, la suya. Sin sonrisa, como correspondía.

De pronto, nada.

Golpes en la puerta del baño.

—Mamá, papá dice que ya es la hora —dijo la voz de Claudia.

Ana respiró profundo. Una vez. Dos veces.

Recogió el lápiz. Lo dejó sobre el lavabo.

—Ahora salgo, cariño —dijo.

Escuchó como Claudia salía corriendo de la habitación.

Fue al armario. Al fondo, detrás de la ropa, estaba la caja de madera vieja que había traído de Madrid a escondidas. La abrió. La Glock 19 estaba en su sitio. La cogió con las dos manos, verificó el cargador y la deslizó en el compartimento interior de la chaqueta negra.

Jorge no sabría que tendría un arma.

Esa noche, eso era exactamente lo que necesitaba.

Se ajustó el walkie-talkie al cinturón con el gesto automático que llevaba doce años repitiendo, el que la mantenía cuerda, y bajó las escaleras.

15 ESPERANZA

El pueblo al norte de Asturias se llamaba Esperanza y tenía doscientos habitantes. O los había tenido alguna vez.

Cuando Ana y Raúl llegaron aquella mañana, en el coche de servicio, con la calefacción rota y cuatro horas de autopista encima, nadie los recibió. Las persianas estaban bajadas. Los coches aparcados, pero sin señales de haber sido movidos en días. Un perro suelto en la plaza principal los miró sin ladrar y luego siguió caminando.

La llamada había llegado a las dos de la madrugada. Una denuncia anónima desde una cabina, lo cual ya era raro porque las cabinas habían desaparecido de casi todos los pueblos de la región. El operador que la recibió, un agente de cuarenta y dos años con catorce de servicio en el 091, hizo lo que se hace en estos casos: la grabó.

La grabación se le entregó a Ana en formato digital tres horas después, mientras Raúl conducía hacia Esperanza. Ana la escuchó con auriculares, en el asiento del copiloto, dos veces. La primera para entender el mensaje. La segunda porque no estaba segura de lo que había oído.

La voz era de mujer. Hablaba arrastrando las palabras. Hasta ahí lo que decía el informe del operador. Lo que el informe no decía, porque no se podía escribir en un informe sin perder credibilidad, era hasta qué punto las arrastraba. Las vocales se estiraban. Las consonantes se sostenían.

—En. La. Finca. Del. Molino. Hay. Dieciséis. Personas. Muertas.

Una respiración larga.

—Han. Elegido. Irse. Juntas.

Otra pausa. Y en el fondo de la cabina, un sonido que el operador había marcado en el informe simplemente como «interferencia». Ana, al escucharla con los auriculares, lo identificó claramente: era el sonido de una segunda voz, mucho más débil, que estaba diciendo otra cosa al mismo tiempo. No alcanzaba a

distinguir las palabras. Pero cuando se concentraba, el ritmo de la segunda voz coincidía con el tarareo de una melodía.

—Hay. Un. Libro. En. El. Centro. Del. Círculo. No. Toquen. El. Libro.

La línea se cortó.

Pero no antes de que la mujer al otro lado, justo después de decir «el libro», dijera un nombre, en un tono mucho más bajo, casi un susurro, antes de que el clic de la cabina se llevara la transmisión.

«Ana».

Se quitó los auriculares y miró hacia adelante, hacia la carretera.

Ana estaba despierta cuando sonó el teléfono. Llevaba tres semanas sin dormir más de cuatro horas seguidas, desde que el caso de la menor desaparecida en Vallecas había terminado de aquella manera. Solo se permitía el descanso superficial de quien sabe que en cualquier momento puede sonar el teléfono y que necesita estar lista antes de que termine el segundo tono.

Raúl la recogió en veinte minutos. Ni siquiera preguntó si había dormido. La miró*f* una vez cuando subió al coche y luego arrancó.

—¿Has comido algo? —dijo, a la altura de la M-40.

—He tomado café.

—Eso no es comer.

—Raúl.

—Hay una bolsa en el asiento de atrás.

Ana no respondió. Cogió la bolsa. Dentro había un bocadillo de tortilla envuelto en papel de aluminio, todavía tibio, y dos manzanas. Lo miró durante un momento.

—¿A qué hora te has levantado?

—Antes de que llamaras.

Ana se comió el bocadillo sin decir nada más. Raúl conducía en silencio, concentrado.

Llevaban dos años trabajando juntos cuando Ana aprendió a leer ese silencio. El primer año lo había interpretado como frialdad, como la distancia profesional de alguien que prefería no mezclar el

trabajo con nada más. Luego entendió que era lo contrario: que Raúl era de las personas que se implican tanto en lo que hacen que necesitan protegerse activamente de la distracción.

Que era, a su manera, la forma más intensa de estar.

La finca del Molino estaba a dos kilómetros del casco urbano, al final de un camino de tierra bordeado de chopos pelados por el invierno.

El agente local que los esperaba en la entrada tenía la cara pálida. Tenía treinta años, quizás menos.

—Están todos dentro —dijo—. En el granero. Hay que verlo para creerlo.

El granero era una construcción de piedra de dos plantas, con las puertas abiertas de par en par. El olor llegó antes de entrar: incienso, algo más dulce debajo, y debajo de todo eso algo que Ana reconoció de inmediato. Algo que nunca dejaba de producirle el mismo efecto independientemente de las veces que lo hubiera olido.

Raúl se puso los guantes en el umbral. Ana también.

Entraron.

Lo primero que Ana percibió no fue la disposición de los cuerpos, ni el olor, ni el libro. Fue la temperatura. Dentro del granero, en marzo, hacía calor. No el calor humano que dejan dieciséis personas que han estado vivas hasta hace pocas horas. Un calor seco, terroso, como el que sale de un horno cuando lo abres tres minutos después de apagarlo. El termómetro digital del kit forense, cuando Raúl lo sacó, marcaba veintiocho grados. Fuera marcaba seis.

El olor llegó a continuación: incienso, algo más dulce debajo, y después, ese aroma a aceite quemado.

Dieciséis personas. Distribuidas en un círculo perfecto sobre el suelo de tierra del granero, cada una tumbada con los brazos a los lados y los ojos cerrados.

Casi todas con los ojos cerrados.

Una de ellas no.

Una mujer joven, de unos treinta y pocos años, con el pelo trenzado y la ropa blanca como las demás, tenía los ojos abiertos. Mirando hacia el techo. Y mientras Ana avanzaba por el perímetro del círculo, anotando posiciones, fotografiando, registrando, sintió la sensación absurda y absoluta de que esa mujer la estaba mirando.

—Raúl —dijo Ana, en voz baja.

—Sí.

—La de las trenzas. Tiene los ojos abiertos.

Raúl se acercó y se puso en cuclillas a un metro del cuerpo.

—Tendrá los párpados parcialmente vencidos. Pasa con algunas posiciones de cabeza.

—No. Tiene las pupilas centradas. No están vueltas hacia atrás. Están enfocando.

Raúl no respondió. Sacó la linterna y la pasó delante de los ojos de la mujer. Las pupilas se contrajeron.

Ana y Raúl se miraron sin decir nada.

Raúl pasó la linterna otra vez. Más despacio. Las pupilas se contrajeron de nuevo. Después, sin que ningún músculo del rostro se moviera, sin que la pecho subiera ni bajara, sin que ninguna otra parte del cuerpo diera el menor signo de actividad, los labios de la mujer se separaron muy levemente.

Y, durante un solo segundo, oyó —o creyó oír— su nombre.

Después los labios volvieron a juntarse. Las pupilas se quedaron fijas y la mujer ya no se movió nunca más.

—¿Estás bien? —dijo Raúl, cuando la última prueba terminó.

—Sí —dijo Ana.

Y siguió trabajando.

Todas las víctimas estaban vestidas con ropa blanca. Todas con una expresión de satisfacción.

En el centro del círculo, sobre una tela de terciopelo rojo, el libro.

Grande. Encuadernado en algo que no era cuero, pero que se le parecía. Las páginas del centro manchadas de sangre. Abierto por un capítulo cuyo título era el único en castellano en todo el texto visible desde donde estaban.

Raúl se agachó. Leyó el título moviendo los labios, pero sin decirlo en voz alta.

Después se quedó muy quieto. Lo bastante quieto para que Ana levantara la cabeza desde el otro lado del círculo.

—¿Qué dice? —preguntó Ana.

Raúl tardó un momento en responder.

—Nada. Latín. Algo de un siervo.

Ana supo que mentía. Lo supo por el modo en que Raúl miró el suelo entre el libro y sus pies, por la fracción de segundo en que había desviado los ojos antes de hablar.

—Raúl. ¿Qué pone exactamente?

Raúl se incorporó.

—Te lo enseño después —dijo—. Vamos a fotografiar todo antes de que llegue el equipo forense.

Raúl no era supersticioso. Llevaban diez años trabajando juntos. Ana había visto a Raúl entrar en pisos donde la sangre cubría las paredes sin que la voz le temblara. Había visto a Raúl recoger huesos pequeños sin que se le alterara el pulso. Había visto a Raúl hacer chistes ásperos en escenarios que dejaban a los novatos vomitando en el rellano.

—¿Es que tienes miedo? —preguntó Ana, medio sonriendo—. No creerás en estas tonterías, ¿verdad?

Raúl no contestó.

Trabajaron durante seis horas en la finca.

El equipo forense llegó a las nueve. El juez de guardia, a las diez. La mujer de las trenzas estaba muerta, según el forense, desde antes de la medianoche del día anterior. Ana le pidió, en privado, que repitiera la prueba pupilar. El forense la repitió tres veces. Las pupilas no respondieron a la luz.

Para cuando el sol estaba alto en el cielo frío de marzo y el pueblo había empezado a despertar, Ana y Raúl habían fotografiado cada centímetro del granero. Hablaron con los tres únicos vecinos que habían visto algo en los últimos días, y habían encontrado en la habitación trasera de la finca el archivo que los Hijos del Redentor llevaban años construyendo.

Carpetas. Decenas de carpetas con nombres, fechas, correspondencia. Una lista de miembros que empezaba con veintidós personas y que en los últimos meses se había reducido a diecisiete. Los cinco que habían elegido no participar en lo que el archivo llamaba, con esa eufemística precisión de las sectas, el paso final.

Y debajo de todo aquello, en una caja de metal cerrada con un candado que Raúl abrió en dos minutos con una horquilla, los diarios del fundador.

Un hombre llamado Aurelio que había llegado al pueblo hacía doce años con un libro bajo el brazo y una certeza que, según sus propias palabras, venía de algo que le había sido revelado por alguien que no era de este mundo.

Ana leyó los diarios durante dos horas, sentada en el suelo de la habitación trasera con la espalda contra la pared y las rodillas recogidas. Raúl leyó por encima de su hombro, de pie, sin decir nada.

El libro era el centro de todo. Aurelio lo describía como una llave, como un mapa, como una puerta. Describía lo que había en él con una precisión mística.

Un nombre aparecía constantemente en las páginas, repetido con la devoción de los rezos.

Raúl fotografió las páginas en silencio sin comentarlas.

Ana cerró el diario. Lo miró.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Raúl.

—Estoy pensando que dieciséis personas murieron anoche creyendo que lo que hacían tenía sentido. Y que algo les convenció de que lo tenía. —cerró el diario—. Quiero saber qué.

La autopsia confirmó lo que la escena sugería: intoxicación voluntaria por una combinación de sustancias letales.

Lo que no confirmó, porque no había manera de confirmarlo en ningún informe, era lo que Ana había visto en las caras de las dieciséis personas del círculo. Esa expresión de satisfacción.

El caso fue clasificado como suicidio colectivo de carácter sectario. El informe oficial recogió los hechos, pero no recogió el libro, que había desaparecido del granero entre la llegada del equipo

forense y el levantamiento del cadáver, sin que nadie pudiera explicar cómo ni cuándo.

No recogió las fotografías que Raúl había hecho antes de que llegara nadie.

Esas las guardó en un disco duro externo que metió en el cajón de la mesita de noche y que nunca borró.

El caso Esperanza quedó cerrado en cuatro meses.

Ana y Raúl no volvieron a hablarlo directamente. Pero quedó entre ellos.

La noche después de cerrar el caso, Raúl la llamó.

No desde el trabajo. Desde su teléfono personal, a las once de la noche.

Ana cogió al primer tono.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ana tardó un momento en responder.

—No lo sé —dijo, que era la respuesta más honesta que había dado en semanas.

Raúl no dijo nada durante un rato. Al otro lado de la línea, Ana escuchó el sonido de fondo de su piso: una ventana abierta, el ruido lejano de la calle. La respiración de alguien que está esperando sin prisa.

—Lo del caso Esperanza —dijo, finalmente—. ¿Estás bien?

—He estado mejor —respondió Ana.

—Yo también.

Silencio.

—El libro—dijo Ana.

Raúl tardó en responder.

—Sí, lo sé… —asintió.

No añadió nada. Tampoco hacía falta. Los dos sabían a qué se referían y los dos sabían que no había nada útil que decir al respecto.

—Raúl.

—¿Qué?

—¿Por qué me has llamado?

Una pausa.

—No lo sé —dijo—. Necesitaba saber que estabas ahí.

Ana no respondió, pero no colgó.

Ana pensó en decirle que siempre lo llamaba. Que era la primera persona a quien llamaba cuando algo no cuadraba. Pensó en decirle que la razón por la que no había dormido bien en tres semanas también era esto. Esta llamada. Este hombre que llamaba a las once de la noche desde su teléfono personal para preguntarle si estaba bien, que guardaba bocadillos tibios en el asiento trasero sin que nadie se lo pidiera, que sabía cuándo no hablar y cuándo era exactamente el momento de hablar.

Raúl llevaba dos años siendo la persona más importante de su vida profesional. Lo de "profesional" era una palabra que Ana añadía siempre, deliberadamente, como quien pone una valla. Sabía lo que había al otro lado de esa valla. Jorge. Los niños. No pensaba averiguar cómo se llamaba lo que sentía: ponerle nombre ya habría sido cruzarla.

Pensó en decirle todo eso, pero dijo nada.

Raúl colgó.

Ana se quedó con el teléfono en la mano durante un momento, en la oscuridad de su dormitorio, con Jorge durmiendo al lado.

Fue al cajón de la mesita. Sacó el walkie-talkie. Lo encendió. Lo dejó sobre la mesita con el volumen bajo, orientado hacia la puerta.

Cerró los ojos.

No pensó en Gonzalo. No esa noche.

Pensó en el libro en el centro del círculo. En las dieciséis personas con ropa blanca.

16 RAÚL

Raúl Mendoza llevaba diez años trabajando con Ana y había aprendido a distinguir dos tipos de llamadas suyas.

Las del primer tipo eran las normales: consultas de procedimiento, coordinación de operativos, el tipo de conversación profesional que tenían dos personas que han pasado suficiente tiempo juntas como para no necesitar preámbulos. Esas llamadas tenían una forma específica: directas, con el tono plano de alguien que sabe lo que quiere y va a por ello.

Las del segundo tipo eran diferentes. Las reconocía por una fracción de segundo de silencio antes de que ella hablara. El silencio de alguien que está calibrando exactamente cuánto va a decir y cuánto no. Esas llamadas siempre significaban que algo estaba mal.

La llamada de hacía tres días había sido del segundo tipo.

Raúl había anotado el nombre —Los Olivos, Murcia— y había empezado a buscar esa misma tarde con la eficiencia de alguien que lleva una década sabiendo exactamente qué bases de datos consultar y en qué orden. Registro de la propiedad. Catastro. Licencias de actividad. Registro mercantil.

Nada.

Había llamado a un contacto en la delegación de Hacienda de Murcia. Había tirado del hilo de la supuesta inmobiliaria cuyo número de registro constaba en el contrato que Ana le había fotografiado y enviado. Había consultado los archivos de urbanismo de la Región de Murcia con una credencial de acceso que técnicamente ya no debería tener.

Nada. Nada. Nada.

No existían archivos incompletos o registros desactualizados, que era lo habitual con las urbanizaciones privadas de cierta antigüedad. El nada específico de algo que ha sido borrado. Que ha existido en los sistemas y ya no, con esa ausencia que deja una presencia previa: los campos en blanco que deberían tener contenido, las referencias cruzadas que apuntan a documentos que ya no están.

Alguien había limpiado el rastro de Los Olivos.

Eso requería recursos. Requería acceso. Y requería una razón suficientemente importante para justificar el trabajo.

Raúl se sirvió otro café, el cuarto de la tarde, y abrió una nueva pestaña.

Elisabeth Varla fue más fácil de encontrar.

Arqueóloga, especialización en yacimientos subterráneos ibéricos, adscrita a la Universidad Autónoma de Madrid hasta 1995. Dos años después, en 1997, una nota en el boletín de la Asociación Española de Arqueología informaba escuetamente de que la profesora Varla había interrumpido un trabajo de campo en la provincia de Murcia y no había vuelto a ponerse en contacto con la asociación.

Raúl buscó más atrás.

William Varla, esposo de Elisabeth, fallecido en 1993. Una hija, Samantha, desaparecida en 1997 durante el mismo periodo en que Elisabeth trabajaba en Murcia. Denuncia presentada por la tutora legal de la menor. Caso sin resolver.

Raúl se quedó mirando la pantalla durante un momento.

Murcia, 1997. Una arqueóloga que interrumpe un trabajo de campo sin explicación. Una niña de once años que desaparece en el mismo lugar y al mismo tiempo. Un residencial que no existe en ningún registro pero que está físicamente ahí, con familias dentro, con un contrato firmado.

Abrió el caso de la desaparición de Samantha Varla. Lo que encontró en las notas del investigador que llevó el caso a finales del 97 era escaso: la niña había desaparecido de la casa donde Elisabeth y ella se alojaban durante la excavación, en las afueras de un pueblo de la comarca. No había signos de violencia. No había testigos. La madre, Elisabeth, estaba en un estado que el investigador describía como severamente alterada y no colaborativa.

Una nota al margen, añadida a mano, decía: sujeto menciona reiteradamente un objeto de la excavación. No coherente.

Raúl fotografió esa nota con el teléfono.

Luego buscó el nombre del investigador del caso. Treinta años después tendría unos sesenta y tantos, si seguía vivo. Encontró una dirección en Cartagena.

Marcó el número.

El hombre se llamaba Antonio Ferrer y tardó cuatro tonos en contestar.

Raúl se presentó con su nombre y su número de placa. Explicó que estaba investigando un caso relacionado con una desaparición en Murcia en 1997, y esperó.

Al otro lado de la línea hubo un silencio que no era el silencio de alguien que piensa sino el de alguien que decide.

—¿La arqueóloga? —dijo finalmente Ferrer.

—Elisabeth Varla, sí.

—Llevo treinta años esperando que alguien llamara por eso —dijo el hombre—. Y al mismo tiempo esperando que nadie llamara nunca.

Pausa.

—¿Qué quiere saber?

—Todo lo que no está en el informe.

Ferrer tardó un momento más. Raúl escuchó el sonido de una silla arrastrándose.

—El objeto que mencionaba —empezó Ferrer— era un espejo. Lo describía como negro, sin reflejo. Decía que lo habían sacado de una cámara sellada bajo un monasterio en ruinas y que desde que entró en la casa todo se descontroló. —Una pausa—. La niña desapareció. La madre perdió la cabeza. Cuando llegamos al lugar donde se alojaban, el espejo no estaba. No había rastro de él.

—¿Lo buscaron?

—Lo buscamos. No encontramos nada. —Otra pausa, más larga—. Lo que sí encontramos fue al colega que le había ofrecido la excavación. El que la reclutó, un tal Joaquín. Fuimos a buscarlo para tomarle declaración.

—¿Y?

—La dirección que tenía Elisabeth no existía. El número de teléfono estaba desconectado. La universidad que supuestamente lo conocía no tenía ningún registro de nadie con ese nombre —Ferrer bajó la voz ligeramente—. Llevo treinta años en este trabajo. He investigado desapariciones, homicidios, todo tipo de casos. Ese fue el único que me quité de encima a propósito. No quería entenderlo, porque entenderlo me daba más miedo que dejarlo sin resolver.

—¿Por qué?

Raúl esperó.

—Porque la última vez que vi a Elisabeth Varla, antes de que la ingresaran, me dijo algo: no busquen a mi hija en ningún lugar que puedan encontrar. Ella está donde van los que Nemorak elige. Y los que Nemorak elige no se van jamás.

Silencio en la línea.

—¿Le dice algo ese nombre? —preguntó Raúl—. ¿Nemorak?

—No. No me dijo nada entonces. Me lo anoté porque en mi trabajo uno anota todo, aunque no lo entienda. ¿Ha aparecido?

—Todavía no. Estoy en ello —respondió Raúl.

Le dio las gracias y colgó.

Se quedó con el teléfono en la mano durante un momento.

Nemorak. El nombre le resultaba familiar. Lo había visto escrito en algún sitio. Estaba seguro. En algún momento, en algún documento de algún caso que había pasado por sus manos.

Esa noche Raúl no durmió.

En la mesa del comedor de su piso de Lavapiés había cuatro líneas de investigación. Las había abierto por separado. Eran las dos de la mañana, la tercera cerveza seguía sin abrir, el bolígrafo no tenía ya espacio en blanco, y las cuatro líneas se habían juntado en un punto. Raúl no lo llamó teoría: no creía en teorías hasta tener evidencia. Pero tampoco era casualidad. Las casualidades no se apilan así.

Primera línea: los registros borrados de Los Olivos. Alguien con acceso a múltiples sistemas administrativos había limpiado la existencia legal del residencial. Eso no era obra de una persona. Era una operación que requería coordinación, tiempo y conocimiento preciso de dónde buscar en cada sistema para saber qué borrar.

Segunda línea: Elisabeth Varla y la desaparición de Samantha en 1997. Una excavación en Murcia, un objeto recuperado, un colega llamado Joaquín que no existía en ningún registro. Treinta años después, Ana estaba en un residencial en Murcia que tampoco existía en ningún registro.

Tercera línea: las desapariciones de niños. Raúl había hecho lo que Ana le pidió: buscar casos sin resolver que, de una forma u otra, terminaran apuntando a la provincia de Murcia. Esperaba no encontrar nada. Encontró cinco.

Ninguno de los cinco había desaparecido en La Región. Esa era la razón por la que nadie los había relacionado nunca.

Adrián Varela, ocho años, desaparecido en 1962 en un pueblo del interior. Caso cerrado por falta de pistas. Sara Matthews, catorce años, desaparecida en Inglaterra en 1975. Eduardo y Sonia González, nueve y diecisiete años, desaparecidos en Marbella en 1980. Y Samantha Varla, vista por última vez en 1997.

Cuatro desapariciones, cuatro lugares distintos, cuatro décadas distintas. Sobre el papel, nada en común. Raúl había tardado tres noches en encontrar lo que sí lo tenía.

No era una persona. Era un nombre administrativo.

En el expediente de Adrián Varela, 1962, figuraba una entidad que se había hecho cargo de los gastos de búsqueda cuando la familia no pudo seguir pagándolos: la Fundación Hispania para el Patrimonio Eclesiástico. En el caso de Sara Matthews, 1975, esa misma fundación constaba como propietaria de la galería londinense donde la niña había sido vista por última vez. En el de los hermanos González, 1980, la fundación había financiado el costoso tratamiento que Eduardo estaba recibiendo. Y en el de Samantha Varla, 1997, la fundación era quien había contratado y pagado la excavación arqueológica que llevó a su madre, Elisabeth, a la provincia de Murcia.

La misma entidad. En cinco casos. A lo largo de treinta y cinco años. Nunca como sospechosa: siempre como pagadora, patrocinadora, propietaria, contacto administrativo. Siempre en el margen del expediente, nunca en el centro. El tipo de nombre que ningún investigador subraya porque las fundaciones culturales no secuestran niños.

Raúl había buscado la sede fiscal de la Fundación Hispania para el Patrimonio Eclesiástico. Llevaba inactiva desde hacía años, pero la última dirección registrada seguía constando en el registro mercantil. Una sola dirección. Una urbanización en la provincia de Murcia.

Los Olivos.

Cuarta línea: el caso Esperanza. Raúl y Ana habían estado en ese pueblo del norte de España cuando todo se derrumbó: los Hijos

del Redentor, el suicidio ritual. Lo que el informe oficial nunca recogió fue lo que Raúl y Ana habían encontrado en el centro del círculo de cuerpos: un libro antiguo con páginas cubiertas de sangre, abierto por un capítulo cuyo título era el único en castellano en todo el texto.

El título era: De la naturaleza de Nemorak.

Raúl había fotografiado esas páginas. Las tenía guardadas en un disco duro externo que había sobrevivido a tres cambios de ordenador y a una mudanza porque nunca había podido decidir si destruirlas era más sensato que conservarlas.

Sacó el disco duro.

Abrió las fotos.

Leyó durante dos horas.

A las cuatro de la mañana escribió un WhatsApp a Ana.

Lo redactó tres veces. La primera versión decía lo que había encontrado con todo el detalle. La segunda versión era más corta pero igual de alarmante. La tercera versión, la que envió, decía solo:

Necesito que salgas de ahí con los niños. Mañana a primera hora.

Esperó respuesta durante veinte minutos.

Nada.

Llamó, pero saltó el buzón de voz: apagado o fuera de cobertura.

Raúl miró las fotografías del libro en la pantalla de su ordenador. Miró las anotaciones en la mesa. Miró el mapa de Murcia que había impreso esa tarde y sobre el que había marcado, en la zona sur de la comarca, el punto aproximado donde debería estar Los Olivos según las coordenadas del GPS que Ana le había enviado.

El punto no correspondía a ninguna carretera. A ningún núcleo de población. Correspondía, según el mapa topográfico que había superpuesto, a una zona de monte bajo y colinas entre dos municipios cuya única infraestructura registrada era un camino rural sin nombre.

Raúl cerró el ordenador.

Fue al dormitorio. Sacó del armario la bolsa de viaje que tenía siempre lista y terminó de meter sus pertenencias: ropa, cargadores

y el bloc de notas con todas las anotaciones de los últimos tres días.

Dudó un momento.

Fue al cajón de la mesita de noche. Sacó la pistola de servicio. La verificó. La guardó en la bolsa.

Luego se sentó en el borde de la cama y escribió otro mensaje a Ana, más largo esta vez:

Te envío información valiosa de los cuatro casos de niños desaparecidos. He leído sobre Nemorak. Creo que sé lo que es ese residencial. Estoy de camino. Si no me contestas en dos horas activo el protocolo del caso Esperanza. Cuídate.

Lo envió.

Cogió la bolsa.

Salió de casa a las cuatro y veinte de la mañana.

Condujo cinco horas sin parar.

Con el mapa en el asiento del copiloto y el teléfono en el soporte del salpicadero intentando conectar con Ana cada media hora. Buzón de voz, buzón de voz, buzón de voz. A la tercera hora dejó de marcar y empezó a escuchar los mensajes de voz que tenía de ella archivados, porque era lo más cercano que podía tener a su voz en tiempo real.

Había guardado todos los mensajes de voz de Ana desde hacía seis años.

No era sentimentalismo. O quizás sí. Diez años de trabajo, de confianza, de conocerse en las situaciones que revelan a las personas de verdad. Pero también esa otra cosa que ninguno de los dos había transformado nunca en palabras, porque ponerla en palabras habría cambiado algo que funcionaba perfectamente como estaba.

Jorge lo sabía. Por eso lo evitaba.

Por eso Ana nunca le decía a Jorge que llamaba a Raúl.

Por eso Raúl estaba en una carretera de Murcia a las nueve de la mañana con una bolsa de viaje, una pistola y cinco horas de sueño en los últimos dos días.

Porque Ana había llamado.

Y porque él siempre contestaba.

Encontró el desvío a las diez y cuarto.

El camino de tierra entre los cipreses, exactamente donde el GPS marcaba el punto sin nombre. Las puertas de hierro forjado al fondo, cerradas. Raúl aparcó el coche en el arcén de la carretera comarcal, fuera de la línea de visión desde las puertas, y se quedó mirando durante un momento.

No había ruido.

Los cipreses estaban completamente inmóviles, aunque hacía viento. Eso no era imposible, era el tipo de cosa que puede explicarse con la orografía del terreno, con cómo las colinas desvían las corrientes de aire. Era el tipo de cosa que Raúl habría aceptado como explicación sin pensarlo dos veces si no llevara tres días leyendo sobre Nemorak y sobre Los Olivos.

Sacó el teléfono. Llamó a Ana una vez más.

Esta vez conectó.

Un solo tono. Dos.

—Raúl —dijo una voz—. Qué bien que hayas venido.

No era Ana. La cadencia era la suya, los patrones de entonación eran los suyos, pero había algo en el fondo que no era ella.

—¿Ana? —dijo Raúl, aunque ya sabía la respuesta.

—Estamos esperándote —respondió la voz—. Las puertas se van a abrir. Solo entra.

La llamada se cortó.

Raúl se quedó mirando el teléfono durante un momento.

Estuvo a punto de dar media vuelta, llamar a sus compañeros de la Policía Nacional y esperar refuerzos antes de entrar a ningún sitio.

Pero Ana y sus hijos seguían allí. Y él ya sabía lo que era Los Olivos.

Cogió la pistola de la bolsa. La verificó una segunda vez. La metió en el cinturón y salió del coche.

Avanzó por el camino de tierra hacia las puertas de hierro forjado, que efectivamente estaban abriéndose despacio, con ese gemido de las cosas que llevan mucho tiempo en la misma posición.

Lo último que escribió fue un mensaje a su compañero en la comisaría, con las coordenadas exactas del punto y tres palabras:

Caso Esperanza. Aquí.

Lo envió.

Cruzó las puertas.

Dentro, el residencial estaba en silencio. Las casas blancas, los jardines perfectos, los senderos de piedra caliza. Todo exactamente como Ana se lo había descrito. Todo exactamente como el lugar donde nada podía salir mal.

Raúl avanzó por el camino principal con la mano derecha cerca de la pistola.

Si salgo de aquí, voy a decirle a Ana lo que nunca le he dicho.

Mala señal. La gente solo piensa esas cosas cuando presiente que no va a volver.

Siguió caminando.

17 LA EXULTACIÓN

El mercadillo medieval que llenaba el claro parecía salido de otra época: antorchas en hileras, puestos de madera con toldos de tela oscura, asadores girando sobre brasas que impregnaban el aire de humo, grasa y especias. Música de violines, flautas y tambores latiendo entre las tiendas con un ritmo casi ritual.

Estaban todos vecinos. Treinta y dos familias. Todos sonrientes, todos con esa energía desinhibida y ligeramente fuera de lugar que Ana había visto en los Martínez y que ahora veía multiplicada por treinta. Saludaban, brindaban, bailaban.

Feliz Exultación.

Feliz Exultación.

Feliz Exultación, repetían sin cesar. Como una letanía.

Javier Martínez le puso un vaso de ponche en la mano. Ana lo sostuvo, pero no bebió. Lo reconoció enseguida. Esa mezcla de tierra y café que había olido en la iglesia, con algo más intenso de base que no era alcohol.

Jorge bebió el suyo en cuanto lo tuvo en la mano.

Ana lo vio hacerlo y apartó la mirada.

Se alejó del grupo en cuanto pudo.

Buscó un espacio retirado detrás de una de las tiendas y sacó el teléfono. Por segunda vez en horas, las barras de cobertura subieron lo suficiente y los mensajes llegaron de golpe. Además, un correo de Raúl con las imágenes de los recortes procesadas por el software de envejecimiento facial de la Policía Nacional, los niños desaparecidos proyectados a la edad que tendrían ahora.

Y debajo, un mensaje de texto enviado hacia seis horas:

Estoy de camino. Si no me contestas en dos horas activo el protocolo del caso Esperanza. Cuídate.

Se quedó mirando la pantalla.

Sonrió.

No había sonreído en días y no se había dado cuenta hasta ahora. Fue una sonrisa pequeña, casi involuntaria.

Raúl siempre llegaba.

Abrió las imágenes.

El primer resultado: el niño de ocho años desaparecido en Murcia en 1962. Proyectado a los setenta y dos años. Pómulos altos, cabello castaño claro, gafas finas sobre la nariz.

Don Santiago.

El segundo: la niña de catorce años desaparecida en Middleton en 1975. Proyectada a los sesenta y cinco años. Alta, delgada, ojos de colo verde.

Doña Inés.

El tercero: el adolescente de quince años desaparecido en Marbella en 1980. Proyectado a los sesenta y un años. Bajo, corpulento.

Don Manuel.

El cuarto: la adolescente de diecisiete años desaparecida en Marbella en 1980. Proyectada a los sesenta y tres años. Cabello plateado, arrugas profundas, expresión severa.

Doña Elvira.

Ana guardó el teléfono.

Estaba de pie sola detrás de una tienda del mercadillo mientras a diez metros de ella sus vecinos bailaban y brindaban, con lo que acababa de confirmar: los cuatro directores del Residencial Los Olivos eran los cuatro niños desaparecidos entre 1962 y 1980. Identidades presuntamente robadas. Una organización que llevaba décadas secuestrando familias.

Una secta. Bien organizada. Como el caso Esperanza.

Ana escribió: Ven directamente a la villa. No entres por la entrada principal.

Cerró el teléfono y se giró.

Las campanas de la iglesia empezaron a sonar.

El mercadillo se detuvo.

No de golpe. Primero la música. Luego las conversaciones. Por último, el silencio.

Treinta y dos familias se giraron hacia el escenario al fondo del claro con esa sincronía que tiene la gente que ha hecho ese mismo movimiento muchas veces antes.

En el escenario: el altar de madera cubierto con un mantel blanco. El libro. Y encima, donde en la ceremonia de la iglesia había habido una figura de ramas entrelazadas, un espejo. Grande, enmarcado en madera negra con tallados en espiral. Su superficie no reflejaba las antorchas. No devolvía nada.

Ana lo intuyó antes de poder verlo con claridad.

Era el espejo de obsidiana.

Y ya se movía. Desde el fondo hacia delante.

No era sugestión.

No era el cansancio ni el alcohol.

Era real.

Ese suelo firme que había tenido bajo los pies ya no estaba. La línea clara entre lo que podía explicarse y lo que no. Esa línea que durante doce años nunca había necesitado cuestionar.

Ana sintió que algo se rompía dentro de ella.

Había comenzado la transición. En la sala pequeña del edificio central el libro lo describía con precisión: Nemorak abandona parcialmente el espejo para manifestarse en el mundo físico. Eso era lo que estaba viendo. El inicio del proceso. La noche en que la llave tenía que funcionar o no volvería a tener otra oportunidad.

Ana metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. La llave de latón, fría entre sus dedos.

Don Santiago subió al escenario. El anciano —Joaquín— lo siguió y se sentó en el trono de ramas que habían trasladado desde la iglesia. Doña Inés ocupó su posición a la izquierda del altar. Doña Elvira y Don Manuel, a la derecha.

Los cuatro niños. Los cuatro adultos. Las cuatro piezas que Nemorak había necesitado para construir este lugar durante décadas.

—¡Bienvenidos! —proclamó Don Santiago, con esa voz que llenaba el espacio sin esfuerzo—. Esta noche, después de un año de preparación, de siembra y de cultivo, celebramos la Exultación. La cosecha.

La congregación respondió con un murmullo. Un resonar colectivo.

—Esta noche, los que están preparados dan el paso final —continuó Santiago—. Y los que llegaron hace poco... —Sus ojos encontraron los de Ana entre la multitud con precisión—. Los que llegaron hace poco entenderán por qué fueron elegidos.

Ana no apartó los ojos de los suyos.

Un murmullo de emoción recorrió la multitud, algunos comenzaron a llorar de alegría. Lágrimas sinceras.

Jorge estaba sentado al frente. Su rostro reflejaba gozo y emoción.

Ana lo miró, incapaz de entender cómo su marido podía estar tan entregado, tan cegado por todo aquello. Ella, en cambio, apenas podía contener su pánico.

—Javier, Marta... —Santiago llamó a los Martínez. Subieron al escenario con sus hijos, que todavía llevaban las marcas de ceniza en la frente—. Hoy, sois un ejemplo para todos nosotros. Habéis aceptado la voluntad de nuestra madre. Habéis hecho el sacrificio de alabanza que os exultará por siempre.

Ana sintió una señal de alarma. ¿Qué quería decir con "sacrificio"? Disimuladamente, se llevó la mano al revólver que llevaba escondido en el interior de su chaqueta. No estaba segura de intervenir. No sabía lo suficiente todavía. Y montar una escena que luego no pudiera controlar la frenaba.

—Solo a través del sufrimiento, —añadió Santiago, con un tono más grave—, podemos alcanzar la verdadera salvación.

Con una sonrisa, Santiago miró a los hijos de Javier y Marta y, con una señal, los invitó a adentrarse en el bosque. Los jóvenes corrieron hacia los árboles sin mirar atrás.

El anciano avanzó hacia el centro del escenario.

Alzó el espejo.

La congregación enmudeció. Luego, todos a la vez, se inclinarion. Como quien reconoce algo sagrado. Una reverencia lenta, unánime, que recorrió el claro de extremo a extremo como una ola.

El anciano bajó el espejo.

Echó a andar hacia el bosque, cargando con él, siguiendo a los niños hacia la oscuridad entre los árboles.

El aplauso fue ensordecedor.

Marta, por primera vez, pareció nerviosa. Sus manos se movían inquietas, aunque intentaba disimularlo. Pero era tarde. Los jóvenes ya se habían perdido entre los árboles.

Pasaron unos minutos de absoluto silencio. Y entonces, se escuchó el rugido.

Un rugido horripilante, profundo, inhumano. El sonido recorrió el bosque y la plaza, llenando el ambiente con una tensión sofocante. Era un sonido primario, gutural, cargado de una ferocidad que no pertenecía a este mundo. La piel de Ana se erizó.

Acto seguido, los gritos desgarradores de los jóvenes cortaron el aire. Eran gritos de agonía, de dolor puro. No duraron mucho, pero resonaron en los oídos de todos los presentes. Estaban cargados de una violencia insoportable.

Y luego, silencio.

La comunidad volvió a aplaudir. Con más fuerza, si cabe. Javier y Marta se abrazaron, llorando de emoción. Después se unieron al aplauso. Sus manos chocaban con un ritmo frenético. Los directores, uno a uno, se acercaban a ellos para felicitarlos. Como si aquellos gritos desgarradores fueran el final esperado, la culminación de un sacrificio que les había producido placer.

Ana no lograba comprender lo que estaba sucediendo. Su visión del mundo se desmoronaba. Hasta ese momento, creía que todo era obra de una secta de fanáticos, que orquestaban un macabro montaje.

Don Santiago tomó el micrófono una vez más, invitando al silencio con un gesto.

—Hermanos, hoy es un día de gozo y alegría, —anunció, con una emoción apenas contenida—. Porque hoy, un nuevo miembro se unirá al cónclave directivo. Alguien que nuestra madre ha elegido. Alguien que, por fin, está con nosotros.

Otro murmullo de emoción recorrió la multitud, aunque Santiago no dijo quién sería.

Entonces, Don Santiago continuó:

—Pero hay alguien que aún no disfruta de la Exultación. Alguien que no ha abierto los brazos a nuestra madre. Vamos a

ayudarle a encontrar su camino. Ayudarle a ver.

Un silencio mortal cayó sobre la plaza.

De pronto, todos giraron sus cabezas lentamente, dirigiendo sus miradas hacia Ana. Sus ojos eran negros como el azabache, carentes de humanidad. Jorge incluido.

Sonrieron al unísono. Una sonrisa siniestra y grotesca, idéntica la que ella misma había visto esa noche reflejada en su espejo.

Ana comprendió en ese instante que no estaba escondida. Nunca lo estuvo.

Su cuerpo reaccionó antes que su mente, echando a correr. No tenía un plan, solo la necesidad visceral de escapar.

Los gritos y risas deformes comenzaron a resonar tras ella. Era una cacofonía de voces que se entremezclaban en un coro monstruoso. Las campanas de la iglesia seguían sonando. Su tañido marcaba un ritmo retorcido mientras las pisadas de la multitud se acercaban.

Luego se giró y echó a andar hacia la salida del claro.

Hacia la villa Aurora.

Hacia sus hijos.

Rápido.

Corría entre las tiendas medievales, esquivando mesas y manteles. Sus pies golpeaban la tierra, levantando polvo bajo la luz de las antorchas. Su respiración era frenética y su mente solo pensaba en Marina, Lucas y Claudia, solos en la casa.

De repente, tropezó con una cuerda de una de las tiendas, cayendo de bruces contra el suelo. Su chaqueta se enganchó en una esquina y por un momento pensó que la atrapaban. Al mirar hacia atrás, un grupo de vecinos, encabezados por Javier, se acercaba. Sus ojos negros estaban fijos en ella. Se soltó a tiempo y volvió a correr.

A lo lejos, divisó el coche. Estaba cerca, pero el camino hasta él le pareció eterno. Todo se movía con lentitud, como en una pesadilla. Las sombras de los árboles la envolvían, estirándose hacia ella entre la oscuridad. A su vez, el sonido de las pisadas se acercaba, mezclándose con una risa que ya no sonaba humana.

—¡Ana! —gritó una voz a lo lejos. Reconoció a Marta, pero no era la misma mujer. Su tono era dulce, pero completamente hueco —. No huyas... Es por tu bien.

La vista de Ana se nubló por un momento, pero sacudió la cabeza. No podía dejar que la distrajeran. Su pecho ardía con cada inhalación, pero no se detuvo. No podía.

Giró una esquina, bordeando una de las tiendas. Casi chocó con Doña Elvira, quien la esperaba con los brazos abiertos, para abrazarla. La mujer sonreía. Esa misma sonrisa retorcida, con los dientes apenas visibles bajo unos labios tirantes.

—Ven, hija mía... —susurró Elvira, pero Ana no se detuvo. Pasó a su lado de un salto, sintiendo cómo los dedos de la mujer rozaban su chaqueta. El efímero contacto fue frío como el hielo.

Siguió corriendo, mientras veía cómo más figuras emergían de entre las sombras. La comunidad entera la perseguía. Una jauría dispuesta a devorarla. Parecía que los árboles del bosque se movían a su ritmo.

El coche estaba a unos metros. Podía oír su propia sangre retumbando en sus oídos, pero también los pasos de sus perseguidores cada vez más cerca. Llegó a la puerta, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó las llaves, temblando. Las introdujo en la cerradura, pero falló. No podía detenerse. No podía dejar que la atraparan.

Los gritos se intensificaron, y en ese preciso momento, un par de manos la agarraron por la chaqueta. Sintió cómo la fuerza la arrastraba hacia atrás, pero tiró con toda su alma, cayendo dentro del coche. Cerró la puerta de golpe justo cuando Javier golpeaba la ventana. Su rostro estaba desencajado y furioso.

Ana arrancó el motor y pisó el acelerador con una fuerza que casi hizo derrapar el coche. Mientras se alejaba, podía verlos en el retrovisor. Estaban de pie, mirándola en silencio.

Sus hijos. Solo pensaba en ellos.

Ana llegó hasta la esquina de la calle principal cuando lo vio.

No lo buscaba. Lo encontró. Raúl en medio de la calle del residencial, con la bolsa de viaje en el suelo y la mano derecha cerca del cinturón. Esa manera de estar de pie que tenía cuando evaluaba un espacio antes de moverse por él. Diez años trabajando juntos le habían enseñado a Ana ese gesto con la misma precisión con que le había enseñado sus otros gestos: la manera de doblar el informe antes de presentarlo, la manera de pedir el café, la manera de mirar a Ana cuando pensaba que ella no lo miraba a él.

Raúl estaba en medio de la calle principal del residencial, con las farolas encendidas a ambos lados proyectando sombras largas sobre la piedra caliza.

Y no estaba solo.

A su alrededor, formando un semicírculo que todavía no se había cerrado del todo, había seis o siete vecinos. No corrían. Avanzaban con lentitud, reduciendo el espacio disponible para escapar con cada paso.

Raúl los veía. Tenía la pistola en la mano.

Ana salió del coche y abrió la boca para llamarlo.

Y entonces la puerta de una de las villas se abrió detrás de Raúl.

Don Santiago salió.

No caminaba. Se desplazaba con fluidez, desafiando a la gravedad.

Raúl se giró.

Ana vio el brazo de Santiago elevarse. Se extendía más de lo que ningún brazo puede extenderse.

Raúl no tuvo tiempo de girarse del todo.

El sonido fue lo que llegó primero.

Seco. Húmedo. Definitivo.

Y luego el silencio.

Ana no gritó. No porque no quisiera, sino porque el aire no llegaba a sus pulmones.

Santiago se giró hacia ella.

Tenía en la mano la cabeza de Raúl.

La sostenía con su calma habitual, con la naturalidad de quien ha hecho aquello muchas veces. Los ojos de Raúl estaban abiertos.

—¡Bravo, Ana! —dijo Santiago, con la voz de los sermones—. Casi lo consigues.

Ana vomitó sin aviso, sin poder evitarlo, doblada sobre sí misma en medio de la calle.

Se quedó inmóvil en la esquina durante el tiempo que tardó su mente en procesar lo que sus ojos habían visto. Ese tiempo fue muy corto. Años de trabajo habían entrenado esa parte de ella para no detenerse ante lo que no tiene solución y seguir moviéndose hacia lo que todavía la tiene.

Pero ese tiempo existió.

Y en ese tiempo, Ana miró la cabeza de Raúl en el suelo de la calle del residencial. Pensó en todas las cosas que nunca le había dicho.

Volvió a vomitar.

Diez años.

Siempre cogía al primer tono.

El mensaje que le había enviado hacía quince minutos: "Ven directamente a la villa. No entres por la entrada principal". Un mensaje que Raúl había recibido tarde o que había elegido ignorar, porque cuando Ana necesitaba ayuda Raúl nunca esperaba que el terreno fuera seguro. Ese era su sistema desde siempre. Ese era exactamente el sistema que lo había matado esta noche.

Don Santiago la miraba desde el otro extremo de la calle.

—La villa Aurora —dijo, con la voz de predicador que llenaba el espacio sin esfuerzo—. Tus hijos te esperan.

Ana se giró y corrió hacia el coche.

Corrió como si le fuera la vida en ello.

18 EL VIAJERO

Joaquín Menéndez nació en 1931 en un pueblo del sur de España cuyo nombre no importa porque ya no existe.

El pueblo se vació durante la guerra y nunca volvió a llenarse. Las casas fueron quedando vacías una a una, los pozos se secaron, las calles se llenaron de polvo blanco que el viento traía desde la mina abandonada al norte. Para cuando Joaquín cumplió los diez años, en el pueblo quedaban apenas treinta familias, casi todas viejas, y un puñado de niños que habían crecido juntos como crece la mala hierba: sin agua, sin atención y sin nadie que les enseñara a no hacerse daño.

Joaquín nació con una malformación en el lado derecho de la frente: un hundimiento pequeño, del tamaño de una moneda, que hacía que la sombra cayera sobre ese lado de la cara de una manera ligeramente asimétrica. Su madre, que era una mujer práctica y cansada, le decía que era una marca de Dios. Su padre no decía nada porque su padre había muerto antes de que Joaquín pudiera recordarlo, atropellado por un camión militar que jamás se detuvo.

La marca no era dolorosa. No era visible desde lejos. Era exactamente el tipo de diferencia que resulta invisible para quien no la busca y que se convierte en lo primero que ven quienes han decidido buscar algo.

Los niños del pueblo habían decidido buscarlo.

Empezó cuando Joaquín tenía siete años. Antes de eso lo dejaban en paz porque era pequeño y porque su madre todavía iba a misa y la iglesia, en aquel pueblo, todavía tenía algo de peso. Pero al cumplir los siete su madre dejó de ir a misa —no por desafío, sino porque ya no le quedaban fuerzas— y los niños lo entendieron como una autorización.

El primero fue Damián, el hijo del herrero. Damián tenía diez años y un cuerpo que ya empezaba a parecer el de un hombre. Se acercó a Joaquín en la fuente, en pleno mediodía, le puso un dedo en el hundimiento de la frente y dijo, lo bastante alto como para que los demás lo oyeran:

—Aquí es donde el diablo le metió el pulgar.

Los otros niños se rieron. No fue una risa cruel todavía. Fue una risa que tanteaba si estaba permitido reírse. Damián vio que sí lo estaba y al día siguiente lo repitió. Y al siguiente. Hasta que ya no hizo falta que lo dijera nadie en voz alta, porque todos los niños del pueblo, al ver a Joaquín, le miraban primero la frente y después se reían entre dientes.

Joaquín aprendió, a los siete años, lo que la mayoría de la gente tarda toda una vida en aprender: que el cuerpo es lo único que se tiene de verdad y que el cuerpo, en cuanto alguien decide que tiene un defecto, deja de pertenecerte. Lo miran. Lo señalan. Lo nombran. Y aunque tú lo laves, lo cubras y lo escondas, el defecto vive en la cabeza de los demás y vuelve cada mañana, intacto, esperando.

La humillación pequeña duró tres años.

A los diez fue cuando empezaron a pegarle.

El primero, otra vez, fue Damián, que ya tenía trece años y la nuez de Adán marcada y un olor a sudor de hombre que le precedía. Lo arrinconó en el callejón detrás de la herrería y le dio un puñetazo en el estómago. No por nada. Por probar. Joaquín se dobló sin gritar —ya entonces había aprendido a no gritar, porque gritar empeoraba las cosas— y Damián, al ver que no gritaba, le dio otro. Y otro. Y luego le escupió en la frente, justo en el hundimiento.

Esa noche Joaquín no le contó nada a su madre. Su madre tenía un dolor en el costado que no se le iba desde hacía meses y trabajaba en el campo de los Olmedo de sol a sol y volvía a casa con las manos cuarteadas. A Joaquín le pareció que añadirle una preocupación más sería como echarle una losa encima. Se acostó. Se durmió pensando en su padre, al que no había conocido, y en cómo habría sido su vida si su padre no se hubiera muerto. Se imaginó a su padre apareciendo en el callejón al día siguiente y rompiéndole la nariz a Damián. Se durmió con esa imagen y por primera vez en su vida soñó con sangre.

Las palizas fueron a más durante los dos años siguientes. No todos los días. No siquiera todas las semanas. Lo bastante para que Joaquín nunca pudiera bajar la guardia, lo bastante poco para que

no terminara de acostumbrarse. Damián tenía paciencia. Damián entendía, sin saber que lo entendía, que el miedo dosificado dura más que el miedo constante.

Hubo otros que se sumaron. Un tal Luis, hijo del panadero, que tenía la mano izquierda más rápida que la derecha y le gustaba dar bofetadas. Una niña, Concha, que no le pegaba pero que un día le robó la merienda y, al día siguiente, se la devolvió con una piedra dentro del pan, riéndose mientras Joaquín se mordía la lengua y escupía sangre. La risa de Concha fue, de todas las cosas que le hicieron en aquellos años, la que Joaquín recordaría con más claridad. La risa de un niño que descubre, por primera vez, que puede hacer daño y que nadie va a pararle.

Su madre murió en el otoño de 1943. Joaquín tenía doce años. La causa oficial, según el médico itinerante que pasó por el pueblo dos veces al año, fue un cáncer de algo que no especificó. La causa real, Joaquín lo entendería años después, fue cansancio. Su madre llevaba diez años cansada de una manera que no se cura. Una mañana se acostó y ya no se levantó.

El día del entierro fue el día en que Joaquín comprendió que estaba completamente solo.

Fueron cuatro personas al cementerio. El cura, que tenía prisa porque le esperaba un bautizo en el pueblo siguiente. Dos vecinas viejas, que habían querido a su madre pero que tenían demasiado dolor propio como para encargarse del de un huérfano. Y Joaquín. Damián no fue al entierro, pero esa misma tarde, cuando Joaquín volvía a casa con un saco de pan que le había dado una de las vecinas viejas, lo estaba esperando en el camino.

—Ahora ya no tienes a nadie —dijo Damián.

Joaquín no respondió. Apretó el saco de pan contra el pecho. Sabía lo que venía.

Lo que vino fue distinto.

Damián no le pegó. Damián, con una calma que daba más miedo que cualquier puñetazo, le quitó el saco de pan, lo abrió, sacó una hogaza, le dio un mordisco y lo tiró al suelo. Después le hizo un gesto con la cabeza a otros dos chicos que Joaquín no había visto venir, dos chicos un par de años más jóvenes que se llamaban

Tomás y Eladio. Los dos chicos se acercaron, le sujetaron los brazos a Joaquín por detrás, lo doblaron hacia delante hasta dejarlo arrodillado en el camino, y se quedaron así, sosteniéndolo, esperando.

Damián los miró con una sonrisa pequeña.

—Hoy ha sido un día triste para Joaquín —dijo—. Vamos a hacer que se acuerde de él.

Tomás se rió. Eladio no. Eladio era el más joven de los tres, no había cumplido los trece, y por la manera en que apretaba los brazos de Joaquín, Joaquín entendió mucho después que aquel chico tenía miedo. Miedo de Damián. Miedo de lo que Damián iba a hacerles hacer.

Damián se acercó. Se agachó delante de Joaquín, le puso la mano abierta sobre la frente, justo encima del hundimiento, y empujó hacia atrás. La cabeza de Joaquín se inclinó hasta que sus ojos quedaron mirando el cielo.

—Sigue mirando al cielo, Joaquín. Si bajas la vista te parto la boca.

Joaquín obedeció.

Empezó a contar nubes. Era lo único que se le ocurrió hacer. Contó una, dos, tres. No había nubes. Era una tarde de cielo despejado. Contó estrellas, las primeras estrellas pequeñas que empezaban a aparecer. Una. Dos. La tercera no consiguió encontrarla.

Mientras contaba, abajo, lejos, en una parte de su cuerpo que dejó de pertenecerle del todo aquella tarde, oyó las risas. Oyó la voz de Damián diciendo cosas que él no quiso escuchar y que su memoria, generosa esa única vez, le borraría después. Oyó a Tomás reírse otra vez, esta vez más fuerte. Oyó a Eladio, en algún momento, decir muy bajito *Damián, ya está, déjalo*, y a Damián responderle con un golpe seco y la palabra *cállate*.

Joaquín siguió mirando al cielo.

Encontró la tercera estrella.

Cuando terminó —*aquello* terminó, lo que fuera que duró cinco minutos y treinta años a la vez— Damián le soltó la frente. Joaquín mantuvo la cabeza echada hacia atrás un rato más, porque

le habían dicho que la mantuviera así y porque ya no le quedaban más decisiones propias aquella tarde. Tomás y Eladio le soltaron los brazos. Cayó hacia delante sobre el camino, sobre los codos, sobre las rodillas, con los pantalones bajados. La tierra del camino estaba seca y le rascó la cara.

Damián le dio un beso en la frente, justo encima del hundimiento, y le dijo al oído:

—El diablo va a venir a buscarte esta noche, Joaquín. Y nadie va a venir a por ti, porque ya no le importas a nadie.

Después se fueron, los tres, riéndose. La risa de Damián fue la última cosa que Joaquín oyó antes de quedarse solo en el camino.

Esa noche no lloró. Eso fue lo más extraño. Se sentó en la cama de su madre, que olía a su madre todavía, y se quedó mirando la pared durante horas. Lo que sentía no era tristeza. La tristeza la había gastado en el entierro. Lo que sentía, por primera vez en su vida, era una cosa nueva, una cosa que crecía despacio en el centro del pecho, como un calor.

Era rabia.

Y al lado de la rabia había otra cosa que Joaquín no supo nombrar entonces y que solo nombraría décadas después: el deseo, no de defenderse, sino de devolver el daño multiplicado por mil.

De que Damián supiera, antes de morir, lo que era no tener a nadie.

Esa noche Joaquín no durmió. Se quedó despierto hasta el amanecer, con los puños cerrados sobre la falda de su madre. Repitió en silencio una palabra que se le había instalado en la cabeza como si alguien la hubiera plantado allí.

Espera.

Espera.

Espera.

El invierno de 1943 fue largo y húmedo y Joaquín lo pasó casi entero en silencio. Vivía solo en la casa de su madre. Las dos vecinas viejas le llevaban comida una vez por semana. Damián seguía buscándolo en los caminos, pero algo había cambiado en Joaquín durante aquella noche en la cama de su madre, y ese algo Damián lo notó sin saber qué era. Joaquín ya no agachaba la

cabeza. Joaquín lo miraba directamente cuando abusaba de él. Y a Damián, aunque no lo habría dicho en voz alta, eso le incomodaba.

La diferencia no estaba en el cuerpo de Joaquín, que seguía siendo flaco y pequeño para sus doce años. La diferencia estaba detrás de los ojos.

Abril de 1944. Joaquín volvía del campo por la tarde, tras haber estado recogiendo almendras para los Olmedo a cambio de unas monedas. El camino pasaba por encima de un barranco seco que en invierno se llenaba de agua y en verano era una zanja con piedras grandes en el fondo. Aquel día estaba en el medio: un poco de agua estancada, mucho fango, y las piedras del fondo asomando como dientes.

Damián lo estaba esperando en el puente del barranco. Solo. Sin Tomás, sin Eladio. Solo. Tenía dieciséis años y ya era prácticamente un hombre y a Joaquín, al verlo, le sorprendió darse cuenta de que ya no era mucho más alto que él. Damián había dejado de crecer y Joaquín, en aquel invierno solitario, había pegado el estirón.

—¿Qué llevas ahí? —dijo Damián, señalando el saquito de monedas que Joaquín se guardaba en el bolsillo del pantalón.

—Nada.

—Suéltalo.

Joaquín no lo soltó.

Damián se acercó. Joaquín no se movió. Esto, en sí, ya era nuevo. Damián se detuvo un instante, sorprendido, y luego sonrió de la manera en que sonreía siempre antes de hacer algo realmente desagradable.

—¿Te acuerdas de la última vez? —dijo—. ¿Te acuerdas de cómo te dejé en el camino?

Joaquín se acordaba.

Damián dio el último paso, y aquí es donde Joaquín, durante el resto de su vida, no fue capaz de explicarse a sí mismo lo que ocurrió.

Recordaba estar mirando a Damián a los ojos, con el estómago apretado en un nudo que ya no era de miedo y mientras lo miraba sintió que algo se le movía por dentro. Algo en el pecho, en el centro del pecho, justo donde aquella noche en la cama de su madre había crecido la rabia. Algo que se desplazó hacia delante, como un puño, como una respiración soltada de golpe, y salió disparado por los ojos.

No lo tocó.

No le puso ni un dedo encima.

Damián dio un pequeño respingo. Un empujón que no provenía de Joaquín. Un empujón que parecía venir desde dentro del propio Damián.

Damián abrió la boca. Iba a decir algo. Quizá una pregunta, quizá un insulto, eso Joaquín nunca lo sabría.

Entonces resbaló.

El borde del puente del barranco era de tierra suelta, llevaba siéndolo desde siempre, y todos los niños del pueblo sabían no acercarse demasiado al borde porque un mal paso te llevaba al fondo. Damián, que había caminado por aquel borde mil veces, aquella tarde dio un mal paso. Su pie derecho pisó donde no había suelo. Su cuerpo, ya inclinado hacia atrás por aquel respingo extraño, perdió el equilibrio.

Cayó.

Joaquín lo vio caer en silencio, sin gritar, con los brazos abiertos como un pájaro al que se le hubiera olvidado de pronto cómo se vuela. Tres metros. Tal vez cuatro. Lo justo para que la cabeza de Damián diera contra una de las piedras grandes del fondo del barranco con un ruido que Joaquín no olvidaría nunca.

Un ruido seco, hueco.

Joaquín se asomó al borde del barranco.

Damián estaba boca abajo, con el cuello en un ángulo imposible. La piedra debajo de su cabeza se estaba poniendo oscura. Una de sus piernas se movió un poco, un pequeño temblor, y luego se quedó quieta.

Joaquín se quedó allí, inclinado, durante mucho tiempo. El sol estaba bajando. El aire se enfriaba. En el campo, lejos, alguien

llamaba a las cabras.

Lo primero que pensó fue que había sido su culpa.

Y entonces vino la paz. A continuación, una sonrisa pequeña.

Y luego, junto con la sonrisa, vino la vergüenza. Una vergüenza brutal, ácida, que le hizo doblarse sobre sí mismo y vomitar al borde del barranco. Vomitó hasta que solo le quedó bilis. Vomitó porque había sonreído. Vomitó porque, durante aquel segundo, había sido feliz. Más feliz de lo que había sido en mucho tiempo.

Cuando se enderezó, con el sabor amargo en la boca, Damián seguía allí abajo y la piedra estaba más oscura.

Joaquín bajó al barranco. Lo bajó muy despacio, agarrándose a las raíces que sobresalían del terraplén. Cuando llegó al fondo se acercó al cuerpo de Damián. Le tocó el cuello. Estaba caliente, todavía, pero no había pulso. Le miró la cara. Damián tenía los ojos abiertos, fijos.

Joaquín le cerró los ojos con dos dedos. Como había visto hacer a las vecinas viejas con su madre.

Después se enderezó. Subió por el terraplén. Recogió su saquito de monedas, que se le había caído en algún momento sin que se diera cuenta, y se fue a casa.

No corrió. No se escondió. No miró atrás.

Esa noche, en la cama de su madre, no soñó con sangre.

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, durmió.

Encontraron el cuerpo de Damián a la mañana siguiente. El padre de Damián lo subió del barranco a hombros y lo trajo al pueblo gritando. El médico itinerante, que estaba de paso, certificó accidente: caída desde altura, fractura de cuello, sin signos de violencia previa.

Nadie sospechó de Joaquín. Joaquín tenía doce años y un cuerpo flaco y una marca en la frente. Joaquín era la víctima de Damián, no su asesino. La idea no se le ocurrió a nadie, ni siquiera al padre de Damián, que conocía perfectamente lo que su hijo le hacía a Joaquín y que en el fondo, aunque jamás lo habría dicho en voz alta, sentía un alivio amargo de haber dejado de ser el padre de un niño cruel.

Al entierro de Damián fue todo el pueblo. Joaquín también. Se quedó al fondo, con la cabeza agachada. Cuando bajaron el ataúd a la fosa, Joaquín levantó la vista un instante, miró el agujero, y volvió a sentir aquella paz lenta y gruesa que había sentido al borde del barranco. Esta vez no sonrió.

Pero la paz seguía presente.

Y Joaquín, a los doce años, en aquel cementerio polvoriento, comprendió dos cosas que cambiarían el resto de su vida.

La primera: que era posible hacer daño sin tocar.

La segunda: que el daño, ejecutado de la manera correcta, aliviaba.

Tomás y Eladio dejaron de molestarlo aquel verano. No porque Joaquín los amenazara. Simplemente, los miraba. Los miraba de una manera nueva, con los ojos sin parpadear. Ellos, sin saber por qué, se cambiaban de acera. Concha, la del pan con piedra, tuvo un accidente doméstico en el otoño de 1944: tropezó en su propia casa con una alfombra y se rompió un brazo. Joaquín no estuvo cerca. Joaquín estaba al otro lado del pueblo cuando ocurrió. Pero esa mañana, al levantarse, había pensado en Concha. Había pensado en su risa cuando le devolvió la merienda con la piedra dentro. Había sentido, durante un instante, aquel desplazamiento en el pecho, aquel puño hacia delante.

No lo había hecho a propósito. O eso creyó entonces.

Cuando se enteró del brazo roto de Concha, Joaquín se sintió, de nuevo, ligero. Y esta vez la vergüenza fue más pequeña. Y vomitó menos. Y se acordó de la palabra que se había repetido aquella noche en la cama de su madre.

Espera.

Pero ya no la dijo. Ya no hacía falta.

Los seis años siguientes Joaquín los pasó aprendiendo a controlar lo que hacía. Lo hizo solo, sin nadie que le enseñara, porque en aquel pueblo no había nadie que pudiera enseñarle nada. Probó pequeñas cosas. Probó pensar en alguien con la suficiente intensidad como para que esa persona tropezara, o se cortara con un cuchillo, o se le secara la leche a la vaca. No siempre funcionaba. La mayoría de las veces no pasaba nada y Joaquín se quedaba con

la sensación frustrante de haberse vaciado por dentro a cambio de nada. Pero a veces sí. Lo bastante a menudo como para que Joaquín supiera que aquello era real, y que era suyo, y que iba a más con la práctica.

También aprendió otra cosa: que aquello, fuera lo que fuera, se alimentaba de algo concreto. No de su rabia, que había sido el motor inicial. Sino de su miedo. Cuando Joaquín tenía miedo, lo que tenía dentro crecía. Cuando Joaquín tenía miedo y conseguía darle la vuelta, transformarlo en daño hacia fuera, lo que tenía dentro se hacía más fuerte y, al mismo tiempo, le devolvía aquella paz gruesa que le había acompañado desde el borde del barranco.

El miedo entraba. El daño salía. La paz quedaba.

Era una ecuación sencilla y, una vez Joaquín la entendió, no la abandonó nunca.

Lo que no entendió hasta mucho después es que aquella ecuación no era suya. Que no la había inventado él. Que alguien, o algo, llevaba siglos enseñándole esa misma ecuación a niños como él, en pueblos como aquel, en países distintos, en idiomas distintos, y que cada niño, al aprenderla, creía estar descubriéndola por primera vez.

Joaquín cumplió los dieciocho en 1949. Para entonces el pueblo tenía la mitad de habitantes que cuando él había nacido y la herrería de Damián llevaba años cerrada. Joaquín vivía solo en la casa de su madre, cultivaba un huerto pequeño, vendía hortalizas en los pueblos cercanos, leía libros que pedía prestados al cura del pueblo siguiente, que era un hombre culto y triste y que veía en Joaquín algo que le inquietaba sin saber qué era.

Para entonces Joaquín ya había hecho daño a otras seis personas. Ninguna había muerto, salvo Damián. Pero todas habían sufrido. Y a Joaquín, cada vez que sufrían, le venía aquella paz, cada vez más rápida y cada vez más necesaria. Estaba, sin saberlo, construyendo una dependencia.

Lo que también había construido, aunque no se daba cuenta, era una pregunta.

La pregunta era esta: ¿hasta dónde llega esto que tengo dentro?

Joaquín sospechaba que llegaba muy lejos. Pero estaba solo. No tenía a quien preguntar. Cada noche, antes de dormir, miraba al techo de la habitación de su madre y se decía a sí mismo que tenía que haber alguien, en alguna parte, que supiera más que él. Alguien que pudiera enseñarle lo que estaba al otro lado de aquella ecuación.

Y entonces, en el verano de 1950, llegó el viajero.

Era verano. El pueblo dormía la siesta y las calles estaban vacías excepto por la taberna, que a esa hora tenía siempre a dos o tres hombres mayores bebiendo en silencio. El viajero entró y se sentó en la mesa del fondo. Pidió agua. No vino ni aguardiente: agua. Algo inusual.

Llevaba un abrigo largo, a pesar del calor, y un sombrero de ala ancha que le cubría la mayor parte del rostro. Joaquín lo vio desde la barra donde estaba sentado y sintió algo que le generó inquietud.

Sintió que llevaba años esperando aquel momento sin saber que lo estaba esperando.

El viajero lo miró expectante.

—Buscas algo —dijo el viajero, cuando Joaquín se acercó sin saber exactamente por qué.

No era una pregunta.

—Todo el mundo busca algo —respondió Joaquín.

—No de la manera en que tú lo buscas.

El viajero se quedó un momento mirando a Joaquín. Después, en voz muy baja, casi sin mover los labios, dijo:

—Yo también empujé a alguien una vez sin tocarlo.

Joaquín no respondió. Pero algo dentro de él, algo que había sido suyo y solo suyo durante seis años, se encogió y se reconoció en aquella frase.

El viajero sacó de su bolsa un libro. Viejo, encuadernado en cuero que no era piel de vaca ni de ningún animal que Joaquín pudiera identificar. Las páginas, cuando el viajero lo abrió brevemente y lo volvió a cerrar, tenían ilustraciones que Joaquín no

alcanzó a ver del todo pero que le produjeron una sensación que no supo describir hasta años después, cuando ya no había manera de deshacer lo que habían desencadenado.

—Dentro de este libro hay una puerta —dijo el viajero—. No es una metáfora. Es una puerta real, hacia algo real. Una vez que la abres, no puedes cerrarla.

—¿Y qué hay al otro lado?

El viajero lo miró durante un momento.

—Lo que siempre has querido —dijo—. Y lo que nunca imaginaste que conllevaría.

Joaquín cogió el libro.

Lo cogió sin dudarlo. Sin preguntar el precio. Sin preguntar quién era el viajero ni de dónde venía ni por qué le estaba dando aquello a él. Lo cogió porque llevaba seis años haciéndose la pregunta de hasta dónde llegaba lo que tenía dentro y aquel libro, con solo posarlo en la palma de la mano, le estaba diciendo que la respuesta estaba dentro.

El viajero, antes de irse, se quitó el sombrero y se lo tendió.

—Para que recuerdes —dijo— que el verdadero poder nunca necesita mostrarse.

Joaquín se puso el sombrero. El viajero salió de la taberna. Para cuando Joaquín llegó a la puerta para ver adónde iba, la calle estaba vacía en ambas direcciones.

Nunca lo volvió a ver.

Pero pensó en él muchas veces en los años siguientes. Sobre todo, en la última cosa que había dicho antes de salir, algo que Joaquín no escuchó bien y que solo reconstruyó parcialmente con el tiempo.

El libro lo llevó hasta Murcia.

No de manera directa: fueron años de lectura, de búsqueda, de seguir rastros que otros habían dejado sin saber qué eran. El libro no explicaba. El libro insinuaba, señalaba otros textos que eventualmente llevaban, siempre, al mismo lugar.

Un monasterio del siglo XII en las colinas al sur de Murcia. Una cámara sellada bajo el claustro. Un espejo de obsidiana con inscripciones en espiral.

Joaquín tardó veinte años en llegar.

Cuando llegó, en 1955, el monasterio era una ruina que nadie visitaba y que no constaba en ningún mapa.

Encontró la losa. No pudo levantarla solo. Necesitaba a alguien con conocimiento técnico, con equipamiento, con credenciales que le permitieran excavar sin que nadie hiciera preguntas.

Necesitaba a alguien a quien poder convencer de que lo que iba a encontrar merecía la pena.

Esperó. Construyó la red de contactos. Plantó semillas en lugares donde las semillas tardan en germinar, pero cuando germinan lo hacen sin que nadie recuerde quién las plantó. Cuarenta años de preparación, porque Nemorak le había enseñado en sueños que la paciencia es la única moneda que nunca se devalúa.

Lo que Joaquín no había entendido todavía, en esos años de preparación, era la diferencia entre esperar a algo y ser usado por algo. Pensaba que era él quien esperaba. No se había dado cuenta de que era Nemorak el que esperaba, y que Joaquín era simplemente el instrumento más reciente de esa espera.

No lo entendió hasta mucho después.

Cuando ya era tarde para que importara.

En 1997 Elisabeth Varla llegó a Murcia.

Lo que Joaquín no había calculado, con esa lógica que había sido su herramienta durante décadas, era que Nemorak no hace pactos.

Nemorak no negocia. Nemorak no recompensa. Nemorak toma lo que necesita y deja lo que no le sirve.

Joaquín había esperado poder. Control. La validación de una vida entera que había sido la de alguien a quien el mundo miraba con desprecio.

Lo que recibió fue una función. El papel del viajero, repetido una y otra vez: aparecer ante el siguiente Joaquín, el siguiente desesperado con suficiente ambición y suficiente dolor como para coger el libro sin preguntar por el precio.

Había cumplido esa función docena de veces en los años siguientes a la liberación de Nemorak. Familias elegidas, sobres de

pergamino, contratos sin registro legal, residenciales que no existían en ningún mapa. Cada ciclo de la Exultación era una cosecha. Cada cosecha requería preparación. Cada preparación requería al viajero.

Eso era Joaquín ahora. El viajero. El que llegaba antes. El que plantaba la semilla y desaparecía antes de que nadie pudiera preguntarle adónde iba.

Y en sus noches más oscuras, bajo el peso del sombrero que ya no podía quitarse, Joaquín comprendía lo que nunca había querido ver:

Que él también había tenido un viajero.

Que alguien antes que él había cogido el mismo libro, hecho el mismo trato y terminado haciendo el mismo trabajo.

Que la cadena era más larga de lo que cualquier persona podía imaginar.

Y que Nemorak no la había creado para dar poder a nadie.

La había creado para alimentarse.

19 NEMORAK

El coche de Ana se detuvo frente a la villa Aurora con un chirrido.

Bajó antes de que el motor se apagara del todo y subió los escalones del porche de dos en dos.

Se detuvo en el umbral. Sostuvo la respiración.

El vestíbulo estaba en silencio. Las luces de la planta baja encendidas. La televisión apagada. El sofá con la manta caída a

medias, como la había dejado Marina al rendirse al sueño antes de que llegaran sus padres.

Nada fuera de lugar.

Excepto el silencio.

—¡Marina! ¡Lucas! ¡Claudia!

Pasos en la escalera. Rápidos, descalzos. Marina con el pijama y los ojos de alguien que lleva horas sin dormir.

—¡Mamá! — gritó Marina.

Ana sintió alivio y corrió a abrazarla.

—¿Dónde están tus hermanos?

—No lo sé, mama —respondió nerviosa—. Cuando me he despertado ya no estaban.

De pronto, el rostro de Marina palideció. Tenía los ojos desorbitados y el cuerpo tieso.

Ana se detuvo en seco.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó en voz baja, sin apartar la vista de su rostro petrificado.

Marina no contestó. Señalaba, con una mano temblorosa, hacia la ventana del salón.

Ana siguió su mirada.

Por un segundo no vio nada, pero entonces, lentamente, algo comenzó a moverse en las rendijas de las persianas. Primero fue un solo dedo, gris, delgado y retorcido, que se asomó despacio, casi con cautela. Luego otro. Y otro. Decenas de dedos, deformes y huesudos, comenzaron a aparecer entre las rendijas. Se retorcían como serpientes.

Ana contuvo la respiración.

Los dedos se movían de manera errática, algunos arañando el cristal, otros estirándose hacia adentro. Un enjambre de criaturas esperando la oportunidad para entrar.

Ana abrazó a su hija, sin apartar los ojos de la ventana.

El sonido macabro de los dedos golpeando la ventana, raspando el vidrio, llenaba la habitación. Las manos, aquellas manos inhumanas, seguían apareciendo, una tras otra. Se deslizaban por las rendijas, intentando abrirse paso.

Ana retrocedió lentamente, sin soltar a Marina. No podía gritar. Solo podían mirar.

Entonces, uno de los dedos comenzó a deslizarse por la persiana, más cerca de ellas.

—No. Esto no está pasando… —pensó Ana, tratando de controlar el miedo.

De golpe, los dedos se retiraron y desaparecieron con la misma rapidez con que habían aparecido.

Ana respiró.

—Ya está, mi vida, ya ha pasado —dijo Ana temblorosa y sin convicción.

—Mamá. —dijo Marina, susurrando entre lágrimas—. Está aquí. Papá está aquí.

Ana la miró.

—¿Dónde?

—Arriba. Lleva un rato... lleva un rato hablando raro.

—¿A qué te refieres, cariño?

Marina no respondió de inmediato. Buscó las palabras.

—Osea, es su voz… —dijo finalmente—. Pero a la vez no.

Ana ya lo sabía. Lo sabía desde el claro, desde el momento en que vio a Jorge entre la congregación aplaudiendo con los ojos completamente negros. Lo sabía desde antes incluso.

Sacó la pistola.

—Mamá —dijo Marina con una voz que Ana no le había oído desde que tenía cinco o seis años. La voz de cuando se despertaba de una pesadilla y necesitaba que alguien le dijera que no era verdad.

Marina miraba la pistola. No a su madre. Solo el arma.

—No pasa nada —dijo Ana—. Marina, mírame a los ojos. No al arma. A mí, cariño.

Marina levantó los ojos despacio. Le temblaba la barbilla, con ese temblor que solía preceder al llanto.

—Tú no te muevas de aquí. Todo va a salir bien —dijo, y le besó en la frente.

Subió las escaleras.

Antes de llegar al pasillo escuchó la voz.

Era la voz de Jorge. Exactamente su voz: la cadencia, las pausas, esa manera específica que tenía de dar énfasis a las últimas sílabas de las frases cuando quería que algo quedara claro. Doce años de matrimonio le habían enseñado a Ana cada variación en esa voz de la misma manera en que le habían enseñado cada variación en su manera de colgar la chaqueta o de evitar el contacto visual cuando mentía.

Conocía esa voz mejor que cualquier otra cosa del mundo.

Y sabía que lo que escuchaba no era Jorge.

Era algo que usaba su voz como se usa un instrumento. Algo que había aprendido sus patrones, su ritmo, su manera de pronunciar el nombre de Ana con esa ligera elevación en la segunda sílaba.

El walkie-talkie en su bolsillo empezó a emitir.

—Ana... —La voz de Jorge a través del aparato, suave, casi cariñosa—. Ana, querida, ¿dónde estás?

La voz se duplicaba: en directo desde el otro lado de la puerta del dormitorio y simultáneamente a través del walkie.

Ana se detuvo en el pasillo. La puerta de su dormitorio estaba entreabierta.

—Ana... quiero verte. —Una pausa calculada—. Y a Marina también.

Se escuchaban pasos al otro lado de la puerta. Lentos. Deliberados. La marcha exacta de Jorge cuando caminaba por la casa de noche sin querer despertar a nadie, ese ritmo que Ana había escuchado miles de veces.

La puerta se abrió de golpe.

Jorge apareció.

Llevaba la ropa de la Exultación, la camisa blanca impoluta y su traje de lino. Los mismos músculos, los mismos dientes, la misma sonrisa un poco torcida hacia la izquierda que había heredado de su padre. Todo correcto. Todo exactamente en su sitio.

Pero no era él.

Sus ojos eran negros. Completamente negros, como los de alguien que ya no está.

—Ana —dijo, con la voz exacta de Jorge—. Por favor, baja la pistola. Soy yo. Soy tu marido.

Dio un paso hacia ella.

—No te acerques —dijo Ana, colocando el dedo en el gatillo y con la voz firme.

Jorge dio otro paso, decidido.

—Esto tiene que pasar —respondió, con tono persuasivo—. Es nuestro destino. El tuyo, el mío, el de los niños. No tiene sentido resistirse a lo que ya ha empezado.

Ana sostuvo la pistola con las dos manos. Calculando la distancia. Calculando si podía permitirse el tiempo que tardaría en bajar las escaleras.

No podía. No mientras Jorge estuviera ahí.

Entonces cambió de tono. La voz de Jorge se convirtió en veneno puro.

—Marina tiene la culpa, ¿verdad? —dijo, con frialdad—. Gonzalo murió por su culpa. Lo sabes. Lo has sabido desde el principio. Si Marina no hubiera estado en el pasillo esa noche, si hubiera vuelto a la cama cuando se lo dijiste, tú habrías estado junto a la cuna. Habrías oído algo. Habrías llegado a tiempo.

Una pausa.

—O quizás no fue solo eso. ¿Te aseguraste de que volvió a su cuarto? ¿Acaso entraste al cuarto de Gonzalo para comprobar que Marina no seguía ahí, en la oscuridad, con el hermano que le había arrebatado la poca atención que le quedaba de sus padres?

De repente, un sollozo contenido. Marina. Que había subido las escaleras desobedeciendo. Que estaba en el pasillo detrás de Ana y que había oído cada palabra.

—Para de una vez —dijo Ana, con la voz completamente plana. La voz de subinspectora—. Para ahora mismo.

—¿Y tú, Ana? —continuó la cosa que usaba la voz de Jorge, pasando al siguiente objetivo con la eficiencia de algo que ha practicado esto muchas veces—. Siempre tan perfecta. Siempre tan segura de que eres la única que ve lo que nadie más ve. Mira dónde estás ahora. Mira lo que has construido. Mira lo que has protegido.

Un paso más.

—Por eso me fui con Sofía. Porque ella me miraba sin restregarme todos mis fracasos. Porque contigo ya no soy un hombre, soy un error al que tienes que sobrevivir. Ella al menos estaba sobria cuando la necesitaba. No escondía una petaca en el cajón de la cocina como una borracha que no tiene el valor de reconocerlo.

Ana sintió el impacto de esas palabras. No porque fueran verdad. Sino porque llevaban la forma exacta de las cosas que Jorge había pensado mil veces y que nunca había dicho en voz alta. Escucharlas en esa voz que era la suya, pero sin serlo, era una forma de tortura que ningún monstruo habría podido inventar.

Solo algo que había estado dentro de su cabeza durante años podía saber exactamente qué palabras usar.

Ana puso de nuevo el dedo en el gatillo.

Y entonces el disparo llegó desde detrás de ella.

Seco. El sonido de una escopeta en un espacio cerrado que se multiplica y rebota.

El pecho de Jorge se abrió hacia atrás.

No cayó de golpe. Primero las rodillas, luego el resto.

La sangre alcanzó la pared del fondo. El techo. El marco de la puerta. Gotas oscuras sobre la pintura blanca, sobre el suelo de madera, sobre los dedos de Ana que seguía con la pistola levantada sin haber disparado.

Ana se giró.

En el umbral de las escaleras, con la escopeta todavía humeando, estaba Meryl. El cabello sin recoger. El traje sastre raído. Los guantes blancos.

Pálida. Más pálida de lo que estaba cuando se cortó la mano en la cocina. Y, por primera vez desde que Ana la conocía, le temblaban las manos.

—Lo siento —dijo Meryl.

Bajó la escopeta. Se la quedó colgando por el cañón, junto al cuerpo.

Ana se cayó de rodillas junto al cuerpo de su marido.

Lo cogió. Lo sostuvo. Sus manos se posaron en la camisa blanca ahora manchada de rojo. Su cara se apoyó contra su pelo,

ese pelo que había tocado miles de veces en miles de circunstancias distintas.

—¡Lo has matado! —le gritó, aunque la voz apenas salió—. ¡Lo has matado!

—Eso ya no era tu marido —respondió Elisabeth, bajando la escopeta—. Hace días que dejó de serlo.

Ana no respondió. Tenía el cuerpo de Jorge entre los brazos y no tenía palabras para lo que sentía: rabia, duelo, alivio, horror y, debajo de todo eso, la certeza terrible de que Elisabeth tenía razón.

Recordó los ojos de Jorge. En ese brillo nuevo que ella había interpretado como resignación y que ahora entendía que era otra cosa: la pérdida gradual de sí mismo, pieza a pieza, entregada voluntariamente porque alguien le había ofrecido el alivio exacto que más necesitaba.

Nemorak no lo había tomado. Jorge se lo había regalado.

Eso era lo más difícil.

—Mamá... —susurró Marina desde el pasillo. Su voz estaba quebrada—. Papá...

Ana la apretó contra su cuerpo sin soltar a Jorge todavía. Y entonces, sin poder evitarlo, se rompió. Lloró con la cara hundida en el pecho de su hija y la otra mano agarrada a la camisa de Jorge. Lloró como no se había permitido llorar en todos aquellos días.

Se secó la cara con el dorso de la mano. Respiró hondo una vez. Recompuso la voz antes de necesitarla. Y se puso en pie.

Meryl se acercó al cuerpo de Jorge. Se agachó. Comprobó el pulso con dos dedos enguantados sobre el cuello. Mantuvo los dedos ahí cinco segundos. Luego le cerró los ojos.

—Ana —dijo Meryl, sin girarse—. Necesito que me escuches. Y necesito que me creas, porque no vamos a tener mucho tiempo antes de que vengan a por nosotras.

—Quítate los guantes —dijo Ana.

Meryl levantó la cara.

—¿Qué?

—Quítate los guantes. Quiero verte las manos.

Era una orden absurda, en aquella habitación, junto al cuerpo de su marido. Pero Ana lo había dicho con la voz de subinspectora.

Esa voz que reservaba para los interrogatorios en los que no había margen. Y Meryl, después de un instante de duda, lo entendió.

Se quitó el guante derecho. Lo dejó caer al suelo.

Después el izquierdo.

Y Ana lo vio: las manos tenían cicatrices blancas, redondas, del tamaño exacto de una moneda, en el centro de las palmas. Le vinieron a la cabeza unos vendajes. Una mujer de cuarenta y pocos años posando con las manos cruzadas por delante en la entrada de un yacimiento de la provincia de Murcia, con la sonrisa cansada de quien no tiene ganas de sonreír pero sabe que la foto forma parte del trabajo. Una fotografía de la BBC del año 1997 que Ana había mirado durante un buen rato delante del ordenador.

—Tú eres Elisabeth Varla —dijo, en voz baja.

Meryl asintió una sola vez.

—Llevo veintiocho años aquí —dijo—. He visto entrar a diecisiete familias antes que la tuya. He visto desaparecer a treinta y nueve niños. He intentado escapar cuatro veces. La cuarta, cuando vino Joaquín a buscarme, entendí que ya no era yo quien decidía si me iba. He estado esperando, todos estos años, una familia con alguien capaz de mirar y de no apartar la vista. La tuya es la primera. No vine la primera noche a hacerte daño. Vine a darte la llave. La que tienes en el bolsillo derecho.

Una pausa.

—Sé que te parezco un monstruo —dijo Elisabeth—. Y tenía que parecerlo. Si los directores hubieran sospechado un solo segundo que estaba ayudándote, habrían cerrado el ciclo antes de la Exultación y os habrían matado a los cuatro mientras dormíais. Mi única manera de protegeros era haciéndolos creer que yo era parte del peligro. Aunque cuando esa cosa se acerca demasiado, nadie es inofensivo.

—Necesito sentarme —dijo Ana.

—No tenemos tiempo —dijo Elisabeth, ya levantando la escopeta otra vez—. ¿Dónde están Lucas y Claudia?

—No lo sé. Tenemos que encontrarlos —respondió Ana, tratando de recomponerse.

Marina miró el umbral del dormitorio donde estaba el cuerpo de Jorge.

No dijo nada.

Ana le puso una mano en la cara. La miró directamente.

—Estoy aquí —dijo—. Escúchame. Estoy aquí.

Marina parpadeó. Una vez. Dos veces.

—Mamá —dijo en voz muy baja.

Ana la abrazó.

Luego se separó.

—Tenemos que salir por el sótano —dijo Elisabeth.

Bajaron corriendo y Elisabeth fue directamente a la pared del fondo. Apartó una de las mesas de trabajo. Detrás, en la piedra, una sección de pared que cedió cuando la empujó con fuerza.

—Por aquí —dijo.

Se adentraron en un corredor estrecho de piedra. Olía a humedad y a tierra. El suelo era irregular. Había fotografías clavadas en las paredes con chinchetas oxidadas, algunas caídas, algunas medio despegadas. Todas ellas registro de los años que Elisabeth había pasado allí recogiendo evidencias.

El anciano en distintas épocas, siempre con el sombrero, siempre con la misma cara. Los directores más jóvenes, irreconocibles por la edad, pero no por los ojos. Los vecinos del residencial: familias llegando, familias que no volvían a aparecer. Treinta y dos entradas en el libro de registro. Ninguna salida.

Y apartada del resto, en el rincón más alejado del pasadizo, una foto en blanco y negro que Elisabeth había clavado hace años y que nunca había podido quitar. Una mujer joven con una niña en brazos. Las dos mirando a cámara. La niña con esa sonrisa sin reservas. La mujer mirando a la niña, no al objetivo, como si en el momento en que se hizo la foto hubiera decidido que eso era lo único que merecía ser recordado.

Marina la vio. Se detuvo.

Elisabeth pasó delante de la foto sin detenerse. Sin mirarla. Con esa eficiencia dolorosa de quien ha aprendido a moverse por los espacios que duelen sin ralentizarse.

—Espera —dijo Ana.

Había una televisión vieja en una mesa de trabajo. Un televisor de tubo, gris, con pantalla curvada, conectado a un reproductor de vídeo VHS de los años noventa. Junto al reproductor, una caja de cartón con cintas. Veintitantas, calculó Ana. Cada una con una etiqueta blanca pegada en el lateral, escrita a mano con letra apretada y antigua.

—No tenemos tiempo —dijo Elisabeth.

—Un minuto —dijo Ana.

Cogió la primera cinta de la caja. La etiqueta decía:

ADRIÁN. 8 a. SESIÓN 1.

La segunda:

ADRIÁN. 8 a. SESIÓN 14.

La tercera:

SARA. 14 a. SESIÓN 3.

La cuarta:

EDUARDO. 9 a. SESIÓN 22.

Ana sintió un frío subiéndole desde la nuca. Había leído los nombres tres horas antes en su teléfono, debajo de las imágenes proyectadas por el software de envejecimiento de la Policía Nacional.

—Elisabeth —dijo Ana, sin girarse—. ¿Esto es lo que creo que es?

—Sí —dijo Elisabeth, en voz baja—. Lo grabó él. Joaquín. Las robé hace seis años y las he visto todas.

Ana cogió la sesión 1 de Adrián. La metió en el reproductor. Pulsó el play. La pantalla parpadeó, se llenó de la nieve azulada del VHS, y después se estabilizó.

Una habitación pequeña, sin ventanas, con paredes de piedra desnuda. Una mesa de madera. Una silla. En la silla, un niño de ocho años. Pelo rubio, peinado con raya a un lado, pantalón corto de los años sesenta, una camisa de cuadros. Las manos atadas a los reposabrazos con una cuerda de esparto fina pero apretada. Los pies, descalzos, atados a las patas. Lloraba sin hacer ruido. Tenía la cara enrojecida de haber llorado mucho antes y la boca abierta en ese gesto que ponen los niños cuando ya no les quedan lágrimas.

Detrás del niño, en una mesa más pequeña, el espejo de obsidiana. Apoyado contra la pared. Sin marco aún, o con un marco

distinto al que llevaría décadas después: más rudimentario, de madera oscura sin tallar.

Una voz fuera de cámara. Un hombre joven. Joaquín, treinta años más joven de lo que era ahora.

—Adrián —decía Joaquín, fuera de cámara—. ¿Quieres que pare?

El niño asentía con la cabeza, sollozando.

—Para que pare —decía Joaquín—, tienes que mirar al espejo. Solo un minuto. Y tienes que decir lo que ves.

—No quiero —decía Adrián, con la voz de un niño de ocho años—. Por favor, señor.

—Cuanto antes lo hagas, antes terminamos. Mira al espejo, Adrián.

El niño no miraba.

Joaquín, después de unos segundos de silencio, daba un paso hacia el niño desde detrás de la cámara. Su mano —pálida, joven, firme— aparecía en el plano, agarraba la cabeza de Adrián por el pelo y la giraba hacia el espejo. Adrián gritaba. Un grito agudo, infantil, sostenido durante tres o cuatro segundos, hasta que de repente se quedó callado.

Sus ojos, en el espejo, se quedaron quietos. Su cuerpo, sin embargo, comenzó a temblar de forma generalizada.

Y entonces —y eso fue lo que hizo a Ana retroceder un paso instintivamente del aparato— en la pantalla, durante unos segundos, los ojos del niño cambiaron de color. Pasaron de un azul claro a un negro completo. Una negrura absoluta, sin iris, sin pupila visible. Después, los ojos del niño volvieron al azul.

Adrián parpadeó.

—Muy bien —decía Joaquín fuera de cámara, con una voz suave, casi paterna—. Eso ha estado muy bien, Adrián. Cada vez te cuesta menos.

—¿Puedo irme con mamá? —preguntaba el niño.

—Mamá ha tenido que irse, Adrián. Ya hablamos de eso. Pero puedes ir a tu cuarto. Te he dejado un puzzle nuevo.

Ana sacó la cinta.

Cogió otra. La de Sara, sesión tres. La metió. La pantalla se llenó de la misma habitación de piedra. Esta vez había una niña de catorce años. Pelo rubio y rizado. Una falda de tablas. Los ojos hinchados de tanto llorar. Pero también los nudillos partidos, y un corte en la mejilla. Y, en el reverso de los antebrazos, marcas viejas de quemaduras circulares, redondas, ya cicatrizadas en distintos tonos: meses de sesiones acumuladas en su piel.

—Sara —decía Joaquín, fuera de cámara—. Esto va a ser la última sesión que haremos así. Te lo prometo. La próxima vez no te ataré.

Sara escupía hacia la cámara.

Joaquín se reía, suavemente, como un padre que celebra el carácter de su hija.

—Esa es mi niña —decía—. Por eso te ha elegido a ti, ¿sabes? Porque te resistes. Lo demás solo se rinden. Tú tardarás mucho. Y cuando finalmente cedas, lo que se quede contigo será mucho más grande que lo que cabe en ellos. Vas a ser muy importante en Los Olivos, Sara.

Sara cerró los ojos.

Y entonces, desde dentro del espejo, una mano fina —con dedos que tenían una articulación de más— se asomó por el borde superior del marco. Encontró el cuello de Sara y lo rodeó desde detrás, lentamente, sin apretar, como un padre que pone la mano en el hombro de su hija para acompañarla.

Sara abrió los ojos. Tenía la mano del espejo sobre el cuello. No gritaba, pero la cara se le transformaba: algo empujaba desde debajo de la piel intentando salir.

Joaquín, fuera de cámara, susurraba:

—Eso es. Déjale entrar.

Ana sacó esa cinta también.

Le temblaban las manos.

—Tenemos que irnos —dijo Elisabeth—. Se nos acaba el tiempo.

Ana sacó tres cintas, las que tenía más a mano: una de Adrián, una de Sara y la última sesión de Sonia. Las metió en el

bolsillo interior de la chaqueta, junto al walkie-talkie y a la llave de espiral.

Avanzaron. Elisabeth con la escopeta. Ana con la pistola. Marina con el diario de Elisabeth apretado contra el pecho, ese cuaderno que había empezado a leer hace días en el bosque sin saber todavía que era la historia de la mujer que caminaba delante de ellos.

En la bifurcación del corredor, Elisabeth se detuvo.

—Por ahí —dijo, señalando una puerta de madera al fondo—. Lleva al bosque. Lo construí siguiendo los túneles de drenaje que ya existían bajo el residencial. Los directores nunca supieron que llegaba hasta aquí. También funciona al revés.

—¡El *Néctar*! —dijo, Elisabeth mientras buscaba en sus bolsillos—. Quédatelo, por si acaso.

Ana no respondió de inmediato. Miró a los niños. Luego a Elisabeth. Evaluando cuánto tiempo había.

—No elimina el miedo —continuó—. Obliga a enfrentarlo. Completamente. Sin posibilidad de escapar. El que lo bebe deja de sentir el miedo porque deja de estar ahí para sentirlo.

—¿Es un veneno? —dijo Ana.

—Es un veneno con un propósito —respondió Elisabeth—. El miedo es lo que Nemorak usa para poseer a alguien. Si el miedo desaparece, no puede entrar. Pero la única manera de que desaparezca de verdad es...

No terminó la frase.

No hacía falta.

Sacó el frasco del bolsillo de su chaqueta. Pequeño, de vidrio opaco, con un líquido del color del ámbar casi negro y viscoso.

—Lo fabriqué hace años con arsénico —dijo—. Cuando entendí que no había otra salida. Pero nunca me he atrevido a usarlo.

Una pausa.

—Ya no falta nada —dijo, y se lo puso en la mano a Ana—. Si llega el momento en que Nemorak intenta tomarte, es la única cosa que no puede usar contra ti. Lo que ya no siente miedo no le sirve de alimento.

Ana miró el frasco. El líquido en el interior del vidrio. Pensó en lo que significaba sostener eso en la mano. En lo que significaría usarlo.

Lo guardó en el interior de la chaqueta, junto al walkie-talkie.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —preguntó Ana.

Elisabeth miró a Marina, que sostenía el diario con las dos manos.

—Ese diario —dijo—. Todo lo que está ahí dentro es verdad. Que alguien lo lea. Que alguien sepa lo que pasó aquí, lo que lleva pasando décadas. No solo por Samantha. Por todas las familias. Por todos los niños.

—Elisabeth —dijo Ana—. Ven con nosotros.

—No puedo —respondió ella. Su voz, por primera vez desde que Ana la conocía, no tenía filtros. Solo la voz de alguien que ha tomado una decisión y la sostiene—. Llevo veintiocho años aquí. Veintiocho años con el espejo cerca, con Nemorak. Hay un límite a lo que uno puede resistir. Lo traspasé hace tiempo.

Detrás de ellos, desde el fondo de la pared que no habían cerrado del todo, llegó el primer golpe. Luego otro. Una garra grisácea y deforme asomando por la rendija, los dedos doblados en ángulos que no correspondían a ninguna articulación.

—¡No los miréis! —gritó Elisabeth—. ¡El miedo los alimenta! ¡Corred!

Corrieron.

El pasadizo era estrecho. Las paredes les rozaban los hombros. El polvo se levantaba con cada paso y se les metía en la garganta. Elisabeth cerró la retaguardia. Marina iba por delante. El olor a moho y a años encerrados iba haciéndose más denso a medida que avanzaban.

Llegaron a la bifurcación.

Elisabeth se detuvo.

Ana se giró.

De pronto, Elisabeth puso su mano izquierda contra la pared del pasadizo para sostenerse. Sus articulaciones comenzaron a retorcerse de manera antinatural. Los nudillos se pusieron blancos y los tendones sobresalían bajo la piel. Sus ojos se oscurecían por

momentos, llenándose de esa negrura que Ana ya conocía porque lo había visto antes, en Jorge, en los vecinos del claro.

Pero diferente.

Elisabeth lo sabía. Llevaba años sabiendo que llegaría este momento. Y lo que Ana veía en su cara no era terror sino algo más parecido a la rendición de alguien que ha estado luchando durante veintiocho años y que en el momento en que finalmente suelta esa carga, siente que puede respirar por primera vez.

—Mi alma ya está perdida —dijo Elisabeth, con un tono de voz diferente, casi gutural—. Hace mucho tiempo que lo está. Solo quedaba decidir cuándo y cómo.

Miró a Marina con lo que quedaba de sus ojos antes de que se oscurecieran del todo.

Marina apretó el cuaderno contra el pecho.

—Cuida a tu madre —le dijo.

Marina asintió sin hablar.

Luego Elisabeth miró a Ana. Y en esa mirada, en lo que quedaba de ella, Ana vio algo que reconoció porque era exactamente lo que había sentido ella misma en los peores momentos: el amor incondicional de una madre que no puede proteger a su hija.

—Voy a reunirme con mi pequeña Sam —dijo Elisabeth luchando consigo misma.

Y colocó el cañón de la escopeta bajo su barbilla.

—¡Elisabeth! —gritó Ana.

El disparo llenó el pasadizo.

El sonido rebotó en las paredes de piedra y se multiplicó. La sangre salpicó las paredes. El cuerpo de Elisabeth cayó de golpe.

Marina gritó y enterró la cara en el pecho de Ana.

Ana miró el cuerpo de Elisabeth Varla en el suelo del pasadizo que ella misma había construido, en la casa que había sido suya antes de que todo empezara, rodeada de las fotografías de veintiocho años de esperas y registros.

—¡Corre! —dijo—. ¡No mires atrás!

Salieron corriendo hacia la puerta de madera al fondo del pasadizo. El cerrojo cedió de un golpe y el aire del bosque les golpeó

en la cara al salir.

No miraron atrás.

Pero Ana escuchó, mientras corría, el sonido de las garras en el pasadizo avanzando sobre la piedra. Y supo que Elisabeth le había dado el tiempo exacto que necesitaban.

Ni un segundo más. Ni un segundo menos.

Corrieron entre los árboles a oscuras. Iban con los brazos por delante, tropezando con raíces que no veían, golpeándose con ramas que aparecían de la nada. El sonido de sus propios pasos y respiraciones se amplificaba por el silencio absorbente del bosque.

Poco después, desembocaron cerca del claro donde había comenzado todo. Para Ana, la escena resultaba dolorosamente familiar: el escenario, las sillas volcadas en el suelo como cadáveres olvidados. Las luces que antes iluminaban la fiesta ahora estaban apagadas, meciendose suavemente con la brisa de la noche.

Por un instante, Ana titubeó. La idea de buscar la salida del residencial la tambaleó con una fuerza brutal. Tal vez podrían llegar a la puerta principal. Quizás alguien, en algún lugar, podría ayudarles. Buscó desesperadamente en su chaqueta, sacando el móvil. La pantalla iluminó su rostro por un segundo, pero no había señal. Ni una barra. Nada.

—Mamá, por favor... —Marina susurró, con la voz rota, mientras tiraba suavemente de su mano. Estaba aterrada y apenas podía contener las lágrimas.

Ana apretó los dientes. El miedo a equivocarse la estaba desgarrando por dentro. Sus hijos, su vida, todo lo que quedaba de ella estaba en ese bosque oscuro. El tiempo corría en su contra, pero no sabía si tenía fuerzas para enfrentarse a lo que se escondía entre los árboles.

—¿Qué hacemos? ¿Y si no están ahí? —preguntó Marina con desesperación.

Ana tragó saliva. No podían permitirse dudar. Miró el horizonte, los límites del residencial, la entrada al bosque frente a ellas. Un crujido a lo lejos les recordó que no estaban solas. El

viento traía consigo un aullido lejano, pero no era de ningún animal. Un ruido gutural, profundo, que parecía salir del propio corazón del bosque.

Sus hijos estaban allí. Esa cosa los tenía. No había elección.

—Tenemos que seguir. —dijo Ana.

No supo si hablaba para sí misma o para Marina. Pero en ese instante, el miedo de perder a sus hijos fue más fuerte que cualquier otra cosa.

Al pasar junto a las antorchas volcadas y apagadas, Ana se detuvo en seco, mirando alrededor.

El bosque que rodeaba Los Olivos se alzaba ante ella. Se agachó rápidamente, tomando una de las antorchas que aún conservaba una débil llama.

—Ven, vamos —murmuró, tratando de parecer más tranquila de lo que realmente estaba.

Cuando se adentraron en el bosque, el aullido aumentó su intensidad.

Las llamas de la antorcha iluminaban apenas unos metros frente a ellas. Las sombras parecían bailar alrededor, torcidas y deformadas. Cada paso resonaba en el silencio asfixiante del bosque.

El olor de la noche había cambiado. Lo que antes era romero y tierra reseca era ahora más espeso, más animal: ese aroma a estiércol rancio que Ana olió el primer día desde el coche y al que había aprendido a no prestar atención. Solo que esta noche estaba más cerca. Mucho más cerca.

—Mamá, allí... —susurró Marina de repente, deteniéndose.

Ana alzó la antorcha, iluminando un pequeño objeto que sobresalía del barro. Era el gorro de lana azul de Lucas.

El corazón de Ana se detuvo por un segundo.

—¡Lucas ha estado aquí! —dijo Ana, sintiendo una ráfaga de esperanza.

Su hijo estaba en el bosque.

Con el gorro en la mano, ambas avanzaron más profundamente entre los árboles, pero el alivio fue rápidamente desplazado por el miedo. El bosque parecía hacerse más opresivo a

cada paso. Oían crujidos, susurros y, de vez en cuando, el aullido lejano que les helaba la sangre.

Marina apretó la mano de su madre con más fuerza.

—Conozco este lugar, mamá —dijo en voz baja—. Es donde empecé a leer el diario de Elisabeth.

Entonces, de la nada, una voz femenina comenzó a cantar. Era un sonido suave y aterrador que se colaba entre los árboles. Parecía venir de todas direcciones a la vez.

Ana lo reconoció al instante. Era la misma melodía que Meryl canturreaba aquella noche en su cocina, la misma que Doña Inés tarareó en la iglesia.

El canto se entremezclaba con una risa macabra, inhumana.

—Corre, Marina. —susurró Ana.

Ambas echaron a correr. Los ruidos a su alrededor aumentaban, persiguiéndolas. Algo invisible se acercaba cada vez más. El bosque parecía retorcerse y cobrar vida a su alrededor. La voz seguía, alternando entre la melodía y la risa, cada vez más fuerte.

Ana, con la antorcha levantada, apenas podía respirar, pero no podían parar. Sabía que algo las guiaba. Era una fuerza oscura que las empujaba hacia el corazón del bosque.

Finalmente, llegaron a otro claro más amplio.

Ana se detuvo.

Lo que vio la dejó momento petrificada.

Los vecinos del residencial formaban un círculo perfecto en el perímetro. Treinta y dos familias. Todos de rodillas. Todos con la cabeza inclinada hacia donde estaba el espejo, con esa devoción que ya no era la de personas que han elegido algo sino la de instrumentos que cumplen su función.

Los directores en medio. Don Santiago, Doña Inés, Don Manuel, Doña Elvira. Cuatro personas que eran en realidad cuatro niños desaparecidos que habían pasado décadas siendo otra cosa.

Y Claudia.

Su hija mayor, de pie, junto a un majestuoso árbol de ramas torcidas en el centro del claro. Con los brazos a los lados, los ojos

fijos en ningún sitio y el aspa de ceniza en la frente más oscura que antes.

Y Lucas.

Lucas en el suelo frente al árbol, sentado con las piernas cruzadas y los ojos clavados en el tronco, con el dinosaurio apretado en el puño y los nudillos blancos.

Ana apretó la mano de Marina.

—Quédate aquí —susurró—. No entres en el claro hasta que yo te diga.

—Mamá...

—Marina.

Marina asintió.

Ana entró en el claro.

Don Santiago la vio en cuanto cruzó el umbral de los árboles.

No había sorpresa en su cara. Solo la satisfacción de quien ve cumplirse algo que llevaba mucho tiempo preparado.

—Ana —dijo—. Llegas justo a tiempo.

Ana no respondió. Avanzó hacia el centro del claro, hacia Lucas, con la pistola levantada y los ojos moviéndose entre Santiago, los directores y la congregación arrodillada.

—¡Lucas! —le llamó.

El niño levantó la cabeza despacio. La miró. Sus ojos eran todavía los suyos, completamente los suyos.

—Mamá —susurró—. Samanta dice que no puedo irme. Dice que si me voy te pasará algo malo.

—Samanta no está aquí, cariño. Ven hacia mí.

Santiago dio un paso hacia ella.

Ana apuntó directamente a su frente y Santiago se detuvo. Un instante en que Nemorak, a través de Santiago, evaluaba el coste.

—Tus hijos han sido elegidos —dijo Santiago, con esa voz de predicador—. No puedes cambiar eso. El proceso empezó mucho antes de que llegarais aquí.

—Nosotros no elegimos nada —dijo Ana—. Todo esto es una maldita locura.

—Todos eligen —respondió Santiago—. Algunos simplemente no saben que están eligiendo.

Lucas se puso en pie.

Dio un paso hacia Ana. Luego otro.

Y el árbol crujió.

Un crujido que no era por la madera, sino por algo más orgánico, más profundo. Como si algo que llevaba mucho tiempo contenido en el interior del tronco hubiera encontrado por fin una grieta por la que salir. Las ramas se movieron sin viento. La tierra alrededor de las raíces se levantó ligeramente.

Ana disparó la pistola al suelo entre Santiago y ella. El impacto levantó tierra y astillas. La congregación no se movió. Santiago retrocedió un paso.

Fue suficiente.

Ana cogió a Lucas de la mano. Fue hacia Claudia. Le puso las manos en los hombros y la sacudió con fuerza.

—Claudia. Mírame. Ahora.

Claudia no respondió. Sus ojos seguían fijos en el tronco.

—Claudia —más fuerte—. Soy tu madre. Mírame.

Claudia parpadeó con ese destello, ese atisbo de ella misma a pesar de todo lo que Nemorak le había dicho noche a noche en el rincón de su habitación.

Sus ojos encontraron los de Ana.

—Mamá —dijo en voz muy baja.

—Corre —dijo Ana—. Ve con Marina. Ahora.

Claudia corrió.

Ana la vio llegar hasta el borde del claro, hasta Marina que la recibió y la sostuvo. Los tres niños juntos. Claudia, Marina, Lucas.

Ana los miró durante un segundo.

Luego se giró hacia el altar.

Los envió al camino principal mientras ella volvía al claro.

—Seguid el camino hacia la puerta de hierro —les dijo—. Salid y no os detengáis.

—No puedes ir sola —dijo Marina.

—Tengo que usar la llave. Es la única manera de que no puedan seguirnos.

—Mamá... —susurró Lucas entre lágrimas.

Ana se agachó frente a su hijo y lo miró a los ojos.

—¿Tienes el dinosaurio?

Lucas lo sacó de debajo del brazo y se lo enseñó.

—No lo sueltes. Pase lo que pase, no lo sueltes. Yo voy a volver a por ti. —Le sostuvo la cara con las dos manos un segundo —. Voy a volver a por ti, Lucas. ¿Me oyes?

Lucas la abrazó. Sus brazos rodearon su cuello. Ana lo sostuvo un momento más del que tenía. Luego lo soltó.

Y volvió al claro.

Sola.

Con la llave de latón en la mano.

El claro sin los niños era diferente.

La congregación seguía de rodillas. Los directores en el altar. Don Santiago ahora la miraba sin sonreir.

Y el espejo.

Su superficie era pulsátil. Lo que había en ella estaba en tránsito, entre el espejo y el mundo, empujando desde dentro con fuerza.

Ana avanzó hacia el altar.

Santiago se interpuso.

—La llave —dijo, mirando su mano—. Elisabeth te la dejó la primera noche. Hemos estado esperando a ver qué hacías con ella.

—¿La dejasteis entrar en mi casa? —preguntó Ana.

—Nos convenía que creyeras que alguien te ayudaba —respondió Santiago—. El miedo, solo, es comida barata. Pero una brizna de esperanza en mitad del horror… eso es lo más sabroso que puede probar Nemorak.

Ana lo miró.

—Entonces no sabéis lo que hace la llave.

Una pausa brevísima. El primer momento de incertidumbre en la cara de Santiago desde que Ana lo conocía.

—La llave abre el mecanismo del marco —continuó Ana—. Pero la inscripción del marco está invertida. Invertida significa que

no contiene, sino que llama. La llave no activa el cierre. Revierte la inscripción primero. Y una inscripción revertida, durante la transición, cuando Nemorak está entre el espejo y el mundo, convierte la llamada en contención.

Santiago la miraba con esa atención.

—Sabes más de lo que deberías —dijo, riéndose por lo bajo.

—A Elisabeth le costó veintiocho años —respondió Ana—. Y acaba de morir para que yo pueda llegar hasta aquí.

Santiago dio un paso hacia ella.

Ana llegó al altar antes de que él cerrara la distancia. Alcanzó la ranura en el ángulo inferior izquierdo del marco, donde los tallados en espiral comenzaban.

La llave entró.

Giró.

El sonido que produjo no era mecánico. Era el de algo que llevaba décadas inmóvil y que, al ceder, liberaba toda la tensión que se había acumulado.

La espiral de tallados en el marco comenzó a cambiar de dirección. Visible, lenta, milímetro a milímetro, girando en sentido inverso.

La forma en el espejo se detuvo.

Y luego comenzó a retroceder.

No se retiró sin resistir.

Lo que salió del espejo en los segundos siguientes era el pánico concentrado de una entidad que no puede gestionarlo. Una expansión brusca de forma y oscuridad que apagó todas las antorchas del claro al mismo tiempo y heló el aire.

Y entonces Nemorak salió.

No completamente, al menos. La llave lo retraía, el espejo lo llamaba de vuelta, y en ese tira y afloja entre lo que quería y lo que el marco le permitía, lo que emergió fue una manifestación incompleta, parcial, que por eso mismo resultaba más aterradora que si hubiera salido entero.

Más de dos metros de altura. Una figura que no tenía la solidez de las cosas reales sino la consistencia inestable de algo que

pertenece a otro orden de existencia y que en este mundo solo puede mantenerse a base de voluntad y de miedo ajeno.

Su piel, casi translúcida, dejaba ver lo que había debajo: no músculos ni huesos sino venas negras que latían como raíces enfermas, pulsando al ritmo de algo que no era un corazón pero que cumplía esa función. Cada pulsación enviaba por esas venas algo negruzco, algo que no era sangre sino lo que la sangre sería si estuviera hecha de miedo en lugar de hierro.

Sus extremidades eran excesivamente largas. Sus dedos huesudos terminaban en garras negras que crecían y se retraían con voluntad propia. Cada dedo con demasiadas articulaciones: se doblaban hacia atrás, hacia los lados, en ángulos que ninguna anatomía conocida permitía.

Su cabello, si podía llamarse así, era una mezcla de sombras y humo que flotaba alrededor de su cuerpo con lentitud. Se disolvía y se reformaba continuamente, sin decidir qué forma mantener.

Y donde debería haber habido un rostro: el vórtice.

Carne giratoria, en constante cambio, girando sobre sí misma con una velocidad que variaba, que se aceleraba y ralentizaba siguiendo un ritmo que no era el de ningún proceso natural. Mostrando y ocultando.

Manos.

Docenas de manos emergiendo de ese vórtice y siendo reabsorbidas. Manos de distintos tamaños: manos de adultos, manos de adolescentes, manos de niños pequeños. Las manos de todo lo que Nemorak había absorbido durante décadas. Retorciéndose en agonía durante el instante que duraba su aparición, intentando aferrarse a algo, intentando salir, antes de ser tragadas de vuelta.

El susurro que lo acompañaba era una frecuencia que resonaba en el lugar donde se almacena el miedo más antiguo. El miedo de la oscuridad total.

Los vecinos del residencial cayeron al suelo todos al mismo tiempo. Como marionetas a las que cortan los hilos simultáneamente.

Los directores también.

Don Santiago primero, con el gesto de quien escucha algo que no esperaba escuchar. Doña Inés, con los ojos muy abiertos. Don Manuel y Doña Elvira juntos, casi al mismo tiempo.

Y en el momento en que cayeron, en esa fracción de segundo entre lo que eran y lo que quedó, Ana los vio.

Sus caras de niños.

Adrián, ocho años. Sara, catorce. Sonia, diecisiete. Eduardo, nueve. Cuatro niños con sus propios nombres y todo lo que habían sido antes de que Los Olivos se lo arrebatara.

Cuatro vidas enteras reducidas a esto: instrumentos de algo que llevaba décadas usándolos y que ahora, en el instante en que ya no los necesitaba, los devolvía.

Luego desaparecieron y quedaron los cuerpos de cuatro adultos en el suelo del claro.

Nemorak avanzó hacia Ana.

Cada paso hacía vibrar el suelo. Las raíces del árbol de ramas torcidas se extendían a su paso, creciendo aceleradamente alrededor de sus huellas.

El vórtice en su rostro comenzó a girar más deprisa.

Y los rostros comenzaron a emerger.

Su madre. Los ojos desorbitados y la boca abierta en ese grito que Ana había imaginado mil veces desde el accidente. El grito que nunca llegó a escuchar porque no estaba en el coche, porque había cancelado el viaje a última hora por un caso que no podía esperar. Porque si hubiera ido quizás hubiera cambiado algo o quizás hubiera muerto también y durante años no había sabido cuál de las dos opciones le atormentaba más.

Su padre. La expresión de la última vez que lo vio, dos semanas antes del accidente, cuando discutieron por una tontería y que en ese momento le pareció suficientemente importante como para despedirse sin abrazarlo. Sin saber que era la última vez.

Raúl. Su cara, sus ojos, ese gesto específico que tenía cuando esperaba que ella tomara una decisión y confiaba en que fuera la correcta. Raúl que había llegado demasiado pronto. Raúl que había muerto para que ella supiera dónde buscar.

Raúl desapareció del vórtice antes de que Ana pudiera decirle nada.

Jorge. Los mismos ojos que años atrás la habían mirado de otra manera, mirándola ahora desde detrás de la cara de la criatura. Los ojos de alguien que abrió una puerta y ya no supo volver a cerrarla. El Jorge de los primeros años, el de las manos de cirujano y la sonrisa que bajaba las escaleras de dos en dos. El Jorge de los últimos meses, el que se rindió a la química y dejó de sonreir.

Las rodillas de Ana cedieron.

Se arrodilló sobre el suelo frío del claro. No por rendición, sino porque la criatura le estaba robando algo. Simplemente estando ahí, a esa distancia, con ese vórtice girando frente a ella.

Luego vino Gonzalo.

La carita de Gonzalo en el vórtice, tan pequeña, tan frágil. Seis meses de vida. El nombre que no decían en voz alta porque decirlo en voz alta hacía que su ausencia fuera más real.

Ana cerró los ojos.

Nemorak se detuvo frente a ella. Su forma casi rozaba el rostro de Ana. El hedor, el calor extraño que emanaba de algo que no debería tener temperatura.

En el vórtice, la siguiente cara.

Marina. Sus ojos. El mentón que temblaba cuando tenía miedo.

Y luego la última cara.

La suya propia. Sus propios ojos mirándola desde dentro de la bestia con la misma desesperación que sentía en su interior. Ella misma, siendo consumida.

Ana jadeó.

Y entonces encontró lo que Nemorak no había calculado.

El walkie-talkie.

Todavía en el bolsillo interior de la chaqueta donde siempre lo guardaba. El aparato que había encendido la primera noche en la cama mientras Ana intentaba dormir sin conseguirlo. El que emitía la estática que la había acompañado desde aquel fatídico noviembre,

desde la madrugada en que Gonzalo no respiraba, desde que había entendido que el mundo no iba a ser nunca exactamente el mismo.

No era un talismán. No era magia. Era simplemente la única manera que había encontrado de seguir funcionando cuando todo lo demás se había roto. El sonido de la estática como prueba de que la señal seguía ahí, aunque nadie la estuviera usando. Como prueba de que la conexión era posible, aunque no hubiera nadie al otro lado.

Lo sacó.

Lo encendió.

La estática llenó el claro. Era un ruido del mundo de fuera —de radios de coche, de comisarías a las tres de la mañana, de la vida que Ana tenía antes de entrar aquí— y por eso, en mitad de aquel sitio, sonaba obsceno.

Nemorak retrocedió un paso.

Uno solo. Pero fue suficiente para que Ana sintiera el margen.

Se puso en pie.

Agarró el walkie con una mano mientras con la otra buscaba el suelo a ciegas, sin apartar los ojos de la criatura. Cerró los dedos sobre una piedra del tamaño de un puño. No pensó. Hacía rato que había dejado de pensar. Estrelló el walkie contra la piedra una vez. La carcasa crujió, pero aguantó. La criatura avanzó otro paso, y el aire delante de ella se volvió más asfixiante. Ana golpeó otra vez, más fuerte, con un sonido que le salió de la garganta sin permiso. A la tercera el plástico reventó y la batería quedó al descubierto: un rectángulo gris sucio colgando de dos cables.

Le clavó el canto de la piedra encima. Con las dos manos. Con todo el peso del cuerpo.

La batería siseó.

Un humo agrio le subió a la cara y le quemó los ojos. Ana siguió apretando porque soltar significaba morir. Entonces, sin aviso, sin la cortesía de una chispa primero, la batería se incendió en sus manos.

Una luz blanca, demasiado intensa para mirarla, escupió fuego con un chillido eléctrico. El plástico se deformó pegándosele a la palma. El olor a quemado que notó era el de su propia carne. No lo soltó.

Ana esperó. Medio segundo. El medio segundo más largo de su vida, con el fuego comiéndole la mano y la criatura encima.

Lo lanzó.

El walkie cruzó el aire convertido en una bola blanca y aterrizó entre las patas de la cosa, en la maleza reseca.

Nemorak retrocedió otro paso. Con el fuego empujándolo por delante y el espejo reclamándolo por detrás, su forma empezó a tambalearse.

Las llamas se extendieron de árbol en árbol con una rapidez imposible. El calor llegó en segundos, sofocante y brutal. El humo empezó a llenarlo todo, espeso, cargado de resina.

Nemorak se contorsionó.

Después emitió un chillido agudo, que atravesaba el aire.

La forma perdió consistencia aceleradamente, disolviéndose hacia el espejo que la reclamaba. El marco giraba con su inscripción invertida llamando a lo que había salido de vuelta.

Los vecinos del residencial empezaron a gritar.

No todos. Los que ya no tenían nada de humano simplemente se disolvieron, como las cosas que son en realidad imágenes cuando la fuente de luz que las proyecta se apaga. Los que todavía tenían algo dentro, los que Nemorak había preparado, pero no terminado de absorber, esos gritaron. Con voces que eran las suyas pero que venían de un lugar muy profundo, el lugar donde habían estado escondidos durante semanas o meses mientras la bestia usaba su forma.

Ana corrió.

Hacia la salida del claro. Hacia sus hijos.

Corrió entre los árboles ardientes.

Las llamas alcanzaban los treinta metros de altura en algunos puntos, iluminando el bosque con una luz rojiza y vacilante. El humo espeso, cargado, hacía que cada respiración fuera un esfuerzo consciente y deliberado.

El suelo bajo sus pies: raíces, piedras y hojas secas que crujían y se deshacían. Los árboles ardían a su alrededor lanzando chispas que caían como lluvia. Una rama se desprendió a dos metros y golpeó el suelo levantando una nube de brasas.

Detrás: el rugido de Nemorak. Una mezcla de dolor y rabia que estremecía los huesos, la vibración de algo que está siendo forzado hacia donde no quiere ir. Alternando con ese chillido agudo.

Ana no miró atrás.

Se escuchaban los gritos de la comunidad a lo lejos, distintos tipos de gritos: los agónicos de los que el fuego alcanzaba, los confusos de los que volvían en sí y no sabían dónde estaban.

Un árbol gigantesco cayó a diez metros. El impacto hizo vibrar el suelo.

Ana lo esquivó y siguió corriendo.

El bosque ardía en todas partes a la vez y en medio de ese caos de fuego y humo, Ana corrió con una sola cosa en la cabeza: el camino principal del residencial. La puerta de hierro forjado. El arcén donde la estarían esperando sus hijos.

Salió del bosque cuando el cielo empezaba a virar hacia el gris del amanecer.

Los encontró en el arcén.

Los tres juntos. Cubiertos de ceniza y de sombras de humo. Marina con un brazo alrededor de Claudia y la otra mano sosteniendo la de Lucas. Los tres mirando el bosque ardiente a sus espaldas con esa expresión de quien ha visto mucho en poco tiempo.

Ana llegó hasta ellos.

Los abrazó. Los cuatro juntos. El dinosaurio de Lucas quedó atrapado entre los cuerpos. Marina no podía dejar de temblar. Claudia, durante un momento largo, simplemente dejó que su madre la sostuviera, sin decir nada, sin moverse.

Ana cerró los ojos.

Respiró el aire cargado de polvo.

Hemos salido. Estamos fuera. Todos.

Y ese pensamiento duró exactamente el tiempo que tardó el miedo en encontrarla.

No llegó de fuera.

Llegó de dentro. De ese lugar donde Nemorak había estado sembrando durante días. Nemorak había sido arrastrado de vuelta al

espejo, pero la semilla que había plantado no había sido arrastrada con él.

La semilla.

El miedo más profundo de todo lo que Ana había sentido esa noche. Que después de todo esto, después de haber llegado hasta aquí, no fuera suficiente. Que hubiera algo que no hubiera podido proteger.

Ese miedo era el que Nemorak necesitaba.

Porque era el único miedo de Ana que no tenía defensa. Todos los demás los había enfrentado, los había llevado durante meses, había aprendido a funcionar con ellos. Este era nuevo. Este acababa de nacer en el arcén comarcal con el bosque ardiendo a sus espaldas y sus hijos vivos entre sus brazos.

Y fue exactamente por eso que Nemorak lo encontró.

La presión en sus manos aumentó sin que ella lo decidiera.

Los músculos se apretaban solos con una fuerza que no era la suya.

La presión aumentaba.

—Mamá... me haces daño —dijo Marina con voz temblorosa —. Mamá, para.

Ana quiso aflojar. Su mente se lo ordenó claramente.

Pero sus manos no obedecieron.

Su cuerpo empezó a temblar. No el temblor del frío o del agotamiento sino algo más profundo.

—¡Mamá! —gritó Lucas, intentando liberarse—. ¡Para! ¡Me haces daño!

Los niños se separaron de ella.

La miraban desde fuera del abrazo, aterrados.

Ana quiso hablarles. Quiso decirles: soy yo, sigo siendo yo, lo que estáis viendo no es lo que parece, no os asustéis.

No pudo.

Sus ojos comenzaron a oscurecerse poco a poco. Como cuando la luz se va apagando en un cielo de tormenta, cada vez menos cielo y más nube, cada vez menos Ana y más la cosa que usaba su forma.

Marina no gritó.

Buscó en los bolsillos de la chaqueta de su madre. Sus manos encontraron el frasco pequeño de vidrio.

El Néctar de Elisabeth.

Pequeño. Con ese líquido viscoso del color del ámbar casi negro.

Marina lo sacó. Se lo puso en la mano de su madre.

Ana lo miró.

Lo que quedaba de Ana en ese momento, el rincón todavía suyo que Nemorak no había alcanzado todavía, lo miró. Y entendió exactamente lo que su hija le ofrecía.

Entendió lo que hacer con él.

Entendió el precio.

Cogió el frasco con las manos temblorosas. Lo abrió. Se lo llevó a los labios.

Y se detuvo.

Un segundo. Solo un segundo, mientras miraba a sus hijos uno a uno. Lucas, con el dinosaurio apretado en el puño y los ojos llenos de lágrimas.

Claudia. La que en el último momento del claro había parpadeado y elegido a su madre.

Marina. Su hija de catorce años que había entendido lo que significaba el néctar y había elegido dárselo de todas formas.

Ana se lo bebió de un trago.

El líquido ardió en su garganta con el calor de algo que no está hecho para ser bebido. No un sabor exactamente. Una sensación. La sensación de una puerta que se cierra.

Y luego, despacio, todo se asentó.

El temblor cesó.

La presión en sus manos desapareció.

El oscurecimiento de sus ojos se detuvo.

Ana se recostó en el suelo. El cielo del amanecer se desplegó sobre ella. Ese gris que precede a la luz y que es en sí mismo una forma de luz, el gris que dice que la noche ha terminado.

El humo del bosque ardiente dibujaba columnas hacia ese gris.

Los ojos de sus hijos la miraban desde arriba.

Sabía lo que era el Néctar. Elisabeth se lo había dicho en el pasadizo. No eliminaba el miedo: lo enfrentaba. Obligaba a quien lo bebía a dejar de sentirlo completamente, sin posibilidad de escapar. Y la única manera de dejar de sentir el miedo para siempre era no quedarse para seguir sintiéndolo.

Era un veneno.

Un veneno con un propósito.

La espuma empezó a formarse en sus labios. Lenta. Con esa serenidad de las cosas que llegan después de que la última decisión ya ha sido tomada.

Ana miró a Lucas.

Siete años. Los ojos que se parecían a los suyos. Que seguirían mirando el mundo desde esa altura durante mucho tiempo todavía, que aprenderían a ver cosas que ella nunca llegaría a ver.

Le sonrió.

Lucas rompió a llorar en silencio, sin soltar el dinosaurio.

Luego miró a Claudia.

Claudia la miraba sin llorar, con esa expresión que Ana conocía: una fuerza que se hundía en lugar de estallar. Su versión más difícil y, por eso, la más honesta.

Luego miró a Marina.

No lloraba. La miraba con esa expresión que Ana tardó en identificar porque no era ninguna de las que esperaba.

No era dolor ni miedo.

Ana quiso decirle algo, pero las palabras no llegaron. El aire había dejado de entrar en sus pulmones con la suavidad de lo que se cierra sin violencia, con la paz de lo que ha terminado de manera natural.

Lo último que vio con claridad fueron los ojos de Marina, que no lloraban. La niña comenzó a tararear la melodía. La misma canción de siempre que le resultaba tan familiar.

Entonces Ana lo comprendió todo: Nemorak no había llegado a ellos en los Olivos. Nemorak habitaba en Marina desde que era una niña, esperando pacientemente el momento de volver a casa.

Acto seguido, dejó escapar su último aliento.

Lucas, aterrorizado, miró a su hermana.

Marina tenía el frasco vacío en una mano. Con la otra cogió la mano de Lucas, firme, sin emoción.

—Vamos —dijo Marina.

Su voz era la suya. Con el leve acento madrileño, con la manera específica en que pronunciaba las vocales abiertas. Eso era lo más aterrador. Que fuera exactamente la suya.

Lucas no se movió.

Miraba a su madre en el suelo. La espuma en sus labios que el viento de la madrugada movía levemente. La sonrisa que se había quedado fija en su cara después del último aliento, una sonrisa que Ana no habría elegido consciente pero que el Néctar había puesto ahí, la paz de lo que ya no tiene que seguir temiendo.

—Lucas —repitió Marina—. Vamos.

Lucas miró a su hermana.

Sus ojos. Los ojos de Marina que eran exactamente los de siempre en la forma y en el color. Castaños, con ese punto más claro en el iris izquierdo. Pero que tenían ahora esa ausencia de profundidad que Lucas había visto antes sin saber que la veía.

En el árbol del bosque, la primera semana, cuando Claudia miraba el tronco sin parpadear.

En el claro, la noche de la Exultación, cuando los vecinos esperaban con los ojos en el altar.

Lucas conocía ese gesto. Lo había visto en Samanta cada vez que alguien la llamaba con un nombre que no era exactamente el suyo.

Lucas apretó el dinosaurio con las dos manos.

Luego miró a Claudia, que estaba de pie a tres metros, mirando hacia el bosque ardiente con esa expresión neutra de quien espera instrucciones.

Y comprendió.

No todo. Tenía siete años y no podía comprender todo. Pero comprendió lo suficiente.

Tres habían salido del bosque. Pero solo uno de ellos había salido siendo completamente el que había entrado.

Marina le apretó la mano.

—No tengas miedo —dijo, con la voz de Marina—. Ya estamos en casa.

Comenzaron a caminar los tres juntos, retrocediendo despacio hacia el bosque.

Al fondo, en la penumbra entre los árboles donde el fuego no había llegado todavía, la silueta del anciano de sombrero de ala ancha los observaba. Inmóvil.

El sombrero que había pasado de mano en mano desde mucho antes de que Joaquín existiera.

A lo lejos, el sonido de un helicóptero.

Acercándose. Las luces del aparato parpadeaban en el gris del amanecer.

Lucas se detuvo.

Miró hacia el cielo. Las luces del helicóptero. La señal de Raúl que había llegado tarde para salvarlos pero que había llegado. La señal de que alguien sabía dónde buscarlos, de que el mundo de fuera existía, de que había personas que se acercaban con la intención de ayudar.

Luego miró a Marina.

Luego al bosque donde esperaba la silueta del anciano.

Luego al dinosaurio en su puño.

El dinosaurio que su madre le había dado cuando tenía cuatro años, que llevaba tres años durmiendo bajo su almohada porque era el único lugar donde estaba seguro, que había sobrevivido a los trayectos en coche y a los cambios de casa y a las noches en que Samanta estaba en el rincón.

Lucas lo miró durante un momento.

Luego lo soltó.

El dinosaurio cayó al suelo de la carretera. De lado. Con los ojos saltones mirando el cielo.

Marina le volvió a apretar la mano. Esta vez más fuerte.

Y comenzaron a caminar hacia el bosque.

El sonido del helicóptero se acercó.

Se acercó más.

Y luego se alejó.

Y luego desapareció.

Y los tres niños entraron de nuevo en el bosque.
Y el bosque los recibió.

EL FINAL

Doce años después

El anciano encontró a la nueva familia un martes cualquiera de septiembre.

No la buscaba de manera activa. Ya la tenía. Llevaba semanas teniéndola, desde el momento en que el nombre apareció en el registro de la inmobiliaria que no existía en ningún catastro, desde que el sobre de pergamino había vuelto a salir con esa caligrafía anticuada.

Los Morales. Cuatro personas. Dos adultos, dos hijos. Sevilla. Un matrimonio con el tipo de fractura que no se ve desde fuera pero que existe: esa distancia entre dos personas que comparten espacio sin compartir nada más, que han aprendido a moverse por el mismo piso sin rozarse, que han convertido el silencio en el idioma principal de la familia.

El tipo de fractura que Nemorak prefería. La que lleva tiempo abierta, la que ya tiene sus propias raíces, la que no necesita ser creada sino simplemente encontrada y amplificada.

El anciano del sombrero de ala ancha caminó por la acera y no miró a nadie en particular y nadie lo miró a él: invisible para quien no lo buscaba, perfectamente visible para quien ya lo había encontrado, que era exactamente el orden correcto de las cosas.

El piso de los Morales estaba en el tercer piso de un edificio de los años setenta en el barrio de Triana.

El anciano no entró. No necesitaba entrar.

La hija mayor tenía quince años y se había vuelto muy callada desde hacía meses, el tipo de silencio que los adultos confunden con madurez. El hijo pequeño tenía ocho y desde hacía tres semanas hablaba solo en su habitación con alguien que no estaba ahí. Desde exactamente el día en que los padres habían tenido la discusión más larga que él había escuchado nunca.

Ocho años. Una amiga imaginaria. Tres semanas.

El anciano sonrió.

No con malicia, sino con el reconocimiento de alguien que ha visto esto tantas veces que ya no lo sorprende pero que todavía lo encuentra, en cierta manera, hermoso en su regularidad. La precisión con que Nemorak encontraba siempre la grieta exacta. La eficiencia de siglos de práctica.

Sacó del bolsillo interior de su abrigo el sobre de pergamino.

Color marfil. Con el nombre de la familia escrito en el anverso.

Lo deslizó bajo la puerta del buzón número once.

Luego caminó.

El anciano del sombrero tomó el metro de vuelta hacia el centro.

Se sentó en el último vagón, que a esa hora estaba casi vacío. Enfrente de él había una mujer joven con auriculares y un hombre mayor dormido con el periódico en el regazo. En el asiento del rincón, un niño de unos ocho años miraba por la ventana del metro, hipnotizado.

El anciano miró al niño.

El niño no lo miró a él. Seguía mirando por la ventana: los túneles oscuros pasando a setenta kilómetros por hora, la luz intermitente de las lámparas de emergencia creando ese efecto estroboscópico que a los niños les resultaba fascinante.

El anciano observó al niño durante el tiempo que tardó el metro en llegar a la siguiente parada. Observó la manera en que sus labios se movían levemente, como si hablara con alguien que no estaba sentado junto a él. Observó cómo inclinaba la cabeza hacia el asiento de su lado, que era exactamente el gesto de alguien que escucha a alguien que nadie más puede oír.

La madre del niño estaba en el asiento de enfrente, con el teléfono en las manos.

El anciano estudió la familia.

El padre no estaba. O estaba en otro vagón, o estaba en casa, o no estaba en ningún sitio porque ya no formaba parte de la ecuación, que también era posible. Hecho estadísticamente frecuente en las familias actuales.

Cuando llegue el momento, pensó, habrá un sobre.

Siempre hay un sobre.

El metro se detuvo. Las puertas se abrieron. La madre guardó el teléfono y le dijo al niño que era su parada. El niño se levantó con obediencia automática, y antes de salir se giró una vez, brevemente, hacia el asiento vacío donde había estado mirando.

Como despidiéndose.

Las puertas se cerraron.

El anciano del sombrero se quedó solo en el vagón con el hombre dormido, la mujer de los auriculares y los túneles pasando a setenta kilómetros por hora.

Sacó del bolsillo del abrigo un segundo sobre de pergamino.

Color marfil. La caligrafía en el anverso.

Lo sostuvo en las manos durante el tiempo que tardó el metro en llegar a la siguiente parada.

Se acordó del niño. En la manera en que se había despedido de algo que nadie más había visto.

Reparó en que la cadena era más larga que cualquier cosa que pudiera calcularse. Que empezaba mucho antes de él y que terminaría mucho después de que él dejara de ser útil y alguien más recibiera el sombrero y el libro.

Pensó en que eso debería perturbarlo.

No lo perturbaba.

Las puertas se abrieron en la siguiente parada.

Subió las escaleras mecánicas de la boca norte del metro de Parque de los Príncipes a las ocho y cuarenta de la tarde.

Salió a la calle y caminó hasta la plaza, donde había unos cuantos árboles raquíticos, dos farolas antiguas y tres bancos verdes de hierro forjado mirando hacia el tráfico. Sevilla, en agosto, a esa hora, todavía tenía luz. Una luz horizontal y dorada que entraba sesgada entre los edificios.

Se sentó en el banco del medio.

Llevaba ochenta años haciendo esto. Llevaba ochenta años sentándose en bancos de plazas, en bancos de estaciones, en bancos de paradas de autobús, mirando pasar a la gente con la paciencia. Como una brújula. Solo había que esperar.

Sacó del bolsillo del abrigo una bolsa pequeña de papel marrón con pipas de girasol. Empezó a comérselas despacio, escupiendo las cáscaras al suelo entre sus zapatos. Era un capricho que hacía más amenas sus esperas. La gente no desconfía de un viejo que come pipas en un banco. Es una de esas cosas que aprendes con el tiempo.

La plaza, a aquella hora, estaba en su mejor momento del día. Una pareja joven discutía en voz baja junto a una farola. Un grupo de chicos de instituto se pasaba un porro entre risas pequeñas. Un hombre de unos cincuenta paseaba a un perro pequeño con una correa tensa. Dos mujeres mayores hablaban sentadas en el otro banco, con los bolsos apoyados sobre los muslos, contándose algo con indignación.

Joaquín comía pipas y esperaba.

No tuvo que esperar mucho.

A la media hora, entró en la plaza una mujer hablando por teléfono móvil.

Treinta y cinco años. Vestido floreado, de buena calidad, ajustado de una manera que indicaba que la mujer dedicaba tiempo y dinero al cuerpo. Bolso caro colgado en el codo derecho. Tacones rasos. Pelo teñido, recién recogido en un moño bajo. Hablaba por teléfono con una mezcla de hartazgo y autoridad.

—Que no, María, que no la voy a recoger yo. Que pille el metro como todo el mundo. Que tiene nueve años, no nueve meses.

Detrás de ella, dos pasos por detrás, caminaba una niña.

Joaquín la miró.

La niña tenía el pelo castaño claro, recogido en una coleta que se le había aflojado durante el día. Pantalones cortos de chándal. Una camiseta amarilla con un dibujo descolorido por demasiadas lavadoras. Una mochila pequeña colgada en un solo hombro. Caminaba con la cabeza ligeramente baja, mirando el suelo dos metros por delante de sus zapatillas.

Joaquín se fijó en sus muñecas.

En la muñeca izquierda, debajo del puño de la camiseta, asomaba un cardenal viejo, amarillento. En la derecha, otro del tamaño exacto de un agarre de mano adulta. Y, debajo de los cardenales viejos, las sombras lilas oscuras de otros más recientes.

Madre e hija cruzaron la plaza por delante de su banco a una distancia de cinco metros. Ninguna de las dos lo miró.

—Pues le he dicho lo que tenía que decirle —seguía la mujer del vestido primaveral, sin bajar la voz, sin mirar atrás—. Que era

una payasa. Y delante de todo el mundo, sí. Que aprenda. Tú la consientes demasiado. Por eso está como está.

La niña, dos pasos por detrás, no levantó la cabeza.

Joaquín dejó la bolsa de pipas sobre el banco. Se limpió las manos en el abrigo, una contra la otra, sin prisa.

Esperó a que cruzaran la plaza entera. Esperó a que enfilaran de nuevo la boca del metro por la entrada sur, la que estaba al otro extremo, justo enfrente. Esperó a que las dos siluetas empezaran a bajar las escaleras mecánicas hacia el andén.

Solo entonces se levantó del banco.

Se ajustó el sombrero de ala ancha un dedo más sobre las cejas, se metió las manos en los bolsillos del abrigo, y cruzó la plaza con la misma lentitud con la que había llegado.

Bajó las escaleras mecánicas. Eligió el andén de la línea uno, dirección Santa Justa. Se sentó en uno de los bancos metálicos al fondo del andén, donde la luz parpadeaba con un retraso de medio segundo entre tubo y tubo, dejando zonas de penumbra.

Esperó.

El andén estaba poblado de la gente habitual de un martes a las nueve y media de septiembre en Sevilla: trabajadores de turno vespertino volviendo a casa, parejas jóvenes con la piel todavía quemada por sol del fin de semana, un grupo de chicos de instituto que se reían. Y al otro lado, sentada en otro de los bancos, la niña.

Joaquín la vio en cuanto se sentó.

Tendría unos nueve años. Diez como mucho. Estaba sola en el banco.

Detrás de ella, de pie, la mujer seguía hablando por teléfono móvil.

—Que no es mía, María, joder, qué pesada. Que es tuya. Que yo se la cuido cuando puedo, y agradécemelo, porque otras no lo harían. ¿Sabes lo que ha hecho hoy esta? Ha llorado en el Corte Inglés. Por una camiseta. La he tenido que sacar a rastras. Con nueve años. Llorando en el suelo. Una vergüenza, María.

Pausa. La voz al otro lado debió de decir algo. La mujer del vestido floreado se rió. Una risa corta.

La niña seguía mirando al suelo.

Joaquín se volvió a fijar en sus muñecas y respiró por la nariz despacio.

—Que me da igual, María. Que se la lleves tú al psicólogo si tan preocupada estás. Yo no pago un psicólogo para que le diga a esta niña que tiene razón. Que la tengo en casa una semana al mes y ya es bastante. Bastante hago.

Pausa.

—Pues mira, te lo digo: yo no quería tenerla. Te lo digo a ti porque eres mi hermana y porque ya estoy harta. Yo no la quería. Y aquí está. Y aquí me toca aguantarla. Así son las cosas.

La niña no se movió. Pero algo le pasó por la cara —algo pequeño, un pliegue mínimo en la frente, una contracción de un músculo en la mandíbula— que Joaquín notó.

La niña había oído.

La niña había oído mucho antes, también. La niña llevaba meses, años quizá, oyendo a su madre decir esa frase con variantes. *Yo no la quería*. *Yo no quería tenerla*. *Y aquí está*.

Joaquín cerró los ojos un momento.

Cuando los abrió, la niña ya no estaba mirando al suelo. Estaba mirando hacia las vías. Hacia el borde del andén.

Faltaban dos minutos para el siguiente tren. El panel luminoso del techo lo iba contando hacia atrás.

Dos minutos.

La madre seguía hablando por teléfono. Le daba la espalda a la niña. No la veía.

Un minuto y cincuenta y nueve segundos.

La niña se puso de pie.

Lo hizo sin prisa, con naturalidad. Recogió la mochila del banco. Se la colgó en un solo hombro. Caminó tres pasos hacia el borde del andén, despacio, deteniéndose justo donde la línea amarilla del suelo le marcaba un límite que ya había decidido que no respetaba.

Miró a las vías.

Un minuto y treinta y un segundos.

Joaquín se levantó del banco.

Cruzó el andén atravesando la masa de gente. La madre del vestido floreado seguía hablando por teléfono. *Te lo juro, María, que un día la dejo. La cojo y la dejo en una comisaría, y que la recojan. La gente como esta niña no se hace adulta, María, te lo digo yo.*

Joaquín llegó al borde del andén un segundo antes que la niña diera el paso.

No le tocó el brazo. No le tocó nada. Se puso a su lado, en el borde, mirando también a las vías. Tenía las dos manos en los bolsillos del abrigo.

Habló muy bajo. No la miró al hablar.

—Todavía no.

La niña se quedó quieta. No volvió la cabeza. Pero algo en sus hombros, en la posición de sus pies sobre la línea amarilla, se relajó.

—¿Cómo? —dijo la niña, también sin mirarlo, susurrando.

—Hoy no. Hoy no tienes que hacer eso. Hay otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

Joaquín no contestó enseguida. Esperó. Cuando el panel marcó *Un minuto y dos segundos*, se levantó muy despacio el sombrero de ala ancha. Solo unos centímetros. Lo justo para que la luz fluorescente del andén le diera de frente.

En la frente, justo encima del entrecejo, tenía un hundimiento pequeño, del tamaño exacto de una moneda. Una marca de nacimiento. Una concavidad blanda en el hueso que daba al lado derecho de su cara una asimetría sutil, casi imperceptible a no ser que uno se fijara.

Lucía se fijó.

—¿Eso qué es? —preguntó, en el mismo tono bajo.

—Es una marca con la que se nace. Y es la que la gente como tu madre, o como los niños del colegio, aprovechan. No la marca. La marca es lo de menos. Lo que eligen es a la persona que la lleva.

Lucía lo miró sin parpadear.

—Tú tienes una marca también —siguió Joaquín, bajando la voz un grado más—. La tuya no se ve por fuera, pero la llevas, igual que yo llevo la mía. Y ellos la huelen. Por eso eres la elegida.

—¿Por qué yo?

—Porque yo te lo digo. Y porque yo lo sé. Y porque cuando seas mayor entenderás que lo sabía desde antes de que tú llegaras a este banco.

La niña tenía los ojos muy abiertos, con esa fijeza que tienen los ojos de los niños que ya no lloran porque han aprendido que llorar no soluciona nada. Unos ojos que Joaquín ya conocía de sobra.

Cuarenta y dos segundos.

—¿Cómo te llamas? —dijo Joaquín.

—Lucía.

—Lucía. Bonito nombre.

—¿Y tú?

Joaquín sonrió. Una sonrisa muy pequeña, apenas un movimiento en una de las comisuras. La primera sonrisa que se permitía en mucho tiempo.

—A mí me llaman de muchas maneras. Pero tú, cuando me necesites, llámame el viajero. Que sepas que vendré.

Veinte segundos.

A lo lejos, por el túnel, empezó a oírse el rumor del tren acercándose. Una vibración baja primero, después un crescendo metálico que recorrió el andén entero. La luz de los faros apareció al fondo del túnel.

—Lucía —dijo Joaquín—. Vuelve al banco.

Lucía lo miró un segundo más. Después asintió.

Dio un paso atrás. Otro. Volvió al banco. Se sentó. Cruzó las manos sobre el regazo, encima de los pantalones cortos, con los dedos enlazados como antes.

El tren entró en la estación. Las puertas se abrieron con su pitido habitual. La madre del vestido floreado, sin colgar el teléfono, sin mirar a la niña, sin haberse enterado de nada, le hizo un gesto borde con la cabeza y se metió en el vagón. Lucía recogió la mochila, se levantó del banco y subió al vagón detrás de su madre.

Antes de que las puertas se cerraran, miró hacia atrás.

Buscó a Joaquín con los ojos.

Joaquín estaba en el andén, donde lo había dejado, con las dos manos en los bolsillos otra vez. Se quitó el sombrero de ala ancha muy despacio, con la mano derecha, y lo sostuvo un instante

delante del pecho, ligeramente inclinado en su dirección. Un saludo. Una promesa. Las dos cosas.

Las puertas se cerraron.

El tren se fue.

Joaquín se quedó solo en el andén, con el sombrero todavía en la mano. Lo miró un momento y se lo volvió a poner. Lo hizo con un cuidado distinto del habitual, como quien se lo coloca por última vez antes de empezar a quitárselo del todo, durante los años que le quedaran.

Subió las escaleras mecánicas del andén con la tranquilidad de un hombre que ya no tiene prisa por llegar a ningún sitio porque ya ha llegado.

Y, en un piso pequeño del barrio de Vallecas, una niña llamada Lucía abrió la puerta detrás de su madre, dejó la mochila en el suelo del recibidor, se fue a su habitación sin cenar y se sentó en la cama. Se miró las muñecas durante un buen rato, primero la izquierda, después la derecha. Se tocó los cardenales viejos con el dedo.

Después, sin que nadie se lo hubiera enseñado, levantó la cabeza y miró al espejo del armario que tenía enfrente.

Y esperó.

EPÍLOGO

Doce años atrás, un residencial llamado Los Olivos ardió en las colinas al sur de Murcia.

Los informes oficiales hablaban de un incendio forestal de origen desconocido que había afectado a varias construcciones en la zona. Los bomberos habían tardado dos días en controlarlo. Los equipos de investigación habían encontrado los restos de un complejo residencial privado que no constaba en ningún registro oficial, lo que había generado una investigación menor sobre irregularidades urbanísticas que había sido archivada dieciocho meses después por falta de titular identificable.

Las personas que supuestamente vivían allí nunca habían aparecido en ningún registro.

No había víctimas identificadas.

En los márgenes del expediente, un investigador de la Guardia Civil había anotado a mano lo que nadie había querido incluir en el informe formal: que el único objeto encontrado en buen estado había sido un dinosaurio de plástico verde, de unos quince centímetros, con los ojos saltones y la cola ligeramente doblada.

El investigador había incluido una foto del dinosaurio en el expediente.

Luego había cerrado el expediente.

Luego pidió el traslado a otra provincia.

Lo que el expediente no recogió es que aquel dinosaurio de plástico verde había estado guardado, durante los doce años posteriores al incendio, en el cajón superior de una cómoda en una habitación de un piso de alquiler de Cartagena.

El piso era de un hombre llamado Anselmo Tovar. Setenta y dos años cuando el residencial ardió. Conserje en Los Olivos durante toda una vida adulta hasta la mañana en que se levantó, vio que del bosque salía humo y que la garita estaba vacía, y entendió antes que nadie del exterior que aquella era la última mañana del residencial tal y como lo conocía.

Anselmo estuvo a punto de quedarse. De volver a la garita y esperar instrucciones como había hecho durante doce años. Era lo

que le tocaba. Era lo que se hacía en Los Olivos.

En lugar de eso, salió.

Caminó por la carretera comarcal hasta llegar al arcén donde, doce horas antes, una mujer se había sentado junto a sus tres hijos antes de morir entre las primeras luces del amanecer. El cuerpo de la mujer ya no estaba: se lo habían llevado en helicóptero los servicios sanitarios alertados por una llamada anónima que ningún servicio había logrado rastrear. Pero el dinosaurio sí estaba. Tirado de lado en el polvo, con los ojos saltones mirando el cielo gris.

Anselmo se agachó. Lo recogió. Se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta de conserje. Lo llevó consigo durante todo el día.

Esa misma noche, en la pensión donde durmió antes de coger el autobús a Cartagena, lo metió en una bolsa de tela y lo guardó. No se atrevió a tirarlo.

No habló de Los Olivos con nadie durante doce años.

Una sola vez, en el segundo año, intentó escribir una carta a un periódico nacional. La empezó tres veces. La dejó, las tres veces, en la frase: «Yo trabajaba en un sitio donde a la gente…». No supo exactamente cómo seguir, aunque lo intentó. Las tres versiones siguen en una carpeta verde, debajo de la cómoda, junto a unas fotos antiguas y un sobre marrón con cuatro casetes de vídeo VHS sin etiqueta que él nunca quiso reproducir y que tampoco quiso destruir.

Una mañana de un martes de octubre, doce años después del incendio, Anselmo Tovar abrió el cajón superior de la cómoda, sacó el dinosaurio y lo miró durante un rato largo. La cola seguía ligeramente doblada en el mismo ángulo en que la había encontrado. Los ojos saltones intactos. Lo limpió con un paño. Lo metió en una caja de zapatos junto con las cuatro casetes y la carpeta verde de las cartas inacabadas.

Después escribió, en un sobre nuevo, una sola dirección: la de la unidad de delitos especiales de la Guardia Civil de Murcia. Sin remite.

A las cuatro y media de la tarde, salió de su piso, caminó hasta la oficina de correos más cercana y depositó el paquete en el

mostrador con la misma calma con que durante doce años había repartido las cartas que llegaban al buzón del residencial.

Cuando volvió a casa, encontró un sobre de pergamino color marfil bajo su puerta.

Dentro había una sola línea, escrita con caligrafía antigua, con la misma tinta y la misma mano que doce años atrás:

«Don Anselmo. Le esperábamos antes. Y lo seguimos esperando.»

Anselmo se quedó mirando el sobre durante un rato.

Después lo rompió por la mitad y luego en cuartos. Lo rompió hasta que entre sus manos hubo solo confeti color marfil. Lo tiró por el inodoro, tiró de la cadena y se sentó en el suelo del baño, con la espalda contra la bañera. Se quedó allí hasta que oscureció.

El paquete con el dinosaurio y las cuatro casetes llegó a la unidad de delitos especiales de la Guardia Civil de Murcia tres días después.

Lo abrió un cabo que tenía la costumbre de tomarse el café antes que el correo, así que cuando llegó al paquete grande con el remitente escrito con caligrafía temblorosa de hombre mayor, ya estaba en el segundo café del día y se irritó al ver lo que pesaba.

Lo abrió encima de la mesa. Sacó la caja. Sacó el dinosaurio de plástico. Sacó las cuatro cintas VHS. Sacó la carpeta con las cartas inacabadas. Leyó las dos primeras hojas. Movió la cabeza despacio, con esa media sonrisa cansada que ponen los funcionarios cuando reciben material de alguien que, en su criterio profesional, está claramente perdiendo facultades.

Lo metió todo en una bolsa de pruebas, etiquetó la bolsa con un número de expediente que asignó allí mismo, escribió en el margen *posible deterioro cognitivo del remitente, archivar*. Se levantó a llevarlo al sótano, donde llevaban veinte años acumulándose las cosas que nadie iba a abrir nunca.

Allí se quedó la caja durante dos años.

En el verano de 2010 entró en el cuartel una agente nueva. Veintiocho años. Recién llegada de la academia. Apellido Marín. El tipo de agente que llega con ganas y al que los compañeros más

mayores observan con la resignación de quien sabe que las ganas duran, en promedio, dieciocho meses.

Marín fue destinada, durante su primer mes, a una tarea ingrata que el sargento le encomendó precisamente porque era nueva y para ver de qué pasta estaba hecha: revisar el archivo del sótano, descartar lo que ya no tenía valor probatorio, según los plazos legales, y catalogar el resto en el sistema digital.

Tardó tres semanas en llegar al expediente con la bolsa del dinosaurio.

Abrió la carpeta. Leyó las hojas. Releyó algunas. Vio el nombre Los Olivos repetido en varias páginas y le sonó vagamente. Pidió a uno de los compañeros mayores que le dijera qué sabía del residencial. El compañero, un sargento primero a punto de jubilarse, la miró durante un par de segundos.

—Que en los noventa hubo un incendio. Murió gente. Nada más.

—¿Investigaron?

—Lo que se pudo. No hubo nada. ¿Por qué?

—Por nada.

Marín se llevó la carpeta a su mesa.

Leyó las cartas inacabadas durante la pausa del almuerzo. Eran textos sin terminar, escritos con una caligrafía que se iba afinando a medida que el remitente —un tal Anselmo Tovar Carmona — ganaba precisión y volvía a perderla en oleadas, como si la mano le obedeciera mejor algunos días que otros. Contaban cosas raras. Una vecina llamada Pilar muerta en un ascensor en extrañas circunstancias. Niños que desaparecían y servían de alimento a un monstruo. Un médico que firmaba certificados sin examinar nada. Pasadizos en las villas. Un sótano lleno de cintas de vídeo.

Marín pidió un reproductor de VHS al sargento primero. El sargento primero le dijo que no quedaba ninguno en el cuartel. Marín se lo compró en una tienda de segunda mano del centro de Murcia el sábado siguiente, por treinta y cinco euros.

Vio una de las cintas el domingo, en su piso de alquiler, sola, con la luz apagada.

Tuvo que parar a los diecisiete minutos.

Salió al balcón. Se quedó allí un rato, fumando, con las manos temblándole de una manera que no le habían temblado en ninguna intervención policial real. Cuando volvió a entrar en el salón, no rebobinó la cinta. La sacó del aparato. La devolvió a su bolsa de pruebas. Las otras tres no las vio.

El lunes por la mañana, en el cuartel, buscó en el sistema el nombre de Anselmo Tovar Carmona. Localizó una dirección actualizada hacía tres años: una residencia geriátrica concertada en Cartagena, calle Carmen Conde. El expediente decía que estaba vivo. Ochenta y cuatro años.

Marín pidió media jornada al sargento. Cogió el coche. Condujo hasta Cartagena.

La residencia era un edificio bajo, pintado de un blanco que el sol había vuelto color hueso, con una buganvilla seca en la fachada y una recepción donde una mujer de unos cincuenta años atendía detrás de un mostrador con el ventilador apuntándole a la cara. Marín mostró la placa. Preguntó por Don Anselmo Tovar.

La mujer levantó la vista del ordenador muy despacio.

—¿Es usted familia?

—Soy de la Guardia Civil.

—Ya. Pero le pregunto si es usted familia.

—No.

La mujer respiró hondo. Cerró la ventana del ordenador. Apoyó las dos manos sobre el mostrador.

—Don Anselmo falleció esta madrugada, agente. Sobre las cuatro y media. Lo encontró el celador del turno de noche.

Marín se quedó quieta un momento.

—¿Causas?

La mujer dudó. Miró a un lado, a otro. Bajó un poco la voz, aunque en la recepción no había nadie más.

—Llevaba dos meses muy nervioso. No dormía bien. Decía cosas. Y esta mañana lo hemos encontrado… —se detuvo—. No debería contárselo. No sin orden.

—Por favor.

La mujer apretó los labios.

—Se quitó la vida, agente. En el baño de su habitación. Es la primera vez que pasa en esta residencia en los catorce años que llevo aquí, y le aseguro que tenemos protocolos. Tenemos vigilancia. Pero Don Anselmo había mejorado mucho desde el invierno, los últimos meses estaba más tranquilo, y bajamos la guardia. Yo bajé la guardia.

—¿Dejó algo?

—¿Cómo dice?

—Una nota. Algo escrito.

La mujer volvió a dudar.

—Había un sobre encima de la mesilla.

—¿Para quién?

—Para usted, agente. Pone *Para el agente que venga a preguntar*. Lleva ahí desde marzo.

Marín tardó un segundo en darse cuenta de que la mujer estaba esperando a que ella reaccionara.

—Marzo —repitió.

—Sí. Lo escribió en marzo. Yo misma lo vi escribiéndolo. Me dijo que lo guardara para el agente que viniera a preguntar por él. Que si pasaban más de tres años y no venía nadie, lo tirara. Le faltaban dos meses para los tres años. Cosas raras de viejos, pensé yo. Lo guardé en su mesilla. No lo abrí.

—¿Lo tiene?

La mujer se levantó. Salió de la recepción. Volvió a los dos minutos con un sobre blanco, pequeño, cerrado, con una caligrafía temblorosa que Marín ya conocía perfectamente.

Marín se sentó en uno de los bancos del recibidor para abrirlo. La mujer se quedó en el mostrador haciendo que trabajaba, pero mirándola de reojo.

Dentro del sobre había una sola hoja, escrita por las dos caras. La caligrafía era la misma de las cartas inacabadas, pero más firme. Marín leyó la hoja entera. Dos veces.

Decía esto:

Agente:

No le voy a contar lo que pasó. Si está usted aquí ya lo sabe, y si no lo sabe del todo, lo irá entendiendo. Le voy a contar otra

cosa, porque es la única que tengo ya derecho a contar.

Lleva usted toda la vida pensando que el mal viene de fuera. Que es algo grande, ruidoso, con una cara reconocible. Que cuando llegue podrá identificarlo, prepararse para él, plantarle cara. Eso es mentira. Yo también lo creí durante muchos años y por eso no hice nada cuando tuve que haberlo hecho.

El mal entra por el primer hueco que encuentra. Una conversación amable que dura tres segundos más de lo que debería. Una persona que se interesa por usted con una intensidad que un día se llamará atención y, dos meses después, dependencia. Un favor pequeño que se siente como una excepción y que es, en realidad, el principio del sistema. Un silencio compartido al lado de alguien que entiende lo que usted aún no se atreve a decirse a sí mismo. Eso es. No hay más. Esa es la única forma que tiene el mal de entrar en una vida adulta, y aprende a hacerlo con una destreza que se afina con cada generación.

Lo difícil no es resistir cuando le ataquen. Lo difícil es decir que no a la persona que parece la única que le entiende.

Voy a pedirle que mire alrededor, agente. Mírelo ahora, antes de seguir leyendo. La gente que tiene cerca. Los que aparecen en su vida desde hace poco. Los que insisten más de lo que insistirían si no necesitaran algo. Los que coinciden casualmente una y otra vez, en sitios donde usted no esperaba encontrarse a nadie. No me crea, pero compruébelo. Compruébelo durante una semana. Lleve la cuenta. Verá cosas.

Y después, agente, mírese al espejo. Mire bien. Mírese los ojos. Mire si son del todo los suyos.

Yo me los miré por última vez esta tarde. Por eso le escribo. Lo que vi me dio la información que llevaba dos meses pidiéndole al techo de la habitación. Por eso esta noche hago lo que voy a hacer.

Una última cosa, agente, y luego le dejo.

Si alguna vez, en cualquier momento de su vida, tiene la sensación de que llevaba años sin sentirse tan tranquilo, deténgase. Pregúntese qué precio le acaba de cobrar esa paz, porque la paz que llega de golpe no es paz, es transacción, y siempre hay alguien al otro lado anotando lo que usted aún no ha empezado a pagar.

No me crea. Compruébelo.

Y cuide a los niños que tenga cerca. A los suyos y a los de los demás. Sobre todo, a los tímidos. A los que ya no piden nada. A los que sonríen como adultos.

Suyo,

Anselmo

Marín se quedó con la hoja en la mano durante un rato muy largo. La mujer de la recepción seguía haciendo como que trabajaba.

Cuando se levantó, dobló la hoja con cuidado, la metió otra vez en el sobre, y se guardó el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta. Le dio las gracias a la mujer. Salió a la calle.

Hacía el calor seco y blanco de Cartagena en agosto, ese calor que no refresca, aunque pasen las horas. Marín caminó hasta el coche sin prisa. Antes de abrir la puerta se quedó parada un momento en la acera, con la mano en el tirador, mirando el escaparate de una farmacia que había justo enfrente.

En el cristal del escaparate, su reflejo le devolvía la mirada como tenía que devolvérsela. Una agente joven de uniforme, con el sobre en el bolsillo, parada en la acera.

A su lado, en el reflejo, junto a su hombro derecho, había un hombre.

Un hombre mayor, de pelo blanco, con una sonrisa amable de quien tiene tiempo y quiere ayudar.

Marín giró la cabeza.

A su lado, en la acera, no había nadie.

Volvió a mirar el escaparate.

El hombre seguía allí, en el reflejo. Sonriéndole.

Marín se subió al coche. Cerró la puerta. Apoyó las dos manos en el volante y respiró por la nariz, despacio, contando hasta cuatro.

Después arrancó. Salió de Cartagena por la nacional, en dirección al cuartel.

En el retrovisor, durante todo el viaje, no miró ni una sola vez.

Hasta el peor de los monstruos fue, primero, un niño.

